

SD
923
B171p
e.2

LOS PROCERES ESCRITORES

JOAQUIN BALAGUER

SD
923
B171 p
e.2

LOS PROCERES ESCRITORES

Ana Z. de Pravello

IMPRENTA FERRARI HERMANOS
BARTOLOMÉ MITRE 3355 - BUENOS AIRES

1947



79-1000



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

Hecho el depósito que marca la ley



A mis Padres

JOAQUÍN T. BALAGUER Y CELY RICARDO

para que sus nombres humildísimos se asocien en estas páginas, como lo están en mi corazón, a los nombres ilustres de los próceres a quienes más admiro.

*Para mis padres
y para los distinguidos
señores don Juan
Balaguer y don Cely Ricardo
B. de los Ríos
a los señores
D. C. H. J. 1953.*

FERNANDO ARTURO DE MERIÑO

RASGOS CARACTERISTICOS DE SU ELOCUENCIA

Fernando Arturo de Meriño es el tipo del orador auténtico, del hombre verdaderamente arrebatado por la embriaguez del verbo. Es, entre todos los próceres de la República, el que más terminada nos ofrece la imagen del orador antiguo: una oración de Meriño, en efecto, es una fábrica donde todo denuncia orden y equilibrio: no hay en ella líneas que disuenen, ni ornamentos excesivos, ni detalles superfluos, ni falta de proporción o de armonía en el conjunto majestuoso.

Pero eso sí: la fábrica, aunque carezca de fasto exterior, es una inmensa catedral, resonante de himnos y poblada de arcángeles vengadores. Allí, bajo las bóvedas multisonoras, se elevan con vuelo incontenible apóstrofes que invitan a la venganza y a la cólera, voces de perdón o de amenaza, ruegos que ablandan el pecho de los hombres, oraciones que se renan el cielo.

No es la de Meriño la forma corriente de la elocuencia castellana. El egregio prelado, orador de estampa más bien clásica que romántica, no deslumbró a su auditorio con tropos rimbombantes ni mostró nunca la menor preocupación por el número o por el énfasis del discurso, casi siempre desprovisto en sus manos de despliegues eufónicos y de movimientos orquestales. Ninguna de sus grandes oraciones contiene frases altisonantes ni hipérbolas desorbitadas. Es cierto que alguna vez en sus discursos se tropieza con párrafos turgentes, con cláusulas llenas de arrogantes ondulaciones como las túnicas proconsulares. Pero la majestad de esos períodos que se estiran pausadamente, que se deslizan con andadura cesárea, no reside en el énfasis sino en el don que poseyó el gran tribuno para traducir llanamente sus ideas y para mover los ánimos sin sobrecargar demasiado la máquina oratoria. El lujo verbal no es, en efecto, lo que distingue su

elocuencia. El secreto de su arte, de lo que se podría denominar su técnica de tribuno, reside más bien en ciertos recursos que el gran orador usó con innegable maestría: el símil tomado de objetos familiares al auditorio; las antítesis de conceptos y, con más frecuencia, las contraposiciones de palabras; los apóstrofes impresionantes con invocación frecuente a los poderes sobrenaturales¹; la presentación de contrastes de orden moral y la pintura de situaciones patéticas que arrebatan el ánimo y hacen que el oyente participe de la violencia pasional de que en muchos casos parece hallarse poseído aquel orador extraordinario².

La elocuencia de Meriño tenía, en cambio, el inconveniente de extremar la llaneza hasta hacerla caer en una familiaridad exagerada. El peligro de la sencillez consiste en que de ella se pasa frecuentemente a lo familiar; y Meriño no se evade de esa caída sino en aquellas oraciones donde el brío de la imaginación o las turbaciones del ánimo prestan a la palabra una energía inusitada. Sus discursos más notables, por la fuerza del estilo, son precisamente aquellos en

¹ En el discurso pronunciado el 8 de diciembre de 1865, con motivo de la jura de Báez, hay algunos de esos apóstrofes terribles que parecen haber pasado por el fuego que quemó los labos de Isaías. También en las pastorales de Meriño abundan estas figuras patéticas que en el gran orador parecen menos un recurso del arte que un producto incontrolable de la sensibilidad excitada.

² Véase una de esas pinturas emocionantes, trazadas por el eximio prelado con mano verdaderamente maestra, en la carta pastoral sobre la cuaresma de 1888 (*Pastorales*, págs. 80-81), donde Meriño describe la ola de materialismo que ya en su tiempo había comenzado a invadir la sociedad contemporánea. De esa página son estas palabras desoladoras: "La humanidad parece herida de locura según el trastorno general que se nota en las ideas... La corriente de los intereses materiales todo lo avasalla, y olvidanse los hombres de sí mismos hasta el punto de materializarse también, no teniendo atención sino para cuidar de la parte inferior de su ser, esclavizado de todo en todo a sus pasiones y apetitos y devorados por la sed ardorosa e inextinguible de los goces mundanales. Así vemos cómo pasa esta generación en vertiginoso movimiento, arrastrada por el torbellino de las vanidades, sin fe en el alma y sin virtudes en el corazón, pretendiendo fabricar su felicidad absoluta en el tiempo deleznable que se le escapa".

que el orador se halla bajo la presión de sentimientos contradictorios o de situaciones opuestas. Es preciso, en otros términos, que algo estimule o excite sus pasiones para que el estilo se eleve a la altura desde la cual se precipita sobre la cabeza de los hombres el río de la elocuencia.

Pero lo que salva a Meriño, aun en los casos en que su discurso se torna frío por exceso de familiaridad o de llaneza, es cierta gracia que esmalta su estilo y ennoblece su expresión; cierto modo de decir que, aún cuando más se aproxima al de la conversación, conserva un aire de ceremoniosa dignidad, muy parecido al de esa grande oratoria que sirve para anunciar en el horizonte las épocas de madurez de las formas artísticas y de plenitud del espíritu humano.

EL ORADOR POLITICO Y EL ORADOR SAGRADO

Las mejores oraciones de Monseñor de Meriño no son, como podría pensarse, las que compuso como orador sagrado, sino las que pronunció cuando intervino en las disputas políticas y tomó beligerantemente partido en las controversias humanas. En el púlpito mismo no se engrandece ni hace gala de sus dones verdaderamente eximios, sino cuando se hace eco de los tumultos de la calle o cuando un arrebató patriótico lo inflama, despertando la indignación o encendiendo la llama de la cólera en aquel pecho arrogante.

La superioridad del orador político sobre el sagrado, se explica en Meriño por diversas razones. El eminente sacerdote era hombre dotado de extraordinaria riqueza imaginativa y de incomparable exuberancia dialéctica; de temperamento vehemente, apto como pocos para comunicar movimiento a la palabra y calor al discurso; de espíritu poco generalizador, como el de todos los pensadores que gustan de sensibilizar sus abstracciones; de mente ágil, rápida en la concepción y poderosamente eficaz para disponer las ideas en orden discursivo; de fantasía espléndida, de inspiración varonil, de pensamiento poco profundo, pero ardiente y tormentoso.

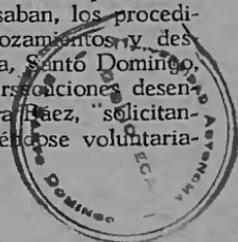
No hay, entre las oraciones pronunciadas por Meriño como Ministro del Señor, ninguna que pueda considerarse como un ejemplar perfecto de elocuencia sagrada. No quiere esto decir, desde luego, que el insigne Príncipe de la Iglesia no haya sido un predicador formidable. Todavía, al cabo de varios lustros, perdura su fama que si ha sobrevivido al tiempo es sin duda porque no fué una aureola fugaz ni una llama móvil, susceptible de extinguirse al primer soplo de la opinión voluble. No puede negarse que sus sermones apolo-géticos y morales se hallan correctamente escritos, con elocución elegante de hombre que conoce su idioma y a quien no le son desconocidos los secretos del instrumento que maneja, pero tampoco podría desconocerse que Meriño se muestra más frío cuando recorre la historia eclesiástica para hacer la exégesis de un misterio teológico que cuando traza, en un discurso político, emocionantes contrastes, hábilmente mezclados con reflexiones de orden moral y con anuncios de castigos sobrenaturales. Muchas de sus homilias mejor compuestas nos dejan indiferentes, mientras que no hay lector que no se sienta conmovido por las acusaciones que, desde la cátedra del Espíritu Santo, fulminó en más de una ocasión contra los enemigos de la patria recién emancipada o contra los cé-sares que erigen la arbitrariedad en única norma de gobierno durante esa primera edad de la República.

Esas requisitorias, llenas de párrafos en que fosforecen las imágenes, no están compuestas, sin embargo, en lenguaje hinchado ni cubiertas de vestiduras lujosas. Pero se encuentran, en cambio, tan henchidas de emoción; se percibe en ellas con tanta claridad el chasquido de la frase, el relampagueo de las imágenes y el oleaje de las ideas; la unidad orgánica que forman el pensamiento y la palabra es tan completa; el discurso recoge tan cabalmente el sentimiento flotante en la atmósfera política de aquellos días y sus imprecaciones se hallan a menudo tan llenas de misteriosos presentimientos patrióticos, que ningún dominicano puede abstraerse al hechizo que emana de esas oraciones que el país lee todavía con unción fervorosa como si por boca del orador hu-

biera hablado uno de sus genios tutelares. En la filípica que pronunció, como presidente de la Asamblea Nacional, contra Buenaventura Báez, nuevamente elevado al solio presidencial por un motín triunfante, parece descubrirse un eco del terrible discurso de Walpole contra Bolingbroke o del de Sheridan contra el célebre procónsul de la India Warren Hastings, sin duda las dos acusaciones más tremendas y elocuentes de todá la historia del parlamento moderno. El público que en aquella oportunidad oyó hablar por boca de Meriño al dios de la elocuencia, se acostumbró a ver desde entonces en aquel jerarca de la iglesia a un arcángel vengador, dotado, como los antiguos profetas, de una especie de inventiva tremenda y lúgubre, de una suerte de sombría inspiración religiosa. Báez, blanco de la admonición memorable ⁽³⁾, debió, en cambio, de representarse en aquel día a Meriño como Héctor a Aquiles, cuando el héroe homérico irrumpe en el campo troyano lanzando las tres imprecaciones y despidiendo aquella llama espantable que Palas le encendió en la frente.

Es claro que muchos de los aciertos oratorios de Meriño, nacidos al calor de la improvisación, no pueden servirnos hoy para confirmar el juicio de quienes le oyeron en la cátedra sagrada, y recibieron directamente de él el toque hechizante de que se halla revestida la palabra de los grandes oradores. No puede olvidarse, en efecto, que en hombres como Meriño, físicamente dotados de recursos excepcionales, el

³ He aquí cómo describe el historiador José Gabriel García el efecto que el discurso de Meriño produjo en las esferas oficiales: "Este discurso, aplaudido con entusiasmo por unos, censurado con acritud por otros, pero escuchado con interés por todos, fué como era natural la nota más saliente del acto de inauguración de la nueva era, por cuanto sirvió de pretexto a los gobernantes para iniciar más pronto de lo que pensaban, los procedimientos arbitrarios que a la postre debían provocar rozamientos y desgracias" (*Historia Moderna de la República Dominicana*, Santo Domingo, 1906, págs. 62-63). El gran orador se libró de las persecuciones desencadenadas poco después por el gobierno de Buenaventura Báez, "solicitando a tiempo un pasaporte para el extranjero, e imponiéndose voluntariamente el destierro" (García, *idem*, pág. 66).



poder de la elocuencia reside tanto en la calidad dialéctica del discurso como en lo que se podría llamar el histrionismo oratorio. No en vano los antiguos retóricos incluían, entre las cualidades indispensables al orador, la buena presencia, la dignidad del continente, la riqueza de sonidos vocales.

Meriño, fuera de sus maravillosas facultades de orden intelectual, poseyó en el mismo grado las de carácter físico: la estatura marcial, el gesto olimpico, la voz innumerable. De la memoria de los conterráneos que le sobreviven no se ha borrado la estampa de aquel orador de continente arrogantisimo que conservaba en la tribuna la gallardía de un atleta en un gimnasio antiguo: todos recuerdan la gentil apostura, la riqueza de la voz, llena de modulaciones prodigiosas; el pausado ademán de los brazos que se abrían, ante el asombro del público, con un movimiento parecido al vuelo majestuoso de los arcos; las pupilas llameantes, el porte magnífico, el aire imperioso, y el aplomo con que se empinaba en el púlpito para desplegar sobre el auditorio su elocuencia como una bandera de palabras.

Si los hombres lo recuerdan sobre la tribuna como a un centauro arrebatado, las mujeres lo evocan como a un efebo ateniense, como a uno de aquellos jóvenes que, escogidos por Sófocles entre los más hermosos de Grecia, formaron el coro de adolescentes que celebró la victoria de Salamina danzando alrededor de los trofeos erigidos por los vencedores en la playa. Pero si se prescinde del aparato exterior que sirve para dar realce al despliegue oratorio, cosa que no podemos apreciar quienes leemos aquellas oraciones inolvidables, privadas del brillo que les prestó el orador y que constituyó gran parte de su virtud taumatúrgica, es forzoso reconocer que Meriño sólo alcanza la sublimidad cuando se levanta en el púlpito o se subleva en el ruedo de las asambleas para confundir a alguien con el relámpago profético o para anonadarlo con la imprecación relampagueante.

EL ESCRITOR

Meriño fué escritor castizo y fluente casi en el mismo grado y con la misma amplitud con que fué orador desconcertante. La claridad y el equilibrio son las dos virtudes que concurren a hacer de su prosa una de las más perfectas de la literatura nacional. No hay conceptos oscuros, no obstante la elevación de las materias por él generalmente tratadas, que empañen esa nitidez diamantina, ni descarrilamientos de carácter gramatical o de carácter lógico que alteren ese orden prodigioso.

Hay, en cuanto escribió Meriño, cierto sabor añejo y cierta solemnidad sentenciosa que traen a la memoria vagas reminiscencias de Fray Luis de Granada. Pero si admitimos de buen grado que Monseñor de Meriño no abuse, como el clásico español, de cierta forma clausular de ritmo demasiado lento y del período muelle y anchuroso, advertimos con pesar, en cambio, la ausencia, en el estilo del escritor dominicano, de esa soltura y de esa gracia mórbida y casi delicuescente que fluyen de la prosa del genial dominico y que tanta aridez restan a la severa fábrica de sus abstracciones metafísicas y de sus comentarios morales. Quisiéramos para Meriño un estilo de cadencia más suelta y numerosa, una construcción menos monótona que halague el oído sin caer en el pecado retórico de la ampulosidad ni en el barroquismo literario. Anhelaríamos para esa prosa de varón consular, no despliegues declamatorios ni marchas orquestales, sino un poco de gracia, esquivia virtud que consiste en cierto mariposeo de las ideas más bien que en el corte de las frases.

Pero Meriño, a pesar de esas fallas que disminuyen sin duda el poder de su elocuencia, puede ser considerado como uno de los mejores modelos de buen gusto y de estilo reposado y noble con que cuentan hasta hoy las letras dominicanas. Sus grandes páginas no tienen sólo un valor doctrinal sino también literario. Sus egregias condiciones de escritor aparecen enérgicamente reflejadas en la irresistible aversión que lo domina por todo lo estrafalario y lo estruendoso. Hubiera

sido natural, en hombre dotado de tan abundante vena oratoria, que en vez de la sequedad de que hace gala cuando escribe, se manifestara un poco gárrulo en las páginas que compuso para no ser declamadas desde el púlpito ni leídas en el ambiente revuelto de las asambleas populares. Pero la prosa de Meriño se nos ofrece siempre como un trasunto de la psicología y del carácter del hombre: así como éste fué un varón de virtudes ejemplares, austero en la conducta y en el juicio, así también aquélla prefiere la economía de adornos al alarde verbal que es con frecuencia una especie de simulación literaria.

Algunas de las pastorales de Meriño, pulcramente escritas, podrían hacer parte de esas crestomatías que aún utiliza la enseñanza de tipo clásico para la educación del gusto literario. Todo es allí castizo y armonioso: desde la dicción que no contiene un solo adorno que pueda rebajarla disminuyendo su decoro, hasta el pensamiento que sólo descende para ponerse al alcance de cuantas inteligencias quieran bañarse en su transparencia luminosa. Las cláusulas de estas pastorales se hallan henchidas de solemnidad, pero sin palabrería y sin locuciones forzadas. Muchos de los conceptos que contienen, sin ser tal vez originales, lo parecen por el brío con que el prelado los siente y los expone.

Todas las páginas que figuran en la colección titulada "Cartas Pastorales"⁴, pueden pasar en su género por obras verdaderamente clásicas: clásicas tanto por la maestría con que Meriño emplea en esas comunicaciones dirigidas al clero de su arquidiócesis el mecanismo del raciocinio como porque el insigne mitrado se mantiene en tales páginas en una zona de alta distinción mental y porque no dice cosas fútiles ni siquiera cuando se detiene a hacer el comentario de materias comúnmente frecuentadas.

Por tres cualidades relevantes se distinguen estas cartas pastorales: por la oportunidad con que Meriño usa de la

⁴ Las "Cartas Pastorales" de Meriño fueron recogidas en 1906 en un volumen "commemorativo del 50 aniversario de la celebración de la primera misa" cantada por el insigne orador sagrado el 3 de mayo de 1856.

erudición y con que hace sus citas, generalmente procedentes de la literatura sagrada ⁵; por la energía de su estilo gravemente sentencioso, testimonio de que en el eximio sacerdote era tan grande el acervo de doctrina como el entusiasmo por la belleza; y por el arte con que realiza las transiciones pasando a veces de cosas particulares a otras de carácter general sin que el lector se dé cuenta de que los distintos razonamientos se desenvuelven conforme a un plan deliberadamente ordenado ⁶.

EL PENSADOR

Meriño, contrariamente a lo que afirma Aristides García Gómez ⁷, no fué un pensador, puesto que se limita, en sus mejores composiciones catequísticas u oratorias, a exponer conceptos de raíz filosófica sin duda, pero que han sido desde hace tiempo vulgarizados por las ciencias sociales. Así, en el sermón que predicó en presencia de Buenaventura Báez el 27 de febrero de 1867 ⁸, después de anunciar a su auditorio que va a exponer los fundamentos de la vida política y

⁵ Todas las cartas pastorales de Meriño se hallan enriquecidas por innumerable aparato de citas no sólo de autoridades eclesiásticas sino también profanas. En la "Carta Pastoral sobre el Cristianismo y las enseñanzas de la Iglesia Católica" (Ver ob. cit., págs. 164-118), el autor hace un verdadero alarde de su erudición asombrosa. Pero lo admirable es que ni en esa ni en ninguna otra de las páginas que escribió mientras ejerció el gobierno eclesiástico de Santo Domingo, hace una sola exhibición de sabiduría que nos parezca ociosa. El insigne prelado, el hombre más docto de cuantos han ocupado hasta hoy la Silla que honró un día Alejandro Geraldini, es tan oportuno y tan sagaz en sus citas que hasta cuando mayor número de autoridades invoca y hasta cuando más empapado se muestra de literatura patristica, nos transmite la impresión de que no hace un simple despliegue de conocimientos sino más bien de que realiza un esfuerzo para dejar la materia en torno a la cual discurre completamente agotada.

⁶ Véanse varios testimonios del arte exquisito con que Meriño enlaza las materias aparentemente más disímiles, en la *Carta Pastoral sobre la Encíclica Inmortalis Dei* y en la *Carta Pastoral sobre el Espíritu de Impiedad* (Ob. cit., págs. 47-64; y 149-162).

⁷ Ver "Portada" del libro "Obras del Padre Meriño", Santo Domingo, 1906.

de la concordancia de ésta con el dogma católico, se circunscribe a desenvolver doctrinas que en nada se distinguen del providencialismo histórico de Bossuet y a recordar el origen de la sociedad civil que el orador asocia, de acuerdo con la famosa Encíclica *Inmortale Dei* de León XIII, con las leyes naturales ⁸. El cuadro trazado por el sapientísimo predicador no tiene siquiera la grandeza poética y deslumbradora del que pinta Lucrecio cuando describe a los hombres saliendo de las selvas misteriosas para unirse a los demás seres de su especie y constituir el primer núcleo fundado sobre el sentimiento de la solidaridad humana.

Meriño podría considerarse, en cambio, como un expositor maravilloso, abundantemente dotado de condiciones extraordinarias para la función didáctica, ya que tuvo, además de la virtud de hacer accesible a todas las inteligencias las verdades teológicas, la facultad de infundir a su discurso el calor contagioso y el arrebató comunicativo que son sólo patrimonio de los verdaderos maestros y de los grandes oradores. Debe añadirse aún a esos privilegios, ya de por sí excepcionales, la sencillez y la propiedad de dicción que el egregio orador adquirió probablemente en el trato continuo con los libros sagrados. Es esa soltura dialéctica y esa pureza de estilo lo que hace que la prosa de Meriño sea, no la más elegante, pero sí la más fluente y enérgica de las letras nacionales.

¿Cuáles son las ideas básicas que traducen el pensamiento social y político de Meriño? En el orden religioso, el ilustre sacerdote, como cuadraba no sólo a su celo apostólico y a su eminente investidura sino también a su austeridad de varón ejemplar que observó siempre sus votos con honradez puritana, hizo gala de un criterio exclusivista y sobremanera dogmático. Su polémica con Eugenio María de Hostos, cuando el insigne pensador antillano llegó al país como abanderado de la enseñanza racionalista, adversa a la escuela de tipo escolástico que era la única conocida hasta ese momento en

⁸ Ver "Obras del Padre Meriño", págs. 38 y siguientes.

nuestro medio, revela de cuerpo entero no sólo al controvertista temible, capaz de manejar con gallardía todas las armas acumuladas en el arsenal de su inmensa erudición, sino ante todo al hombre de convicciones pétreas que se parapeta en sus creencias como en una fortaleza inexpugnable⁹. El dogma no está en Meriño contra la razón, pero sí está por encima de ella: sería imposible imaginarse al elocuente mitrado, como a Maimónides, supeditando el dogma a una autoridad filosófica, aunque ésta sea la de Aristóteles.

El grandilocuente tribuno exhibió en el ágora y en el ruedo de los parlamentos la misma inflexibilidad doctrinaria de que hizo alarde en el púlpito. Del mismo modo como se mostró intransigente y dogmático en puntos capitales de filosofía moral y de controversia religiosa, se mostró también en materias políticas intolerante y ferozmente autoritario. Críticos poco penetrantes le reprochan el haber sacrificado

⁹ Meriño, aunque enemigo acérrimo de "la escuela sin Dios", enérgicamente condenada por él en algunas cartas circulares dirigidas al clero y en la famosa pastoral sobre "las enseñanzas de la Iglesia Católica" (Ver "Cartas Pastorales", págs. 163-181), predicó siempre contra la superstición y el fanatismo, "desfiguraciones de la fe que no hacen sino rodear las almas de sombras para lo presente y de peligros para lo porvenir" (Ver ob. cit., pág. 11).

Pero se mostró siempre, como correspondía a un paladín del espíritu cristiano, adversario de muchas de las teorías constitucionales de que Hostos se hizo apóstol y difundidor en la República: en su maravilloso estudio sobre la Encíclica *Inmortale Dei* refuta, con su elocuencia acostumbrada, el principio de la soberanía popular, teoría que "falsea la base de la constitución de los Estados depositando en ella el germen disolvente de su organización, de su paz y bienestar (Ob. cit., pág. 54); en su "Carta Pastoral sobre el espíritu de Impiedad", se pronuncia a su vez contra la libertad de cultos y contra la separación de la Iglesia y del Estado, dos de los "muchos delirios que apacienta la soberbia en sus desatinados razonamientos" (Ver ob. cit., pág. 155); y en muchos de sus sermones catequísticos se rebela contra la libertad de enseñanza: "No se quiere religión ni en las escuelas ni en el Estado —insiste en una de las cartas pastorales ya citadas. ¡Ya se comprende! Formar una generación sin fe y separar a Dios de la vida pública para facilitarle desahogada medida a las lucubraciones de un materialismo brutal que todo lo corrompe y degrada, es el sueño acariciado de librepensadores apóstatas de las sanas y enaltecidas tradiciones de sus mayores" (Ob. cit., pág. 151).

sus escrúpulos de estadista liberal para asumir la dictadura y el no haber vacilado, para salvar del caos la república, en utilizar la pena de muerte como cualquier caudillo de los tiempos en que un verdadero sentimiento de barbarie presidía nuestras turbulencias civiles. Pero no hay, sin embargo, la menor solución de continuidad en la conducta del Meriño Jefe de la Iglesia y el Meriño Jefe del Estado. Lo que se advierte, por el contrario, es una relación matemática entre las ideas del predicador y los actos del estadista; entre el hombre de gobierno y el filósofo político. Su conciencia moral parte de principios permanentes y con arreglo a ellos juzga las acciones de la voluntad, así en el orden temporal como en el más alto del pensamiento teológico. El hombre, ya baje a la plaza pública o ya oficie en los altares del Señor, no hace ningún género de concesiones ni en cuanto a sus conceptos políticos ni en cuanto a sus creencias religiosas. No existe la más mínima contradicción entre las actitudes del hombre que en 1867 hace en la Catedral la apología de la autoridad y del orden, y el que catorce años después, investido con los atributos transitorios del poder político, lleva friamente al cadalso a veintiún conspiradores.

Sería absurdo todo intento de separar en Meriño el predicador del combatiente político¹⁰. Las dos actividades se enlazan en él con tal fuerza que el orador sagrado sólo invoca a Dios, como los antiguos profetas, para anunciar castigos a quienes son infieles a la patria o a quienes olvidan, cegados por el orgullo o la soberbia, que el polvo y la ceniza son en definitiva los dominadores del mundo. Ni el sacerdote ni el gobernante se desmienten nunca: tan imposible resulta identificar al político con un liberal desatado como imaginarse al jerarca de la Iglesia convertido en un conservador rabioso.

¹⁰ El propio Meriño, en el sermón que pronunció en la Catedral de Santo Domingo el 27 de febrero de 1867, reconoce la dualidad de su oratoria, mezcla de homilía moral y de invectiva patriótica: "Es posible que no falte quien, al oírme, quiera confundir al dispensador de la palabra de Dios con el tribuno político" (Ver *Obras del Padre Meriño*, edición conmemorativa de su jubileo sacerdotal, pág. 37).

De Meriño no se podría decir jamás, como se ha dicho de Wordsworth y del Duque de Rivas, que se inició en la vida pública escribiendo invectivas contra el rey para transformarse a la postre en un cortesano intolerante. Lo que ocurre es que Meriño, cuando se sienta en el solio de Santana, busca en la Biblia, como Cronwell, las justificaciones positivas de su política. "La autoridad —decía el prelado en el sermón de 1867—, es la legítima representación del derecho; es la ley armada con la majestad del poder para impedir la perturbación del orden y los desmanes de la libertad". Más adelante hace, en tono convencido, la loa del orden, eje de la vida organizada: "El orden es el primer elemento de la sociedad: es su base y firme apoyo. Sin él, la unión de los asociados es imposible; porque él es el verdadero sostén de la fuerza moral de las instituciones y el regulador del movimiento social en el uso o ejercicio del derecho común o individual"¹¹. En el sermón de 1867 se percibían ya, pues, los terribles acentos del decreto de San Fernando. Hasta el mes de mayo de 1881, fecha en que asoma de nuevo en el escenario nacional la discordia, Meriño gobierna liberalmente, con prensa libre, con inmunidad parlamentaria, con respeto absoluto a la integridad de la conciencia humana. Pero cuando la violencia intenta interrumpir aquel noble ensayo de gobierno democrático, entendido y practicado con honradez digna de una conciencia romana, aplica sin contemplaciones los recursos del poder y apela aún al cadalso para salvar los fueros constitucionales. Hobbes, espíritu de tendencias li-

¹¹ Estas ideas reaparecen en muchos de los trabajos de Meriño. En la carta pastoral dirigida al clero el 1.º de abril de 1886 (Ver *Cartas Pastorales*, pág. 52), se expresa en los siguientes términos: "El sentimiento de respeto mezclado de veneración y temor que a todo hombre inspira la persona investida de autoridad, es un sentimiento innato, profundamente radicado en el corazón, unánime, constante y universal. Se encuentra en todas las naciones, en todas las razas, en las tribus salvajes como en los pueblos civilizados: comienza en los hijos para con los padres, y en la familia para con el jefe de ella y continúa en todo subalterno para con su superior hasta coronar con esplendente aureola de majestad al poder público en el monarca o en el primer magistrado de la nación".

berales, es conducido lentamente, por horror a las guerras civiles, a hacer la loa de la monarquía absoluta. Meriño, gobernante seducido por la libertad, se ve arrastrado, por aversión a la anarquía, a empuñar en sus manos los odiosos instrumentos de la venganza.

El decreto de San Fernando, tildado de despótico, constituye para mí la página más conmovedora de la vida de Meriño. Reconozco en ese acto tremendo el fruto de una deliberación consciente, y me imagino la crisis que debió de agitar el espíritu del eximio gobernante antes de decidirse a aceptar aquella cita con la historia; asisto a la lucha que debió de desarrollarse en su conciencia entre el magistrado civil y el sacerdote, y lo contemplo durante días enteros indeciso entre el altar y el código; adivino la angustia que invade su corazón de patriota cuando el espectro de la anarquía se levanta otra vez sobre la heredad de sus mayores, y lo veo, con invencible admiración, acogerse a la ley como el guardián al faro en noche de borrasca; comprendo sus temores y participo de sus escrúpulos y sus vacilaciones hasta el instante en que veo brillar en sus ojos, como un relámpago siniestro, la decisión irrevocable; comulgo con su designio de anteponer a la gloria personal la de la patria, y me inclino ante la arisca independencia de su carácter y ante su entereza de ánimo; lo veo desoír las voces de la clemencia y conducirse, para ser fiel a sus deberes, con la crueldad de un tártaro, como si en vez de ser, como fué, un varón pío y generoso, hubiera pertenecido, como Deucalión, a una raza de piedra, inaccesible a todas las debilidades humanas; siento la firmeza con que se levanta sobre el horizonte de los tiempos para medir, al estampar la firma en el documento aterrador, todas las consecuencias de aquel acto, y es entonces cuando mejor comprendo que este hombre superior fué verdaderamente digno de haberse sentado en la propia Silla de San Pedro y de haber vestido la púrpura romana ¹².

¹² Cito este hecho, a pesar de su carácter político, no para hacer el elogio o la censura de Meriño por lo que hubo en él de común con cualquier familiar del Santo Oficio, sino como prueba de la rigidez de sus

convicciones y de la firmeza de su temperamento autoritario y dogmático. No sé si este hecho merece alabanza o vituperio; pero no puedo ocultar mi simpatía hacia la rectitud de este hombre que no vacila en asumir abiertamente ante la historia la responsabilidad de llevar al cadalso a un grupo de conspiradores, cuyas actividades consideró atentatorias a la salud de la patria, contrariando sus ideas democráticas y echando a tierra los escrúpulos de orden moral que forzosamente deben suponerse en un gobernante de esa altura, obligado, hasta por su propia profesión, a respetar principios tan caros a la Iglesia como el de la inviolabilidad de la existencia humana.

Esta actitud de Meriño no puede apreciarse sin hacer hincapié en sus ideas anteriores, expuestas con franqueza en la tribuna parlamentaria y en la cátedra sagrada, y sin tener en cuenta la repugnancia que le inspiró siempre el desorden, repugnancia sólo comparable a la de San Pablo, el Saulo de los hebreos, cuando llega a Atenas y encuentra la ciudad, cabeza de la civilización antigua, sumida en el pecado y en la idolatría.



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

BUENAVENTURA BAEZ



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

Buenaventura Báez fué, desde que la República nace hasta que su popularidad se extingue bajo el empuje de la revolución civilista de 1876, la representación viva del déspota-ilustrado. Si existe el providencialismo histórico, como creía Bossuet, este varón singular fué, sin duda, uno de los primeros caudillos a quienes un designio superior reservó para conducir a su pueblo por los caminos de la historia. Cinco veces fué llevado por los acontecimientos al poder, casi sin que su voluntad interviniera en forma decisiva para promover las estruendosas corrientes de opinión que lo convirtieron reiteradamente en árbitro absoluto de los destinos nacionales¹. No habría hipérbole en creer que fué un instrumento de la Providencia; que fué el elegido de Dios, el hombre del destino.

El solio presidencial se amolda a él como la silla al jinete: su soberanía natural, su autoridad espontánea, su poder de fascinación, su imperio, en una palabra, obran el milagro y forjan el prestigio de este hombre que se precipita como un alud incontenible sobre la opinión nacional, desconcertando a sus émulos y envolviendo su nombre en un aura de popularidad tumultuosa. Pero es evidente que en la preponderancia de Báez, mantenida durante casi medio siglo, no todo se debe a la atracción magnética con que la natura-

¹ Recuérdese el famoso apóstrofe de Meriño en la jura de Báez: "¡Profundos e inescrutables secretos de la Providencia!... Mientras vagabais por playas extranjeras, extraño a los grandes acontecimientos verificados en vuestra patria; cuando parecía que estábais más alejado del solio y que el poder supremo sería confiado a la diestra victoriosa de alguno de los adalides de la Independencia... ¡tienen lugar en este país sucesos extraordinarios! Vuestra estrella se levanta sobre los horizontes de la República y se os llama a ocupar la silla de la primera magistratura. ¡Tan inesperado acontecimiento tiene aún atónitos a muchos que lo contemplan!..." (Discurso pronunciado el 8 de diciembre de 1865).

leza dotó a este caudillo de personalidad desmesurada. Su prestigio debe, en gran parte, atribuirse a su cultura excepcional y a su inteligencia asombrosa. No puede perderse de vista, en efecto, que Buenaventura Báez actúa como una fuerza desconocida o como un cuerpo extraño en una época particularmente favorable a las hegemonías militares. Los hombres que le disputan el mando son conductores de tropas, caudillos indómitos, caporales a quienes transfigura el prestigio de las armas y cuyas proezas encuentran eco duradero y profundo en el corazón de las muchedumbres instintivas. Sólo un hombre de facultades intelectuales no comunes podía resultar vencedor en esa lucha entre la cultura y la barbarie. Sin duda las clases instruidas de la época favorecieron, al menos durante sus dos primeras administraciones, al hombre culto, considerado como el más apto para desembarazar al pueblo el camino de la civilización. Pero muy débil tuvo forzosamente que ser la influencia de las clases ilustradas en esos tiempos azarosos. La ocupación haitiana había extinguido, como una planta peligrosa, la cultura ya decadente de la colonia, y las emigraciones provocadas por el acuerdo de Basilea habían dejado desiertas las salas académicas y ahuyentado del ágora a las musas de la poesía y la elocuencia. Mas no se crea por eso que a Buenaventura Báez le fué fácil brillar sobre las ruinas de la vieja cultura extinguida y de la Universidad clausurada. Hombres excepcionales, formados intelectualmente en las cátedras de filosofía dictadas secretamente en las iglesias o en el comercio con los libros que entraban de cuando en cuando al país como una luz clandestina, sobrevivieron a la catástrofe nacional y en plena esclavitud mantuvieron encendida la llama de los estudios clásicos. Cuando el general Pedro Santana, sin duda el más hábil de los caudillos militares forjados en la guerra de la independencia, busca a un sucesor, suficientemente capaz para confiarle la República todavía vacilante, apela a Buenaventura Báez, quien juntamente con el mando recibe en esa oportunidad el primer homenaje rendido en el país a la ilustración por la preponderancia de la espada.

Como escritor, único aspecto bajo el cual debe ser aquí analizada esta personalidad desconcertante, Buenaventura Báez es acreedor a un sitio eminente en la historia de las letras dominicanas. La prosa en que se hallan escritos sus discursos políticos, no contiene fruslerías literarias, pero es sin duda la más densa de ideas con que cuenta la literatura nacional en obras de ese género, tan apropiado al genio y al carácter de este estadista de temperamento frío y cauteloso. Su fábrica oratoria guarda una extraña semejanza con su mentalidad de gobernante: cláusula vertebrada, sin divagaciones ociosas; pensamiento nutrido y consistente que actúa sobre los demás hombres como una fuerza activa; poca retórica, únicamente la necesaria para embellecer las partes del discurso en que las imágenes surgen de un modo espontáneo, traídas por el movimiento mismo de las ideas. La lógica de este agudo pensador político se desenvuelve siempre sobre una línea recta y su argumentación imita la marcha de una máquina que se dirige derechamente y sin vacilación a un punto dado. Nada de rodeos que desvíen de su cauce natural el pensamiento, expuesto con frialdad anatómica; ningún eufemismo que oscurezca la expresión, construida con nitidez casi didáctica; y, sobre todo, tendencia bien visible a sensibilizar aún los conceptos de carácter especulativo y a poblar el mundo de sus concepciones políticas no de fórmulas vagas, no de fantasmas metafísicos, sino de verdades positivas y de afirmaciones concretas.

La primera impresión que nos produce un discurso de Buenaventura Báez es la de que ha sido compuesto por un hombre educado en los principios absolutos y en la lógica cerrada de los ensayistas ingleses del siglo XVIII: los políticos tropicales no tienen el hábito de exponer con semejante frialdad su pensamiento ni de mostrarse desdeñosos de la retórica hasta el punto de reducir el ejercicio dialéctico a una operación de cirugía literaria. El insigne parlamentario introduce en la república un estilo de oratoria en que la palabra nada vale como elemento de captación de la voluntad colectiva. No se trata aquí, en efecto, de ese género de elo-

cuencia que explota ante todo la acústica y que en los países latinos se ha usado siempre para toda empresa proselitista y para toda movilización doctrinaria. La de Báez es una oratoria a la usanza inglesa, impotente para provocar grandes reacciones sentimentales, pero poderosamente apta para seducir las inteligencias no por obra de las pasiones sino más bien por obra de la reflexión. El sagaz estadista, tal vez el hombre de mayor olfato político que el país ha conocido, no era orador para grandes auditorios, porque su elocuencia no sólo carece de amplitud y resonancia sino también de animosidad combativa. Si alguna afinidad tiene este modo de decir no es precisamente con la oratoria de la plaza pública, con la de las concentraciones plebiscitarias; a la que en realidad se aproxima es a la elocuencia propia de la cátedra, que es esencialmente expositiva ².

² Véanse en el libro *Documentos para la historia de la República Dominicana* (publicado por el Archivo General de la Nación, Ciudad Trujillo, 1944) algunos documentos políticos de Buenaventura Báez, redactados en la prosa sin redundancias retóricas que fué peculiar al eminente estadista. Entre sus proclamas, no obstante el carácter circunstancial de tales manifiestos, son dignas de leerse las que dirigió *A los dominicanos* el 1.º de octubre de 1857 (Ob. cit., págs. 396-407), y la que lanzó desde Saint-Thomas *A sus conciudadanos* el 1.º de agosto de 1853, documentos notables donde no sólo hace, con lujo de pormenores y con singular fuerza dialéctica, la defensa de su obra de estadista, sino que también se extiende en consideraciones sagaces sobre la situación social y económica de la República durante los primeros años de independencia. El primero de estos documentos tiene especial importancia como índice del pensamiento de Báez en lo que respecta a las posibilidades de que el país mantuviera o no su soberanía sin el auxilio de otras naciones: el gran gobernante se muestra allí, enefecto, partidario de una confederación de la República Dominicana con Colombia y otros Estados suramericanos que habían logrado ya hacerse independientes y que a la sazón trataban de hallar una fórmula que les permitiera asociarse sin menoscabo de sus derechos privativos. He aquí los términos en que se expresa sobre este punto: "En las Repúblicas suramericanas se agita un gran pensamiento: la confederación de aquellas que acepten una forma verdaderamente democrática. Invitado por la Nueva Granada, que es hoy una república modelo, vi aproximarse el momento de realizar mis deseos, afianzando para siempre la libertad de mis conciudadanos. Se me indicaba también que sería acertado comenzar esta obra grandiosa por la declaración explícita de que los ciudadanos

Pero no por eso dejan estos oradores, condenados por la propia indole de su elocuencia a mantenerse en la esfera del conocimiento positivo, de tocar a veces con la palabra fibras eminentemente emotivas y de producir tremendas movilizaciones de la opinión pública con la sola fuerza del razonamiento. El discurso de Sheridan contra Warren Hastings, considerado por Byron como la mejor arenga que se haya oído nunca en el parlamento británico, sacudió a toda Inglaterra sin que el egregio orador empleara en esa oración memorable una sola frase ruidosa ni una sola figura redundante. La oratoria de Báez, aunque desprovista no sólo de rimbombancia y de número sino también de casi todos los resortes emocionales que mueven violentamente el ánimo, creó, sin embargo, conciencia en el país sobre muchos problemas de orden político. En el primero de sus grandes discursos, pronunciado ante el Congreso Nacional para hacerse cargo en 1849 de la presidencia de la República, expone con valentía y claridad la doctrina que más profundamente ha agitado la opinión del país y que en él tiene desde entonces su encarnación más descollante y vigorosa: la nacionalidad dominicana, constantemente perseguida por Haití, no puede prosperar y subsistir sino bajo el amparo de una potencia extranjera³. El gran estadista, contrariamente a lo que se podría

dominicanos conservarían sus derechos aunque se hicieran también ciudadanos de algunas de las Repúblicas Suramericanas. Esta última idea fué sometida en un Mensaje especial al Senado y fué aceptada con entusiasmo...".

³ "Es mi dictamen que debe activarse y agitarse a la mayor brevedad —dice al exponer en ese discurso su programa de gobierno—, la solución de la cuestión por la cual se obtenga la intervención y protección de una nación fuerte, aquella que más ventajas nos ofrezca... Cuando una nación no puede desarrollar los elementos de prosperidad que en si contiene, hace causa común con un Estado más poderoso que le ayude en la guerra..." (Ver *Documentos Legislativos*, tomo 5.º de la *Colección Trujillo*, pág. 246).

La actitud adoptada aquí por Buenaventura Báez se juzga generalmente como un acto de infidelidad a la República o como una falta inexcusable de fe en sus destinos futuros. Como suele ocurrir con frecuencia, se juzga el hecho aislándolo de las circunstancias que lo explican, y se

esperar de su genio cauteloso, incapaz de obedecer a impulsos sentimentales mal dirigidos, desnuda desde el primer instante su pensamiento y lo exhibe fríamente ante la conciencia nacional. La posición adoptada desde entonces por Buenaventura Báez, las veleidades anexionistas que caracterizan su nombre ante la historia, no han dejado de suscitar críticas violentas y de promover contradicciones. Pero lo que aquí se trata de señalar, para destacarlo como uno de los rasgos que mejor perfilan su oratoria política, es la tendencia del gobernante a exponer con diaphanidad sus ideas y a no disimularlas bajo una máscara retórica. Este género de oratoria, antípoda del que ha predominado hasta hace poco tiempo en todos los países latinoamericanos, donde la simulación imaginativa y el derroche verbal han sido aún más frecuentes en la tribuna política que en la producción literaria, no fué sólo en Buenaventura Báez un reflejo de su mente disciplinada y de su temperamento de hombre práctico que aplicó sin disfraces su agudo sentido de observación al estudio de las realidades nacionales. Ese modo de decir, desembarazado y enérgico, es también una de las manifestaciones con que se expresa en el campo político su honradez doctrinaria. En

olvida consciente o inconscientemente que en todos los tiempos el mundo político se ha dividido entre dos clases de actores: el de los espíritus limitados que crean la historia abrazándose cuerpo a cuerpo con la realidad, y el de los idealistas que la fecundan y la impulsan encendiendo en los incrédulos la llama del ideal y acortando con su fe las distancias que separan en cada momento histórico la utopía del sueño consumado. No debieron de ser tan antipáticas a sus contemporáneos las ideas anexionistas o semianexionistas de Báez, cuando casi un siglo después esas mismas ideas, dotadas al parecer de vitalidad asombrosa, resurgen con otros dominicanos a quienes no se les podría tildar de políticos egoístas o vulgares: Eliseo Grullón, por ejemplo, fué en sus últimos días partidario de la concertación con los Estados Unidos de un acuerdo semejante al que, con el nombre de Enmienda Platt, sujetó por largo tiempo a importantes limitaciones la soberanía de Cuba: "La conveniencia política a una con los elementos de libertad y de progreso que nos está dando Cuba, son motivos suficientes para inducirnos a concertar con aquéllos (los Estados Unidos) una como Enmienda Platt que ponga coto a la anarquía del país y nos impida seguir destruyéndonos unos a otros..." (*Del Mediterráneo Al Caribe*, Santo Domingo, 1905, pág. 130).

la vida pública de Buenaventura Báez se advierte una impresionante fidelidad a sí mismo. El conductor de multitudes es consecuente hasta la hora de la muerte con sus ideas medulares. Sus doctrinas, buenas o malas, justas o erróneas, fueron el fruto de una convicción inquebrantable, y fué sin duda esa circunstancia la que le infundió el coraje necesario para sostenerlas con gallardía y terquedad frente a quienes proclamaban, desde el campo adverso, su fe en una república utópica regida por gobiernos eminentemente civiles.

Báez representa sin duda el tipo del político positivista que habla con parquedad y profesa con fervor sus ideas reaccionarias. Dechado de estadistas astutos, pero al propio tiempo veraces, no oculta su verdadera intención ni siquiera en circunstancias en que el estímulo demagógico parecía naturalmente invitarlo a las frases huecas y a las declaraciones ampulosas. Báez no se presenta nunca ante sus electores como el hombre de la promesa sino como el hombre de la afirmación. Cuando por primera vez comparece ante las Cámaras para hacerse cargo del órgano ejecutivo, no hace la apología del liberalismo romántico, tan caro a los fraseólogos de la época, sino que promete sencillamente gobernar con firmeza y retener en sus manos todos los poderes necesarios para que en torno a él se desenvuelva con seguridad la máquina del Estado⁴. Nada de extrañío tiene que la prosa de Buenaventura Báez, dados los rasgos de su carácter ya aludidos, no sea un modelo de prosa retórica sino de prosa empapada de realidad, eco fiel de la vida y no de falsas abstracciones. La sencillez es su cualidad relevante. La cláusula se halla tan estrechamente ceñida al asunto como la carne al hueso. Todo en esta prosa medular denuncia al hombre de estado: la rigidez de la sentencia, la severidad de la arqui-

⁴ He aquí la fórmula en que sintetizó su programa de gobierno: "Me desvelaré porque mis actos lleven el sello de la justicia; mas como debo responder a la confianza pública, llevarán también el de la firmeza" (Ver *Documentos Legislativos*, tomo 5.º de la "Colección Trujillo", página 248).

ectura oratoria, el movimiento reposado de la oración y el nervio del lenguaje.

Aún hay otro rasgo, menos superficial y extrínseco que los anteriores, que proclama con fidelidad la estirpe del estadista y que al propio tiempo completa la fisonomía literaria de Buenaventura Báez como escritor político: el don de la observación moral, inestimable conquista del hombre que ha aprendido a descubrir, en la feria de los negocios del día y en el trato frecuente con sus semejantes, los móviles que andan a menudo ocultos en el río revuelto de las pasiones humanas.



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

TOMAS BOBADILLA

Pocas veces se habrá dado en la historia una unidad más íntima entre el hombre y la palabra como en el caso de Tomás Bobadilla: prosa yerta y opaca, sin movimiento poético y sin calor efusivo; frase áspera que nunca agrada, pero que convence siempre porque rara vez gira en torno de la vaguedad o del vacío; y estilo diplomático, lleno de sinuosidades y evasiones, imagen fiel del hombre que desea ocultarse entre los pliegues de su propia elocuencia, y que muestra siempre menos dotes de las que tiene, como una fiera que disimula hábilmente el tamaño de sus garras de animal cauteloso.

El primer documento de importancia en que Tomás Bobadilla muestra sus aptitudes intelectuales es el manifiesto del 16 de enero ¹. El aparato jurídico de esta pieza, redactada como tal con orden lógico extraordinario y sin consideraciones postizas, es digno de admiración; pero la forma, aunque carece de ampulosidad, es en conjunto mezquina y en algunos trozos resulta abominable. La causa de la independencia se ofrece allí a la consideración del mundo menguada por una prosa sin altura. Bobadilla, hombre sin ideales, y, lo que es peor, sin escrúpulos, no sintió la grandeza del principio que enunciaba, y fué, sin duda, entre los creadores de la República el menos apto moralmente para erigir aquel mo-

¹ El propio Bobadilla confesó, en el discurso que pronunció ante el Congreso Nacional el 10 de junio de 1847, que el manifiesto del 16 de enero era obra suya: "Yo fui el primero que dije: Dios, Patria y Libertad; yo fui el autor del manifiesto del 16 de enero; yo en la noche del 27 de febrero me encontraba a la cabeza del pueblo; yo fui el Presidente de la Junta Gubernativa más de tres meses, el que dirigió los negocios públicos, uno de los fundadores de la Patria sin ninguna ambición ni ningún interés personal...".

La confesión era sin duda innecesaria porque el estilo de esa proclama mediocre denuncia su paternidad en forma que no admite objeciones.

numento a la libertad humana. Si se compara este manifiesto, escrito con mentalidad de funcionario adocenado, con el que redactó Núñez de Cáceres para proclamar la independencia de 1821, será fácil medir la inmensa distancia que separa a los autores de ambos memoriales: el uno escribe con la frialdad de un notario que repasa tranquilamente las causas de la operación que va a protocolizar cumpliendo más con un deber propio de su oficio que con un deber de conciencia; y el otro, en cambio, habla como un hombre poseído por la fe en sus ideas y arrebatado por el orgullo de la nacionalidad que trataba de arrancar a la noche de la esclavitud y que hervía desde tiempo atrás en su corazón con toda la fuerza de las pasiones exaltadas.

El manifiesto de Bobadilla, si se prescinde de las partes en que manifiestamente imita el acta de independencia de los Estados Unidos, es la obra de un filósofo, a veces cínico y otras veces escéptico, que sólo concibió la libertad como una cosa abstracta; y en el de Núñez de Cáceres, por el contrario, se percibe, por debajo de las fórmulas doctrinarias, la pasión política del hombre, y el alma ardiente del poeta que más de una vez se sintió invadido por la inspiración y elevado por ella a cumbres tempestuosas.

La obra de Bobadilla no se distingue siquiera por su corrección académica: pero no son las faltas de régimen ni otras minucias gramaticales lo que hace este documento indigno del ideal que en sus páginas aparece empequeñecido y glacialmente enunciado; es más bien la falta de dignidad y la fría manufactura de las cláusulas y, sobre todo, la nitidez con que en algunos pasajes de este memorial de agravios se proyecta la conciencia de su autor, produciéndonos con su contacto un escalofrío semejante al que sentiría quien pasara desprevénidamente los dedos sobre una piel escamosa. Cuando la proclama afirma que "habrá un entero olvido de votos y opiniones políticas emitidas hasta esta fecha", nos parece percibir en esa frase la voz del protegido de Boyer que se halla cubierto de baldón y que ahora trata de que sus conciudadanos olviden las miserias de su conducta pasada. Hasta

cuando formula una sentencia que en boca de otro personaje no suscitaría ningún recuerdo ingrato, nos imaginamos fatalmente que el autor del manifiesto quiere justificarse ante la posteridad por haber vivido y prosperado al arrullo de las cadenas: "Considerando: que un pueblo que está obligado a obedecer a la fuerza y obedece, hace bien; y que luego que puede resistir y resiste, hace mejor" ².

En otras de sus páginas políticas fué, sin duda, más feliz Bobadilla. El estilo continúa careciendo de vigor, no obstante el empeño del sagaz parlamentario por alcanzar en algunos períodos verdadero movimiento tribunicio. Pero si el discurso adolece de falta de calor, de temperatura oratoria, y si no hay en él un solo párrafo que no suscite el recuerdo del hombre en quien se reunieron todas las deformaciones de orden moral que hacen abominable al animal humano, no pueden desconocerse en Bobadilla ciertas arrogancias del pensamiento, ciertas facultades analíticas y cierta intuición genial que alumbra los problemas más oscuros y descubre en ellos aspectos que permanecerían en la sombra para un espíritu menos lógico o para una inteligencia menos friamente organizada. Algunas frases suenan ciertamente en su boca a herejía o sacrilegio, como cuando llama a la justicia "la reina del universo" ³, o cuando toma en sus labios, para mancharlo, el nombre del Fundador de la República; pero nuestra admiración, seducida a veces por el despliegue de cinismo con que este hombre diabólico trató siempre de sorprender

² El redactor del Manifiesto del 16 de enero de 1844 fué el mismo hombre que compuso el 3 de julio de 1830 las *Observaciones sobre las notas oficiales del Plenipotenciario del Rey de España y los de la República de Haití, sobre el reclamo y posesión de la parte del Este*, páginas sólo comparables, en la historia del mundo, a las que escribió Reinoso bajo el rótulo de "Examen de los delitos de infidelidad", insolente y hábil justificación de los crímenes de traición a la Patria.

³ Ver Discurso pronunciado por Bobadilla, en su calidad de Presidente de la Junta Central Gubernativa, el 26 de mayo de 1844, durante una reunión provocada con el objeto de solicitar el apoyo de las autoridades, empleados y comerciantes de la ciudad de Santo Domingo en favor del proyecto de poner la República bajo la protección "de su Majestad el Rey de los franceses".

la buena fe de sus conciudadanos, se rinde ante la sagacidad del estadista sin escrúpulos que preparaba sus discursos como un comediante de genio prepararía la escena. Léase el discurso pronunciado por Bobadilla el 16 de mayo de 1844, ante una asamblea de notables, y se sentirá forzosamente, al recorrer aquellos pensamientos sinuosos, hilvanados con cautela que evoca el sigilo de la fiera antes de sorprender a su víctima, invencible repugnancia por el hombre, pero también entusiasmo, delirio casi por el sofista que nos atrae al fondo de su argumentación para envolvernos en ella como en una red traicionera, pero sin duda poderosa.

Los discursos de Tomás Bobadilla, casi siempre descuidados en su dicción y aún gramaticalmente incorrectos, se encuentran llenos de aforismos prácticos y de reflexiones felices. No traducen nunca el pensamiento de un hombre entero ni el de un político virtuoso; pero sí son la obra de un pensador agudo que no tomó como númen tutelar de su inteligencia a ningún dios académico sino a la misma sombría deidad que debió de asistir a José Fouche, el siniestro ministro de Luis XVI, cifra como él de todas las contradicciones que caben en la naturaleza humana. En seis o siete discursos⁴, consagrados al estudio de los problemas nacionales

⁴ Los discursos más notables que pronunció Bobadilla, durante su sinuosa carrera de conductor político, son los siguientes: el pronunciado ante la Asamblea Constituyente, el 26 de septiembre de 1844, donde denigra soezmente a Duarte y habla de los horrores desatados sobre el país por Boyer, de quien fué uno de los colaboradores más estimados; el que pronunció ante una asamblea de notables, el 26 de mayo de 1844, como Presidente de la Junta Central Gubernativa; el que improvisó ante el Congreso Nacional, el 10 de junio de 1847, donde se pinta a sí mismo como "un buen dominicano, sin ambición ni aspiraciones a empleos ni a dignidades"; el que leyó ante la Asamblea Revisora, el día 7 de diciembre de 1854, para hacer el análisis de la Carta Orgánica abolida por la revolución del 7 de julio de 1857; el que pronunció, como Presidente del Senado Consultor, el 5 de enero de 1859, donde ataca abiertamente a Báez y hace la apología del nuevo presidente, general Pedro Santana; el que leyó, como Presidente del Senado Consultor, el 27 de junio de 1859, para declarar cerrada la legislatura de ese año; y el que pronunció, finalmente, el 11 de diciembre de 1858, durante la instalación de la Logia "Constante Unión N.º 8", de la ciudad de Santo Domingo.

más importantes de la época, encierra Bobadilla no sólo sus propias ideas y sus propios sentimientos sino también los de toda una raza de políticos que se han distinguido en el país por su moral ferozmente utilitaria. Cualquier oído atento percibe en las reflexiones del Presidente de la Junta Central Gubernativa un rumor semejante al del insecto que no deja nunca de aparecer donde quiera que un estado de descomposición lo reclama para convertirlo en heraldo de miserias físicas o de podredumbres morales.

Espejo en que se podrían contemplar todos aquellos dominicanos que desde la independencia hasta nuestros días sólo han llevado a la vida pública astucia o egoísmo, Tomás Bobadilla no fué más que el hombre de genio que en un momento dado asumió la representación de ese animal político. Su tragedia consistió en haber sido una voluntad enérgica a la que las circunstancias condenaron a vivir casi siempre sometida a otra más dominante. Pedro Santana y Buenaventura Báez han tenido forzosamente que experimentar ante él esa sensación de desconfianza y de miedo que sobrecoge el ánimo de todos los hombres en presencia de las naturalezas demasiado ambiciosas o demasiado originales.

No careció Tomás Bobadilla de ciertos rudimentos de cultura clásica. El discurso que pronunció en la Gran Loggia Nacional, el 11 de diciembre de 1858, revela que no fué extraño a la filosofía y que no todos sus conocimientos se redujeron a los que en aquel tiempo debían constituir el acervo indispensable de un hombre de gobierno o el de un constitucionalista improvisado. Sus demás piezas oratorias, sobre todo sus numerosas intervenciones parlamentarias, nos permiten adivinar en él al lector asiduo de los folletos del abate Sieyes y de las doctrinas constitucionales inventadas o difundidas por la demagogia francesa. El análisis que hizo, ante la Asamblea Revisora, del proyecto de Constitución que en 1854 preparó Santana para consolidar su dictadura, es la obra de un maestro de la simulación que disfraza hábilmente su pensamiento y apela al buen sentido nacional con eufemismos retóricos para hacer su frase aterciopelada y su

argumentación insinuante. Como en todo lo que escribió Bobadilla, el más diestro escamoteador de la verdad que el país ha conocido en más de un siglo de existencia independiente, llegamos al final de ese discurso sin saber quién era aquel comediante habilidoso: si un mal ciudadano que trata de hacernos caer en el lazo que nos tiende constantemente su astucia, o si un estadista intuitivo y de buena fe que se empeña en fijar su experiencia política en máximas de pulcritud sobrehumana.

Sólo una vez, en toda su larguísima carrera de farsante político, se nos presentó Bobadilla revestido de pequeñez repugnante: es cuando en 5 de enero de 1859, poco después del triunfo de la revolución iniciada el 7 de julio de 1857, ataca a Báez de frente y no en la forma disimulada y sinuosa a que debió su inmenso crédito como contendor escurridizo. El arma propia de su inteligencia no era la maza del luchador que arremete en campo abierto, sino el puñal del enemigo taimado que conspira en la sombra: de ahí la decepción que nos produce verlo herir a plena luz y revolverse lleno de cólera contra su adversario como cualquier vulgar contendor que se deja vencer por sus pasiones y abre cándidamente el pecho a los arrebatos de la enemistad rencorosa. Bobadilla embistiendo a Báez sin máscara, no es Bobadilla como Fouché no sería Fouché traicionando al Primer Cónsul sin recato: esa actitud generosa y limpia, acaso el único rasgo de honradez que tuvo la debilidad de ofrecer a nadie en su vida, priva a su figura de todo el encanto satánico con que aparece ante nuestra fantasía este artista de la política, genio de la simulación e instrumento de todas las concupiscencias humanas.



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

ROSA DUARTE

El talento literario no entró entre los dones que otorgó el cielo a la familia del Padre de la Patria. Las cartas que se conservan de Juan Pablo Duarte, y los versos que Emiliano Tejera atribuye al fundador de la república ¹, revelan nobleza de ánimo y de sangre, pero no vocación para las letras. El tono desgarradamente patético de algunas de esas comunicaciones epistolares, reflejo del alma candorosa de uno de los hombres más buenos y más puros que han existido en el mundo, no basta a cubrir el vacío intelectual que se advierte en tales páginas, dignas del mayor respeto porque contienen el testimonio de una sensibilidad patriótica verdaderamente infinita, pero lamentables en cuanto a falta de sentimiento poético y en cuanto a ausencia casi total de fibra literaria ².

¹ He aquí los versos que el gran investigador copió en Caracas, donde Duarte se hallaba a la sazón desterrado y donde su musa escuálida, sin duda indigna de la grandeza de aquel varón sublime, lloró las penas de la ausencia en estrofas lastimeras:

Era la noche sombría
y de silencio y de calma;
era una noche de oprobio
para la gente de Ozama;
noche de mengua y quebranto
para la patria adorada,
el recordarla tan sólo
el corazón apesara.

Ocho los míseros eran
que mano aviesa lanzaba
en pos de sus compañeros,
hacia la extranjera playa.

Ellos, que al nombre de Dios,
Patria y Libertad, se alzaran;
ellos, que al pueblo le dieron
la Independencia anhelada,
lanzados fueron del suelo
por cuya dicha lucharán;
proscritos, sí, por traidores
los que de lealtad sobran;
se les miró descender
a la ribera callada,
se les oyó despedirse,
y de su voz apagada
yo recogí los acentos
que por el aire vagaban.

² Hay un solo documento en que Duarte aparece con toda la dignidad que ha hecho de él uno de los más grandes libertadores de

Pero hubo en el seno de esa familia de atridas, de seres perseguidos por los hados y dignos sin excepción de figurar en una tragedia esquiliana, una mujer que manejó la pluma con gracia y con soltura: Rosa Duarte, hermana predilecta del libertador, y el único miembro de aquella casa a cuyo nacimiento asistieron las musas con aire no espléndido pero sí bondadoso. Sin ser una artista del lenguaje y sin poseer un sentido plenamente desarrollado de la hermosura literaria, sabe expresar llanamente sus ideas y dejarnos en sus escritos la impresión de que supo medir antes que nadie la grandeza de esta especie de niño inmortal que fué Juan Pablo Duarte. Sus "Apuntes para la historia de la isla de Santo Domingo, y para la biografía del general dominicano Juan Pablo Duarte y Díez", se encuentran vertidos en prosa ágil, ennoblecida por una sencillez de expresión que no es frecuente hallar en la literatura de aquel tiempo, supeditada todavía al énfasis retórico. No se trata de una obra de arte, escrita con efusividad poética y tocada por el prestigio de la imaginación creadora. Pero esas notas, enlazadas sin método y compuestas sin ningún escrúpulo de estilo, se leen con agrado porque nos hacen desde el primer momento partícipes de la emoción con que sin duda las redactó la autora.

Como de las cosas demasiado amadas, se habla en estos apuntes del libertador con ternura casi temblorosa. Abundan en las notas de Rosa Duarte las frases descosidas, y a veces los párrafos, mal unidos, tienen algo de la

la tierra: la carta que dirigió el 20 de julio de 1844 a los habitantes de Puerto Plata, declinando la presidencia de la República, que a la sazón le era ofrecida por las poblaciones del Cibao. Esa carta memorable, sin duda el documento político más conmovedor de la historia nacional, parece verdaderamente dictada desde una montaña de la Biblia. De ella son estas palabras de oro: "Sed felices, hijos de Puerto Plata; y mi corazón estará satisfecho aun exonerado del mando que queréis que obtenga; pero sed justos, lo primero, si queréis ser felices. Es ese el primer deber del hombre; y ser unidos, y así apagaréis la tea de la discordia y venceréis a vuestros enemigos, y la patria será libre y salva. Yo obtendré la mayor recompensa, la única a que aspiro, al veros libres, felices, independientes y tranquilos".

incorrección y del desorden que caracterizan al discurso improvisado. La hermana del Fundador de la República debió de expresarse exactamente con la misma incoherencia con que escribe, porque no hay nada más distante de la afectación que estas páginas, en cada una de las cuales su pensamiento aparece traducido con fidelidad fotográfica. Pero la incorrección no indica en ella torpeza en el manejo del idioma. Rosa Duarte escribe, por el contrario, con facilidad, a veces con tersura. El valor histórico de su obra, inmenso sin duda por la cantidad de detalles que suministran sus apuntes acerca de algunos episodios capitales de la independencia nacional, se halla realzado, desde el punto de vista literario, por la efusión calurosa con que en estas frases, negligentemente enlazadas, se transparentan sus afectos íntimos y sus reminiscencias personales. Cuando habla de la bondad del Padre de la Patria, del cerco de admiración que se formó en torno a su figura de hombre sobremañera virtuoso, tiene para encarecer aquel hecho palabras que calan hasta el fondo de nuestra sensibilidad por la limpieza de su acento y por su fibra humana.

No es posible recorrer ciertos pasajes de la obra de Rosa Duarte sin que a nuestra memoria acuda inmediatamente el recuerdo de aquellos apuntes del *Diario* de Colón, en que el gran navegante encarece, con lenguaje también típicamente antípoda de toda afectación retórica, la belleza del mundo que acababa de descubrir y que aun se ofrecía a sus ojos envuelto en el misterio. La heroína dominicana se preocupa, exactamente lo mismo que el Descubridor, porque sus encarecimientos no se juzguen exagerados, y apela al testimonio ajeno con ingenuidad encantadora³. Esta gra-

³ "El general Juan Alejandro Acosta, que vive, puede decir si yo, Rosa Duarte, no digo verdad". (*Apuntes*, 24 de julio de 1843).

Frases como la anterior abundan no sólo en el *Diario* sino también en las cartas que dirige Colón a los Reyes y al Tesorero Real Luis de Santangel para describirles las maravillas del mundo por él recién descubierto: "Y finalmente, dice que cuando al que lo ve le es tan grande admiración, cuánto más será a quien lo oyere, y que nadie lo podrá creer si no lo viere...". (*Diario*, 25 de noviembre).

cia infantil, este adorable y candoroso abandono que no excluye, sin embargo, ni el análisis perspicaz ni la observación minuciosa, no constituye ciertamente uno de los menores encantos de estos apuntes tan próximos a la emoción incontaminada, al sentimiento puro. Por grande que sea el hechizo de las obras doctamente escritas y de las ideas prolijamente elaboradas, siempre resultará inferior al de esas otras páginas en que el afeite no desnaturaliza la frescura de la primera impresión y en que las palabras traducen emociones que parecen brotar directamente de aquellas zonas vírgenes de la sensibilidad donde las musas de la inspiración sonríen al hombre en la inocencia de su gracia y de su juventud inmortales.

¿Por qué vale literariamente la obra de la autora de los apuntes biográficos del Fundador de la República? Sin duda por la frescura con que nos trasmite su propia emoción y la de sus contemporáneos en una obra que carece de estilo, pero que rebosa sinceridad y nobleza. Contienen los apuntes de Rosa Duarte rasgos verdaderamente candorosos y arranques casi sublimes de auténtica ternura. El patriotismo de la mujer y el afecto de la hermana llegan en estas notas biográficas a un grado de efusividad y de grandeza que en vano se buscarían en obras nacidas al calor de la fantasía o hijas de una escrupulosa industria literaria. Para merecer una mención como escritora, como mujer de pocas letras pero de temperamento poderosamente emotivo, basta tener en cuenta que Rosa Duarte tuvo el acierto de no ofrecernos su obra menguada por ninguna consideración sensiblera. Otra mujer menos sublime, hubiera desnaturalizado las efusiones del sentimiento, a las cuales se entrega cuando interrumpe la narración para mezclar en ella algún recuerdo personal o algún detalle íntimo, con arrebatos excesivos, propios de quien llevaba en el alma el orgullo de su proceridad portentosa. Pero la hermana del Fundador de la República se encierra dentro de los límites de la misión histórica que se impuso, y escribe sus apuntes con sencillez digna de una mujer nacida a orillas del Euro-

tas, educada en el infortunio y en la austeridad como las madres de Esparta.

Hay pasajes de las memorias de Rosa Duarte que no pueden recorrerse sin sentir en el corazón un estremecimiento sagrado. En algunos lugares se siente todavía húmeda la pincelada que impregnó la página de inconmensurable tristeza. Algunos episodios de la vida del Padre de la Patria, aunque referidos en prosa desarticulada, cobran en estos apuntes interés eminentemente dramático. Escenas pueriles, hechos que resultarían, descritos por cualquier otra persona, aunque esa persona fuese un escritor consumado, intolerables a fuer de ingenuos, infantiles a fuer de cándoros, tienen en la narración de Rosa Duarte un sabor único que se apodera de nuestra alma con encanto irresistible. Esta prosa, balbuciente y torpe como el habla de un niño, posee, sin embargo, esa especie de fresca objetividad que caracteriza el arte tosco de los cronistas primitivos, mezcla de curiosidad infantil y de perspicacia instintiva. No puede darse ejemplo de sintaxis más incoherente y de prosa más descosida que las de los apuntes correspondientes al 8 y 15 de marzo de 1844, destinados a describir el arribo de Duarte, que vuelve del destierro y se reintegra a la patria por él emancipada. Pero el arte más poderoso, con todos sus recursos técnicos y toda la fuerza que cabe en la máquina del estilo, no podría darnos la impresión de viveza y de sinceridad que se desprende de los párrafos deshilachados en que la hermana del Padre de la Patria describe las escenas que se registraron en la casa de la madre, viuda desde hacía varios meses, el día de la entrada en ella del proscrito. La ternura que llena esos renglones, que invade la descripción como una de esas olas de profunda emotividad que recogen todo el dolor depositado por la vida en el océano de los sentimientos humanos, sólo pudo expresarla una mujer que llevaba en el corazón el orgullo de su estirpe y que escribió poseída por la seguridad de que su voz sería escuchada en el recinto de la historia.

Abundan en los apuntes de Rosa Duarte rasgos de formidable ironía y aun de amargo humorismo. Trátase de lamentaciones no emponzoñadas, pero sí acerbas, que toman con frecuencia un sentido dolorosamente sarcástico. La autora de la biografía del Fundador de la República presenció de cerca el nauseabundo espectáculo de la política, con sus feas intrigas, con sus frecuentes escamoteos de la sinceridad, con sus simulaciones cortesanas. Cuando el biografiado y sus amigos son víctimas de una de esas perfidias grotescas, Rosa Duarte termina el relato con algún comentario mordaz, verdadera uña de león escondida bajo la piel de oveja de una mansedumbre dudosa. Después de referirnos que la Junta Central Gubernativa premió los servicios prestados a la República por Santana con el grado de general de los ejércitos nacionales, comenta agudamente: "Y Sánchez, el invicto Sánchez, no era más que coronel" ⁴. La ironía suele tomar también en sus apuntes un aspecto desolado: cuando describe las vacilaciones que provocó en algunos miembros de la familia del Padre de la Patria la invitación que éste les hizo para que sacrificaran en favor de la independencia nacional el último de sus bienes de fortuna, afirma que Ramón Mella y José Díez trataron de vencer esas dudas haciendo a las hermanas del héroe la siguiente promesa: "Los que sobrevivan trabajarán para que no les falte un pan"; y a renglón seguido viene con aire de sarcasmo el comentario inobjetable: "Sí, no les ha faltado el negro pan del destierro, amasado con amargas lágrimas que sólo se ven enjugadas por el fúnebre velo que las acompaña al sepulcro" ⁵. A veces, el nervio satírico asoma en una simple línea que parece a primera vista despojada de toda intención sarcástica: "Con los vivos a los que *mandaban*..." ⁶.

No faltan tampoco en las notas biográficas trazadas por Rosa Duarte, toques de ferviente inspiración religiosa. No se alude aquí, desde luego, a las frecuentes invocacio-

⁴ Ob. cit., marzo 21 de 1844.

⁵ Ob. cit., 4 de febrero de 1844.

⁶ Ob. cit., 24 de julio de 1844.

nes a la Providencia, expresión de la fe robusta y sencilla de una mujer de costumbres firmemente cristianas, como la siguiente y todas las del mismo tipo con que a cada instante se tropieza en la biografía escrita por la hermana del Fundador de la República: "Sale de Caracas sin esperanza, con la muerte en el corazón y sostenido sólo por su inquebrantable fe en la Providencia" ⁷. Se trata más bien de cierto sabor bíblico que trasciende de algunos pasajes y que deben sin duda atribuirse a sugerencias de lecturas sagradas. En los apuntes correspondientes al 29 de enero de 1864, Rosa Duarte stampa las siguientes palabras, impregnadas del sentido alegórico de las parábolas que recorrían el mundo en los tiempos en que la tierra ardía aún en la llama divina de los misterios sobrenaturales: "El general Duarte: al pie de la Montaña, en el Valle de la Perseverancia" ⁸.

Pero lo que sorprende más agradablemente en Rosa Duarte es la sentenciosa brevedad de sus frases. Donde otros harían largas consideraciones, justificadas muchas veces por la conveniencia de explicar algunos hechos al parecer contradictorios, la heroína se contenta con abrir un paréntesis para aclarar en dos líneas el sentido de todo un capítulo: "Entonces los traidores indujeron a los verdaderos patriotas (el dominicano generalmente es crédulo, no porque sea ignorante, sino por bondad de corazón), a que hicieran una representación al gobierno haitiano pidiéndole su independencia" ⁹. Todavía mayor es el acierto con que reconstruye, a la manera de los grandes historiadores antiguos, las frases célebres pronunciadas por los contemporáneos de Duarte y que resumen, mucho mejor de lo que podrían hacerlo las más certeras amplificaciones, el pensamiento o la actitud de quienes en una forma o en otra intervinieron en la obra y en la vida del Padre de la Patria. Por Rosa Duarte conocemos hoy con fidelidad a Bobadilla, enérgicamente pintado en esta frase que la heroína escul-

⁷ Ob. cit., 15 de julio de 1843.

⁸ Ob. cit., 29 de enero de 1864.

⁹ Ob. cit., 3 de marzo de 1843.

pió con nerviosa y justiciera mano en el libro de la historia: "Ellas fabricaron balas para la independencia de la patria; con más razón no escasearán medios ni recursos para la vuelta del hermano que lloran ausente"¹⁰. Gracias a ella tenemos también cabal idea del carácter de Sánchez, pundonoroso y resuelto como un paladín andante: "Don Juan: quiero saber dónde está Juan Pablo, porque nos liga un juramento sagrado, el de morir juntos por la patria; si usted desconfía de mí, le probaré que no soy de los traidores lanzándome con este puñal sobre esas tropas que cercan su casa"¹¹. La maestría de Rosa Duarte consiste en haber escogido siempre las frases más características de cada personaje para darnos, sin proponérselo probablemente, la noción cabal de su psicología verdadera. Estas frases rápidas, en las que Rosa Duarte encierra lo más representativo del carácter de sus contemporáneos de mayor relieve, equivalen a uno de esos retratos de que se valieron los historiadores de la antigüedad para penetrar en el pensamiento íntimo de sus héroes y ofrecer su conciencia desnuda ante la historia.

Se ha dicho que la biografía de Juan Pablo Duarte aun no ha sido escrita. Difícilmente, sin embargo, podría hacerse nada que refleje con más fidelidad, con más ternura, con arte más sencillo y acento más patético el alma de aquel varón egregio, que estos apuntes inconexos, negligentemente trazados, incorrectamente escritos, pero donde se encierran todos los testimonios que sirven de fundamento a la

¹⁰ Se refiere aquí Rosa Duarte a la respuesta dada por Tomás Bobadilla, uno de los hombres más intrigantes y revolvedores que han pasado por el escenario de la vida dominicana, al requerimiento que se le hizo para que revocara la orden de expulsión dictada contra las hermanas y el padre del Fundador de la República. Sus palabras ponen de presente el alma seca y emponzoñada del astuto político, encarnación de la moral utilitaria que profesaron muchos de los hombres que en aquella época dieron lugar, con sus maquinaciones y sus prácticas despoticas, a que el país iniciara el largo proceso de anarquía y descomposición social que ha caracterizado su existencia azarosa.

¹¹ Ob. cit., 12 de julio de 1843.

noción que hoy tenemos no sólo de la vida política sino también de la vida moral del Padre de la Patria. Con su sintaxis bárbara, con su manera de narrar cortada y vibrante, con su prosa enérgica pero desvertebrada, Rosa Duarte fijó para la historia los rasgos inmortales, y no hay duda de que fué ella la más digna de cumplir esa misión porque fué la persona que llevó más arraigado en el alma el orgullo de la nacionalidad creada por el sublime visionario.



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

JUAN SANCHEZ RAMIREZ

Juan Sánchez Ramírez merece, acaso con más título que muchos otros próceres de formación intelectual más completa, una mención señaladísima en la historia de las letras dominicanas. Independientemente del valor histórico que tienen como acopio de datos sobre la gestación y el desarrollo de la grandiosa hazaña de la Reconquista, las páginas de su *Diario* están llenas de expresiones enérgicas que reflejan con fidelidad los sentimientos y el carácter del héroe de Palo Hincado.

Poseen estos apuntes de Sánchez Ramírez, como todas las obras escritas sin escrúpulos de carácter literario, una vivacidad que rara vez se encuentra en obras de ejecución más cuidada. Tienen todavía un encanto mayor que resulta de la circunstancia de haber sido compuestos con férrea elocuencia, la única que pudo asistir a un prócer de pocas letras, pero de temple verdaderamente espartano. Juan Sánchez Ramírez, tal vez el dominicano de genio militar más brillante y más completo, si se exceptúa a Máximo Gómez, sin émulo en la historia como conductor de guerrillas, escribió su *Diario* con sequedad, desechando deliberadamente todo juego de frases como cosa indigna del pensamiento de un soldado.

No deja de causar asombro, sin embargo, la soltura con que se expresa y el arte tosco, pero enérgico, con que agrupa los párrafos, no menos sumisos a su voz autoritaria que los propios cuerpos de lanceros que solían obedecerle ciegamente en la función armada. La descripción que hace Sánchez Ramírez de la inmortal batalla de Palo Hincado, es sin duda incorrecta, bárbara a veces en su sintaxis y en su estilo, pero está escrita en prosa vigorosamente articulada. Es notable esta página impecable, porque no contiene más de ocho

o diez adjetivos, y éstos mismos se encuentran usados con tal arte que no podrían moverse del sitio en que fueron puestos sin que el relato pierda su agria elocuencia y su fisonomía majestuosa. Los pocos epítetos que emplea el héroe de la Reconquista se hallan precisamente en el único sitio de su extraño y singular relato de donde no podían hallarse ausentes algunos vocablos de esa clase: en la parte donde resume la arenga que dirigió a sus tropas segundos antes de iniciarse la acción de Palo Hincado: "Luego que dos dragones que tenía avanzados para la descubierta, dieron aviso de que ya se avistaba el enemigo, poniéndome delante de mi tropa le hice un pequeño discurso acerca de los *laudables* y *poderosos* motivos que debían compelerlos a derramar la última gota de sangre contra las del *pérfido* Emperador de los Franceses, haciéndoles ver que de la entereza para vencer en este primer encuentro una fuerza que traía a su cabeza al mismo Capitán General, dependía nuestra fortuna, el honor de las armas españolas siempre *invictas* y la facilidad de arrostrar y destrozarse cuanto se nos opusiese en en lo sucesivo..."¹.

La sobriedad, algo seca, de esta soberbia pieza descriptiva, notable hasta por sus mismas incorrecciones que contribuyen a hacer más nítida la impresión de que nos hallamos en presencia de un guerrero, poseído aún, cuando escribió su apasionante relato, por el fuego de la batalla, no es lo único digno de admiración en los apuntes de este reconquistador victorioso. Sánchez Ramírez narra con sequedad, pero sin caer en repeticiones ni extender el relato con desarrollos innecesarios. Difícilmente podrían añadirse a la historia del período de la Reconquista datos que no estén ya contenidos en el *Diario* del héroe de esa inolvidable jor-

¹ La descripción de la batalla de Palo Hincado, sobriamente hecha por el propio héroe de esa hazaña, puede leerse en la "Historia de Santo Domingo", de Antonio del Monte y Tejada, tomo II, págs. 259-265. Repásense esas siete páginas y se verá que de los escasísimos adjetivos que contienen no hay uno solo que pueda considerarse ocioso.

nada: así es de densa esta narración sin epítetos, sin redundancias retóricas, sin anotaciones ociosas. No es éste uno de los méritos menos dignos de atención en la prosa del célebre capitán de lanceros: aun en los *Comentarios* de César, modelo que no es posible olvidar cuando se habla de obras escritas por algún genio de la espada, por algún "rayo de la guerra", para decirlo con palabras de la *Epístola Moral*, lo que más admiraba Cicerón era la desnudez del pensamiento, apretadamente ceñido a la palabra como el cuerpo a la armadura.

Lo más significativo en los apuntes del *Diario* de Juan Sánchez Ramírez no es el sentimiento espartano del guerrero a quien repugna la molición de la frase y la frondosidad de la expresión oratoria, sino la sencillez con que se refiere a su hazaña, testimonio acaso el más patente de su grandeza y del dominio que tuvo el narrador sobre sí y sobre sus pasiones. El héroe habla sin petulancia de su victoria y en cuantas frases alude a los militares del campo adverso, asoma el espíritu caballeresco de su raza. Cuando habla de la batalla en que fueron vencidas las tropas francesas, dirigidas en aquel encuentro por oficiales que habían hecho la guerra en Europa "al servicio de Napoleón", nos da una idea del desastre de que fueron entonces víctimas las águilas imperiales con su brevedad característica: "El destrozo de Palo Hincado" ².

Si a alguien insulta alguna vez no es al general Ferrand, su émulo en la acción que decidió del destino de la Reconquista, sino al propio Bonaparte, símbolo para él de todas las injusticias humanas: "... La Restauración de nuestra patria afeada, pisada y abatida por los secuaces del Tirano de la Europa" ³. Guerrero de alma romana, y soldado hasta

² V. *Historia de Santo Domingo*, de del Monte y Tejada, tomo III, página 264.

³ En otros lugares de su *Diario* vuelve a aludir, en tono peyorativo, al héroe de Austerlitz: "Logré continuar la marcha al apuntar el día siete, en que, combatiendo de un lado el furor, y la rabia de los Napoleones que infestaban la Primada de las Indias..., y de otro el

la última fibra, Sánchez Ramírez no se frunce siquiera cuando narra con naturalidad desconcertante escenas tan terrificas como la de la hazaña de los cincuenta dragones que pasaron en una pica la cabeza del general Ferrand sobre los mismos campos por donde huyó vencido aquel francés pundonoroso: "Avergonzado de considerar vencida y destruída enteramente la tropa que había traído para amarrarnos y conducirnos como bestias, según había hecho divulgar con arrogancia, se quitó él mismo la vida, después de haber corrido como una legua hasta donde lo encontró Santana...; y cortándole la cabeza, se encargó la escolta de traerla como en triunfo, junto con el caballo que montaba".

El nombre de Juan Sánchez Ramírez, aun cuando deje de tenerse en cuenta su *Diario*, que es obra de singular importancia histórica pero de poca o ninguna significación literaria, no puede omitirse en la historia de las letras nacionales. La Reconquista fué, en efecto, antes que una hazaña patriótica o que una proeza militar, un acto de preservación de la cultura dominicana que se hubiera extinguido en la isla si aquella acción no hubiese reafirmado oportunamente nuestros lazos espirituales con España. Tras las familias que emigraron en 1795, poco después de suscrita el tratado mediante el cual el gobierno español cedió a Francia la más antigua de sus posesiones ultramarinas, hubiera desaparecido a la postre en el país hasta el último vestigio de cultura traído a Santo Domingo por los conquistadores.

Si la cultura nacional, de extracción medularmente española, sobrevivió al contacto con la barbarie haitiana, fué sin duda porque nuestras tradiciones espirituales eran más poderosas que las que hubieran podido en ese momento opo-

amor y fidelidad de sus naturales..." (6 de noviembre; V. *Historia de Santo Domingo*, de del Monte y Tejada, tomo II, pág. 260). "...Siendo el caudillo y motor de la gloriosa empresa de librar al pueblo de Santo Domingo del vergonzoso yugo del Tirano Napoleón...". (Ob. cit., pág. 271).

nerles los usurpadores ⁴. Cuando cesó la ocupación haitiana, la tradición cultural del país renació con más fuerza que nunca porque las hordas invasoras fueron impotentes para extinguir esa planta de raíces cuatro veces centenarias: los dominicanos sabemos hasta qué punto es cierta la célebre hipótesis del conde de Gabineau, quien afirma que si Roma hubiera sido vencida en Zama, la suerte del mundo no hubiese experimentado ningún cambio y la historia universal, momentáneamente detenida, hubiese readquirido a la postre su curso anterior, gracias a que la cultura de los soldados fenicios era infinitamente menos alta que la de los centuriones de Escipión. Pero si en vez de Haití, pueblo en muchos aspectos primitivo, hubiera sido Francia la que nos hubiera impuesto, junto con el poder de sus armas, sus direcciones espirituales, la cultura nacional hubiese fatalmente perdido al cabo de algún tiempo su cepa castellana. Los lazos políticos entre Santo Domingo y la metrópoli se habrían prácticamente extinguido mucho tiempo antes de que se iniciara la Reconquista: la hazaña de Sánchez Ramírez sólo logró infundir a esos vínculos una supervivencia precaria. Lo que en realidad se reincorporó al tronco ibérico, después de haber renacido triunfante en Palo Hincado, fué la cultura dominicana, devuelta por el capitán de lanceros del Cotuí a su cauce originario.

⁴ Para comprender hasta qué punto era imposible que la cultura dominicana pudiera ser sustituida por la de la soldadesca invasora, durante el oscuro periodo que Menéndez y Pelayo denomina "la salvaje dominación galo-etiópica" (*Antología de la Poesía Hispanoamericana*, tomo II, pág. LXXVII), bastaría recordar las famosas palabras de Augusto Comte: "nada está destruido, sino está reemplazado". Si resultaron inútiles los esfuerzos de Haití para extinguir en Santo Domingo todo rastro de cultura española, fué porque afortunadamente los dominadores carecían en ese momento (1822-1844) de una cultura superior con qué suplantar la que intentaban destruir con medidas tan caosas como la de la prohibición del uso, en los establecimientos de enseñanza y en los documentos oficiales, de la lengua castelana.



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

GREGORIO LUPERON

Gregorio Luperón es el antípoda del intelectual de gabinete. Todo lo que en éste es emoción contenida, fuerza en reposo, energía sabiamente controlada, es en aquél coraje desatado, impetu ingobernable, exuberancia estrepitosa. El carácter del escritor, como en la definición clásica, se halla aquí presente en el estilo: el brío de las sentencias, por lo general enérgicas, recuerda al militar acostumbrado a las órdenes de mando; y la violencia de las palabras crujientes, apretadas dentro del párrafo nudoso, evoca a su vez no al hombre de academia sino más bien al hombre de pelea.

El idioma, escrito por este autodidacta genial, poseedor de una prodigiosa capacidad de videncia como todos los grandes intuitivos, da la impresión de un bloque trabajosamente golpeado por el puño de un cíclope: la masa tosca conserva, entre estas manos rudas y ásperas, el encanto que tienen las cosas primitivas, aquellas a las cuales la industria del hombre no ha despojado todavía de la gracia inocente y salvaje de la naturaleza. Pero el genio, aunque carezca de cultivo, ennoblece siempre todo cuanto toca; las frases deshilachadas de Luperón tienen a veces una belleza superior a la de las frases artificialmente dispuestas y prolijamente bruñidas, del mismo modo que los árboles del bosque, los de selva adentro, suelen tener una gracia de que siempre carecen los de los parques artísticos y los jardines bien cuidados.

Gregorio Luperón no fué propiamente un escritor y sería inútil ir a sus memorias o a su correspondencia epistolar en busca de novedades retóricas o de primores de estilo. Pero en cuanto este hombre escribe, venciendo con su maravillosa intuición todas las resistencias que la palabra opone a quien ignora los artificios mecánicos del len-

guaje, se descubre a simple vista alguno de esos rasgos de inteligencia o de carácter con que Dios distingue a las naturalezas verdaderamente originales. La sinceridad reemplaza ventajosamente en sus obras la perfección literaria. No hay primor de lenguaje ni poesía de estilo que pueda hacernos sentir la sensación que nos produce la lectura de una página escrita por este hijo de Marte, por este constructor exuberante: se diría que quien escribe empuña violentamente el papel para estrujarlo sobre su corazón y empararlo de su sensibilidad caudalosa.

Una enorme distancia separa a Luperón de los otros próceres dominicanos que como él sintieron el hechizo de las letras. Un Ulises Espaillat, un Núñez de Cáceres, un Báez o un Félix María del Monte, fueron hasta cierto punto esclavos de la cultura y las metáforas y los pensamientos que manejan resultan siempre, como en todos los espíritus que no han sido del todo extraños a las humanidades, reminiscencias de ideas largamente elaboradas. Pero Luperón, en cambio, no se halla sometido a ningún género de servidumbre mental: el material que emplea es material primario, y su instrumento de expresión, aunque desarticulado y bárbaro, traduce con fidelidad cuanto siente el prócer, poniendo al descubierto fibras temperamentales que no se habrían manifestado con la misma energía si la cultura hubiera contribuido, como en sus émulos, a moderar los arrebatos de la imaginación. Hoy nos es permitido descender a las zonas más íntimas de su pensamiento, y recibir la impresión exacta de su psicología verdadera, de su alma auténtica, de su fondo aun envuelto en la cáscara de los impulsos nativos, porque la naturaleza no se nos presenta aquí contrariada por sugerencias extrañas que anulen en todo o en parte cuanto hay en ella de independiente y de espontáneo.

El guerrero dominicano procede de cuna montaraz y plebeya, como Páez; pero mientras el llanero del Apure, hábil como un centauro para conducir a sus lanceros, especie de caballería ligera de la revolución, es sólo una máquina

de guerra, forjada para el heroísmo e insuperable en la manzanza hazañosa ¹, el héroe nacional no es insensible a la belleza literaria y termina, ya en la madurez de sus días, redactando proclamas y esculpiendo en estilo de arenga páginas llenas de profunda emotividad en que las voces, algo abruptas, no parecen arrancadas de las canteras del idioma sino del pensamiento vivo. Esta circunstancia permite incluir a Luperón si no en la categoría de los próceres humanistas, como Zea o como Francisco José de Caldas, sí, en cambio, entre los libertadores que se convirtieron después en estadistas y que no resultaron en esa nueva labor indignos de las togas proconsulares.

Pero en ningún héroe americano es tan visible, como en el autor de las "Notas Autobiográficas", el contraste entre el hombre de pensamiento y el guerrero salido de la pobreza y la barbarie. Varones de suma energía, como Sarmiento o Alberdi, dueños de una cultura vacilante o precaria, pero llamados a actuar en un escenario más accesible a la civilización, pueden convertirse con relativa facilidad en escritores capaces de crear ideales nacionales, de infundir a las multitudes ambiciones y esperanzas unánimes, de despertar entusiasmos y sueños colectivos. Pero cuando se surge, como surgió Luperón, de la noche de la esclavitud sin el menor elemento de cultura, y se cae después en el tumulto de las guerras civiles para seguir conduciendo mesnadas sanguinarias, no es empresa fácil apoderarse de una pluma para escribir, con inspiración verdaderamente nacional, páginas que la historia no desdeñe o que no puedan ser prontamente cobijadas por la indiferencia y el olvido. Si Luperón pudo realizar ese milagro, fué porque era hombre de extraordinaria sensibilidad y porque vivió rodeado de varones consulares que le hicieron

¹ Páez, aunque llegó a cultivar hasta un punto increíble su espíritu, sobre todo durante su estancia en los Estados Unidos, no alcanza jamás el grado de sensibilidad poética que se advierte en Luperón, alma abundantemente dotada, no obstante su rudeza, de aptitudes literarias no vulgares.

sentir, con desenfrenado vigor, el estímulo de la gloria literaria que en él llega a ejercer fascinación tan extraña como la del deleite que debió de proporcionarle el sometimiento de las muchedumbres a su voluntad imperiosa.

Poetas como Rodríguez Objío, que se presta a escribir gruesos volúmenes de historia para exaltar la grandeza del héroe, levantado en esas páginas a proporciones casi homéricas, y filósofos como Hostos, que se acerca a él para hablarle de la grandiosa quimera de la confederación antillana, han debido de encender la fantasía de este mulato de temperamento afiebrado y de depositar poco a poco en su alma, como una semilla romántica, la pasión exquisita. Hombre de genio inquietísimo, con un sentido clásico de la historia, y con ciertas languideces espirituales que le hicieron particularmente sensible a los refinamientos más voluptuosos, como cualquier sibarita del Renacimiento italiano, aprende con rapidez la lección y se transforma, en la plenitud de su carrera política, en un doctrinario militante y en un escritor de palabra nudosa, pero fácil, que narra sus propias hazañas, como César, o escribe páginas de aguda observación avanzando con asombrosa seguridad hasta el centro de los problemas nacionales. El caudillo proceloso, todavía dominado por sus instintos cerriles, que un día redacta una proclama para que sirva de pretexto a un motín o figure como bandera de una revolución victoriosa, es el mismo contradictorio personaje que en otra ocasión viaja a París para conocer a Víctor Hugo y frecuentar los cenáculos donde florece el arte de la conversación como una de las características del espíritu de aquella sociedad que se ha civilizado en los salones ².

Las lecturas de Luperón fueron principalmente de obras históricas ³, y esa circunstancia, unida al hecho de que su imaginación debió de permanecer estremecida por el re-

² Recuérdense las palabras de Taine, a propósito del consejo de lord Chesterfield a su hijo para que cultivara en París la conversación culta: "En efecto, nosotros nos hemos civilizado por la conversación". (*Historia de la Literatura Inglesa*, tomo III, pág. 270).

cuerdo de los cuadros heroicos de la campaña restauradora, infunde a algunos de sus relatos cierto sentido épico, cierto espíritu de grandeza, cierto aire de marcialidad fulgurante⁴. Su frase, influida por las dos circunstancias ya señaladas, tiende a aproximarse al lenguaje estridente de los brindis patrióticos y de los folletos de propaganda. Como todos los hombres en quienes predomina la imaginación sobre la cultura, el prócer dominicano gusta de las imágenes y expresa casi siempre sus ideas por medio no de formas lógicas sino de figuras retóricas muchas veces afortunadas. Así, refiriéndose a la República, grande en su pasado, pero a la sazón abatida por toda clase de vicisitudes, la compara con "un edificio en ruina, que en medio de sus derribados paredones, conserva algo de su grandeza y de su hermosura"⁵. Para encarecer la sinceridad de su adhesión a la causa de la independencia, escribe sobre sí mismo: "Lleno de fe en el porvenir, y enamorado de su obra,

³ El propio Luperón confiesa que en la biblioteca de su protector, Pedro Eduardo Duboc, propietario de un aserrío establecido en la sección de Jamao, halló las obras de Plutarco, las cuales "depuraron sus sentimientos y engendraron en él, el amor a la verdad, a la libertad, a la justicia y a la gloria nacional". (*Notas Autobiográficas y Apuntes Históricos*, 2.^a edición, Santiago, 1939, tomo 1.^o, pág. 90).

Con la lectura de las "Vidas Paralelas" alternó la de la Biblia y la de un tratado de patología que utilizó "para aplicar remedios a los trabajadores que dirigía". (Ob. cit., pág. 91).

⁴ Entre estos pasajes llaman poderosamente la atención aquellos en que describe su encuentro con el general Pedro Santana en San Pedro, "choque de dos hombres de singular energía" (ob. cit., tomo 1.^o, página 170); la batalla de la Sabana del Vígía (ob. cit., tomo 1.^o, páginas 198 y siguientes); la retirada de Guabatico (ob. cit., tomo 1.^o, págs. 217 y sgtes.), y la muerte del general Suero en Yabacao. En el relato que hace de la batalla de Santiago (6 de septiembre de 1863), hay rasgos verdaderamente épicos: "Cuando Luperón llegaba a la sabana del cementerio, ya las columnas del general Suero la estaban escalonando, y al general Gaspar Polanco que se había batido más de tres horas como pantera, acababan de arrancarle de las manos el último cañón, e iba con algunos que le seguían por unas zanjás. Llamólo Luperón; pero él no oía nada. Había peleado con inaudita furia, e iba aturdido". (Ob. cit., tomo 1.^o, pág. 137).

⁵ Ob. cit., tomo 1.^o, pág. 36.

como el novio de su prometida..."⁶. Con una imagen sencilla y realista, nos da una noción exacta del horror que inspiraron al general Pedro Santana las constituciones liberales: "La democracia le asustaba como el desierto al peregrino"⁷. En vez de entregarse a largas consideraciones para describir las alternativas de la guerra de la Restauración, favorable unas veces a la causa de España y otras a la de los patriotas, condensa en un símil feliz ese rasgo característico de la empresa iniciada en Capotillo: "La guerra era como el Océano: tenía flujo y reflujo, porque la victoria no era patrimonio de ninguno"⁸. Pero lo más admirable en la prosa de Luperón, es la maestría con que el gran soldado se vale de términos abstractos para comunicar a su lenguaje mayor fuerza expresiva: "Aquellos que tenían sus intereses empaquetados para mandarlos a San José de las Matas, como punto de seguridad, cuando supieron que Luperón había llegado, desempaquetaron sus efectos, y muchos, listos para irse, desistieron de su intento"⁹.

La obra de Luperón se encuentra llena de disonancias marcadas. En muchos de sus conceptos hay probablemente exceso de pasión, cosa que no podía faltar en los juicios de un hombre que participó activamente en los acontecimientos que describe y cuyas opiniones nacieron al calor de una sensibilidad excitada. Pero en realidad, la exageración reside menos en los juicios mismos que en las palabras que usa para herir a sus adversarios con los calificativos más oprobiosos: "Actualmente —escribe en uno de sus frecuentes accesos de indignación—, el salvaje general Hereaux, hace mil veces peor que el uno y el otro"¹⁰ para acabar con el país y para cumplir su deseo de bárbara venganza, como descendiente que es de Haití. No tiene este forajido más móvil que el amor maldito del poder, del oro y la supedi-

⁶ Ob. cit., tomo 1.º, pág. 121.

⁷ Ob. cit., tomo 1.º, pág. 240.

⁸ Ob. cit., tomo 1.º, pág. 242.

⁹ Ob. cit., tomo 1.º, pág. 231.

¹⁰ Alude a Pedro Santana y a Buenaventura Báez.

tación de todos los derechos" ¹¹. La prueba de que se trata en estos casos más bien de un exceso de lenguaje que de un verdadero brote de pasión desenfadada, es que el autor de las "Notas Autobiográficas" es casi siempre ecuánime en sus juicios, generalmente inspirados por un sentimiento de innegable probidad histórica. Sus opiniones sobre Santana y sobre Núñez de Cáceres, por ejemplo, son evidentemente atildadas: "Sin la imponderable entereza del general Santana y su pujante valentía —afirma seducido por la desconcertante figura del marqués de las Carreras—, es casi probable que la naciente nacionalidad dominicana hubiera quedado confundida, como el resto de la isla, en las tinieblas, bajo el terrible azote del despotismo haitiano" ¹². Y algunos renglones más adelante defiende a Núñez de Cáceres contra el propio Santana: "Todos los que se ocupan en asuntos históricos, conocen la penosa historia de la dominación haitiana en Santo Domingo, desde 1822 hasta 1844, debida, no a la ambición y mal genio del ínclito don José Núñez de Cáceres, como torpemente lo declaró el general Santana en su proclamación del 18 de marzo de 1861, sino a la lucha con los franceses y también a las emigraciones del pueblo dominicano, y a su falta de confianza en sí mismo para el sostenimiento de un gobierno propio" ¹³.

Las ideas que Luperón expone sobre los grandes acontecimientos de la historia dominicana, son tan perspicaces y justas como sus juicios acerca de los hombres que intervienen en esos sucesos capitales: "La lucha que sostuvo el pueblo dominicano contra Haití —escribe a propósito de uno de esos magnos acontecimientos históricos—, no fué una guerra vulgar. El pueblo dominicano defendía más que su independencia: defendía su idioma, la honra de sus familias, la libertad de su comercio, la moralidad del matrimonio, el odio a la poligamia, mejor destino para su raza, mejor suerte para su trabajo, la escuela para sus hijos, el respeto a la

¹¹ Ob. cit., tomo 1.º, pág. 35.

¹² Ob. cit., tomo 1.º, pág. 35.

¹³ Ob. cit., tomo 1.º, págs. 93-94.

religión de sus antepasados, la seguridad individual y la facultad de poder viajar al extranjero. Era la lucha solemne de costumbres y de principios diametralmente opuestos, de la barbarie contra la civilización, de la luz contra las tinieblas, del bien contra el mal" ¹⁴. Del Manifiesto del 16 de enero de 1844, extenso memorial de agravios contra Haití, no se podría tal vez sacar una síntesis que refleje de un modo tan exacto el sentido de la lucha secular entablada entre las dos naciones.

Resaltan en las memorias de Luperón el carácter generoso y la incontenible vanidad del gran guerrero que se cubre a sí mismo de elogios, pero que no esconde tampoco los méritos de sus compañeros de armas y aun los de sus propios adversarios. No es ésta una de las cualidades menos significativas de la obra literaria del héroe de la Restauración, puesto que es la que más contribuye a infundir un tono de impresionante sinceridad a sus escritos. El mal efecto que puedan causar en el ánimo de los lectores las alabanzas que Luperón se tributa continuamente a sí mismo, pintándose como la primera figura de la campaña restauradora, desaparece en presencia de las que en todo el curso de su obra prodiga a los demás caudillos de esa cruzada épica, y de la hidalguía con que se refiere a los jefes españoles que mayores actos de atrocidad cometieron para sofocar las reacciones patrióticas que provocó la anexión en el alma dominicana ¹⁵. Ningún desagrado nos causa ver a Luperón, convertido como Julio César en historiador de sus propias hazañas, calificar sus hechos de fabulosos ¹⁶ y decir de sí mismo que estaba

¹⁴ Ob. cit., tomo 1.º, págs. 34-35.

¹⁵ Luperón reconoce, con su característica hidalguía, el extraordinario valor personal del brigadier Buceta: "El brigadier Buceta, gobernador de la provincia de Santiago, era tan valiente como déspota". (Ob. cit., tomo 1.º, pág. 125). Idéntico homenaje rinde al heroísmo del soldado español: "Por el arrojo de los unos y la firmeza de los otros, todos podían darse cuenta de que ambos combatientes tenían el mismo origen, la misma sangre de Viriato, de Pelayo, y el Cid". (Ob. cit., tomo 1.º, págs. 134-35).

¹⁶ Ob. cit., tomo 1.º, pág. 217.

hecho "con la materia de que se hacen las grandes cosas" ¹⁷, cuando a renglón inmediato lo vemos afirmar que el general Antonio Batista se batió en el Peñón con tanta intrepidez que fué necesario "coger varias veces las bridas de su caballo para que no se metiera en las filas de los enemigos" ¹⁸, y describir con verdadero entusiasmo el heroísmo de Pimentel y de Monción que salen de las selvas como dos centauros y arrollan en el camino de Guayacanes la caballería de Buce-ta ¹⁹. Lo que hace antipático al historiador no es el extremar el elogio por amor a sí mismo o a los suyos, como lo hizo el yerno de Agrícola, sino obscurecer la verdad por odio al adversario, como Salustio, que atenúa las virtudes de uno de los grandes cónsules de Roma y deja en la sombra sus servicios a la patria con el pretexto de herir en aquella cabeza magnífica a la ambición triunfante.

SU SENSIBILIDAD POETICA

Tuvo Luperón, entre otras cualidades que demuestran su sensibilidad poética, la intuición de la frase cargada de lirismo y el sentimiento vivo de la naturaleza. Muchas de sus cláusulas se hallan nerviosamente construidas y denuncian al hombre de ardiente y poderosa imaginación en cuya alma estallaban súbitamente las imágenes como iluminaciones desmesuradas: "Hay temblores de alma —dice en un pasaje que retrata admirablemente su propia psicología—, como los hay de tierra" ²⁰. Estas frases, vislumbres de su espíritu poético, se hallan siempre compuestas en estilo oratorio y redundante: "Aquello —afirma, aludiendo al sitio de Santiago, durante el cual los patriotas se batían en medio de las calles de la ciudad envuelta en llamas—, no era batalla, sino la furia de encarnizamientos estupendos" ²¹. Pero hasta cuando quiere apa-

¹⁷ Ob. cit., tomo 1.º, pág. 159.

¹⁸ Ob. cit., tomo 1.º, pág. 108.

¹⁹ Ob. cit., tomo 1.º, pág. 128.

²⁰ Ob. cit., tomo 1.º, pág. 192.

²¹ Ob. cit., tomo 1.º, pág. 135.

recer más lírico, sus palabras tienen un sabor fuerte y acre como las flores nacidas en tierra agreste y bravía.

Acaso lo que mejor revela el temple de Luperón, como hombre sensible a la contemplación poética del mundo, es su entusiasmo por el paisaje y esa especie de transporte lírico que lo posee en presencia de los esplendores de la naturaleza, admirada por él, como se trasluce por algunos pasajes de su obra, con cierto fervor panteísta, semejante al de aquellos sacerdotes de los misterios drúidicos que llevaban su amor a todo lo creado hasta el extremo de convertir en divinidades las fuentes de los bosques y las encinas sagradas. Probablemente ningún guerrero del mundo ²² ha llevado su entusiasmo por la naturaleza, como lo llevó Luperón, hasta el punto de señalar la hermosura y la esplendidez de los campos de su propia patria como una de las razones en que el patriotismo podía apoyarse para aspirar a hacer libre la tierra que encerraba tales encantos y que con tales maravillas podía seducir al alma humana: "Luperón —apunta el héroe hablando de sí mismo—, no cesaba de contemplar la majestad de la prodigiosa naturaleza de su patria. Miraba con encanto el bellissimo follaje de las selvas y la arrogancia de los montes, pareciendo éstos empinarse para besar el cielo, descubrir los mares y mecerse majestuosos en el espacio como saludando el infinito. Se hallaba penetrado por aquella naturaleza grandiosísima, y no podía menos de lamentar desde el fondo de su alma, las incesantes desventuras de que era víctima su patria" ²³. Estas manifestaciones de Luperón, quien justifica los sufrimientos que le deparan las persecuciones de que era objeto por el goce que le produce la contemplación de un suelo tan opulentamente dotado, recuerdan las de los ancianos de Troya cuando confiesan, deslumbrados por la gracia de la mujer que llevó a la antigua Pérgamo todos los

¹² El caso de Julio César, quien compone un tratado de gramática mientras atraviesa los Alpes, es citado por Humboldt (*Cosmos*, tomo II, pág. 26), como un ejemplo de la insensibilidad de los escritores antiguos para la contemplación ideal del mundo de la naturaleza.

²³ Ob. cit., tomo 1.º, pág. 117.

horrores de la guerra, que las calamidades desencadenadas por un sitio tan largo se hallaban abundantemente compensadas por el orgullo de tener en la ciudad a una criatura tan hermosa que podía ser comparada con una hija de Júpiter.

SUS GRANDES PAGINAS

Las descripciones que hace Luperón de los hechos de armas en que participó durante la campaña restauradora, pueden considerarse como verdaderas obras maestras por el brío con que aquellos episodios se encuentran narrados y por el calor que circula por esas páginas en que se precipita el pensamiento del héroe como una erupción volcánica. No es posible leer, sin sentir uno de esos escalofríos que anuncian en el corazón del hombre la proximidad de algo sobrehumano, tales relatos rebosantes de entusiasmo y de vida, donde la pluma de Luperón toca a veces con lo sublime de la epopeya.

La descripción de la batalla de la Sabana del Vigía está hecha con tanta viveza, que la imaginación del lector asiste a aquel encuentro y participa de las pasiones de los combatientes y de los ardores de la lucha. Hasta cuando narra las pequeñas incidencias de la batalla, como el rompimiento de uno de los cañones de los patriotas, la palabra del narrador adquiere cierta elocuencia férrea y nervuda que nos deslumbra y agrada: "El comandante Pedro Royer, con una impavidez extraordinaria, pudo disparar once cañonazos, hasta que se le desprendió una rueda a la pieza y no fué posible disputar más aquel esqueleto" ²⁴.

²⁴ La batalla de la Sabana del Vigía fué, según la describe Luperón, una lucha cuerpo a cuerpo entre dos bandos de contendores que se batieron casi a cuchilladas. El autor de las "Notas Autobiográficas" se defendió en aquel encuentro, según su propia expresión, "como una pantera cercada". Desde que comenzó la batalla, las columnas españolas, entre las que se hallaban los famosos batallones de Bailén y San Marcial, acosaron hasta tal punto a Luperón que "le arrancaron la mitad de la chaqueta y la silla de la mula que montaba". Varias veces fué alcanzado por la caballería del general Suero, y en una de esas ocasiones hubiera perecido

Lo mismo puede afirmarse del relato sobre la acción de la Sabana del Guabatico: es tal el fuego con que todo se halla allí narrado que la impresión que nos queda de aquel combate, tal como Luperón lo describe, es la de que aquello no fué una derrota sino más bien un espectáculo de audacia y de coraje en que se levantó a alturas verdaderamente épicas el heroísmo del prócer dominicano ²⁵.

si un gigante azuano, compañero inseparable del jefe restaurador, no se hubiera interpuesto entre él y el grupo de sus agresores, dando lugar a que Luperón encontrara la mula que había perdido en el fragor de la lucha, y corriera en ella hacia su campamento ante la sorpresa de los veteranos de España. Pero una columna enemiga le cierra el camino, antes de que pudiera reunirse con los suyos, y entonces ordena al comandante Pedro Royer que dispare en dirección al sitio en que él se encuentra un cañonazo, y como el oficial vacila, temeroso de que la bala alcanzara a su jefe, grita en tono irreplicable: "Tire usted aunque me mate". El cañón abrió una clara en el centro de la vanguardia española, y por esa brecha de fuego se abrió paso el héroe que todavía halló fuerza en sus pulmones para decir a voz en cuello a sus perseguidores: "Aun estoy vivo, y os desafío a pasar este arroyo".

²⁵ En la retirada del Guabatico, otro de sus asombrosos hechos de armas, combatió Luperón contra fuerzas cinco veces superiores. El soldado que conducía el tambor de los patriotas, huyó del campo del encuentro dejando la caja entre los enemigos, y el alférez que llevaba la bandera fué muerto a pocos pasos del héroe de aquella acción memorable. Cuando Luperón vió su tambor y su bandera en poder de las columnas españolas, increpó a los suyos con un rugido estentóreo: "A recuperar el tambor y la bandera o a perecer todos". Y sable en mano, por en medio de las bayonetas, se precipita sobre el enemigo, recoge el tambor y reconquista la bandera, "y con ésta desplegada, sale con los suyos a sablazos de entre las filas enemigas". (Ob. cit., tomo 1.º, págs. 217-218).

Para que nada falte en la grandiosa figura militar de Luperón, por sus memorias corre cierto sabor de fatalismo y cierto sentimiento de prevención supersticiosa. Cuando refiere la muerte, en Paso del Muerto, del general Suero, a quien ya le había matado dos caballos en el sitio de la fortaleza de Santiago, el autor de las "Notas Autobiográficas" se regocija íntimamente de que aquel rayo de la guerra, llamado por los propios españoles "el Cid negro", hubiera sido destinado por la Providencia a perecer bajo las balas del más aguerrido de los generales de la Restauración. (V. ob. cit., tomo 1.º, págs. 218-219). Con frecuencia, habla de "los hechos prodiosamente sorprendentes de su vida guerrera". (V., por ejemplo, ob. cit., tomo 1.º, pág. 217).

Todos los genios militares, desde el Cid hasta Julio César, han sido

FRASES LAPIDARIAS

Las memorias de Luperón, escritas cuando ya el tormentoso caudillo de la Restauración había sufrido en carne propia las ingraticudes de la política y había probado hasta las heces la vanidad de las grandezas humanas, tienen un sabor áspero que se manifiesta en fríos rasgos irónicos y en sentencias desengañadas.

El gran soldado es con frecuencia cáustico, y maneja como un salvaje de genio la ironía: "Las clases inferiores — dice aludiendo a la situación del campesino bajo la colonia—, no gozaban de los derechos del hombre, aunque sí servían para la guerra y las contribuciones" ²⁶.

Su experiencia política asoma a menudo en frases agrias, propias de un panfletario que quiere convencer con elocuencia varonil a muchedumbres seducidas por el error o la concupiscencia: "Desgraciado aquel a quien el vulgo ama, y a quien el vulgo ensalza, porque el amor del vulgo es el camino del patíbulo" ²⁷. "La moral y la justicia son eternas; la

en el fondo fatalistas y se han explicado a sí mismos sus propios prodigios atribuyéndolos a influencias sobrenaturales. Campoamor, entre zumbón y sarcástico, recuerda en "El Drama Universal". (Escena XVI, *La verdad de lo que se hace*), cómo estuvieron en el Rubicón suspensos del vuelo de un ave los destinos del mundo:

Aquel César audaz, tan orgulloso,
 que al orbe entero avasallar quería,
 como romano, al fin supersticioso,
 del buho en la presencia encuentra un guía.

Si va hacia Roma —dice—, paso el río;
 y añade, abandonándose al acaso:
 El rumbo de su vuelo será el mío...

Menéndez y Pelayo. (*Historia de los Heterodoxos Españoles*, 2.ª edición, Madrid, 1933, tomo 3.º, cap. 7.º, pág. 327) cita los siguientes versos del Poema del Cid:

A la exida de Vivar ovieron la corneia diestra
 et entrando a Burgos ovieron la siniestra.

²⁶ Ob. cit., tomo 1.º, pág. 160.

²⁷ Ob. cit., tomo 2.º, pág. 18.

historia se levanta un día, infalible, disipa las tinieblas y hace justicia a los hombres generosos y buenos contra generaciones degradadas y pueblos ingratos" ²⁸.

Otras veces sus sentencias son las de un idealista convencido que conserva intacta su fe en la justicia de los hombres y en otras utopías no menos generosas: "Así como no hay insecto que no reciba amparo de la tierra, tampoco es justo que haya ciudadanos que no tengan derecho de ser iguales ante la patria" ²⁹. "El progreso constituye la armonía del mundo, es el vehículo de la perfectibilidad humana, es el pensamiento en acción" ³⁰.

CARACTERÍSTICAS DE SU PROSA

Uno de los más grandes reparos que se podrían hacer a la obra de Luperón es su falta de método, perceptible no sólo en el desorden que reina en sus exposiciones y en la repetición frecuente de los mismos conceptos, sino también en el abuso que hace de documentos de la más diversa índole para intercalarlos en sus memorias sin detenerse casi nunca a considerar si alcanzan o no a enriquecer su propio relato con datos e informes verdaderamente valiosos. El autor de las "Notas Autobiográficas" se dejó sin duda seducir en este punto por el ejemplo del historiador Antonio del Monte y Tejada que también incurre en el desatino de reproducir *in extenso* en su "Historia de Santo Domingo" documentos que en la época de la aparición de su obra se hallaban ya vulgarizados ³¹. ¿Qué hacen, por ejemplo, en las memorias del prócer de la Restauración los discursos de Meriño y otras reproducciones de índole semejante?

²⁸ Ob. cit., tomo 2.º, pág. 18.

²⁹ Ob. cit., tomo 1.º, pág. 334.

³⁰ Ob. cit., tomo 2.º, pág. 19.

³¹ Así ocurre, por ejemplo, con el *Diario* de Colón, vulgarizado por Navarrete, y reproducido íntegramente por Del Monte y Tejada en el primer tomo de su "Historia de Santo Domingo", publicada en 1890 por la Sociedad literaria "Amigos del país".

Pero estos pequeños lunares pierden su importancia si se piensa que las memorias de Luperón fueron escritas con espíritu polémico ³² y no tienen más valor, según el propósito mismo con que fueron compuestas, que el de un documento autobiográfico que nos permite adivinar el temple del pensamiento y del carácter del héroe a través de sus páginas, del mismo modo que nos es posible descubrir con la imaginación a través del abismo de las aguas las interioridades del lecho submarino. Las "Notas autobiográficas", por otra parte, no carecen, aún bajo el aspecto literario, de bellezas insólitas que se presentan naturalmente aisladas. Hay páginas enteras en que el estilo seduce y aún deslumbra por la fuerza con que los conceptos más altos se hallan traducidos en cláusulas enérgicas cuyo principal encanto consiste en que no denuncian afectación alguna ni parecen obra de industria minuciosa. Los siguientes párrafos pueden servir como testimonio del modo personal que tuvo Luperón para expresarse acerca de las ideas que más han dividido la opinión política del mundo:

"La libertad, sin embargo, se realiza en todos los pueblos sin que los tiranos puedan impedir que se cumpla. Su eco es el periodismo que hace conocer día por día, hora por hora, todos los sucesos del globo; aquí una batalla, allí un asedio, por aquí un tratado, por allá un congreso; las aceleradas discusiones de una asamblea popular; concluye con los consejos secretos; denuncia los manejos de diplomacias oscuras y las maquinaciones hipócritas; saca partido de todas las luces, se enriquece con todos los descubrimientos; todos los elementos sirven para multiplicarle, para diseminarle; millones de manos lo toman y millones de miradas lo devoran; de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, corre y agita todos los espíritus y todos los ánimos; re-

³² "Y lo repetimos otra vez —recalca Luperón al referirse a los propósitos que lo guiaron a escribir sus memorias—: no escribimos la historia de la anexión y la restauración dominicanas, sino la vida de un hombre que tomó una parte considerable en aquellos sucesos". (Ob. cit., tomo 1.º, pág. 103).

mueve todos los corazones; llena todos los pensamientos y los dirige, haciendo penetrar en ellos la verdad. Esta es la potencia inteligencia, irresistible, que tiende a exterminar todas las injusticias y todos los opresores..."³³.

Pasajes como el que acaba de transcribirse, en los cuales las frases se amontonan desordenadamente como si se hallaran violentadas por la emoción interna, abundan en la obra de Luperón y prueban por sí solos que el adalid de San Pedro escribió fácilmente, aunque estropeada y llena de incorrecciones, la lengua de Castilla. Lenguaje áspero y descosido, sin plan y sin regularidad, como acaba de verse, fué sin duda el del prócer dominicano; pero es evidente que en esos párrafos de recia entonación, donde las distintas partes de la frase se distribuyen de manera arbitraria, dando muchas veces la impresión de una serie de razonamientos expuestos sin lógica y caprichosamente articulados, se percibe al hombre de portentosa sensibilidad cuyo pensamiento no parece manifestarse por medio de palabras sino más bien por medio de sobresaltos y explosiones. Así se han expresado siempre los espíritus de vitalidad ardiente y poderosa, cuando el tumulto de la inspiración irrumpe en ellos con toda la fuerza que las ideas y los sentimientos adquieren en las naturalezas muy imaginativas y en las inteligencias semicultivadas; y así habló Luperón, espíritu profundamente lírico dentro de la estrechez de sus recursos literarios, y hecho como tal para expresarse con imágenes y no con frases convencionales, y con fragmentos de pensamiento más bien que con reflexiones bien proporcionadas.

Un escrito, cualquier escrito de Luperón, resulta notable porque en él no hay nada mecánico y porque son tan visibles en sus cláusulas el fuego de la emoción interna y la ferocidad del lenguaje, el ímpetu del estilo y la concentración brusca de las frases y de las ideas, que el ánimo de quien lee esas páginas queda deslumbrado por el coraje con que el escritor se agiganta para darnos a menudo, con nociones vulgares, la medida de su sublimidad y su grandeza.

³³ Ob. cit., tomo 1.º, pág. 36.



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

EUGENIO PERDOMO

Eugenio Perdomo, prócer y mártir a los veintisiete años, murió casi en la edad en que aún Milton hablaba de su juventud como de una "primavera tardía que no había tenido tiempo de mostrar sus flores". De este joven repúblico, de este niño casi, sólo se puede, pues, hablar como de una esperanza trágicamente malograda. Nacido en época de tremendas convulsiones y de cambios tan rápidos como inesperados, pudo asistir en su brevísima existencia al nacimiento de la república en 1844 y a su muerte en 1861, y su cultura, como la de todos los hombres de esa generación, participó de los mismos vacíos y de los mismos eclipses que en el orden político caracterizaron aquellos tiempos borrascosos. Lo asombroso es que en él, como en otros dominicanos que nacieron bajo la barbarie haitiana y apenas sobrevivieron a la reincorporación de la república a España, haya florecido un brote de poesía, flor insólita en los desiertos de aquella edad espantosamente siniestra y convulsiva.

Eugenio Perdomo, sin embargo, fué poeta, y poeta de fibras no vulgares. Si alguien duda de que la poesía sea planta de generación espontánea, fruto de la intuición que en su esencia íntima no obedece jamás a reglas mecánicas ni a procesos racionales, podría convencerse de ello repasando la obra y la vida de este poeta enteramente instintivo cuyos versos fueron sólo producto de la inspiración y de la sensibilidad nativa. Todo parecía oponerse en la vida de Eugenio Perdomo a la actividad poética: ambiente lleno de tinieblas, medios de subsistencia sobremanera prosaicos¹, falta casi completa de instrucción y, como resumen de todo ese conjunto de circunstancias adversas, el carácter esencialmente

¹ Eugenio Perdomo, como se deduce de algunos apuntes de su propio *Diario*, ejerció el comercio en la ciudad de Santiago de Los Caballeros (véase particularmente la anotación del día 5 de abril).

político del hombre, dominado por el *pathos* revolucionario de la época. Pero en el mismo *Diario* escrito por Perdomo en la prisión, pocos días antes de ser llevado al cadalso, hallamos la prueba de su irresistible vocación a la poesía y de la espontaneidad con que fluyó de su alma el verso, recogido por él como un caudal de agua pura en sus fuentes naturales. Se trata de un documento sincero, desprovisto de toda simulación retórica, en el cual predomina ese espíritu de misterio y de elación de todas las cosas que el hombre escribe al borde de la tumba, embargado ya por la impresión de que el polvo y el olvido se hallan invariablemente al término de todas las trayectorias humanas.

Con la ingenuidad propia de quien sabía que en ese *Diario* íntimo consignaba sus impresiones postreras, y de quien quería ofrecer en tales páginas a la posteridad un testimonio de su alma de niño y de su carácter honrado, Eugenio Perdomo narra allí la historia de sus versos y explica cómo elaboró sus composiciones más inspiradas. El poeta sólo escribe cuando le visitan espontáneamente las musas y el verso fluye de su corazón sin esfuerzo como si fuera cosa de las hadas. El 13 de marzo de 1863, después de once días de encierro en un frío calabozo, el poeta stampa en su *Diario* amargas palabras de reproche para sus carceleros, "soldados con cara de vinagre", y luego confiesa sin el menor asomo de vanidad: "Tomo un lápiz y me siento a escribir:

"En aquesta soledad
espero con calma fría,
se trueque mi suerte impía
al fulgor de la verdad.
Ya su brillo esplendoroso,
cual Dios en divina esencia
vuelve a mi vida el reposo.
Que vuelva la realidad,
esa realidad divina
que el universo ilumina
y se llama Libertad".

Pero le disgusta la estrofa que acaba de componer y renuncia a seguir escribiendo porque comprende que la inspiración le ha totalmente abandonado: "Vuelvo, pues, a mi lectura, porque el estro se ha evaporado y no puedo versificar. Llega la hora de dormir: son las diez de la noche". El día 31 de marzo, ya a unos cuantos pasos del patíbulo, se siente poseído por la embriaguez del verso, y consigna entonces con idéntica franqueza: "La mañana es hermosa: los oficiales de guarda me han dispensado hoy todas las atenciones que han dependido de ellos. Hoy estoy por hacer versos, o mejor dicho, quiero estropear sin piedad el lenguaje de Espronceda". Todo su *Diario* está lleno de afirmaciones de esa clase. Si pudiéramos conocer, con la exactitud con que conocemos el de la obra de Perdomo, el origen de cuantas poesías se han escrito dignas de ese nombre, nos sería fácil distinguir en ellas lo que es hijo del esfuerzo y lo que es, en cambio, primicia de elaboración en cierto modo irresponsable y misteriosa.

La obra poética de Eugenio Perdomo es reducidísima. En vida tan corta y agitada, apenas tuvo tiempo el caudillo de la insurrección de 1863 para cantarle a la mujer elegida, postergada por él a la patria que es el único sentimiento que parece haberle en realidad dominado. Desde que escribe sus primeros versos para la revista "Las flores del Ozama", asoma en Perdomo el nervio patriótico, y es el orgullo de la nacionalidad el que sube a encender la hoguera de sus inspiraciones. En la cárcel misma, ya próximo al martirio, los versos que compone se hallan impregnados de la pasión rabiosa de la libertad, y el sentimiento del amor, aún para él secundario, se confunde en sus últimas estrofas con la idea de la esperanza divina:

Ser ya libre ¡gran Dios! ¡Oh, cuál se siente
de intensa pena consolada el alma,
volver al pecho la perdida calma
y el pensamiento remontarse a tí!

.....

Ser ya libre ¡gran Dios! sentir la brisa,
 del árbol sacudir la cabellera,
 gustar el puro ambiente en la pradera,
 y el eco dulce de tu dulce voz...
 Pero algo falta aún... ¿sabes qué falta?

.....
 Aún falta la mujer, aún faltas tú,
 tu aspecto encantador, tu imagen pura,
 emblema de una mágica ventura,
 y de alegre placer fugaz visión.

Sus composiciones se hallan llenas de versos desgarbados. Pero a pesar de sus incorrecciones, el poeta de sentimiento aparece con tanto vigor y con tanta pureza aún en las poesías más endebles, que los más grandes pecados cometidos contra las leyes de la versificación y del lenguaje se olvidan gustosamente en presencia de lo espontáneo y original de la inspiración, de lo fácil del canto, y de lo alejado que el autor se muestra de todo preciosismo literario. Las quejas que lanza tras los hierros del calabozo donde permanece en capilla, mezcladas con amargas imprecaciones a los caudillos de la anexión, podrán carecer de número como poesía y de grandeza como expresión del estado de ánimo de un hombre que aguarda su sentencia de muerte, pero tienen sin duda efusividad y se encuentran hasta tal extremo impregnadas del alma del poeta que no es posible dejar de sentirse invadido, cuando se leen esas pobres estrofas, por el sentimiento que dictó tales versos a la musa a un mismo tiempo implorante y rebelde de Perdomo:

No el hierro infame
 mis pies oprime,
 pero sí gime
 mi corazón.

En vil mazmorra
 pido inhumano

para el tirano
la execración.

Sólo me queda,
en mi quebranto,
oír el canto
y el ronco son
del centinela
que me custodia
¡ay! y a quien odia
mi corazón.

Busco en mi lecho
dulce reposo;
lo busco ansioso,
quiero dormir.
Y el pensamiento
triste camina,
y me domina
tanto sufrir.

¡Por qué permites,
Dios, que a porfía,
la tiranía
se cebe en mí?

No me arrebatas
con mano fuerte;
con dulce muerte
llévame a tí.

Las formas preferentemente cultivadas por Eugenio Perdomo fueron la décima y la falsa octava que popularizó en América Salvador Bermúdez de Castro². Aunque parezca

² La estrofa que Menéndez y Pelayo llama bermudina. (V. *Antología de Poetas Hispano-americanos*, tomo 3.º, pág. LIX), es la combinación más usada por los versificadores dominicanos de la "Lira de Quis-

raro, en poeta nada erudito y de tendencias francamente populares, fué en esta última combinación donde se mostró versificador más atildado y numeroso. Algunas de sus falsas octavas no carecen de movimiento y aún de brío, a pesar de contener renglones ásperos y descosidos que nunca faltan en los versos de este cantor cuya musa fué una diosa silvestre y no una deidad de academia:

Y allá en lejanos y perdidos mares,
 un pie sobre el abismo no medido,
 sentir latir el corazón al ruido
 del rayo, el trueno, el mar, la tempestad.
 Y después reclinado blandamente,
 y el alma por las ondas arrullada,
 tender gozoso al puerto la mirada,
 ajeno ya de lóbrega ansiedad.

El *Diario* escrito por Eugenio Perdomo en uno de los calabozos de la Fortaleza "San Luis" de la ciudad de Santiago, entre el cuatro de marzo y el 16 de abril de 1863³, constituye en sí mismo un testimonio de la abundancia con que la naturaleza dotó a este eximio patriota para la actividad literaria. La prosa de este documento íntimo, lo mismo que los versos publicados algunos años antes en la revista "Las flores del Ozama", no es un modelo de corrección, pero sí lo es de espontaneidad, de arranque efusivo, de valentía de pensamiento, de construcción llana, flexible, desembarazada, ner-

queya". La emplean, entre los poetas que empiezan a adquirir popularidad a raíz de la independencia de 1844, Manuel María Valencia, Félix María del Monte, Nicolás Ureña, Javier Angulo Guridi y Josefa Perdomo; y a ejemplo de éstos, la falsa octava de Salvador Bermúdez de Castro, de "origen oscuro" según el gran crítico español ya citado, es frecuentemente usada por los grandes líricos de la generación siguiente, especialmente por José Joaquín Pérez y por Salomé Ureña que la utiliza, con mayor gracia y soltura que sus antecesores, en varios cantos de su poema indigenista "Anacaona".

³ El *Diario* de Perdomo se encuentra publicado en "Clio", revista de la Academia Dominicana de la Historia, números 52 y 53, año X, marzo a junio de 1942.

viosa. Todos los sentimientos que atravesaron por el alma de este conspirador afiebrado, desde los que sostienen débilmente su esperanza cuando todavía no ha sido dictada la sentencia aterradora hasta los que son ya expresión de su caída moral y de su vencimiento doloroso, están recogidos en las páginas a ratos convulsas, a ratos serenas, de aquel libro memorable. Pero lo que sorprende, lo que aterra casi en la obra del insigne ajusticiado, es la frialdad con que, perdida ya la última esperanza, el héroe se prepara a morir y se despide tranquilamente de la vida. Es precisamente la parte final de su *Diario* la que respira mayor optimismo y la que contiene rasgos de belleza moral más luminosos. Si fué hermosa el alma del poeta, como se alcanza a traslucir a través de la confusa urdimbre de sus versos mal labrados, más hermosa aún ha tenido que ser el alma del prócer que en las páginas de este noble documento muestra el temple enérgico de su carácter en rasgos de humorismo casi lúgubre y en la serenidad con que su espíritu verdaderamente heroico se eleva de la consideración de sus propias miserias a la del destino de la patria. Las palabras con que se despide del mundo reflejan la conformidad realmente cristiana con que arrojó el patíbulo: "Hoy concluye mi Diario. Estamos en capilla... Fuerza es dejar este mundo y ocuparse en arreglar la conciencia. Me despido, pues. Mundo, placeres, adiós; adiós mi porvenir, mis ilusiones; adiós mis amigos, mis deudos; ¡adiós, Antoñita!, a tu madre, adiós. Y tú, mi Virginia, para siempre adiós".

El sentimiento que inspira todas sus reflexiones es el de la sinceridad misma. El hombre, como el poeta, no disfraza jamás sus pensamientos y escribe lo que siente con franqueza que resulta a veces cortante: "Hoy han puesto en libertad —afirma en la página de su *Diario* correspondiente al 29 de marzo—, a mis compañeros de prisión Ramón Díaz, Marcelino Rodríguez, Ligero y otros. Francamente hablando, cuando se está preso nadie desea ver salir en libertad a su compañero. Es una especie de egoísmo, malvado si se quiere, pero que existe siempre sin que sea posible explicar por qué".

El *Diario* de Eugenio Perdomo no carece de interés histórico por las curiosas referencias que contiene no sólo sobre la insurrección de 1863, sino también sobre las cárceles de la colonia y sobre la forma en que los presos políticos eran tratados en esos establecimientos penitenciarios. La vida de la prisión, en los últimos tiempos de la colonia, puesto que en los diecisiete años que duró la primera independencia no ha debido de experimentar ningún cambio apreciable ese estado de cosas, se halla fielmente descrita por Perdomo en párrafos que a pesar de su concisión contienen pormenores significativos y reflejan angustiosas escenas que aparecen contadas por el prócer con vivacidad extraordinaria. El autor relata sus experiencias personales con sencillez, pero con el brío y el color propios de quien sintió fuertemente sacudida su sensibilidad por las tintas de sabor dantesco del cuadro que sus ojos presenciaron durante cerca de dos meses tras aquellas paredes construídas con sordidez inhumana ⁴.

Eugenio Perdomo, menos célebre sin duda por sus versos que por haber acaudillado a los veinte y siete años una insurrección memorable, es una de las figuras dominicanas más dignas de admiración aún desde el punto de vista literario. Su carácter entero y su índole generosa se reflejan de una manera impresionante en sus pobres versos y en su prosa desmañada. Pero cuando la profunda y conmovedora vibración personal que ennoblece su obra incorrectísima no fuera suficiente para destacarlo sobre el vulgo de los poetas de su

⁴ "No es posible sufrir el calor que se siente en este maldito calabozo después de cerrada la puerta. Parece que el director o constructor de este edificio (que de paso sea dicho, fué el señor Juan E. Gil) creyó que no serían hombres los que vendrían aquí a expiar sus faltas. Los calabozos están privados de aire. Un saloncito húmedo lleno de miasmas, fétido, con una puertecilla de dos varas de alto y una de ancho, es la residencia de seis hombres presos por cuestiones políticas, la puerta tiene una rejilla tan pequeña que apenas un poco de aire malsano logra hacer su entrada. Aquí se me ocurre creer que el señor Juan E. Gil no pensó que él componía parte de la humanidad y que algún día su estrella podría arrastrarle a estos calabozos, donde no dudo se derretirá como otro San Lorenzo..." (*Diario*, día 3 de abril).

tiempo, el ejemplo sólo de su muerte bastaría para cubrir de honra imperecedera su memoria. Milton, ciego, no se lamentaba de haber perdido la vista porque lo sostenía, como él mismo confiesa en uno de sus sonetos, la conciencia de haber sacrificado sus ojos usándolos para la defensa de la libertad, grande hazaña de la cual Europa entera hablaba de una orilla a otra. Eugenio Perdomo, tan infinitamente desigual en el genio, pero tan semejante en la pureza y en el sacrificio al terrible puritano del "Paraíso Perdido", pudo también jactarse en su *Diario*⁵ de haber ofrendado su vida en defensa de un ideal altísimo: la redención de la patria.

⁵ Muchos de los apuntes del *Diario* de Perdomo ponen elocuentemente de relieve el fervor con que todavía en la cárcel fué fiel a sus principios este prócer de alma romana: "La muerte... no importa.. dulce es morir en defensa de sus principios políticos y muy más dulce cuando se lleva al patíbulo una conciencia tranquila y un corazón joven, cuyos latidos son otros tantos gritos de libertad que lanza el alma..." (11 de marzo). "El hombre que ha lactado de esa tierna y dulce madre, la libertad, siempre y doquiera hará alarde de sus principios nobles, francos y desinteresados, abogando por la causa del pueblo a despecho de los tiranos..." (5 de abril).

MAXIMO GOMEZ



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

Con Máximo Gómez se cierra la serie de los grandes libertadores. Si como guerrero es digno de figurar entre los más geniales conductores de tropas del continente, acaso a la derecha de Bolívar, a quien iguala en el arte de hacer la guerra con ejércitos improvisados y a quien sin duda sobrepasa en coraje épico y en estrategia instintiva, como patriota se halla al nivel de Washington y San Martín en lealtad a sus principios y en honradez ciudadana.

Acaso fué Máximo Gómez el primer genio nacido en suelo dominicano: puede afirmarse sin vacilación alguna que la vida creó, para que este hombre naciera, un molde nuevo: un molde semejante a aquel en que de tarde en tarde son fundidas las naturalezas desmesuradas.

Pero el libertador de Cuba no supo sólo conducir, como los combatientes homéricos, el carro de los combates. Después de haber puesto el genio en sus campañas, obras sublimes de perspicacia y de intuición que pueden considerarse como verdaderos prodigios militares, todavía le sobró talento para verterlo generosamente en sus escritos. Las cartas de Máximo Gómez, las órdenes escritas que improvisó entre los relámpagos de las descargas en los campamentos de la guerra de los diez años, y las proclamas que compuso en estilo de arenga para la tropa inflamable, no parecen documentos hechos casi con la punta de la espada sino más bien páginas literarias compuestas con la misma pluma con que se escriben las odas de gabinete. Si su figura, mirada por el lado militar, nos parece con razón incontrastable, vista bajo el aspecto menos férreo del hombre ya célebre a quien las circunstancias obligan a escribir como ciudadano conspicuo y no como escritor de oficio, ofrece aún motivo para la admiración fervorosa.

Una mano invisible, sin duda la del genio, aunque éste no se haya manifestado como una fuerza sobrenatural sino en el campo de la lucha armada, guía la pluma del héroe de "Mal Tiempo" cuando traza sobre el papel los signos con que traduce su pensamiento de soldado. Pero esos caracteres enigmáticos, unidades de otro ejército que sólo obedecen a la voz de la inteligencia ungida con el prestigio literario, acuden también cuando él los llama, sometiéndose como los soldados de carne a su voluntad imperiosa. En una página escrita por Máximo Gómez, militar que hasta la mente la tenía sujeta a disciplina inquebrantable, puede faltar la elocuencia de las disertaciones de aparato; pero lo que no falta nunca en ella es ponderación, orden, dignidad, armonía. Una incoherencia, una de esas frases que la retórica llena de falso viento o de música campanuda, un pensamiento feo o una expresión deshilachada, son cosas que no se conciben en un escrito de este soldado sin cultura a quien fué concedido por adivinación el privilegio de dirigir las cláusulas del discurso si no con tanto genio, sí, en cambio, con tanto imperio como el que tuvo para conducir a las famosas legiones de las cargas al machete.

La naturaleza puso en la boca del león un panal de donde fluía abundantemente la ternura. En su *Diario de Campaña*, obra extraordinaria en su género, hay páginas impregnadas de tanto sentimiento y de estilo tan puro que no parecen salidas de la pluma selvática de un guerrero sino de la de un hombre de sensibilidad más cultivada. Todo acontecimiento le sugiere, aún en medio de la borrasca en que sus apuntes fueron compuestos, algún rasgo poético, testimonio de que el férreo libertador era hombre de sentimientos no vulgares: así, el 27 de febrero de 1897, comenta amargamente en su *Diario* la mutilación del cadáver de su hijo, caído junto a Maceo en Punta Brava, y concluye con este rasgo de lirismo las expresiones de dolor que le arranca aquel acto ignominioso: "... Siento en mi pecho palpitar un sentimiento de venganza, no por la muerte de mi hijo, pues a la guerra se viene a morir, sino por la mutilación de su cadáver: cortar

la rosa no es tan malo; deshojarla con desprecio es lo amargo". El 24 de febrero de 1898, después de haber permanecido treinta y cuatro meses "encima de su caballo", habla del deseo que le asalta de abandonar la hamaca para dormir sobre el prado, como los potros salvajes, y explica así aquel extraño anhelo de reposo físico: "La hamaca no es ya cómoda, como lo era antes; y es que la tierra quizás me llame a su seno". El 27 de julio de 1898, describe brevemente la capitulación de trescientos soldados españoles, y comenta en los siguientes términos la actitud del general José Miguel Gómez en aquella emboscada hazañosa: "El general José Miguel Gómez se bajó demasiado para recoger el laurel. Hay que recogerlo siempre desde la altura de nuestro caballo de batalla".

El don de la observación moral, privilegio que la vida sólo otorga al hombre de genio que ha contemplado de cerca el espectáculo de las pasiones humanas, acompaña siempre a Máximo Gómez a través de sus largos años de permanencia en Cuba, y se refleja en su *Diario de Campaña* y en sus cartas por medio de reflexiones perspicaces y no pocas veces ingeniosas. En todo lo que escribió el insigne guerrero hay observaciones que sin duda no son de gran elevación ni de mucha profundidad; pero que sí revelan la inteligencia del hombre que ha reflexionado largamente sobre la condición de sus semejantes y a quien la vida y no los libros dicta las reflexiones que hace sobre el destino humano. En el documento que el 12 de marzo de 1899 dirigió al pueblo de Cuba, después de haber sido depuesto del cargo de general en jefe del Ejército Libertador que acababa de conducir a la victoria, y en las cartas que escribe con posterioridad a esa fecha, no escasean ni las actitudes adoloridas ni las sentencias acres que suelen asomar a los labios de los grandes desengañados.

Pero lo que pasma en los escritos de circunstancias del Libertador de Cuba es la presencia en ellos de algunas frases que recuerdan vagamente el estilo de Martí y que por sí solas demuestran la energía con que la palabra del apóstro-

tol se grabó en la conciencia y en la imaginación del guerrero. No deja de causar asombro, desde luego, el solo hecho de que se pueda descubrir un punto de contacto, aunque sea esporádico y remoto, entre la expresión enérgica, pero ruda de Máximo Gómez y la expresión sublime y caudalosa del mártir de Dos Ríos, el primer poeta sin duda de la oratoria castellana. Hay en la frase áspera, crepitante a veces como los troncos bajo los dientes de la sierra, del héroe dominicano, algo que recuerda no el río de elocuencia que fluyó de la pluma de Martí, ni su vigor genial, ni su inspiración desatada; algo que no se parece, que no podría ni aún remotamente parecerse, a todo ese conjunto de prodigios que transforma la prosa del apóstol en una especie de bosque sonoro en que corren fuentes inagotables, se enlazan árboles corpulentos y se encienden de improviso luces maravillosas; algo que no trae, que no puede traer en ningún caso a la memoria aquella particularidad, característica del pensador cubano, que no deja ningún pensamiento sin imagen, y que cuando no halla el símil o el símbolo apropiado, lo inventa para expresar la idea con nitidez asombrosa. Pero hay en la prosa de Martí algo que no es producto ni del artificio ni del genio: una unción íntima que parte directamente del alma como los rayos de luz parten de la llama, y que nos deja siempre la impresión, cuando leemos sus proclamas o sus discursos, de que no oímos a un simple mortal sino a un bienaventurado.

Pues algo de esa magia de Martí, algo de ese calor evangélico con que el mártir cubano nos transporta a la tierra de los santos, es lo que pasa al estilo que usa Máximo Gómez para expresarse en frases poco escogidas, pero que nos invitan, a pesar de su rudeza, a repetir varias veces la lectura. Sólo quien convivió con el grande hombre y participó de esa especie de elación que infunde cierto carácter de parábola y cierto aire de plegaria a cuanto dijo aquel vidente, ser extraordinario que en muchas cosas no parece un caudillo común sino un iluminado, pudo estampar frases como las siguientes en sus cartas y en su *Diario de Campaña*: "Con estas convicciones, pensé abrazar, en estos días, a los míos, y

descansar en el seno de esas perezas..."¹. "A las cuatro de la tarde, hemos dado vista a las dos Antillas: Santo Domingo y Cuba, los dos pedazos de tierra de mis ensueños. En la primera dejé mi cuna, y quién sabe si en la segunda tendré mi sepultura. En la primera recibí el primer beso del amor más puro. En la segunda recibí el último. Allí enterré a mi madre"². Frases de este género, sobre todo como la primera de las dos aquí transcritas, abundan en la prosa de Martí que gustó de sensibilizar sus ideas y que usó con frecuencia esa clase de términos abstractos para traducir poéticamente con ellos los sentimientos más finos y las sensaciones más delicadas.

El *Diario de Campaña* y las cartas de Máximo Gómez, además del mérito que encierran como expresión de la inteligencia de un soldado de escasa cultura que no careció de cierta sensibilidad literaria, tienen en el aspecto moral un valor incalculable: la historia de América cuenta con pocas páginas tan hermosas, por ejemplo, como la carta dirigida por el héroe de Palo Seco al Ejército de Cuba desde la Quinta de los Molinos, el 12 de marzo de 1899, donde se muestra mejor discípulo de Martí que el más ardiente de los apóstoles que haya tenido en cualquier época el patriotismo cubano.

Máximo Gómez tenía abierto en 1899 el camino hacia la Presidencia de Cuba. Todo parecía invitarlo a ser el primer hombre llamado a sentarse en aquel solio: la nueva ley constitucional, donde se incluyó un artículo que no tenía otro objeto que el de favorecer esa aspiración legítima; el genio militar con que fascinó a aquella generación predestinada; el ascendiente que conservó siempre sobre las tropas, acostumbradas a ver en el gran soldado al héroe del paso de Júcaro a Morón, empresa mil veces más atrevida que la de la célebre marcha de Bolívar desde los Llanos de Casanare hasta el páramo de Pizba; y la muerte de Maceo, único émulo que hubiera podido disputarle, por el prestigio hazañoso uni-

¹ Carta al presidente Billini, fecha en las Villas, Cuba, el 6 de julio de 1898.

² *Diario de Campaña*, abril de 1885.

do a la consideración sentimental resultante del nacimiento en el suelo recién emancipado, el premio a que le hacían acreedor sus treinta años de servicios a la causa de la independencia cubana.

Pero Máximo Gómez, virginalmente puro en sus convicciones doctrinarias y fiel hasta la muerte a los principios del Manifiesto de Monte Cristy, renunció a sentarse en la silla que en su lugar ocupó don Tomás Estrada Palma, y se retiró a su hacienda orgulloso de no haber puesto su gloria en la feria política al alcance de las pasiones humanas. En esa ocasión, como en todas las empresas en que intervino desde que inició en las playas de Cuba la gigantesca aventura de 1868, el inmenso soldado se limitó a recoger el laurel "desde la altura de su caballo".



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

FELIX MARIA DEL MONTE

SU SIGNIFICACION EN LAS LETRAS DOMINICANAS

Félix María del Monte es el cantor de la libertad: su poesía anuncia el nacimiento de la república y es como la primera flor de su cultura y el primer eco de su conciencia embrionaria.

La noche en que se proclama la independencia nacional, acude con los promotores del movimiento separatista al Baluarte del Conde, lugar escogido para la cita hazañosa, y allí mismo improvisa el primer himno dominicano¹. Pocos días después de que Tomás Bobadilla, unas veces aliado y otras veces émulo del Fundador de la República, escribiera el Manifiesto del 16 de enero de 1844, especie de memorial de agravios contra Haití, redactado en el estilo sin redundancias que fué proverbial a aquel genio de la intriga, Félix María del Monte afirma en versos de sencillez grandiosa nuestro derecho a vivir como hombres libres en la heredad sagrada. Ninguna de las estrofas del canto de Prud'Homme,

¹ "Este himno —dice el maestro José de Jesús Ravelo—, letra del poeta Félix M. del Monte y música del coronel Juan Bautista Alfonseca, debía ser realmente el único si los dominicanos hubieran sentido más inclinación por las cosas de su tierra... Escrito por dos prestantes compatriotas en el instante mismo en que nos hicimos libres, no ha debido de ninguna manera abandonarse por cuestiones de política de partidos. Cuando Alfonseca y de Del Monte escribieron el Canto Patriótico de la naciente República Dominicana pertenecían tan sólo al único y sacratísimo partido de la Independencia. Mas tarde, al organizarse los bandos que dirigieron Santana y Báez, aquellos ciudadanos militaron en las filas del rojismo y esa parece ser la causa que influyó poderosamente en el abandono del Himno del 1844... Pero de tal suerte llegó a ser olvidado (a pesar de ser el único de nuestros himnos que se cantó en el campo de batalla, cuando nuestros hermanos luchaban por afianzar la independencia nacional), que en los últimos gobiernos presididos por el general Buenaventura Báez, la República no tenía himno y se hacían honores al Jefe del Estado con las solemnes notas del Canto Nacional de Inglaterra". (V. *Historia de los Himnos Dominicanos*. Ciudad Trujillo, 1945, págs. 7-8).

oficialmente adoptado como Himno Nacional, iguala en majestad y en energía, en brío épico y en movimiento pindárico, a los siguientes versos de la composición que sirvió de grito de guerra a los conjurados del 27 de febrero:

Sepa el mundo que a nombres odiosos
acreedores jamás nos hicimos,
y que siempre que gloria quisimos
nuestro carro la gloria arrastró.

El hombre que improvisó ese canto, en plena embriaguez patricia, tuvo que haber recibido en el centro mismo del alma el eco de la epopeya. La República, que tuvo en Pedro Alejandrino Pina a su tribuno, capaz de infundir a la protesta el tono oratorio que exigía la grandeza de aquel momento histórico, encontró también en Félix María del Monte a su Tirteo, digno a su vez de los tumultuosos anhelos de libertad que en ese instante inflamaban el alma de sus multitudes guerreras. Aquel poeta, quien hasta entonces había vivido en la barbarie², sin disponer de otros elementos de instrucción que los pocos que permanecieron al alcance de la juventud bajo el salvaje imperio de los dominadores haitianos, fué el verbo lírico de la revolución y acaso el mejor depositario de su filosofía. El himno que compuso, horas después de haberse iniciado la revuelta, no fué sólo un desafío marcial, hijo del entusiasmo bélico de un poeta ansioso de conducir legiones con la lira, sino también una afirmación de fe en la tradición cultural de la colonia, hecho que al parecer juzgó necesario para asegurar los destinos de la patria recién emancipada. Félix María del Monte no hace ninguna distinción, en esa marcha guerrera, entre los domi-

² Félix María del Monte nació en 1819 y tenía menos de tres años cuando el Presidente de Haití, Jean Pierre Boyer, deseoso de realizar el absurdo principio imperialista de la *indivisibilidad política de la isla*, consagrado en todas las constituciones haitianas anteriores a la del 14 de junio de 1867, invadió la parte española de Santo Domingo y la mantuvo durante 22 años sometida a esa ignominia que a las generaciones de hoy les parece inconcebible.

nicanos y los españoles que se hallaban a la sazón en el territorio nacional, y convoca a todos los hombres de lengua castellana para que se unan contra los invasores, bárbaros pertenecientes a otra raza, y defiendan juntos, como un patrimonio solidario, los intereses superiores de la civilización común y de la cultura heredada:

¡Al arma, españoles!
¡Volad a la lid!
Tomad por divisa
"Vencer o morir".

La tendencia que aparece así esbozada, aunque de manera todavía nebulosa, en los versos del gran lírico, a quien en cierto sentido se podría considerar como al primer poeta dominicano, se transforma poco después en doctrina política de un numeroso grupo de hombres de gobierno que buscan en la reincorporación a España un medio de escapar al dominio de Haití, peligro que se cernía sobre los destinos de la República naciente como una perspectiva ignominiosa. Pero, al cabo de algunos años, cuando la voluntad de ser libre agrupa nuevamente a los dominicanos bajo las banderas de la restauración, otro egregio poeta, Manuel Rodríguez Objio, se hará eco, en un segundo himno³, de la rebelión de la

³ "Al general Gregorio Luperón —subraya el Maestro Ravelo, ob. cit. pags. 14 y siguientes—, se debe que el poeta Rodríguez Objio y el Maestro Ignacio Martí Calderón escribieran respectivamente la letra y la música de este Himno. Este otro Canto Nacional, que tampoco ha debido olvidarse, fué popularísimo en las provincias del Norte y del Centro de la República. Cuando el Himno de Reyes comenzó a generalizarse en aquellas regiones, se tocaba en las fiestas del 27 de febrero, y aquel en las del 16 de agosto. Cuando el 14 de marzo de 1871, el general Luperón salió de Capotillo haitiano con 45 patriotas para protestar con las armas por la anexión de nuestro país a Estados Unidos de América, aquellos valientes, entre los cuales iba el autor de la letra, emprendieron la marcha cantando el Himno de Capotillo con música que se supone improvisaron, puesto que la verdadera, la que compuso el Maestro Ignacio Martí Calderón, fué escrita, poco más o menos, en el año 1885".

conciencia nacional contra el dominio de España, tendencia patriótica representada por quienes sostenían como una enseñanza en sus manos el ideal de la independencia absoluta.

Félix María del Monte tuvo la fortuna de que otro poeta de la generación siguiente fuera el escogido, tal vez por obra de la Providencia, para escribir el canto de guerra que los dominicanos entonaron, después de la tempestad desatada en Capotillo, contra la dominación española ⁴: gracias

⁴ Así como el Himno de Félix María del Monte respira amor a España y exalta, sobre toda otra cosa, el sentimiento de la raza, señalando en algunos rasgos enérgicos la separación que la diferencia de origen étnico establece entre las dos partes en que se halla dividida políticamente la isla, el Himno de Rodríguez Objio, por el contrario, es un grito de protesta contra la supervivencia en Santo Domingo de todo resto de dominación española:

Ahora nuevo maldito tirano,
 Por saciar su funesta ambición,
 Quiere arriar con impúdica mano
 De esa patria el sagrado pedón.

Ya el clarín belicoso resuena,
 Y a la lid nos impulsa el honor;
 Del oprobio al romper la cadena
 ¡Proscribamos por siempre al traidor!

Vencedores heroicos de España,
 ¡De otro yugo la Patria salvad!
 Compatriotas, afrenta tamaña
 De traidores, con sangre borrad!

¡A la lid a vencer! ¡Guerra! ¡Guerra!
 No haya tregua jamás ni perdón,
 Para el vil que tornó de otra tierra
 Meditando venganza y traición.

Capotillo es el grito sonoro
 Que se debe elevar por doquier;
 Que al salvar nuestro patrio decoro,
 Protestemos morir o vencer!

La victoria, feliz nos espera;
 Ya se ven los traidores temblar,

a esa circunstancia no ha perdido el autor de "Las Vírgenes de Galindo" el carácter que lo señala, en la historia de la poesía dominicana, como el defensor de nuestras viejas tradiciones; como el poeta en quien más enérgicamente ha encarnado la inspiración nacional; como el cantor épico, dotado de cierto maravilloso don de objetividad, por cuya boca habló el sentimiento histórico y se expresaron las fibras heroicas heredadas de España; como el combatiente lírico que representó, en un momento particularmente grandioso de la vida dominicana, el honor de la raza y la resistencia que ella, como ninguna otra en el mundo, sabe oponer a todo propósito de penetración extraña en sus dominios, a todo intento destinado a dobligar su fortaleza y a abatir su carácter indomable.

EL POETA. SUS RASGOS PECULIARES

Félix María del Monte descuella, entre todos los poetas dominicanos de su época, por el empeño que puso en huir de los excesos del romanticismo para situarse, como el Euforión del Fausto, entre la antigua belleza clásica y la que en el siglo XIX empezó a fundirse en los moldes de una nueva sensibilidad literaria. El primer rasgo que distingue su obra poética es el grado de universalidad que alcanza en ella la expresión de las tribulaciones personales. En los versos de todos sus contemporáneos, aun los de temperamento lírico más equilibrado, la temperatura sentimental es generalmente artificiosa. La queja, expresada siempre en tono lúgubre, pierde en ellos gran parte de su calor natural y de su fuerza emotiva. El resultado de esa mistificación del sentimiento, implacablemente sacrificado a la retórica, es

Y al fijar nuestra sacra bandera,
Gloria eterna nos va a coronar.

De los bravos que allá en Capotillo
Restauraron invictos la cruz,
La aureola del fúlgido brillo
En la vida nos sirva de luz.

la frialdad que se observa aún en muchos versos de aquella época que sin duda brotaron de los hornos de la pasión, pero que desgraciadamente no conservan ni el ardor ni la violencia de la hoguera en donde fueron forjados. Nadie puede dudar de la sinceridad de esos poetas, en su mayor parte paladines románticos e impetuosos que más de una vez hicieron sentir al mundo el peso de su cólera, pero es lo cierto que toda tormenta interior es traducida por ellos no en un verso desgarrado sino en un grito sin resonancia humana.

Félix María del Monte es el único de aquellos poetas que resulta superior a su época, porque escribió como un clásico cuando todo lo impulsaba a escribir como un hombre a quien las enfermedades del sentimiento, propias de la sensibilidad extraviada que en el mundo entero puso de moda la reacción romántica, invitaban a ser gárrulo y a expresarse en versos de languidez quejumbrosa. El exceso y la afectación hubieran sido en él excusables porque todos sus contemporáneos abusaban de la sensiblería y del énfasis. Pero su conciencia literaria, la más pura sin duda de aquel tiempo, se rebela a la vez contra la hinchazón de la forma y contra la tendencia a exagerar los afectos desviándolos de sus cauces naturales. Su verso es de construcción generalmente severa; sin exceso de adornos y sin hojarasca disipable. La temperatura afectiva que reina en sus composiciones, es igualmente natural y carece de esos accesos de melancolía sensiblera que dan a otros versos de la época un aire casi fúnebre. La afectación del sentimiento es vicio tan chocante como la de las palabras con que la poesía se viste exteriormente. De ambos escollos se libra la musa de Félix María del Monte, que es la más sana y la más sobria del coro de divinidades lacrimosas que a la sazón presiden nuestro panorama poético.

Con la poesía dominicana de aquel tiempo ocurre lo que con ciertos cancioneros medievales: es tan uniforme el tono de los versos y tan semejante la atmósfera sentimental que en las diferentes composiciones se respira, que se

podría creer que todo ese fárrago de renglones rimados, es obra de un mismo poeta, o, al menos, de un grupo de autores que repiten sin cesar los mismos temas con las mismas imágenes y la misma falta de inspiración creadora. El Parnaso nacional del siglo XIX, con pocas excepciones, es una masa monótona de versos lacrimosos. Basta recorrer la "Lira de Quisqueya", colección de poesías anteriores a 1874, para comprobar este hecho que puede servir de índice poético a toda esa centuria: pocas son las composiciones de esa crestomatía lírica que rompen la languidez del coro y acusan en su autor un pensamiento original o una sensibilidad independiente y poderosa.

Este rasgo peculiarísimo puede servir también como comprobación del divorcio que frecuentemente existe entre la realidad y la poesía; no deja de resultar sorprendente que en época como aquella, de costumbres hasta cierto punto rudas y heroicas, porque el exterminio y la matanza, saldos continuos de las guerras civiles, eran entonces espectáculos corrientes, los poetas dominicanos se complacieran en escribir versos angustiosos, cantando siempre en actitud de seres adoloridos y haciendo invariablemente el mismo recorrido sentimental a través de sendas coronadas de sauces lúgubres y de cipreses oscuros. Pero, ¿el arte exquisito del Renacimiento no floreció acaso en medio de una sociedad licenciosa, donde hallaban al mismo tiempo cabida el ángel y la bestia, y donde el hombre era unas veces el ser superior, dotado como los dioses con la llama divina de la inteligencia, y otras veces el siervo del instinto, el animal humano? El espíritu de aquella época, imagen completa de una sociedad en la cual conviven y fraternizan artistas de la inspiración como Miguel Ángel y artistas del crimen como el duque de Valentinois, ¿no podría ser simbolizado en la Ninfa que pinta Benvenuto, muellemente acostada entre animales feroces? La poesía dominicana, en los días en que escribe Félix María del Monte, no escapa a la ley de esos contrastes necesarios: al heroísmo de las costumbres y a la templanza de los caracteres enérgicos, corresponde un verso

de tono querellosamente romántico. El alma, entonces como ahora, buscaba en la poesía un desquite contra la férrea dureza de la vida, y a través de las barras de hierro de la realidad se asomaba ávidamente a la región donde tiene su huerto la quimera.

FELIX MARIA DEL MONTE Y EL COLOR LOCAL

Fué Félix María del Monte el primer poeta que describió, aunque todavía en forma esquemática y vaga, el paisaje nativo. Su composición "El Banilejo y la Jibarita", compuesta en la isla de *Saint Thomas*, lugar donde residió algún tiempo en calidad de desterrado, contiene la primera versión literaria del valle de Bani, sin duda la porción de la República que ha inspirado acentos más tiernos y más conmovedores a la poesía dominicana. No se trata de una composición propiamente descriptiva, sino más bien de una de las tantas efusiones sentimentales que la melancolía del exilio arrancó al corazón del expatriado. Pero a través de la queja melancólica y de la agonía suspirante, el amor a la patria y el sentimiento de la naturaleza, asoman con énfasis en algunos rasgos felices, inexistentes tal vez para quien no procure descubrirlos bajo el falso colorido regional y el abuso de términos y de expresiones locales. La composición de Félix María del Monte, no obstante su brevedad, rivaliza en algunos de sus aciertos pictóricos con la que lleva por título "Bani", en la colección de José Joaquín Pérez, y con el capítulo de "Engracia y Antoñita" en que Billini describe la naturaleza de aquel valle en toda su esplendidez multicolora. El poeta de las "Fantasías Indígenas" coincide con el autor de "El Banilejo y la Jibarita" en la pintura de lo más característico de aquel paisaje, dulce y riente al par que sañudo y áspero:

Próvida con sus primores
le adornó naturaleza,
ya con rústica maleza,
ya con aves, ya con flores;

de aromáticos olores
 se aspira ambiente apacible,
 es su magia irresistible,
 su cielo azul y sereno,
 y todo aparece lleno
 de un encanto indefinible.

(Félix María del Monte).

¡Valle de luz y de flores
 cuán bello a mi vista eres!
 La cuna de mis placeres
 por tí miro con desdén;
 por tí, do tiene su trono
 fijado 'la dulce Flora,
 ia primavera su aurora,
 naturaleza su edén.

(José Joaquín Pérez).

¡Feliz si los verdes guanos
 que se mecen en el Cerro,
 al volver de mi destierro
 contempláramos ufanos!
 Los portentos sobrehumanos
 que preconizar escucho,
 diera por el *Cucurucho*
 que allá en 'Peravia domina.

(Félix M. del Monte).

Cómo se ostenta ceñido
 de azulada bruma leve,
 con tintas color de nieve
 sombreadas de carmesí,
 el *Cucurucho* altanero,
 centinela vigilante
 que anuncia al viajero errante
 que un paraíso hay allí.

(José J. Pérez).

La composición de José Joaquín Pérez, tal vez el poeta dominicano de inspiración más caudalosa, es sin disputa superior a la de Félix María del Monte en riqueza de primores pictóricos y en intimidad subjetiva. Pero "El Banilejo y la Jibarita" no deja de contener algunos aciertos de expresión, notables por la frescura y la naturalidad de las imágenes que el autor pone en boca de este campesino desterrado:

Sujeto estaré a tu fallo
 como a su palma la yagua;
 como al lazo de majagua
 obedece mi caballo;
 te amaré como a su tallo
 la flor que le está adherida;
 como el dichoso la vida,
 como el sediento la fuente,
 cual la tórtola inocente
 el árbol en que se anida.

No faltan tampoco, en esa composición, muchos rasgos de candor pueril y de retórica afectada:

Por las lomas eminentes
 te procuraré pimpollo,
 palitos de azota-criollo
 para limpiarte los dientes;
 zapatos te haré excelentes
 con el cuero de la higuana,
 tan útiles de mañana
 para pisar el rocío. . .

Así el joven concluyó:
 y la jibarita enfática,
 al oír su amante plática,
 con el cendal enjugó
 una lágrima simpática.

La poesía de Félix María del Monte se enriquece, en cambio, con enérgicos rasgos de costumbres que sólo en "Engracia y Antoñita", la candorosa novela de Billini, aparecerán después evocados con la amplitud necesaria:

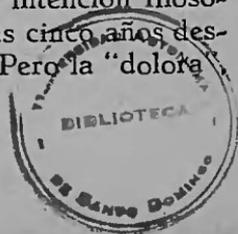
En las fiestas, dulce dueño,
al pueblo conmigo irás,
do las carreras verás
de sortija y Peruleño.
Y pues domina el empeño
de lucir en la función,
en buen jaco y buen sillón
presenciarás hechicera,
zarandunga donde quiera,
punto y llanto y diversión.

Irás con todo *el aquel*,
pues de mi gusto me pago,
a Paya a correr Santiago,
y por pascuas al Maniel...

De noche, junto a la bela,
harás *empleitas*, que ufano
recibiré de tu mano;
y entre plática y sonrisa,
haré rollos de *tomisa*;
torceré lazos de guano...

INFLUENCIA DE CAMPOAMOR EN LA POESIA DE FELIX MARIA DEL MONTE

Fué Félix María del Monte el primero que en Santo Domingo imitó el género poético creado por el autor de las "Doloras". El gran poeta asturiano, quien desde 1845 había empezado a popularizar el poema breve de intención filosófica, encuentra entusiastas imitadores, apenas cinco años después, en nuestro apartado mundo literario. Pero la "dolora"



que el propio Campoamor definió como “una humorada convertida en drama”, se reduce en Félix María del Monte a un apunte sentimental, de carácter generalmente amoroso, en el que la intención humorística, acerba a veces en el poeta español, pierde todo trascendentalismo y se transforma en un simple atisbo psicológico o en un discreto amoroso sin proyecciones superiores:

ÉL

Yo vi una flor en el vergel risueño,
 de puro, suave olor.
 La contemplé con ansia: tenía dueño.
 ¡Ay, tú eres esa flor!

Vi una paloma cándida, bizarra,
 mecerse en el bambú:
 mi mano esquivaba por alevé garra.
 ¡La paloma eres tú!

Mórbida ondina vi sobre alba espuma,
 cual fantástica hurí:
 quise estrecharla, y se ocultó en la bruma.
 ¡Tú eres la ondina, sí!

Ya dí mi adiós a la ilusión mentida;
 mas, terco soñador,
 triple tu imagen llevo aquí esculpida:
 ¡paloma, ondina, flor!

ELLA

Cuando mecida en el vergel risueño,
 exhalaba su olor,
 tu tímido anhelo, de extraño dueño
 hizo a la mustia flor.

Gimió blanca paloma en garra dura,
desde enhiesto bambú,
porque su arrullo de genial ternura
no comprendiste tú.

La ondina que miraste entre alba espuma,
amante cual la hurí,
fugar no quiso: coqueteó en la bruma
por agradarte a tí.

No califiques de ilusión mentida
ese inefable amor;
no, que aún conservan magia indefinida
¡paloma, ondina, flor!

La sencillez característica de la poesía de Félix María del Monte, temperamento lírico que se expresa sin rebuscamientos y que carece de preocupaciones metafísicas, no era materia fácilmente acomodable a los malabarismos retóricos ni a las sutilezas de la filosofía sensualista, a menudo escéptica, de aquel gran epicúreo, sin duda el poeta español que ha poseído el más vulgar, pero también el más rico y el más profundo repertorio de verdades humanas. Nada más lejos que la candidez del poeta dominicano de esa especie de erotismo metafísico que puso en boga el autor del "Drama Universal", sibarita que aplicó a sus especulaciones sobre el amor algo del paganismo sensualista y brillante de Ovidio y algunos de los rasgos irónicos a través de los cuales expresó el poeta de los *lieders* muchas de las contradicciones y de las vaguedades de la conciencia moderna.

Félix María del Monte encabeza el grupo de los poetas dominicanos de sentimiento más definidamente españolista, esto es, de los que más orgullosos se muestran de su estirpe y de los que más próximos se hallan a la poesía castellana. En la obra de los que integran este núcleo, sin duda el más numeroso del parnaso nacional, predominan los mismos rasgos retóricos que en el siglo XIX, la centuria de los acadé-

micos, caracterizan las letras peninsulares. De ahí la tendencia, en la mayor parte de estos poetas, espiritualmente formados bajo el salvaje yugo de la dominación haitiana, al énfasis y a las declamaciones; de ahí el apego, visible en todos ellos, a la frase oratoria y a la descripción recargada. Pero Félix María del Monte, como ya se ha advertido, es el eje intelectual del grupo y parece tener, más que ningún otro, conciencia de su misión al propio tiempo patriótica y literaria: tiende a la sobriedad por instinto, y si alguna vez imita a Campoamor y a otros poetas españoles, en general sólo se escucha a sí mismo y conserva, en medio de las incertidumbres propias de aquel período en que la patria renace otra vez de sus escombros, las líneas inconfundibles de su personalidad vigorosa. Cuando escribe composiciones por el estilo de la titulada "El Banilejo y la Jibarita", poesía de ambiente local donde se mezclan las verduras del trópico con ardientes reminiscencias de los ríos y de los bosques paternos, no tiene necesidad de imitar, como afirma Menéndez y Pelayo⁵, a los poetas de Cuba, ni de volver los ojos hacia el Parnaso de la Península, como asegura a su vez Pedro Henríquez Ureña, sino de oír su propio corazón que en el desierto clama por la patria y estalla en gritos de devorante intensidad humana.

"LAS VIRGENES DE GALINDO"

Félix María del Monte fué ante todo el poeta de la libertad. Esa idea lo absorbe no sólo cuando hiere, para elevar un canto a la república, la cuerda de los himnos patrióticos⁶, sino también cuando desciende a zonas más íntimas de la sensibilidad para hacer fluir dulcemente en sus versos eróticos la vena de los sentimientos personales. La compo-

⁵ *Antología de Poetas Hispanoamericanos*, Madrid, 1927, tomo II, pág. LXXX.

⁶ Menos afortunado que en la poesía patriótica, fué Félix María del Monte cuando cortejó la musa de la invectiva política. Alguna que otra vez, sin embargo, supo arrancar a esa cuerda notas inspiradas. El

sición titulada "La Tórtola", tal vez el más tierno de sus desahogos románticos, es en el fondo un clamor donde vibra la voz del hombre libre:

Tú no halagas al hombre, ave inocente,
y en eso mismo tu ventura cifras:
¡que es preferible al canto del esclavo,
un eco triste en libertad querida!

Pero es en "Las Vírgenes de Galindo", reconstrucción poética de unos de los más téticos y vergonzosos episodios de la dominación haitiana, donde Félix María del Monte se acerca más al sentimiento de su pueblo y donde verdaderamente lo impulsa la fuerza incontenible y poderosa de la inspiración nacional. La narración no contiene primores de estilo ni acentos de resonancia extraordinaria. Pero no faltan allí, como compensación más que suficiente de las fallas del instinto poético, algunos de esos toques de elocuencia dantesca que en ciertas obras del hombre parecen puestos por la propia mano de la justicia divina. Hay en esas pá-

mejor de sus cantos de este género es el soneto que escribió a raíz de la anexión contra el general Pedro Santana:

Allí está la Polonia americana
al poste del oprobio conducida;
allí está la odalisca prostituida,
señora ayer y sierva a la mañana!...

Sirena tropical dominicana;
águila audaz al éter ascendida,
en su vuelo caudal de muerte herida
por mano aleve y por traición villana.

¿Qué de tu gloria fué mustia heredera
del infortunio y genio peregrino
que te robó a la bruma de ígnea zona?

Con tu sangre aplacar la saña fiera
de vencedor sin lucha es tu destino,
y a quien vil te enganá, ceñir corona!

ginas descripciones, como la de la *cuyaya*, especie de danza macabra con que los esbirros de Boyer anunciaban las penas capitales, que no sólo sorprenden por la firmeza del dibujo sino también por la seguridad intuitiva con que el poeta penetra en el primitivismo de ese rito diabólico para revelarnos su sentido bárbaramente religioso. Los versos traducen, hasta donde lo permite la estrechez de la palabra humana, el satanismo de los soldados que antes de la ejecución paladean, como en plena selva, la agonía de la víctima; el fogonazo siniestro de la descarga, el ruido de los tambores infernales. Ningún otro poeta dominicano ha hablado con emoción más elocuente de la muerte, del espantoso misterio de la superstición, de la tremenda injusticia de las ejecuciones. No se puede leer esta composición sin recordar la descripción que hace Víctor Hugo, en "Nuestra Señora de París", del canto de las esfinges que saludan la noche del sepulcro y celebran su majestad niveladora, o el cuadro aterrador de Hans de Islandia que bebe la sangre de sus víctimas revuelta con el agua de los mares ⁷.

EL ORADOR FORENSE Y EL ORADOR PARLAMENTARIO

Dignatario y ministro público unas veces; contendor, con más frecuencia, en las plazas populares y en el ruedo de los parlamentos, Félix María del Monte alterna el ejercicio de las arduas tareas del gobierno con la de portavoz de los derechos del pueblo, especie de magistrado de la calle como los tribunos de los grandes tiempos de la democracia romana.

⁷ Aunque fué Félix María del Monte el primer dramaturgo dominicano de la centuria pasada, todas las obras que escribió para el teatro, con excepción de la tragedia que lleva por epígrafe "Duvergé o las víctimas del 11 de abril", la cual se conserva inédita, han desaparecido sin duda por incuria del propio autor o de los parientes a quienes el gran poeta confió, antes de morir, los manuscritos. Las piezas dramáticas extraviadas o perdidas son las siguientes: *El mendigo de la Catedral de León*, *El vals de Strauss*, *El premio de los pichones*, *El último abencerraje*, *El artista Antonio Brito* (leyenda dramática) y la zarzuela *Ozema o La Virgen Indiana*.

Su palabra, recta y flexible como los buenos aceros, suena unas veces serena y reposada en los consejos de gobierno y en los cónclaves legislativos, y otras veces se carga de violencia explosiva en el tumulto de las conspiraciones.

En la dirección de los negocios públicos, cuando comparte con otros ciudadanos eminentes las responsabilidades del poder, ejerce la autoridad sin sacrificar a ella ninguno de sus escrúpulos de conciencia; y en el campo de la oposición, cuando corteja los instintos de las multitudes, no halaga las pasiones del pueblo con la concupiscencia del botín sino con la promesa grandiosa de hacer viables en la atmósfera viciada de las alturas todos los principios dignificantes de la personalidad humana. Las muchedumbres lo siguen, avasalladas quizás por su elocuencia, o tal vez seducidas por su honradez doctrinaria; todos lo miran como a una especie de patriarca, y un extraño poder de fascinación emana del gesto, de la figura, de la palabra de este hombre elocuente que emplea todo el repertorio de los tropos republicanos, pero que no tiene temperamento de agitador ni verbo de montero.

Félix María del Monte es el primer tribuno parlamentario y el primer orador forense de que el país puede con justicia enorgullecerse durante su primera centuria de vida independiente. Los estrados y las curules de la república no han vuelto a presenciar despliegues de elocuencia tan majestuosos como los que hicieron justamente célebre a este ministro de las leyes que parecé haber hablado teniendo constantemente ante los ojos a los grandes modelos de la oratoria latina y de la oratoria castellana. ¿Qué son las defensas de los grandes maestros del foro latino? Lecciones impecederas de derecho acuñadas en frases de increíble pulcritud literaria. ¿Qué son a su vez sus intervenciones en las asambleas de la democracia antigua? Espectáculos de dignidad humana o eruditas excursiones a través de la poesía y de la historia. Félix María del Monte trata siempre de ceñir el discurso a esos dechados de la elocuencia clásica. Basta repasar, por ejemplo, la famosa oración que en 1849 pronun-

ció en defensa del general Antonio Duvergé, acusado de una presunta conspiración contra la patria, para descubrir en ese grandioso monumento forense no sólo algo de esa suerte de candor épico que transfigura la palabra del abogado antiguo, sino también muchos de los más finos artificios de la vieja arquitectura oratoria. Hay en esa pieza, independientemente del aparato jurídico, recursos retóricos que hablan poderosamente a la imaginación; argumentos que carecen tal vez de verdadero valor dialéctico, pero que tienden a disponer el ánimo de los jueces en favor del acusado y que a ese título constituyen sin duda perspicaces y hábiles recursos de psicología intuitiva.

El éxito de Félix María del Monte en la tribuna forense se explica en gran parte por la belleza de sus oraciones como construcción literaria ⁸. Sus piezas jurídicas abundan en la descripción de situaciones patéticas a las que presta relieve la inspiración del poeta dotado de abundantes recursos imaginativos. Su exordio, como los del insigne retórico a quien se propuso por modelo ⁹, o es un desfile de imágenes, o es un dardo diamantino que apunta con seguridad al corazón de los jueces: "Vengo con el corazón dilacerado — dice al iniciar la defensa de Santiago Pérez—; con el alma saturada de amargura; con el rostro, que los años han surcado ya, cubier-

⁸ Acaso el único orador forense cuyas intervenciones en los estrados de la República se recuerdan con tanta emoción como la que sigue acompañando, al través del tiempo, las de Félix María del Monte, es el Dr. José María Cabral y Báez, ilustre penalista dominicano que ocupó con brillo singular la tribuna de la defensa en algunos procesos célebres y cuyas oraciones más notables, cargadas de dramatismo y de gran efecto oratorio, conserva el pueblo en la memoria.

⁹ Fué Cicerón, entre los grandes oradores latinos, el que sin duda mereció su preferencia. La defensa de Duvergé, la más ruidosa de sus intervenciones en el foro, lo expuso a la ira de Santana, dictador de mano férrea, y la gallardía de esa actitud le abrió el camino de la popularidad, así como se lo franqueó al gran orador latino el haber arrojado la cólera de Sila acusando a uno de los libertos de aquel caudillo a la sazón omnipotente. Siempre se le vió, como al gran retórico *De Oratore*, en la tribuna de la defensa, ordinariamente la más próxima al corazón del pueblo, y no en la opesta, a veces erguida pero con frecuencia odiosa.

to de rubor, a abogar ante este supremo tribunal en favor de un hombre desgraciado. . . Si, Magistrados, yo vengo, en el último tercio de mi vida, a defender una causa en la que vislumbro en lontananza la tumba de un malhadado seductor: miro cerca de mí el banco del crimen, en que se sienta mi patrocinado, y un poco más allá, desgarrado el velo sacrosanto que cubre el hogar doméstico, poniéndolo al abrigo de la mirada indiscreta de los hombres, miro el lecho nupcial, el lecho que los antiguos griegos colocaban en lo más recóndito de la habitación, secreto para todos, presentado hoy de relieve, a fin de ser examinado por el ojo escrutador de la justicia, estableciéndose de este modo una lucha funesta entre la ley y las costumbres”.

Estas oraciones forenses no son sólo notables por la solidez de la doctrina jurídica, fruto de una inteligencia disciplinadamente imbuída en el Derecho, sino también por el vigor de las sentencias que el abogado, convertido en sociólogo, incrusta de cuando en cuando en la roca de la argumentación densamente apretada. El jurista se transforma con frecuencia en un censor implacable de las costumbres, y tiene entonces, para la sociedad de su tiempo, acentos que lo convierten en un Juvenal más humano, pero no menos mordaz ni menos elocuente que el latino: “La sociedad —exclama en uno de esos instantes en que los estrados se estremecían bajo el peso de su cólera—, la sociedad, esa Mesalina, a veces cansada, pero jamás satisfecha. . .”¹⁰. Esos arrebatos de indignación, frecuentes en sus mejores discursos, dan a sus intervenciones forenses un valor extraordinario como crítica costumbrista y como documento humano.

¹⁰ Del discurso pronunciado ante la Suprema Corte de Justicia, en funciones de Corte Marcial, en favor del general Santiago Pérez, miembro de la Cámara de Diputados, autor de la muerte del poeta venezolano Eduardo Escanlan, a quien el rumor público sindicaba como seductor de la esposa del homicida, “puesto en ridículo —según Félix María del Monte—, en presencia de la sociedad en que nació”, y a quien las autoridades, sin duda por motivos políticos, trataron “como a un oscuro criminal”.

Sus defensas abundan en alusiones a personajes históricos oportunamente evocados para el contraste impresionante. El hombre de ley, docto en el manejo de sus códigos, tiene siempre la memoria llena de reminiscencias clásicas, de mármoreos paisajes de Grecia, de majestuosos crepúsculos de Roma: "Catón —afirma al pedir la libertad de Duvergé—, fué cuarenta y dos veces acusado y otras tantas absuelto sin que por eso deje el mundo de admirarle después de veinte siglos". "Escipión —agrega al concluir aquella oración famosa—, acusado por sus enemigos, sólo se defendió con estas palabras: *T'al día como hoy vencí a Aníbal y salvé a Roma*".

Pero se engañaría el que se imaginara que tales discursos, plagados de recuerdos eruditos, se distinguen por su hinchazón o por su ampulosidad. El estilo de Félix María del Monte es, por el contrario, un modelo de estilo desembarazado y compendioso. Recórrase la oración, tantas veces citada, sobre el general Duvergé, y se verá que no hay molición en esa prosa, sobria y enérgica aunque jadeante a veces porque traduce con asombrosa fidelidad la situación de ánimo del hombre que disputa una presa al patíbulo, que trata de arrebatarse a la muerte una cabeza esclarecida. Una emoción austera, como la que se respira en todas las obras que el hombre escribe con el corazón consternado, resplandece en esas páginas, a veces serenas, a veces desgarradas. El asunto mismo lo invitaba a ser grave y a eludir toda redundancia retórica. Félix María del Monte supo colocarse a la altura de las circunstancias. Jamás abogado alguno exaltó a su defendido con lenguaje más sobrio, con menos aparato de frases rimbombantes y de figuras hinchadas. Apenas encomia a Duvergé; apenas alude, en el curso de esa oración memorable, a este reo hazañoso. No juzgó siquiera necesario, por temor sin duda de que no brotara a sus labios algo digno de tal grandeza en trance de martirio, recordar a los jueces la estatura homérica de aquel dios de la guerra, de aquel león vilmente atrapado en una red de acusaciones calumniosas. No tiene tampoco una sola palabra de reproche para los verdugos del héroe ni para los que sentaron a aque-

lla virtud inmaculada en el banquillo denigrante. Cuando tiene que citar al libertador habla de él como de un "ilustre veterano". Si a alguien amenaza alguna vez es al mismo tribunal de cuya rectitud depende la suerte del egregio acusado: "Si después de replegaros en vosotros mismos, ese juez interior os dice que el huérfano de los bosques, luego general de división, siempre nuncio del triunfo y ardiente dominicano, puede ser cómplice de un traidor en favor de Haití, aplicad la ley; vosotros a vuestro turno seréis también juzgados".

Como modelos de sobriedad elegante y castiza podrían también citarse las intervenciones de Félix María del Monte en nuestras primeras asambleas legislativas. En medio de la abundante literatura política, atiborrada de lugares comunes, a que dieron lugar las actividades del Congreso Nacional en nuestro primer decenio de vida independiente, sus discursos se destacan no sólo por su elevación doctrinaria sino también por la forma en que las ideas se hallan en ellos pulcramente expresadas. Podría esperarse que el egregio tribuno utilizara en esas primeras asambleas, aún enardecidas por los relámpagos de la epopeya que acababa de ser consumada, la frase campanuda, propia del clima tormentoso que sobrevive durante algún tiempo a las revoluciones, y que diera a su estilo el tono hinchado que parecían exigir no sólo la retórica de la época sino también las circunstancias que eran naturalmente propicias al dramatismo aparatoso. Pero Félix María del Monte no incurre en ese error, excusable por las razones apuntadas, y habla como un prócer a quien preocupa, como un puntillo de honor, el decoro de la lengua en que los ideales de la independencia iban a ser por primera vez enunciados. De ahí la dignidad de que se reviste su discurso; y la pulcritud, casi inmaculada, de su cláusula, a la que parecen repugnar, como un ropaje impropio de su estirpe, las exterioridades llamativas y las imágenes excesivamente escandalosas.

Es visible el contraste entre la oratoria de Félix María del Monte y la de sus compañeros en el Tribunado y en el

Senado Conservador, cuerpos legislativos que estableció la Constitución de 1844 con nombres que traen inmediatamente a la memoria las asambleas de la revolución francesa. Algunos de esos próceres, como Juan Nepomuceno Tejera y como Ricardo Miura, se expresan con soltura y dicen generalmente lo adecuado, en cláusulas que en ocasiones no carecen de cierta sequedad enérgica y sentenciosa. Pero sólo Félix María del Monte se eleva sobre la vulgaridad de las frases hechas, de las exposiciones desteñidas, de las metáforas comunes. En medio de ese fárrago de palabras deshilachadas, de discursos que denuncian notoriamente la humildad de la cuna plebeya, su voz se levanta como la de una personalidad de otra estirpe, como la de un hidalgo a quien la inteligencia confiere el único título de nobleza admisible para aquellos hombres que acababan de esculpir en pomposas tablas democráticas el dogma de la igualdad republicana.

Los debates sobre materias de carácter doctrinal, como era lógico esperarlo de hombres que debutaban en la actividad parlamentaria, fueron frecuentes en el seno de los congresos surgidos a raíz de la revolución victoriosa. Cuando Félix María del Monte interviene en la disputa, sea para hacer la exégesis de una teoría constitucional o sea para exponer un simple voto político, la discusión se ennoblece y pierde su aire de controversia insulsa o desmayada. La palabra de cepa distinguida, lo mismo que las buenas maneras, suele infundir cierto señorío a las actitudes humanas: basta que Félix María del Monte intervenga en el choque parlamentario para que éste adquiera un tono ceremonioso, dando su palabra la impresión de que una voz más enérgica o mejor timbrada que las otras ha irrumpido súbitamente en el paisaje de tonos familiares.

El discurso que Félix María del Monte pronunció en 1849, después de tomar a Buenaventura Báez el juramento de rigor como presidente de la República, es quizás la pieza política de lenguaje más noble que se haya oído hasta hoy en los recintos del Congreso dominicano. Todo en ese discurso respira dignidad y grandeza: desde la energía de la sentencia

política, vertida en cláusulas de áurea resonancia, hasta la severidad con que el orador se encara al nuevo mandatario para recordarle sus deberes y para amedrentarlo con la justicia de la historia: "El pueblo espera de vos su alivio y su consuelo, la sociedad entera os contempla, y la posteridad ha de juzgaros". El prócer de carácter entero, incapaz de doblarse bajo el peso del temor o la lisonja, deja oír en cada cláusula su voz grave y severa, sin énfasis, pero siempre de entonación imponente y atildada. Esta singular página oratoria, en la que hay aforismos que merecerían ser eternizados en lápida de bronce o esculpidos en las columnas que sostienen la fábrica de las leyes, no es sólo notable por la libertad de juicio con que el orador expone sus ideas y por la enérgica franqueza con que previene al nuevo presidente contra los abusos del despotismo ilustrado, sino también por la doctrina histórica que contiene y hasta por ciertos conceptos especulativos que subrayan a veces las actitudes del moralista escrupuloso. No hay en el discurso de Félix María del Monte, como en el que Meriño pronunció en idénticas circunstancias cuando Báez retornaba por segunda vez al solio de los presidentes, verdadera temperatura lírica: la prosa de del Monte no sólo carece de arranque tribunicio sino también del vertiginoso caudal de imágenes con que Meriño se aproxima a veces a la opulencia del párrafo ciceroniano. Si la requisitoria del Príncipe de la Iglesia goza de mayor popularidad, es sin duda por el prestigio que el fuego de la imaginación y la poesía del estilo comunican al discurso del orador sagrado; a la obra de Félix María del Monte le falta, por otra parte, la fascinación que infunde a la de su émulo la venganza divina, esa especie de cólera santa que el orador debió de aprender en las páginas de la Biblia y en la lectura de los profetas.

Pero despójese la oración de Meriño del aparato lírico y de las exterioridades retóricas, y se verá a la de Félix María del Monte adquirir mayor relieve para permanecer como una de las columnas básicas del Capitolio Nacional; ahí, en esa tabla esculpida por uno de los grandes legisladores de

la patria, están escritos para siempre los principios que han dado fisonomía civil a la república, grabados para la eternidad los ideales que proclaman nuestra fe en la justicia y los que fijan en la historia la vigencia imperecedera de nuestro destino democrático. Félix María del Monte es, pues, entre los grandes oradores de la República, el de frase más enérgica y el de inspiración más severa; el de estilo más noble en medio de su parca elegancia y de su frialdad estudiada; el más digno, en una palabra, de la tribuna antigua.



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

MANUEL RODRIGUEZ OBJIO



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

EL POETA

Manuel Rodríguez Objio perteneció a una generación de aventureros de clarísima estirpe, de hombres románticos y sensitivos que oyeron los cañonazos de Santomé y vieron, aún adolescentes, al ejército libertador entrar en las ciudades, arrastrando tras de sí una larga cauda de victorias relampagueantes. De tanto ver guerrear, de tanto vivir entre conspiraciones y tormentas y de tanto respirar el humo de los fusiles, se llenaron la imaginación de relampagueos heroicos, y se acostumbraron al ruido de los aceros, al estrago de las revueltas, al espanto de los patíbulos, al estruendo de los combates, al horror de la muerte, al triunfo de las espadas. Pero, a pesar de haber vivido en esa atmósfera esplendorosa, caldeada de chispazos volcánicos y sacudida por descargas legendarias, no renunciaron ni al suave amor, ni a la tibia lágrima, ni a la delgada ternura. Siendo, como fueron, verdaderas aves de presa, no se negaron a abrir sus pupilas a la claridad de la luna naciente, ni se resistieron a seguir a veces los pasos del ruseñor para recoger como él en su canción todas las dulzuras suspensas en la noche morena.

Los hombres de esta raza solar llevaban colgados del hombro el fusil y la lira. En su despacho ministerial o en su campamento arriscado, pulían dísticos amorosos y redactaban proclamas galopantes; y después de haber respirado, durante el día, el acre olor de la tropa, esperaban que la noche envolviera el cantón en su dulzura para expresar, en versos susurrantes, un capricho de niño o un sueño de enamorado.

¿Quién podría ocultar su admiración por estos varones de perfil arrogante que se formaron en la barbarie de las guerras civiles? Hombres por el estilo de Quevedo que mata

porque se ultraja a una dama en su presencia, y hiere a un desconocido porque se niega a cederle el paso por la acera; caracteres a la usanza antigua, como el del Duque de Nottumberland, quien, al sentir la proximidad de la muerte, pide sus armas y se pone su casco, para morir como guerrero.

EL PRECURSOR DE DELIGNE

Manuel Rodríguez Objío llevaba el pecho envuelto en la "coraza de diamante" de que habla Milton en sus sonetos italianos. Pero el tema patriótico no fué el motivo preferente de sus inspiraciones; a pesar de haber vivido, como Garcilaso, en contacto con Marte, no llevó a su verso nada de la áspera violencia y de los broncos sonidos de ese dios belicoso. El poeta dominicano, como el cantor granadino, prefiere el tono menor de la confidencia, del discreto amoroso, y permanece fiel a Apolo aunque rinda culto al dios de la guerra e inmole la vida en su ara ensangrentada.

Sus poesías patrióticas son, en su mayor parte, lamentaciones lanzadas desde las playas, siempre áridas, del destierro, y se hallan escritas en tono querrelloso más bien que con acento de oda demagógica o de proclama altisonante. En Manuel Rodríguez Objío la cólera se desata siempre en lágrimas como la nube en lluvia refrescante. Hasta cuando increpa o amenaza, como en las estrofas que llevan por epígrafe "La sombra de Santana", compuesta en Cabo Haitiano, poco después de la muerte del gran caudillo de la anexión, su voz se halla más próxima a la queja que a la invectiva acusadora. En su verso hay siempre algo que trasciende a llanto o a ceniza: el artista excesivo, especie de César tropical cuya sed de conquistas se desborda en canciones, se acoge al escepticismo y prorrumpe a menudo en sátiras que no llegan a ser agrias pero sí mordientes o en extremo lacrimosas. Las letrillas tituladas "Me arrepiento" y "No creo y sí creo", ambas escritas en el destierro, anuncian ya al poeta acerbo que sin entregarse a la desesperación se declara en rebeldía contra el mundo o adopta, frente a la

vida, una actitud amargada. Ese fondo de pesimismo, propio del hombre que ha vivido a prisa y que empieza a disgustarse de todo, inclusive de sí mismo, como el James Hart-house de Dickens, condujo a Manuel Rodríguez Objío a infundir a su verso cierta seriedad melancólica y cierta energía sentenciosa.

Manuel Rodríguez Objío puede considerarse como el único precursor, en la poesía dominicana, de la tendencia filosófica que tuvo después en Gastón Deligne su vocero más calificado. Por primera vez penetra, en la lira nacional, un intento de curiosidad especulativa que saca el verso del reducido ambiente de la emoción personal y que se sirve de él para traducir conceptos generales. El poeta dominicano, lejos de dejarse arrastrar por el torbellino de la pasión amorosa, se empeña en transmitir a su poesía una intención trascendental que no sólo aparece en sus composiciones de carácter patriótico sino también en sus letrillas satíricas y en algunos de sus poemas eróticos. Con Rodríguez Objío empezamos a apartarnos del apunte anodino, de la simple divagación lírica, del eterno discreteo sentimental, de la elegía suspirante. Esta tendencia no alcanza en él, como alcanzó luego en Deligne, a introducir abstracciones metafísicas en la poesía dominicana. Lo que se trata aquí de destacar es la aptitud de Rodríguez Objío para la meditación poética y su empeño en utilizar el verso para traducir preocupaciones de índole filosófica en vez de circunscribirlo a la expresión de sutilezas galantes y de querellas rimadas. Son muchas las composiciones de Rodríguez Objío que pueden citarse como prueba de esa tendencia a engrandecer la inspiración, sea insinuando conceptos elementales de filosofía moral o sea reduciendo el sentimiento erótico a una especie de platonismo amatorio: tales son, entre otras, "Forhan" (1863); "Gloria y Venganza" (1863); "Epístola Patriótica" (1861); "El siglo" (1861); "No matarás" (1861), etc.

En sus mismas composiciones políticas existe un fondo moral que las ennoblece y que impide que se conviertan en simples desahogos banderizos y en explosiones tumultuarias.

Después de haber combatido la anexión, adquiriendo, por su denuedo en la función guerrera, el grado de brigadier en las filas de los restauradores, escribe contra el general Pedro Santana, caudillo de aquel movimiento antipatriótico, unos versos lapidarios, no labrados, como podría creerse, en el hierro candente en que suelen ser grabadas las invectivas, sino más bien fundidos en el bronce olímpico con que se forjan las campanas de las resurrecciones. El poeta condena al hombre de gobierno que no creyó en la patria ni tuvo confianza en su futuro; pero rinde homenaje al héroe y habla de él en sentido de exaltación casi respetuosa:

Traidor te aborrecí y héroe te admiro,
coloso singular de nuestra historia.

Hasta cuando lo golpea con más saña, parece que no quiere sino glorificarlo en versos donde el aplauso se asocia al anatema:

Una mancha oscurece tu memoria:
pequeño hiciste un nombre colosal.

La misma gallardía en los sentimientos y en la expresión distingue los versos donde Rodríguez Objío narra las penas del destierro. Proscrito en multitud de ocasiones, probó cien veces, como Dante, la amargura de verse expuesto a morir en tierra inhóspita, lejos de la única heredad que el hombre ama porque es la única sobre cuyo suelo pesa inolvidablemente, como un árbol lleno de frutos, la sombra de sus antepasados. Pero el expatriado no se entrega en suelo extraño a acariciar sombríos sueños de venganza, como el agrío florentino, boca de fuego que no se abrió nunca en el destierro para hablar en nombre del amor, sino en nombre del castigo. De los labios del poeta dominicano no sale, en esas horas pesarosas, ninguna palabra dictada por el sentimiento del odio o por el despecho sectario. Todo son querellas por la partida, llanto por la ausencia prolongada, nostalgia por el

bien perdido, votos por un feliz regreso. El destierro agranda en él el sentimiento de la patria y el canto, en vez de áspero o colérico, le brota angustiosamente húmedo del corazón apretado:

Allí do rodó mi cuna
y donde murió mi padre,
allí do habita mi madre
quiero yo siempre morar.
No envidio mansión dorada,
ni busco honor ni festines,
rica estancia ni jardines,
si proscrito he de llorar...

Dejé allá tantos recuerdos,
tanto lazo indisoluble,
que sólo un alma voluble
pudiéralos destruir.
Afecciones arraigadas
de mi seno en lo profundo,
que embellecen deste mundo
el angustioso existir...

(A un amigo).

LA INFLUENCIA FRANCESA

Manuel Rodríguez Objío representa, en la poesía dominicana de la época, la tendencia a imitar los poetas franceses de preferencia a los de lengua española. La corriente opuesta la encabezan, por el contrario, Félix María del Monte y Nicolás Ureña, el primero rabiosamente tradicionalista y el segundo, poeta de estro nacional pero en el fondo ingenuamente enamorado de la clasicidad castellana. La diferencia, antes que a razones de orden literario, debe atribuirse a las circunstancias políticas bajo el imperio de las cuales actúan y escriben estos tres poetas que aspiran a expresar, cada uno a su manera, algún aspecto profundo o accidental del

alma dominicana. Mientras Nicolás Ureña y Félix María del Monte asisten al calvario de la patria, secuestrada por Haití del mundo civilizado, y participan del anhelo nacional que cifra en el valor indómito y en el señorío espiritual de la raza toda posible esperanza de restauración del dominio español sobre la vieja colonia abandonada por Isabel II, Manuel Rodríguez Objío pelea contra España y es un vocero de la reacción popular que tiende a restablecer la república y a independizarla definitivamente del yugo que la mantuvo sumergida en una noche colonial de cuatro siglos. El poeta rebelde respira en el ambiente la desafección a todo lo español y vuelve hacia Francia, cuna de los derechos del hombre, la mirada impetuosa del combatiente que exalta en su canto grandes ideales patrióticos e invoca a la musa de la libertad en la actitud desafiante en que aparece, acorazada de bronce, en el cuadro de Rude.

Entre los poetas franceses fué sin duda Lamartine el que más directamente influyó sobre la poesía del vate dominicano. Pero esa influencia, desde luego, se limitó al apego por ciertos temas y por ciertas actitudes sin trascender en realidad al mecanismo del verso: aunque Rodríguez Objío dominó el francés, manejando la lengua de Molière casi con tanta soltura como el español, no intentó hacerse eco de tendencias extraviadas que lo apartaran de la tradición castiza y lo condujeran a desarticular la poesía con efectismos retóricos y con innovaciones ociosas. Si algo hay genuinamente francés en Rodríguez Objío es el amor a la claridad de las formas, a la gracia equilibrada que sólo es accesible a quienes conservan el gusto clásico por la regularidad y armonía de las proporciones, a la ligereza y sencillez de la expresión, al mariposeo del estilo, a todo ese conjunto de cualidades que constituyen uno de los rasgos característicos del pensamiento de aquel pueblo donde han encontrado asilo las musas desterradas de Grecia.

Pero esa aversión al barroquismo literario, al estrépito verbal y al colorido escandaloso, es decir a un hábito que no es francés sino que parece haber venido, al través de los

árabes, a fijarse en España como en suelo por excelencia propicio a la fiesta asiática de los despliegues solemnes y de las formas brillantes y pomposas, no era exclusiva de Rodríguez Objío sino que fué común a todos los poetas nacionales anteriores a la irrupción del modernismo en las letras dominicanas. La manía declamatoria y la hinchazón retórica entran en la lira nacional, como nota característica de la poesía de todo un periodo, cuando el afán de originalidad se apodera de nuestros poetas y cuando el espíritu de imitación sustituye en el verso nacional a la auténtica invención literaria. Es entonces cuando la lágrima de verdad, la lágrima inevitable y sincera que caracteriza la poesía espontánea de los tiempos anteriores al advenimiento de la nueva retórica, desaparece del verso para que hallen cabida en éste el sollozo artificial y la queja no auténtica sino más bien imitada. De la frescura de Félix María del Monte y de la sencillez de Rodríguez Objío se cae en los excesos de otra poesía decadentista en que es sin duda más copiosa la fronda de las palabras pero más débil la corriente del sentimiento puro.

Con Lamartine, tantas veces citado por Manuel Rodríguez Objío, no tiene el poeta dominicano otra analogía que la que resulta de la facilidad extraordinaria con que ambos se expresan en versos llenos de suavidad y en rimas suspirantes. Rodríguez Objío, guardadas todas las distancias, resulta tan espontáneo como el autor de las "Harmonies poétiques et religieuses": los dos poetas, en cuya vida tormentosa hay muchos rasgos afines, nos dan la impresión de que escriben sin el menor esfuerzo: el gran lirico francés, especie de Apolo impetuoso, de un Apolo que fuera a la vez soldado y alternara la espada con la lira, toma en sus manos el sublime instrumento, y en seguida se oye un crujido de cuerdas que nos anuncia el canto:

Je chantais, mes amis, comment l'homme respire.

En el portalira dominicano, lleno de impetu e igualmente propenso a convertir su propia angustia en efusión sentimental o en congoja religiosa, el canto es también una gracia

del cielo que se realiza sin ostentación como los grandes actos de la naturaleza: como el movimiento de los astros, como la caída de las lluvias, como el susurro de las hojas en la noche. El encanto principal de su poesía reside en la naturalidad que la acompaña invariablemente y que la hace aparecer en todo instante como un dechado de inspiración fácil y de fluencia abundosa. Pero es sin duda la limpieza moral que la singulariza la nota con que acaba de imponerse definitivamente a nuestra admiración esta poesía donde se percibe con toda nitidez la voz de un hombre de otros tiempos, totalmente imbuído en los sentimientos y en las ideas de una generación para la cual el heroísmo constituyó un espectáculo corriente. No hay aquí el menor asomo de esa especie de depravación ética que no deja de insinuarse en la obra de los poetas que abusan del tema erótico y en la de aquellos que desfiguran la imágen de su propia emoción colocando la retórica, como una casaca de Arlequín, sobre sus sentimientos verdaderos.

LA INCORRECCION DE SU OBRA POETICA

No llegó Rodríguez Objío a la plenitud de sus facultades artísticas porque su vida se desenvolvió dentro de una constante agitación, solicitada imperiosamente por la política que no fué en él ejercicio accidental sino función cotidiana. La mayor parte de sus poesías se encuentran firmadas en la cautividad o en el destierro. Su verso se resiente del sentido de improvisación y de aventura que tuvo su existencia agitada¹. Aun adolescente, ve conducir a muchos de sus com-

¹ Uno de los defectos más frecuentes de su versificación es el uso del gerundio al fin del verso:

En el profundo abismo de los tiempos
 cinco lustros rodaron de mi vida,
 mole de desengaños impelida
 por el soplo de bárbaro aquilón.
 Cayeron con estrépido terrible
 miles sueños sublimes *arrastrando*,
 y a un olvido profundo *condenando*
 mi juvenil pasada agitación...

(*En mi cumpleaños*).

pañeros al patíbulo, y se familiariza de tal modo con la muerte, con los fusilamientos sumarios, con las retaliaciones implacables, con los métodos bárbaros de una lucha en que los hombres de uno y otro bando se combaten con saña y se embisten ferozmente a cuchilladas, que él mismo presiente el destino pavoroso que le está reservado y llega a sentir en su carne, años antes de ser llevado al cadalso, el frío de su martirio futuro:

Todo tirano que matar le plugo
con derecho o sin él, odio merece;
mas por su vida inquieta de verdugo,
mi alma a la vez su compasión acrece.

Contémplole ante el juicio de la historia,
cuando la fiel verdad tiene cabida,
temblar ante una fúnebre memoria
y el estigma ostentar del homicida.

(No matarás).

No es, pues, lógico, exigir corrección a un lírico de vida tan febril, a un romántico excesivo a quien la muerte, adelantándose al juicio glorificador de los hombres, anticipó la corona de la inmortalidad como al poeta de la "Jerusalén Libertada".

EL TRADUCTOR

Rodríguez Objío careció de estudios clásicos; pero conoció bien, además de la poesía del siglo de oro español, las obras de otros poetas extranjeros. Comenzó a adquirir el francés en el hogar, como parte de la educación doméstica, y pudo desde la infancia acercarse a Lamartine y oír, como un rumor oceánico, la estruendosa trompa de Víctor Hugo en los textos originales.

La resonancia que rodeó, desde el primer momento, la versión hecha por Bello de la "Priere pour tuos" del gran

poeta de las "Hojas de Otoño", puso de moda en Santo Domingo, como en toda América las traducciones de obras maestras de la poesía extranjera, particularmente de la francesa y la italiana. El ejemplo de Miguel Antonio Caro y de Juan Cruz Varela, quienes hicieron sonar nuevamente en español la vieja esquila de los pastores de Virgilio, no suscitó entre nosotros imitadores que proyectaran sobre la poesía nacional la sombra de las encinas majestuosas que decoran desde hace siglos el paisaje descrito por el poeta romano. Pero el impulso que partió del insigne traductor de Víctor Hugo, circunscrito a una lengua menos inaccesible a cuantos deseaban ejercitarse, por simple curiosidad intelectual, en la interpretación del pensamiento poético extranjero, halló en cambio eco contagioso en nuestro aislado mundo literario.

Rodríguez Objío y José Francisco Pellerano fueron los primeros que acometieron la empresa de traer a la poesía nacional aroma de los cármenes de Francia y sonrisas de la musa inglesa o de la musa italiana. José Joaquín Pérez sigue algún tiempo después el ejemplo de Olmedo, a quien se debe la mejor versión que existe en español de las tres primeras epístolas del *Ensayo sobre el hombre* de Pope, e inicia en 1871, año en que precisamente se destroza la vida de Rodríguez Objío sobre las tablas ensangrentadas del patíbulo, la traducción de gran parte del repertorio romántico del poeta inglés Tomás Moore, igualando a veces en frescura de inspiración al modelo. César Nicolás Penson, poeta de producción exigua, pero a quien sonrieron siempre las Gracias cuando pulsó la lira, tradujo en 1888 la famosa oda de Manzoni al *Cinco de Mayo*, tomada del fino mármol itálico para tallarla ásperamente en bloque castellano.

Manuel Rodríguez Objío fué, entre esos intérpretes de la poesía extranjera, el que escogió, para verterlos al español, modelos más exquisitos. Fantasías delicadas como "El Gondolero" y "El estatuario" alternan, en su colección de traducciones, con poesías de abolengo tan noble como "La caída de las Hojas", de Maillevolle, uno de esos cantos privilegiados que han repercutido, con perdurable vibración, en

la lira de todos los países. El poeta dominicano logra apoderarse de la dulce tristeza que envuelve, como una gasa húmeda, la poesía original, especie de romanza melancólica cuya música nos llega al alma a modo de una melodía expirante.

La versión de "Lux", de Víctor Hugo, no obstante las enormes diferencias que separan la modesta musa de Rodríguez Objío de esa especie de divinidad soberbia y titánica que inspira al poeta francés, está hecha con delicadeza innegable. La traducción, aunque excesivamente parafrástica, conserva en algunas estrofas, sobre todo en los alejandrinos de la segunda parte, huellas visibles del martillo portentoso que mordió por primera vez los bloques descomunales.

Pero es indudable que Rodríguez Objío sólo se supera como traductor cuando traslada al castellano composiciones ligeras, poemas de poco ámbito, pequeñas ánforas melódicas donde alguien haya vertido algún aroma exquisito. Lejos de él el clamor estentóreo, el tropo galopante, la imagen desahorada. Feliz cuando traduce a Maillevolle, poeta meditativo cuyos versos despiertan en el corazón un eco parecido al del movimiento de las hojas en las profundidades del bosque, no acertó sino por excepción cuando quiso erigirse en intérprete del autor de "La Leyenda de los Siglos", personificación del vate, del cantor apocalíptico cuyos poemas, por el contrario, se hallan llenos de colores como las banderas, de ondas como los océanos, de fulguraciones como las espadas.

Menos afortunado fué Rodríguez Objío cuando abandonó del todo la lengua nativa, prefiriendo la espumosa dulzura del francés a la áspera dureza del metal castellano. La composición titulada "Un soupir", sólo puede aceptarse como un ejercicio escolar, obra de un estudiante que desea hacer gala de su habilidad en una lengua extraña cuyos secretos más íntimos no le han sido aun revelados.

Pero no sería justo encarnizarse en las composiciones de Rodríguez Objío para señalar en ellas errores de técnica, ritmos ásperos, caídas vertiginosas en la anarquía verbal, re-

pentinos eclipses de la inspiración, rimas bárbaras, versos de acentuación ingrata. Pecados de ese género no logran empañar los méritos de Rodríguez Objío que fué ante todo un poeta de sentimiento y un espíritu excelso que no obstante haber vivido en plena tormenta política, envuelto en un furioso torbellino formado de broncas pasiones y de intereses contradictorios, halló en su corazón fuerza y entusiasmo para levantar cuan alto pudo el cetro de la poesía en medio de una sociedad anarquizada.

EL HISTORIADOR

Dos cualidades distinguen a Rodríguez Objío como historiador: la nobleza de su estilo y el tono poético que enriquece a menudo la narración sin disminuir el brío del análisis y sin privar al pensamiento de su gravidez sentenciosa.

Como estilista, mucha es sin duda la distancia que separa a Manuel Rodríguez Objío del clásico de nuestra historia, del Tácito dominicano: Antonio del Monte y Tejada, el único historiador nacional que recuerda, por la severa armonía de su prosa de períodos sueltos y anchurosos, a los maestros del género. Pero el lenguaje en que se halla escrita la "Historia de la Restauración" constituye, no obstante, un modelo de prosa histórica que no ha vuelto después a repetirse en ninguno de los historiadores nacionales: aun en las páginas más torpemente labradas se trasluce el arte del escritor que no abusó de la retórica pero que supo emplear los ornamentos que ella ofrece para embellecer la fábrica de sus ideas sin caer en el énfasis del estilo ampuloso.

No puede olvidarse, cuando se leen obras como la de Rodríguez Objío, que la historia es uno de los géneros literarios que invaden con más frecuencia el dominio poético. Hay mucho de la epopeya en la pintura de costumbres y de sucesos que se remontan a veces a la juventud del género humano, y hay también mucho del aliento lírico de la oda heroica y del romance en la descripción de episodios donde intervienen personajes de carne y hueso que con frecuencia

realizan hazañas no menos insólitas que las de esos seres extraños que la fantasía y el instinto poético del hombre han engendrado para poblar con ellos la noche de las edades. La imaginación no advierte diferencia alguna entre el Cid y Luperón, verdadero numen de la guerra, mancebo armipotente a quien la fantasía popular se representa entrando a las batallas envuelto en una columna de fuego y esgrimiendo armas fantásticas que relumbraban como una llama en los combates.

En Manuel Rodríguez Objío, la historia toca frecuentemente los límites del poema, así como en Quintana la oda se convierte en discurso y la poesía en oratoria. Pero su obra de historiador debe en gran parte su carácter hasta cierto punto poético a la grandeza de Luperón, héroe verdaderamente hazañoso cuyo solo nombre llena la historia de nuestra segunda independencia como un clamor aguerrido. La guerra de la Restauración sólo sirve a Rodríguez Objío de pretexto para trazar los enérgicos rasgos que definen la poderosa semblanza del guerrero. Su narración es, en realidad, un homenaje de fervor personal a ese semidiós de la guerra a quien siempre presenta en un escenario iluminado. Luperón pone en la obra de Rodríguez Objío la levadura heroica que embellece muchos de sus capítulos, pero las vetas de poesía que a cada instante asoman en el relato, como flores arrojadas al paso triunfador del guerrero, son hijas del afecto casi filial que el historiador sintió por el gran soldado y por el estadista intuitivo. Eso explica los sorprendentes contrastes que abundan en la "Historia de la Restauración", donde hay capítulos en que el historiador se ciñe a la índole predominantemente narrativa de la obra y otros en que su entusiasmo por el héroe se desborda en períodos de ardiente entonación poética.

Luperón, en la obra de Rodríguez Objío, no aparece sólo como un soldado intrépido, impetuoso y duro como una máquina de acero, sino que en ella se dibuja la imagen del ciudadano de nobles arrestos cívicos a quien se podría comparar con Catón o con cualquiera de las grandes personifi-

caciones del patriotismo romano. Rodríguez Objío, en efecto, sólo conoció al titán de "Paso del Muerto" en su faz resplandeciente y grandiosa. Los hombres que le arrebataron la vida, poco después de haber culminado triunfalmente la gesta iniciada en Capotillo, le ahorraron la amargura de ver al ídolo descender del pedestal que le labraron sus hazañas para intervenir en las luchas de partido y mostrar en la feria de las ambiciones políticas la parte flaca que existe aún en las naturalezas superiores. El conductor político, no siempre guiado en las contiendas de la vida pública por pensamientos virtuosos, no había aun aparecido plenamente en esta existencia borrascosa. La obra de Rodríguez Objío conserva así, desde la primera hasta la última página, un sentido de ardiente y fervorosa exaltación que nos deja siempre en el ánimo una impresión elevada. Ese entusiasmo incontenible, asociado en algunos capítulos a la vibración personalísima con que en todo el libro suena valientemente la voz del patriotismo, impide que la "Historia de la Restauración" tenga la frialdad de las obras en que el elemento retórico suele sobreponerse al afectivo.

Una de las cualidades que más realzan la obra de Rodríguez Objío es el fuego comunicativo de que se encuentra abundantemente dotada. El historiador participó, como Alonso de Ercilla, en muchos de los acontecimientos que describe con dramatismo impresionante. Actor y no sólo simple testigo de esos hechos, los relata con viveza y nos comunica parte del arrebató patriótico que lo poseyó cuando intervino en esas acciones guerreras que después han debido ser recordadas con emoción y reconstruídas con pluma necesariamente ardorosa. Su narración aparece así llena de movimiento y antes que el tono de un relato histórico, repleto de pesadez como todos los epítomes en que el historiador se atiene a la parte externa del suceso y prescinde del elemento personal o anecdótico, tiene con frecuencia el sabor de una crónica donde se percibe bajo el cúmulo de fechas y de conceptos de orden político una fuerte vibración subjetiva. Hay más de Muntaner y de Moncada, con su característica manera de

narrar que se inclina más al lenguaje nervioso y vivo de la crónica que al circunspecto de la historia, en esta obra de Rodríguez Objío, que gana así en gracia y en agilidad de forma lo que pierde en sentido trascendental y en aparato conceptuoso.

No hay duda de que la "Historia de la Restauración", obra de juventud en que el dato ajeno y el testimonio documental se mezclan a los recuerdos personales, es un libro notable en su género, no sólo por su forma, que carece de toda complicación estilística, sino también por lo vivo y palpitante que aparece en sus páginas el sentimiento de la perpetuidad de la patria y el de la grandeza de los destinos nacionales. Luperón, elevado en estas páginas a la categoría de un genio militar y político de proporciones casi fabulosas, es para Rodríguez Objío el símbolo de la república inmortal, de la república que se extingue con la anexión para renacer poco después en Capotillo de sus propias cenizas. Nada pierde con ello la obra de Rodríguez Objío. Los escritores que más nos impresionan son y serán siempre aquellos en que el elemento personal eclipsa al objetivo. Y no sólo cuando se invade el dominio de la poesía, la forma más propia, por su sentido etéreo, para traducir musicalmente los movimientos del alma, sino también cuando se trata de producciones de carácter histórico, tal vez el único género en que la verdad artística se despoja de todo cuanto tiene de divino para ser exclusivamente observada por el hombre con ojos terrenales.

La obra del historiador dominicano se reduce en definitiva a una exaltación de las virtudes cívicas y militares que han dado a la patria, a través de sus generaciones sucesivas, la reciedumbre necesaria para sobrevivir a la asechanza extranjera. Decía Plutarco que la estatua de Palas, labrada por el más grande de los escultores atenienses, había contribuido a detener la ruina de Grecia y a despertar entre sus multitudes el sentimiento de la grandeza pública. De libros como el de Manuel Rodríguez Objío podría decirse también que contribuyen, por el vigor con que se manifiesta en ellos

el sentimiento nacional y por la enseñanza patriótica que fluye inagotablemente de sus páginas, a fortalecer la fe en la república y a dotar de energía el brazo de quienes la suponen destinada, por obra de providenciales designios, a altísimas empresas civilizadoras, no menos bellas ni menos grandes que los capítulos que han escrito sus próceres en la historia del heroísmo humano.



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

JOSE NUÑEZ DE CACERES

EL ESCRITOR

La "Declaratoria de Independencia del pueblo dominicano".

José Núñez de Cáceres es el más notable de los escritores dominicanos anteriores a la proclamación de la república. El destino no pudo escoger pluma más digna que la suya para confiarle el encargo de escribir el primer documento en que la nación consigna su voluntad de ser libre. Un hombre de conciencia menos pura o de educación menos clásica, habría desnaturalizado su misión escribiendo esa magna página, labrando ese pórtico de bronce, redactando ese memorial solemne con palabras impropias de tal documento o indignas de tal hora. Pero el antiguo rector de la Universidad de Santo Domingo, restaurada en 1815, supo situarse a la altura de su misión y escribió una página austera, sin un solo párrafo desgreñado y sin una sola cláusula estridente o descompuesta. Todo en aquel documento tiene cierto aire de majestad: el brío de la frase, ceñida a las voces indispensables; la firmeza del pensamiento, impelido por una fuerza contenida, como la de la cólera cuando la educación modera su violencia desatada; el estilo, que no es ni el de un doctor en leyes ni el de un revolucionario tremebundo; el tono, que no es el de un hombre soberbio sino el de un varón agraviado; y aún la misma elevación con que aparece allí por primera vez sentido el ideal de la solidaridad americana¹.

¹ Núñez de Cáceres sintió, antes que Bolívar, la unidad americana. El hecho de haber puesto la República por él creada en 1821 bajo la protección de la Gran Colombia, constituye por sí solo un testimonio de la clarividencia política con que el prócer dominicano se anticipó por varios años a la iniciativa de Bolívar de reunir en 1826, en el istmo de Panamá, un Congreso de todos los países americanos que hubieran a la sazón adquirido su independencia.

La "Declaratoria de Independencia del Pueblo Dominicano", tal vez la página de elocuencia más sobria y enérgica de cuantas escribió Núñez de Cáceres, no es sólo una lección de dignidad patriótica, de confianza en la justicia internacional, de seguridad en el derecho, de fe en el destino superior de la conciencia humana. Se podría despojar ese documento de su carácter de proclama política, de su espíritu de acta patriótica, destinada a solemnizar un hecho memorable, y aún podría admirarse como arquitectura literaria. El hecho sólo de que el noble y altísimo principio de la independencia nacional se encuentre allí proclamado en términos majestuosos, pero sencillos, libres de la hinchazón declamatoria que hubiera empequeñecido ese ideal quitándole no sólo energía sino también dignidad y decoro, es suficiente para que José Núñez de Cáceres sea considerado como la sensibilidad literaria más fina y más avisada de su tiempo.

El manifiesto redactado por José Núñez de Cáceres es una imponente página histórica donde las razones que justificaron la independencia de 1821 se hallan expuestas a la consideración universal en prosa enérgica y en estilo irreprochable. En esa proclama, dirigida por el libertador al mundo, se hace una síntesis de todos los acontecimientos cuya intervención explica el proceso del pueblo dominicano como país de trayectoria particularmente azarosa. La ampliación de los agravios que ese memorial contiene contra España, podría servir de base a un ensayo en que aparezcan fielmente interpretadas la historia y la sociología del pueblo que ha tenido en América una suerte más dramática y una existencia política más precaria.

No faltan tampoco en ese documento, sentencias afortunadas, agudas máximas en que plasmó su ciencia política este varón excepcional, dolorosamente experimentado en el conocimiento del mundo y en la contemplación de la vida. El libertador se dió cuenta de la magnitud de la obra que ejecutaba, y acertó a redactarla con el ánimo henchido de inspiraciones doctrinarias. Muchos párrafos llaman la atención por la sagacidad del concepto y por la agudeza con que de ellos fluye

la enseñanza. El filósofo político intercala en algunos pasajes de su obra certeros principios de filosofía moral, oportunamente expuestos en cláusulas llenas de vigor sentencioso. Si su "Proclamación de Independencia del Pueblo Dominicano" es admirable como exégesis de la realidad nacional, como examen luminoso y exacto de las vicisitudes de la antigua colonia y de su fidelidad a la metrópoli, no lo es menos por el acierto literario, por la espléndida elocuencia y por la sobriedad de estilo con que la doctrina de la separación política de España se encuentra en ese documento fríamente analizada.

EL FABULISTA Y EL ESCRITOR SATIRICO

José Núñez de Cáceres no fué sólo escritor castizo sino también político arrogante y hombre de extraordinaria capacidad de acción. Mitad montonero del trópico y mitad repúblico ateniense, no todo lo que escribe tiene el mismo aire clásico de la proclama que sirvió de enseña a la "independencia efímera". Los artículos que escribió para "El Duende", gaceta de carácter político que en cierto modo prepara la conciencia del país para la revolución pacífica realizada en 1821, denuncian al hombre de agrio humor y de temperamento explosivo. La sátira es el campo donde generalmente se expresan estos espíritus afirmativos y exasperados que parecen vivir en contradicción perpetua con todas las convenciones humanas. La animosidad combativa de Núñez de Cáceres se emboza a menudo en la ironía, y su crítica degenera fácilmente en dardo sarcástico o en invectiva emponzoñada. La prosa en que escribe sus artículos de índole política, es eminentemente dialéctica. Todos los conceptos sobre los cuales descansó la sociedad colonial, aun los que se relacionaban con intereses superiores y correspondían a nociones abstractas, fueron objeto de su ataque mordaz, sin duda inspirado por un utilitarismo excesivo. Contemporáneo de Lamennais, aspira, como el autor de las "Palabras de un creyente", a conciliar la libertad con el catolicismo, y como el insigne predicador acaba por separarse prácticamente de la iglesia. En "El Relámpago", periódico satíri-

co que funda en Caracas en 1823, difunde diatribas antirreligiosas. Sus demás periódicos, tales como "El Constitucional Caraqueño" y "El Cometa Extraordinario", editados también en la capital venezolana, llevan ese espíritu materialista al exceso, tal vez porque razones políticas de orden local agudizaban entonces en aquel país, recién salido de la colonia, el conflicto creado por la intervención del clero en las cuestiones civiles ².

¿Qué razones explican esa actitud en un hombre que, como Núñez de Cáceres, parecía destinado a conducirse como un conservador intolerante? Sus antecedentes, como magistrado civil y como usufructuario de jugosas canongías bajo los seis gobiernos de la España Boba, y su misma educación, con el equilibrio de juicio y el aplomo de carácter que sólo pueden infundir el conocimiento del Derecho y el estudio de las humanidades, parecían destinarlo a respetar la jerarquía y a conducirse como un idólatra del orden; a ser fiel, en una palabra, a todos los conceptos clásicos que servían entonces de norma al espíritu y de eje a las instituciones sociales. Pero el prócer dominicano es, ante todo, un hombre de su época y

² Hasta en sus diatribas contra Simón Bolívar vertió Núñez de Cáceres algunos rasgos de ironía volterriana: "Los restos del general Bolívar —dice en el folleto titulado "Memorias sobre Venezuela y Caracas", cuya paternidad le atribuye Manuel Segundo Sánchez— existen depositados en la Catedral de Caracas en un magnífico monumento de mármol, construido en Roma. Allí se encierra, no su cuerpo, porque cuando lo exhumaron estaba reducido a tierra, sino un montón de esta tierra prieta con un pedazo de zancarrón y una bota. En aquel lugar se halla muy bien colocado, como que en las Iglesias se veneran la paloma del Espíritu Santo, la mula y el buey del Santo Pesebre, las orejas de la Divina Pastora, el pescado de San Rafael, el águila de San Juan, el cordero de Santa Inés, el caballo de San Jorge, el cochino de San Antonio, el dragón de San Miguel, el gallo de San Pedro, el perro de San Roque, y otros muchos animales y reliquias de hueso y de palo que nos refieren las leyendas y santorales. Así, pues, es muy natural, y al mismo tiempo muy piadoso, que don Simón esté tan bien colocado en su capilla y altar como sabandija de devoción" (V. M. Segundo Sánchez, *Bibliografía Venezolanista*, Caracas, 1914, págs. 250-251).

siente como nadie las necesidades y exigencias de la era en que vive. La filosofía de la Revolución no consiste únicamente en la libertad política; existen, además, otras formas de servidumbre, tales como las que se derivan de las supersticiones religiosas, y a eliminarlas debe tender ahincadamente el esfuerzo de quienes sean capaces de dar a su presencia activa en la vida nacional el sentido romántico del apostolado y la misión: tales son los principios a que obedece en el fondo José Núñez de Cáceres, cuya mentalidad, en apariencia anárquica, es de una rectitud impresionante, y no hay un solo acto suyo que no se deba realmente a un concepto constructivo y orgánico de la libertad y de la vida.

La sátira es el campo donde se manifiestan a la vez su combatividad política y su verdadera vocación literaria. Su genio vivaz, y sus aptitudes poco comunes para dar a la función crítica un sabor cáustico y un tono peyorativo, encontraron en ese género ambiente insuperable. Su fanatismo de reformador, animado como tal de una irresistible pasión demoledora, se asoció admirablemente a esas dotes congénitas para hacer de él un maestro de la sátira aplicada a un fin inmediato o puesta al servicio de una moral utilitaria. Las obras satíricas de Núñez de Cáceres no pierden su significación porque tengan en general aspectos sectarios, y a veces demoledoramente agresivos. Lo que importa aquí no es la intención ni la doctrina, ya que ambas cosas han perdido su frescura y ningún interés suscitan tales páginas en quienes no se acerquen a ellas por simple curiosidad bibliográfica; pero los rasgos humorísticos, abundantes en todo lo que escribió el director de "El Duende", no han desaparecido con las circunstancias que hace más de un siglo le dieron actualidad, hasta cierto punto escandalosa. Esos arranques de ironía, dispersos en multitud de artículos que los contemporáneos del prócer devoraron como un manjar temido, pero al propio tiempo codiciado, se salvan por el nervio satírico que es lo único que realmente merece perdurar de las polémicas en que participó este ruidoso y turbulento discípulo de Luciano.

LA EXPOSICION DEL 26 DE JUNIO DE 1813

Nada de lo que escribió Núñez de Cáceres es obra intelectual de primer orden. Pero en todo lo que lleva su firma hay algún rasgo de genio, malogrado muchas veces por el carácter puramente circunstancial del escrito, rasgo inseparable de casi toda su labor literaria. En sus versos como en su prosa, hay alguna parte donde asoma impensadamente la garra, donde se advierte la presencia de la inspiración como la de un estallido inesperado. El prócer dominicano no fué una de esas personalidades opacas que nunca brillan con luz propia; y aunque no siempre se mantenga, cuando empuña la pluma o cuando descuelga la lira perezosa, en las zonas donde se desata el rayo y donde se engendra el relámpago, nunca deja de animar el artículo o el verso con un soplo épico, con un golpe repentino de sagacidad o de intuición, con una llama de resplandor inextinguible.

La exposición que en 26 de junio de 1813 eleva al mariscal de campo Carlos Urrutia y Matos, uno de los sucesores en el gobierno de la colonia del héroe de la Reconquista, pone de relieve, mejor que cualquiera otra de sus obras, ese rasgo dominante de su fisonomía literaria. Este documento, uno de los de mayor importancia en la historia de la numismática americana³, hubiera sido, redactado por cualquier otro de los viejos funcionarios de la colonia, un papel anodino, compuesto sin ninguna dignidad de forma, y semejante a toda la farragosa literatura de los antiguos memoriales. Pero Núñez de Cáceres escribe un informe ejem-

³ Véase el análisis que hace el publicista uruguayo Rafael J. Fosalba en su monografía "Los cuartillos y contramarcas de la Reconquista Dominicana" (*Clio*, Revista de la Academia Dominicana de la Historia, año X, Nos. 52 y 53, marzo a junio de 1942), sobre el informe rendido en 1813 por Núñez de Cáceres al Mariscal Urrutia. El documento del prócer de la independencia de 1821, según Fosalba "aparte de su alto interés histórico y de que dilucida algunos puntos oscuros de la numismática americana, es, dentro de su patética y enérgica sencillez, un convincente llamado a los buenos sentimientos, al sentido común y a la razón".

plar y deja en los párrafos más salientes, rasgos de esos que denuncian la presencia de los espíritus superiores, y que se imponen a la admiración donde quiera que se encuentren reunidos, lo mismo en una obra de arte que en un sórdido documento de estado. No hay en la literatura nacional, en obras de ese género, otra más perfecta que la del caudillo de nuestra primera emancipación de España. En esa prosa enérgica, acomodada a la índole del documento y al genio del hombre de gobierno que lo escribe, no existen palabras redundantes ni razonamientos ociosos. Todo se halla allí expresado con el término preciso, y si alguna vez asoma una imagen o algún artificio retórico en esa fábrica levantada sobriamente con las piedras más pulcras que el constructor pudo encontrar en las canteras del idioma, es sólo para hacer el concepto más nítido y la expresión más valerosa. Pero lo que en esta página es verdaderamente admirable es la fidelidad con que en ella se reflejan las líneas que mejor definen la fisonomía moral de este caudillo borrascoso ⁴. Núñez de Cáceres fué hombre de opiniones radicales, de irritable sensibilidad de fanático, de ideas ardientes y exaltadas. En la exposición de 1813, notable también en este aspecto, asoma ese rasgo capital de su carácter, carácter de hombre que suele mostrar confianza excesiva en la estabilidad de sus actos: "Estos son los principios que han guiado mi conducta pública —dice con orgullosa franqueza al mariscal Urrutia—. Acaso no satisfarán los deseos del gobierno, pero ellos tranquilizan mi conciencia, y cuando me asiste este interior consuelo, veré desplomarse sobre mi cabeza la máquina del mundo con ánimo imperturbable".

Fué Núñez de Cáceres, sin duda, un observador perspicaz y un crítico admirable de las realidades nacionales. En el in-

⁴ El carácter levantisco y revolvedor de Núñez de Cáceres se halla perspicazmente pintado en las siguientes líneas de la *Narración* de O'Leary (tomo II, pág. 2683: "...Era un abogado turbulento que después de acaudillar el pequeño partido que promovió la revolución de la parte española de Santo Domingo, a fines de 1821, declarando su agregación a Colombia, vino a Caracas, en donde se unió con el Partido de oposición...".

forme a Urrutia, como en la "Declaratoria de Independencia del Pueblo Dominicano", pinta la situación del país con brevedad digna de Salustio. En la exposición citada hay varias de esas maravillosas síntesis históricas que los historiadores profesionales podrían justamente envidiar al prócer dominicano: "Las cajas —afirma, describiendo el estado de la colonia a raíz del episodio histórico que consumó Sánchez Ramírez—, no tienen ingresos, no hay artes, no hay comercio; la población es muy escasa, y pobre en último extremo, y ni con la fuerza por medida se podría sacar del vecindario lo preciso para los gastos indispensables de un mes, si hubiera hombre tan desconsiderado que fuera capaz de intentar este absurdo; pues ¿cómo se ha de vivir si no se acuña la moneda de cobre y se toman otros arbitrios que ayuden a sostener este cuerpo sin jugo ni sustancia, mientras se asegura la fortuna de la nación y le sople viento más favorable?"⁵.

EL POETA

José Núñez de Cáceres ha sido nuestro más grande poeta de circunstancias. Careció de vida poética propia, de temperatura lírica realmente natural y de fibra emotiva. Es necesario que un motivo prosaico sirva de estímulo a su número y desate su inspiración que acaso tuvo alas, pero que sin duda careció de arranque propio.

Sólo una vez sonó la lira arrebatada por un estallido épico en sus manos. La batalla de Palo Hincado, insólito hecho de armas hazañosamente dirigido por un capitán de lanceros del Cotuí, ilumina por un instante el estro de este poeta que en esa oportunidad ardió verdaderamente en la llama de la inspiración nacional y supo convertir en centellas líricas el ruido de las cadenas despedazadas en aquel encuentro portentoso. Núñez de Cáceres sintió, sin duda, la grandeza de la

⁵ Los apartes más notables del informe de Núñez de Cáceres fueron publicados en la "Revista Científica y de Conocimientos Útiles", Santo Domingo, 1884, año II, Nos. 14 y 15. El texto completo se halla reproducido en *Clío*, revista de la Academia Dominicana de la Historia, año X, marzo a junio de 1942.

increíble hazaña; midió, con visión homérica, la estatura del héroe, y ambas cosas hallaron en su lira resonancia no pin-dárica, pero sí ferviente y duradera.

No toda la composición de Núñez de Cáceres es igualmente inspirada. Algunas de sus estrofas se inician felizmente y concluyen con algún rasgo amanerado:

Collados eminentes,
quebradas y laderas y malezas
y gramas que alfombráis a Palo Hincado,
dad muestras evidentes
de sensibilidad por las proezas
de los que un nombre eterno os han ganado.
Vestíos de verdor alegre y vario
a honor de tan glorioso aniversario.

Algunos versos son más dignos de una oda de gabinete que de un canto herreriano:

Otros sus perfiladas
plumas empleen, su talento agudo
en acertados planes y mejoras...

Yo envidio al laborioso
afán de tanta abeja artificiosa,
sin poder competir con su desvelo;
más de zángano ocioso
por evitar la nota indecorosa,
pediré a Clío con ardiente anhelo,
que, embocando su trompa, los campeones
cante de Palo Hincado, y sus acciones.

Pero aunque el movimiento del poema no sea en general tan fulgurante y tan rápido como ha debido serlo en una canción inspirada por la musa heroica, preciso es reconocer que ese canto, no obstante su frialdad académica, contiene admirables rasgos poéticos y un fondo de grandiosa elevación

moral que se percibe fácilmente bajo la helada manufactura de los versos. La garra, presente en todo lo que hizo como en todo lo que escribió Núñez de Cáceres, aparece aquí en algunas sentencias enérgicas, expresión del carácter del hombre acostubrado a la meditación filosófica de los acontecimientos humanos:

Que el áulico servil todo estipula,
y el patriotismo nunca capitula.

Quien el desorden público y la intriga
con la picante sátira persiga.

La arquitectura de esta composición es eminentemente clásica, y la falta de calor, de entusiasmo lírico, de atmósfera épica que se advierte en la mayor parte de sus estrofas, puede tal vez atribuirse a la fidelidad excesiva con que el autor se ciñó a los modelos con que ha enriquecido ese género poético la vieja musa castellana. No hay duda de que Núñez de Cáceres sacrifica en esa oda arrebatos de la imaginación e imágenes que parecen naturalmente sugeridas por el tema, pero que el autor abandona en beneficio de una fría corrección y de una solemnidad artificiosa. Pero a pesar del seudoclasicismo que se respira en toda la canción, y del cuidado que puso en someterse a ciertas pautas retóricas de difícil aplicación a un canto de ese género, no faltan en la oda del prócer dominicano rasgos de elocuencia quintanesca:

Setecientos soldados aguerridos
como de un rayo al golpe son vencidos. . .

Los que pueblos oprimen
perpetúen su fama ensangrentada,
en columnas y en alto capitolio;
para los que redimen
el suelo patrio de opresión forzada,
hay más estable y apreciado solio
erigido en el pecho, y por las manos
de sus reconocidos ciudadanos.

En sus fábulas, composiciones de circunstancias cargadas casi siempre de intención política, Núñez de Cáceres se muestra menos correcto, pero al mismo tiempo menos frío y menos amanerado. En todas ellas se observa el descuido propio de la improvisación y del calor polémico con que fueron compuestas, sin ningún escrúpulo literario y casi con la misma vehemencia con que el autor redactó los sueltos noticieros y las alusiones satíricas de "El Duende". Pero ni el fin político con que fueron mordazmente escritas ni su carácter de literatura de ocasión, privan a estas fábulas de su valor didáctico.

Algunas de esas fábulas podrían utilizarse aún como ejercicios escolares. El sentido moral, tal vez deformado en el pensamiento de los contemporáneos de Núñez de Cáceres que buscaban ante todo en esas páginas la intención satírica o que creían ver en ellas una forma maligna empleada por el autor para encubrir picarescas alusiones personales, permanece intacto para quienes lean hoy esas composiciones con ánimo desprevenido⁶. Fábulas como las que se intitulan "El Abejarrón y la Abeja", "El Lobo y la Raposa", "El Mulo y la Acémila" y "La Araña y el Águila", conservan todo su interés didáctico si se las considera sin relacionarlas con la época en que fueron escritas ni con los personajes a quienes probablemente tales censuras se hallaban destinadas. Pero otras, en cambio, como la que lleva por epígrafe "La Lechuga y la Cigüeña", encierran un fondo de verdad humana tan

⁶ El mismo Núñez de Cáceres quiso adelantarse a la suspicacia de sus contemporáneos, haciendo protestas de dudosa candidez para justificar las alusiones satíricas malignamente envueltas en sus fábulas: "Al cabo de veinte siglos, vengo yo a repetir la misma protesta a precaución de cualquiera maligna inteligencia que se pretenda dar a mis apólogos, porque estoy en ánimo de no dejar el trato familiar de los animales, y de sacar a luz cuanto descubre en ellos pueda instruir o deleitar a mis compatriotas. Con algo se ha de divertir la mohina que a todos nos trae la falta de dinero: los héroes de mis juguetes son los irracionales, y no puedo figurarme que ningún racional tenga el mal gusto y peor elección de ponerse en el lugar del Escarabajo, del Mono, ni de las Langostas. Con que bajo la indicada protesta, manos a la obra, y sigan las fábulas" (*El Duende*, N.º 8, junio 3 de 1821).

amargo, pero al propio tiempo tan unido a circunstancias de índole política del momento en que la composición fué publicada, que no es posible leerlas hoy sin participar de las prevenciones y de los escrúpulos con que debieron, sin duda, recibirlas los suscriptores de "El Duende":

En el cóncavo agujero
de la pared de una iglesia,
Doña Lechuza habitaba,
y de la torre el testero,
por ser la mansión que aprecia,
una cigüeña ocupaba.
De modo que sus visitas
se hacían como vecinitas.

La Lechuza en una de éstas,
después del común saludo,
así le habló a la Cigüeña:
Con mil preguntas molestas,
vecina, donde tí acudo,
y fiel la amistad se empeña
en que tu sabio consejo
me des para mi manejo.

No me dirás mi querida,
¿por qué en asuntos civiles,
políticos o de estado,
si una ley es infringida,
al punto corren a miles
los soplos al magistrado;
pero en los de Religión,
todos se ponen tapón?

Con relación muy prolija,
el negro Cuervo ayer vino
a delatar del Milano,
que viendo una Lagartija
en el patio del vecino,

atrevido le echó mano:
¡y el pobre sufrió la pena
del que viola cosa ajena!

Pero el Murciélago feo,
aunque saca su pitanza
de la Iglesia, yo lo oí
sostener con devaneo,
que ya no estaba en usanza
creer en el *Trimurti*,
y otros al desprecio dán
por fabuloso el *Vedán*.

¿Y no es ley constitutiva
del Estado conservar
la religión con pureza?
¿Pues cómo no hay esa activa
diligencia en denunciar
al que niega su certeza?
Aquí mis dudas tenéis.
Decididlas si podéis.

La Cigüeña con sonrisa
de este modo le responde:
si la Religión, comadre,
diera buen sueldo y divisa,
hiciera Marqués o Conde
a quien en su favor ladre,
tendría muchos delatores
contra sus innovadores.

Pero como las promesas
que ofrece son reservadas
para la vida futura,
y nadie en esas larguezas,
aunque sean muy colmadas,
la bucólica asegura,
en lugar de abrir la boca,
todos dicen: no me toca.

Publicó también Núñez de Cáceres composiciones de categoría aún más baja y de intención menos noble, aunque igualmente dotadas de cierto nervio satírico. El desahogo titulado "Epigrama, escrito a la vuelta de...", pertenece a las obras de este último género, muy propio del genio travieso y particularmente mordaz del insigne repúblico, pero a no dudar indigno de un varón de tan conspicuo linaje:

¿Escupir yo en la Iglesia? ¡Acción impía!
 ¡Jesús! Sólo pensarlo causa horror.
 Esto María Gargajo ayer decía,
 pero hoy se ensucia en el altar mayor.

Y no sucede así, por vida mía,
 con nuestro escrupuloso pecador,
 a quien no pasa el *Duende* del garlito,
 y se engulle un *Telégrafo* ⁷ enterito?

Procacidades de esa especie y de otras aún peores podrían excusarse, como le han sido efectivamente excusadas, al gran epigramatario bilbilitano de las sátiras a Lesbia, porque

⁷ Alude aquí al periódico *El Telégrafo Constitucional de Santo Domingo*, fundado el 5 de abril de 1821 por el ilustre dominicano doctor Antonio María Pineda, catedrático de medicina de la vieja Universidad de Santo Tomás de Aquino.

Como prueba de los fines, casi siempre ajenos a toda preocupación literaria, que dieron lugar a las fábulas de Núñez de Cáceres, puede citarse el siguiente comentario que se insertó en el periódico "El Dominicano", en febrero de 1846, y que el Licenciado Leonidas García transcribe en un artículo titulado "Los primeros impresos y el primer periódico de Santo Domingo": "El Duende" se llamaba un periódico redactado por don José Núñez de Cáceres; en este periódico insertó Núñez la fábula citada (*El águila y el escarabajo*), dejando por ella conocer sus proyectos de independencia, la venganza contra España por no haber logrado de la Corte una toga que tanto ambicionó, deduciéndose así de la moralidad de la fábula:

Porque al más miserable, vil y bajo,
 para tomar venganza si se irrita,
 ¿le faltará siquiera una bolita?

en él aparecen dignificadas por lo único que hace esos atentados a la moral y al buen gusto admisibles: el arte del estilo. Pero en composiciones escritas, como lo fueron las de Núñez de Cáceres, por simple travesura política y sin preocupaciones de orden literario, no pueden perder tales excesos pornográficos su carácter de fruslería repugnante.

Algunas de las fábulas de Núñez de Cáceres, a pesar de los peligros de la improvisación, se encuentran ágilmente versificadas y el estilo que prevalece en ellas es siempre el que conviene a composiciones de esa índole. El metro usado es generalmente el octosílabo (*La Lechuza y la Cigüeña, El Conejo, los Corderos y el Pastor, El Camello y el Dromedario*); y el heptasílabo (*El Lobo y la Raposa*); pero también empleó, siguiendo sin duda el ejemplo de Hartzenbusch y de Iriarte, otras formas rítmicas de movimiento más enfático como el dodecasílabo (*De la periódico-mania* Núm. 2):

Una señorita cierto día estaba
observando un lienzo que un pintor pintaba...

y como el endecasílabo usado solo (*Epigrama y Comunicado*), o en combinación con su quebrado de siete (*El Abejarrón y la Abeja, El Mulo y la Acémila, La Araña y el Aguila*).

La versificación de Núñez de Cáceres no resulta siempre, desde luego, un modelo de destreza técnica. Como todos los poetas dominicanos de su tiempo, abusa, siguiendo el ejemplo de Góngora y de todos los clásicos posteriores a la aclimatación de las formas rítmicas de procedencia italiana, de la sinéresis al principio y en medio del verso:

De modo que sus visitas
se hacían como vecinitas...
(*La Lechuza y la Cigüeña*).

Disputaba al caballo su nobleza,
todo porque un arriero le había puesto
silla, gualdrapa y freno por cabestro...
(*El Mulo y la Acémila*).

pero la rechaza invariablemente al final como todos los grandes versificadores castellanos:

Su rencoroso enojo le *nacía*
de ver cuán alto vuelo
la reina de las aves emprendía. . .

(*La Araña y el Aguila*).

Sin embargo, el señor *mío*,
diose tal maña y tal arte,
que en las valerosas tropas
del león logró alistarse. . .

(*El Conejo, los Corderos y el Pastor*).

La que razón no *sería*
que se quedara *vacía*. . .

(*El Camello y el Dromedario*).



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

JOSE MARIA SERRA

José María Serra, el más destacado literariamente entre los nueve próceres que fundaron la sociedad patriótica "La Trinitaria", dejó en prosa y en verso algunas páginas de elocuencia modesta, pero atildada.

Sus primeras armas literarias, según él mismo confiesa ¹, fueron dirigidas contra el general Carrié, gobernador de Santo Domingo en la época de la ocupación del territorio dominicano por Haití, y consistieron en varios pasquines satíricos que circularon clandestinamente y en los cuales se insinuaba ya, aunque de manera confusa, el ideal todavía remoto de la independencia. Del valor de esos volantes anónimos, firmados por un "dominicano español", no es posible formarse idea porque nada de esa literatura de ocasión, improvisada por jóvenes conspiradores que escribían con el ánimo henchido de entusiasmo patriótico, ha salido de la sombra en que sin duda permanecerá para siempre. Lo probable es que ningún mérito tuvieran tales invectivas, excepto el correspondiente a su carácter de propaganda política y de fervor romántico por la libertad. Pero lo cierto es que ya en 1834 empezaba a ejercer José María Serra, juntamente con el magisterio político a que le destinaron su coraje cívico y su gallardía de escritor doctrinario, la carrera de las letras que en él se confunde con la de hombre público y prócer de la patria.

Su obra más citada son los "Apuntes para la historia de los Trinitarios", reseña de las labores revolucionarias que culminaron con la fundación de la República, y documento de enorme importancia para el estudio de los orígenes del mo-

¹ Véase "La Trinitaria", colección de los apuntes de Serra sobre los orígenes y el desarrollo del movimiento separatista, publicada en el *Boletín del Archivo General de la Nación*, volumen VII, N.º 32-33, año 7.º, 1944, pág. 54.

vimiento en cuyo seno se incubó aquella realidad portentosa. Aparte de su valor histórico, controvertido en algunos detalles de poca significación ², tiene relieve no vulgar como modelo de prosa elegante y castiza, compuesta en el último cuarto del siglo XIX por un superviviente de los oscuros tiempos de la dominación haitiana.

José María Serra escribe con corrección y con soltura. Su prosa es hija de la más rancia tradición castellana: abundante al par que fluente, se distingue por su acento un poco oratorio y por su plasticidad ostentosa. Lo más característico de su estilo es la tendencia a preferir a la narración directa la forma dialogada. Esta inclinación a poner en movimiento afectos dramáticos aún en obras de índole puramente narrativa, como lo es la relación sobre los trabajos preparatorios de la independencia, se explica porque sus lecturas han debido de ser, en los comienzos de su vida literaria, preferentemente de producciones teatrales. El teatro fué, en efecto, el primer instrumento de propaganda que Duarte y sus compañeros de conjura utilizaron para su obra revolucionaria. El Padre de la Patria y sus más próximos adeptos, entre los cuales figuró José María Serra, escogieron del repertorio del teatro romántico español lo que mejor podía servir a sus propósitos, sea por su sentido patriótico o sea por el sentimiento rabiosamente españolista que inspira algunos de los grandes dramas escritos en la Península en los días de más fuerte reacción contra la influencia francesa. El propio Serra hace mención, en sus "Apuntes para la Historia de los Trinitarios", a los medios puestos en práctica por ese grupo

² En 1899 publicó Alejandro Bonilla un opúsculo de nueve páginas en que refuta algunas de las afirmaciones hechas por Serra en el trabajo que lleva por epígrafe "La Trinitaria". Las rectificaciones de Bonilla se refieren a cuestiones de poco viso, tales como a los vínculos que existieron entre Duarte y el doctor Valverde, como el origen del apelativo *filozio*, etc., y se explican como una reacción, acaso justificada, contra la alusión hecha por Serra al Dr. José Antonio de Bonilla y Torres, a quien denomina peyorativamente "fraile extranjero". Las refutaciones de Alejandro Bonilla se hallan reproducidas, a continuación de los apuntes de Serra, en el número del *Boletín General de la Nación*, ya citado.

de patriotas para excitar desde la escena el sentimiento nacionalista de los espectadores: "Uno de los medios de que se echó mano fué el teatro; éste se llenaba de bote en bote en ciertas representaciones escogidas de intento, y la exaltación del espíritu público era tal en ocasiones, que llegó a llamar la atención del gobernador, quien una noche hizo subir al escenario a un ayudante suyo, para pedir la pieza que se representaba y ver si en ella era cierto que estaban escritas estas palabras: *Me quiere llevar el diablo cada vez que me piden pan y me lo piden en francés*. Esta invectiva contra los franceses no era supuesta: estaba, en efecto, escrita en la comedia, y el general Carrié se dió por satisfecho. El teatro español abunda de piezas en que el espíritu de nacionalidad, excitado por la guerra que le llevó el genio invasor de Napoleón, no omite ocasión de zaherir y ridiculizar en la escena a los franceses. Martínez de la Rosa pone esta terrible hipérbole en boca de uno de sus personajes que refiere a otro los insultos con que se había desahogado: *¿Y no le dijiste francés? ¡Ah! no; las injurias no llegaron hasta ese grado*. La coincidencia de hablar nosotros el español y los haitianos el francés, establecía ante los ojos del pueblo tan estrecha relación, que cuantos los poetas españoles proferían en contra de los franceses, otro tanto refería éste a los haitianos, aplaudiéndole con entusiasmo increíble" ³.

Los propios héroes de la Trinitaria fungían frecuentemente de actores, y no es dudoso que declamaran con énfasis intencionado aquellos pasajes que de algún modo resultaban aplicables a los invasores del territorio nacional y en que aparecían rasgos de elocuencia tribunicia, propios para hacer estallar la pasión patriótica del auditorio y convertir la sala llena de espectadores entusiastas en una asamblea delirante ⁴.

³ Ver ob. cit., pág. 59.

⁴ Las obras puestas en escena por los trinitarios fueron "Bruto", de Alfieri, "La Viuda de Padilla", de Francisco Martínez de la Rosa, y "Un día del año 23 en Cádiz", de Ochoa. La idea de utilizar el teatro como bandera revolucionaria, fué, sin duda, traída por el propio Duarte de España donde ya había sido puesta en práctica, antes y después de

Constreñido, por exigencias de su mismo apostolado cívico, a leer con algún detenimiento las piezas dramáticas en que el patriotismo español se desborda en resonantes invectivas y en declamaciones ardorosas, José María Serra, como otros de sus contemporáneos, se habitúa al movimiento escénico y propende cuando escribe a utilizar recursos propios del teatro, tales como el diálogo y la efusión oratoria.

La prosa de Serra, sobre todo cuando no se diluye en simple divagación sino que se concreta a dar vida a algún suceso histórico con nerviosos trazos descriptivos, no carece de color ni de energía. La mejor estampa del Fundador de la República, de quien no se conserva ningún retrato auténtico, es tal vez la que trazó Serra con firmes rasgos aunque con sensibilidad algo afeminada: "... Sus ojos azules, de mirar sereno, le centelleaban: su tez suave, teñida de ordinario por las rosas, en aquel momento parecía deberle su color a la amapola; sus labios finos, donde de continuo una dulce y cariñosa sonrisa revelaba la bondad e ingenuidad de aquella alma noble e inmaculada, veíalos convulsos agitando el negro y espeso bigote que a la vez que formaba contraste agradable con su dorada y poco poblada cabellera, al dilatar la longitud de la frente daba majestad a su fisonomía". Su breve descripción del terremoto del 7 de mayo de 1842, y del milagroso episodio que precedió a esa catástrofe, nos deja, en veinte renglones de prosa movida y enérgica, una impresión más exacta y patética de las proporciones del siniestro, del pánico a que dió origen en la ciudad consternada, y de la labor apostólica realizada, bajo los horrores de la tragedia, por el presbítero Gaspar Hernández, que todas las largas y desvaídas notas con que Juan José Illas ilustra la elegía que escribió con motivo de aquel acontecimiento, anunciado por

la invasión francesa, por Quintana y otros imitadores españoles de Alfieri, del terrible *Alfieri* como le llama Moratín (tomo 2.º de la Biblioteca de Autores Españoles, pág. 323). Basta recordar el caso de Isidoro Maizquez, el gran actor español desterrado por José Napoleón, para convenirse del papel que desempeñaron en los días de la usurpación napoleónica quienes interpretaban desde las tablas los sentimientos que iban pronto a armar el brazo de los defensores de Zaragoza.

el clero de la época como un castigo celeste semejante al que cayó sobre Herculano ⁵.

José María Serra se propuso por modelo, como la mayoría de los escritores dominicanos de aquel tiempo, la prosa del siglo de oro español, pero sin haber logrado grandes riquezas de dicción y sin que llegara a apoderarse de nada de lo que intrínsecamente caracteriza aquel tesoro. El hábito de extender excesivamente los períodos, mezclando a veces un sinnúmero de frases secundarias que se enlazan torpemente con las proposiciones principales, no sólo quita fuerza a muchos pasajes de sus obras sino que con frecuencia torna ambiguo y aún enrevesado su sentido. La claridad, gala de la buena prosa castellana, no es precisamente lo que más distingue su modo de decir, como es fácil comprobarlo por el siguiente aparte, tomado del breve elogio en que traza, con innegable vehemencia de afectos, los rasgos físicos y morales más marcados del ilustre sacerdote limeño a quien el propio Serra asigna sitio prominente entre los precursores de la independencia: "El Padre Gaspar Hernández empleaba el ascendiente de su palabra en reanimar el espíritu del pueblo, aterrorizado, y en evitar la aglomeración en los templos de tanta gente que a todas horas en procesiones, las mujeres desmelenadas, los hombres cargando pesos enormes, todos pálidos, todos compungidos, andaban de iglesia en iglesia, donde la repetición de otro fuerte temblor como el que tantas víctimas había causado, en el Cibao, podía producir mayores desgracias". Pero aunque la flojedad y aún la ambigüedad de la cláusula, vicios inherentes a toda construcción recargada, hagan poco diáfano y poco elástico su estilo, no pueden negarse a Serra ciertas condiciones eximias como poe-

⁵ Véanse las notas de Juan José Illas en el *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, de José Gabriel García, tomo II, 3.^a edición, 1894, págs. 184-186. El poeta venezolano culpa, haciéndose eco de los rumores que circularon entonces, al cura párroco de Santiago, Presbítero Domingo Antonio Solano, de haber facilitado el pillaje de la ciudad, casi totalmente destruída, con el anuncio que hizo a las multitudes aterrorizadas de que el terremoto era "un castigo del cielo" y que debían abandonar el sitio del siniestro.



ta y escritor de circunstancias: sin ser un espíritu creador, de aquellos que encierran en formas bellas concepciones poderosamente originales, supo infundir contagiosa vehemencia a sus ideas y expresarlas con recia entonación en párrafos que a veces no carecen ni de fluidez ni de energía. El insigne prócer fué poeta y escritor desaliñado, pero al fin y al cabo hombre de letras que poseyó como tal atendibles cualidades nativas que llegan en ocasiones a resplandecer visiblemente en medio de la lamentable precipitación de sus pobres versos y de sus frases desabrochadas.

Las aficiones literarias de Serra y de los demás próceres de su generación merecen, por otra parte, simpatía y respeto. En el fondo de esas tendencias, aparentemente desinteresadas, palpitaba la fe de aquellos hombres en las virtudes redentoras de la cultura, destinada a sus ojos a mantener alerta la conciencia nacional mientras el pueblo dominicano vivía, bajo la ocupación de Haití, su hora de tinieblas, y mientras en la Atenas del Nuevo Mundo hasta el idioma mismo amenazaba extinguirse bajo las ruinas de la patria y de la libertad.



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

JOSE GABRIEL GARCIA

EL HISTORIADOR

José Gabriel García es, sin disputa, el creador de la historia dominicana. Su labor rebasa las proporciones de una tarea común para convertirse en una obra hazañosa: reunir materiales dispersos, recobrar o rehacer en algunos casos documentos perdidos, buscar con paciencia la verdad en archivos celosamente vedados a la mirada del investigador cauteloso, penetrar con ánimo desprevenido en la noche de nuestro pasado lleno de odios convulsivos y de rencores sectarios, reconstruir, casi siempre con ayuda de la intuición, sucesos que se desfiguran o se borran en la penumbra crepuscular de la historia, constituye una empresa cuya realización supone, en el medio en que fué cumplida, el ejercicio de una voluntad titánica y el empleo de fuerzas y aptitudes casi sobrehumanas.

No tuvo José Gabriel García un sentido artístico ni una visión grandiosa y espectacular de la historia. Reune sus materiales y levanta su fábrica monumental sin preocuparse por la armonía de sus líneas ni por la severidad o la belleza de sus proporciones. Lo que ante todo le importa es la solidez del monumento que construye sin otra ambición que el de entregarlo intacto a la enseñanza de las generaciones venideras. Tampoco concibió la historia como una narración dramática de los acontecimientos sociales o políticos ni como una serie de cuadros destinados a poner de relieve la psicología humana. Le faltó, sin duda, arte e imaginación para engrandecer el suceso histórico y proyectar su contenido sobre un plano de actualidad eterna. Careció, asimismo, de esa especie de sentido adivinatorio que ha permitido a los grandes historiadores, como Guizot y Michelet, suplir lo que no se halla en los archivos, con la inspiración personal, indispensable

para abarcar el cuadro entero de la vida de un pueblo en toda su actividad procelosa.

José Gabriel García, aunque utiliza con frecuencia procedimientos y recursos de la historia clásica, dista mucho del arte severo y grandioso de los historiadores antiguos. Aunque por lo general se atiene al hecho en sí, y se circunscribe a lo meramente exterior del suceso, no cultiva, como los maestros del género, la belleza de la forma, la parte de estilística sin la cual las narraciones de Jenofonte o de Tucídides no llegarían a ser verdaderas epopeyas en prosa. El aparato filosófico y el despliegue especulativo, tan gratos a Robertson y a los grandes comentaristas de la Edad Media, no tienen cabida en las narraciones de este historiador diligente. En su obra no se descubre ningún intento de sistematización científica que tienda a explicar, por una especie de genética de la historia, las causas y las consecuencias de los distintos fenómenos que se registran en el proceso social o en el proceso político del pueblo dominicano.

Pero no por eso debe creerse que la historia de José Gabriel García se reduce a una simple narración de hechos cuyo mérito estriba exclusivamente en la autenticidad del documento o en la pureza de las fuentes históricas. La obra del gran historiador dominicano tiene, por el contrario, un valor pragmático de primer orden. Nadie, en nuestro país, ha llevado tan lejos el ejercicio de la crítica histórica ni ha infundido igual energía ni igual grandeza a la función moralizadora de la historia. El estado de opinión hoy existente en torno a los grandes personajes y a los grandes sucesos de la vida nacional, es, en gran parte, obra de García. El ha formado conciencia, conciencia definitiva, sobre muchos acontecimientos y sobre muchas figuras de nuestra historia moderna: sus juicios, certeros o apresurados, permanecen aún vigentes, y conservan, en la mayoría de los casos, carácter de fallo irrevocable.

En el país, a pesar de que las generaciones actuales pueden exhibir un saldo cultural superior al de las generaciones anteriores, prevalecen los conceptos del creador de nuestra

historia moderna que distribuyó sus alabanzas y sus anatemas con innegable espíritu patriótico, pero no siempre con la ecuanimidad necesaria. Su probidad histórica es intachable y sus opiniones son casi siempre exactas; pero no puede negarse que sus juicios, nacidos en plena embriaguez patriótica o en plena exaltación de las luchas políticas, han contribuido muchas veces a empequeñecer ciertas figuras o a empañar la verdad en torno a ciertos hechos, sea porque el historiador recarga el cuadro de sombras o sea porque su examen no abarca sino determinados aspectos de la realidad por él estudiada.

Desde que aparece en 1867 la primera edición de la obra de García, la historia nacional queda dividida entre dos clases de actores: los que parecen amar la República hasta la cólera y los que sólo se guían por su ambición y carecen de todo fervor patriótico y de toda honradez doctrinaria. Para Duarte y sus amigos, representativos del primer grupo, están reservadas todas las palmas de las glorificaciones humanas. El historiador los destaca en primer plano y esculpe sus nombres, con orgullo colérico, sobre columnas triunfales. Sobre la cabeza de Santana y sus continuadores, réprobos marcados, desde que aparecen en el escenario nacional, con el estigma de la condenación inexorable, se acumulan, en cambio, todas las censuras de esa deidad irritable y vengativa en que se transforma para ellos la musa de la historia. El historiador se complace en subrayar sus errores y los expulsa, con gesto amargo e iracundo, del Olimpo reservado para los nueve dioses de "La Trinitaria".

Decía Taine, refiriéndose en su Historia de la Literatura Inglesa al poema de Milton, que el diablo es el personaje principal de ese Paraíso imaginario. De la historia de la primera República, tal como aparece escrita por García, podría decirse también que es un Paraíso donde el papel de Satanás es cumplido por Santana, figura diabólica a quien el historiador nos enseña a odiar desde que aparece conduciendo, en los campos del "19 de marzo", los ejércitos de la libertad,

hasta que troncha, con la ignominia de la anexión, su carrera de predestinado ¹.

El Santana de la Segunda República es Buenaventura Báez, hombre a quien encantaban "los adelantos de la moderna civilización", pero al que el propio García nos describe como a un político sin fe en los destinos de la patria, y, lo que es ya más significativo, como a un estadista de ambición desorbitada, desprovisto de todo desinterés y de toda grandeza. Sabemos por José Gabriel García que Santana traicionó la república, reincorporando a España la nacionalidad recién creada, pero ignoramos que ese hecho fué el resultado de un

¹ El papel del general Santana en la batalla librada en Azúa el 19 de marzo, fué, según García, prácticamente nulo: "Era la primera vez en su vida que el general Santana se veía dirigiendo operaciones militares, y sus disposiciones no podían corresponder con exactitud a las indicadas por el arte de la guerra; pero contaba con el esfuerzo común, con el anhelo general de vencer, y ese esfuerzo y ese anhelo hicieron que la victoria fuera espléndida..." (*Compendio de la Historia de Santo Domingo*, tomo II, pág. 243, tercera edición, 1894). Más adelante agrega en tono algo sarcástico: "Si el general en jefe hubiera estado a la altura del papel que representaba, habría comprendido que para coronar tan espléndida victoria, lo procedente era destacar alguna fuerza, de caballería o de infantería, que picara la retaguardia al enemigo; y si esto no era posible porque estuvieran escasos los pertrechos, designar una compañía para que observara sus movimientos, estableciendo el servicio ordinario de vigilancia. Pero como no tenía conocimientos técnicos, ni práctica todavía en el arte de la guerra, lo que es disculpable siendo el primer lance en que se encontraba, lejos de hacerlo así, no pensó, abrumado con el peso de la responsabilidad que tenía sobre sí, si no en levantar el campo, sin que hubiera sospechas inminentes de un nuevo ataque, ni falta absoluta de medios de resistencia, pues que a más de no haber dado el enemigo señales de vida, hubo de incorporarse al campamento en el curso del día, un cuerpo procedente de San Cristóbal, a las órdenes del coronel Lorenzo Araujo..." (Ob. cit., págs. 44-45).

Luperón, que algo debía de saber del arte de guerrear con tropas colecticias, elogia, en cambio, sin reservas, el genio militar de Santana: "Como soldado, tuvo desde el primer día de su carrera, maravillosa penetración, gran perspicacia, admirable entereza, gallardo valor y extraordinaria energía. Era un táctico de notable superioridad, con espíritu verdaderamente organizador, amante de la disciplina, con peculiar pericia, gran serenidad y actividad infatigable". (*Notas autobiográficas y apuntes históricos*, 2.^a edición, Santiago de los Caballeros, 1939, tomo I, pág. 242).

estado nacional de conciencia que se formó al amparo del temor que a aquella generación inspiraba la sombría perspectiva de que el país volviera a ser secuestrado por Haití de la vida civilizada. Sabemos también, gracias al creador de nuestra historia moderna, que Buenaventura Báez fué un anexionista recalcitrante y un temperamento reaccionario, pero no vislumbramos en esa fuerte personalidad de hombre de gobierno al estadista eximio ni al gobernante que por primera vez intentó dar fisonomía civil a la república.

La ausencia de monografías críticas que investiguen a fondo la obra y la vida de las grandes figuras de nuestra historia, buscando la raíz de muchos hechos que no pueden ni deben ser aisladamente analizados, ha dado, sin duda, lugar a que no se conozca todavía, en su verdadera estatura, a muchos de los hombres a quienes seguimos juzgando de acuerdo con los juicios generales que acerca de ellos emitió José Gabriel García. No obstante, sin embargo, la fuerza con que ha negado Rickert las relaciones entre la historia y la psicología, la misión del historiador no puede reducirse a analizar el hecho con prescindencia absoluta de su ambiente moral o intelectual, como si fuera siempre posible aplicar a la reconstrucción histórica el método de las ciencias de experimentación directa.

Es justo señalar, como un hecho que honra sobremanera a José Gabriel García, la ecuanimidad con que refiere los acontecimientos políticos en que participó de manera descollante. García no fué, como no lo fué tampoco don Diego Hurtado de Mendoza, un mero espectador de las grandes empresas y de los grandes sucesos de su siglo, sino que vive en gran parte la historia que compone, hecho al que debe, sin duda, atribuirse la vivacidad con que narra las actividades del país en uno de los períodos en que se ha hallado más cargada de pasiones su atmósfera política, electrizada a la vez por las descargas de los fusilamientos y por las arengas de los conspiradores². El gran historiador conserva, pa-

² La *Historia Moderna de la República Dominicana*, consagrada íntegramente a la narración de sucesos en que el propio García intervino

ra juzgar esos acontecimientos, toda su independencia de juicio, y con quienes se muestra más severo es precisamente con aquellos hombres que con él compartieron las responsabilidades del poder político³.

No podría hacerse, desde luego, el menor reproche a José Gabriel García porque haya extendido su misión de historiador hasta hechos en que intervino en forma destacada y que forzosamente debió narrar reflejando en tales comentarios sus simpatías o sus antipatías personales. Desde los *Comentarios* de Julio César hasta las *Crónicas* de Froissart y la *Historia* de Federico el Grande, la pasión del historiador, llamado a juzgar a sus contemporáneos, ha sido con frecuencia la fuente en que se ha más abundantemente nutrido la investigación histórica. Esos juicios, henchidos de fuego y de vehemencia, no han sido siempre ecuanímenes. Por un Homero que lleva a las páginas de la *Odisea* el nombre de sus huéspedes, hay un Miguel Ángel que se venga de sus enemigos pintándolos entre los réprobos, o hay un Dante que llena el *Infierno*

muchas veces, es un testimonio irrefragable, por la imparcialidad con que tales acontecimientos se hallan allí descriptos, de la rectitud del insigne historiador dominicano. Hay pasajes de ese libro en que el historiador, severo siempre con el crimen o con el error triunfante, parece censurarse a sí mismo, y el lector percibe, bajo los acentos del patriota que observa con indignación el espectáculo de las pasiones desquiciadas, el esfuerzo del moralista integérrimo que se empeña en ser justo y quiere ahogar a toda costa en su pecho la voz del amor propio.

³ Con quien más severo se muestra García en su *Historia Moderna* de la República Dominicana es con el general José María Cabral, a quien acompañó en la dirección política del país como miembro de su gabinete ejecutivo, y con quien le unían lazos de afecto personal y vinculaciones de indole sectaria que han podido dictarle palabras de indulgencia cuando alude a los errores del gran soldado de "Santomé" y "El Número". Así como el afecto a su suegro no impidió a Tácito verter en algunas páginas de la *Vitae Agricolae* las más agrias censuras contra el gobierno romano, dirigido en varias ocasiones por el propio caudillo a quien ensalza en aquella obra maestra, así también García vuelve a menudo contra Cabral, en forma directa o indirecta, sus recriminaciones más amargas. Hasta cuando alude a la responsabilidad que pueda haber al ilustre soldado en la entrega de Salnave, las afirmaciones de García se hallan llenas de reticencias y de sospechas más o menos veladas. (Ver ob. cit., págs. 184 y siguientes).

no con los adversarios del imperio que él anuncia para Orri-go VII y con cuantos no son capaces de elevarse a la altura de su ideal religioso.

José Gabriel García, después de haber dirigido, como figura descollante, la política nacional en días calamitosos, no podía ser del todo inmune a la pasión, pero forzoso es reconocer que pocas veces lo ciega el interés banderizo y que sólo en una que otra ocasión se le ve estrujar coléricamente entre sus manos la túnica de la historia.

En cuanto a lo que podría denominarse la metodología histórica, parte en que José Gabriel García sobresale singularmente por el esfuerzo de observación y de fidelidad cronológica que se advierten en su obra, sobre todo en la comprendida en los dos primeros volúmenes, tal vez un solo reparo podría hacerse al gran historiador dominicano. García no discrimina suficientemente, en la parte expositiva de su historia, los hechos que carecen de significación de los que, por el contrario, tienen verdadero valor representativo. Así, interrumpiendo muchas veces la narración de sucesos políticos capitales, intercala el texto completo de una ley constitucional, o se extiende en la enumeración de actos administrativos que tendrían mayor derecho a figurar en una crónica pormenorizada que en un compendio histórico. Hechos nimios, sin influencia alguna en la vida del país o sin valor como indicio para enjuiciar una administración o conocer el alcance de la labor política o social de un gobernante, ocupan con frecuencia al historiador que descuida, en cambio, otros aspectos más importantes como elementos preciosos para reconstruir, en sus dimensiones exactas, los acontecimientos del pasado.

Pero en lo que sí merece García los mayores elogios es en el acierto con que distingue y destaca el diverso grado de generalidad de los sucesos que narra, y en el tacto con que agrupa lógicamente los acontecimientos para dividir la historia nacional en períodos diferenciados. Su talento especulativo es innegable y su obra puede ser considerada, desde este punto de vista, como un modelo por la seguridad con que en ella

campea el razonamiento histórico que no siempre se basa en el testimonio documental ni en representaciones concretas. No puede ponerse en duda el acierto, lleno a veces de iluminación, de maravilloso sentido adivinatorio, con que García realiza esas síntesis constructivas ⁴.

EL ESCRITOR

Los elogios que merece García como intérprete del material histórico, como crítico vehemente, pero sagaz de la historia dominicana, no pueden serle prodigados con la misma largueza si se considera su obra en aquella parte de la metodología histórica que se relaciona con la forma artística de la expresión o con la arquitectura literaria.

Muy pocas de sus páginas podrían ser tomadas como un modelo de prosa histórica. El historiador dominicano procede casi siempre sin escrúpulos de estilística y su lenguaje, aunque gramaticalmente correcto, peca en general por lo difuso. Es la suya, sobre todo en su "Compendio de la Historia de Santo Domingo", una prosa sin vértebras en que los párrafos descosidos se suceden con languidez extenuante. No es que se trate de un estilo árido y de una prosa de ritmo difícil y premioso. Lo que distingue precisamente a García es la facilidad con que se expresa y cierta abundosa fluencia que torna su expresión prolija y que recarga con exceso las cláusulas hasta hacerlas lentas, tardías, perezosas.

Su falta de estilo no se debe, pues, a la dificultad o a la torpeza con que el historiador maneja los resortes del lenguaje. García, por el contrario, es escritor auténtico, de fértil imaginación y de pluma suelta y fluente. Su léxico no es rico

⁴ García separa la historia dominicana en nueve grandes épocas, cada una de las cuales se subdivide a su vez en varios periodos netamente diferenciados. Es innegable la sagacidad con que el ilustre historiador ha trazado el cuadro general de los acontecimientos de la historia patria que tienen fisonomía propia y en torno a los cuales se van agrupando en serie los hechos secundarios. (Ver *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, tomo I, págs. 9-12).

ni pintoresco, pero sí fácil y abundante. Pero, después de advertir que la pesadez de su prosa no debe en ningún caso atribuirse a falta de fantasía o a cortedad de expresión, es justo reconocer que hay en su estilo algo que nos deja siempre una viva impresión de cosa áspera y desarticulada. Quisiéramos su frase más rápida y desearíamos hallar en su lenguaje algo de la impresionante brevedad de Salustio. Su estilo, sin perder por ello su contacto con la sequedad científica, ni apartarse de la precisión propia de las construcciones apriorísticas del historiador, enamorado de la sistematización y el método, podría ser más ágil, más flexible, más compendioso. No le exigimos que vuele con la majestad o con el señorío del ave caudal, sino que recuerde en algo la ligereza y la gracia de la columna de incienso que carece de fortaleza y de solemnidad, pero que al ser golpeada por el aire se deshace en encaje luminoso.

Las mejores páginas de García, desde el punto de vista literario, son las que figuran en su colección de semblanzas titulada "Rasgos biográficos de dominicanos célebres". Estas páginas no se hallan escritas, como muchas del "Compendio de Historia de Santo Domingo", con pluma de doctor arrogante ni con vehemencia de panfletario apasionado. La frase, sin perder su brío dialéctico, tiene aquí más gracia y un timbre más grato al oído porque sin llegar a ser muelle ni aterciopelada, reúne ciertas condiciones de fluidez no reñidas con la gravedad de una prosa que tiene algo de marcial puesto que está destinada a recoger, como en vaso de bronce, el eco de la historia.

El historiador, movido por sentimientos de simpatía y admiración que no siempre le acompañan cuando juzga a sus contemporáneos, abandona en estas semblanzas el tono dogmático y el gesto autoritario. La narración, aunque vaciada aquí también en períodos jadeantes y a ratos fatigosos, se encuentra en este libro enriquecida por una frase más tersa y una dicción más cuidada.

Las biografías trazadas por José Gabriel García en este volumen, verdadera joya de nuestra literatura histórica, carecen de interés dramático y aún de colorido anecdótico; pero reflejan con fidelidad no sólo el carácter de cada personaje sino también el de la época, evocada en ciertos accidentes externos y pintorescos que nos dan una noción exacta de lo que fué la sociedad dominicana del siglo XIX con su sentimiento caballeresco del honor y con sus hábitos un tanto patriarcales. En el libro, lleno de maravillosos contrastes, predomina una curiosa diversidad de caracteres: al lado de una vida que, como la de Juan Sánchez Ramírez, parece una bandera violentamente agitada por un viento épico, el biógrafo narra la de otros hombres que no realizaron ruidosos hechos de armas, pero que, en cambio, enaltecieron la patria con el hermoso y emulador espectáculo de sus virtudes consulares. Las proezas del héroe de la Reconquista no han sido narradas por José Gabriel García con más emoción que las acciones oscuras y ejemplares de Vicente Antonio de Faura. Las palmas más grandes y las palabras más hermosas son las que el historiador tributa al hombre de bien y no al soldado de perfil borrascoso. La mejor biografía de la colección no es, como podría pensarse, la del capitán de lanceros que puso fin a la dominación de Francia en Palo Hincado, sino la de un sacerdote que consagró su vida a la enseñanza y a la filantropía: la del Arzobispo Valera. La silueta del gran filántropo, trazada con admiración fervorosa, abarca las dos caras de esa medalla insigne: la del ciudadano ejemplar y la del sacerdote pío y abnegado que hace calladamente el bien y trabaja en silencio como esas plantas que realizan el milagro de la fecundación no a plena luz del día sino en el misterio de la noche.

El que dude de que García fué no sólo un narrador fluente, sino también un escritor de vena abundante y torrentosa, a ratos árido, pero otras muchas veces visitado por la elocuencia y por la gracia, se convencerá fácilmente de lo contrario repasando estas páginas biográficas que el gran historiador trazó con pluma verdaderamente inspirada. La na-

rración no llega jamás a ser poética. Pero aunque el pensamiento, que rara vez se exhibe envuelto en la turgente túnica de las imágenes, prefiera aquí también las formas de expresión directa, no hay duda de que en este volumen la prosa de García tiene momentos afortunados en que la habitual aridez del historiador se trueca en explosión de lirismo o se desata en vena de hermosura. Cuando el biógrafo habla, por ejemplo, del estado de postración en que quedó la colonia después del tratado de 1795,⁵ ó cuando hace el elogio de la magnífica pobreza de Pedro Alejandrino Pina,⁶ acuden a su pluma algunas de esas imágenes sencillas pero eminentemente patéticas de que se ha valido siempre la elocuencia para herir las fibras más íntimas de la sensibilidad humana.

La fuente de la verdadera elocuencia no brota del pensamiento del hombre sino cuando éste lleva la entraña ensangrentada. La muerte de su hija Tulia arrebató a Cicerón que increpa a la muerte con palabras que todavía cuelgan sobre la tumba inmortal como crespones funerarios. También José Gabriel García, narrador que carece generalmente de escrúpulos literarios, se desata en tersas y marmóreas imágenes cuando a su oído llegan algunas de esas voces inconfundibles con que la muerte o el dolor hablan al hombre para abatir su orgullo o para recordarle su destino paavoroso.

Es visible, por otra parte, el esfuerzo que hace José Gabriel García, en esta colección de semblanzas, para dar un corte poético a su estilo y para dignificar su lenguaje. Con este propósito, extraño en un escritor que, como él, se preocupó más por la fidelidad histórica que por la esplendidez sustantiva de la frase, castiga la construcción haciendo sus cláusulas más breves y presentando su pensamiento con mayor decoro literario. Su preocupación estilística llega en estas páginas hasta el extremo de emplear licencias poéticas

⁵ Ver *Rasgos Biográficos de Dominicanos Célebres*, págs. 22 y siguientes.

⁶ Ver ob. cit., págs. 177 y siguientes.

que estuvieron en boga entre los poetas dominicanos del siglo XIX, encariñados aun con giros arcaicos y formas de expresión ya en otras partes desusadas ⁷.

La pobreza de las fuentes de que dispone el historiador en algunos casos, y lo endeble que resultan en otros las figuras biografiadas, cuya actuación carece del interés dramático que matiza y embellece la historia de las naturalezas verdaderamente originales y poderosas, contribuyen a que el análisis degenera con frecuencia en una simple divagación en torno al ambiente histórico más bien que alrededor de esas mismas vidas nada extraordinarias. Después de leídas tales biografías, nos queda la impresión de que han sido inútiles todos los esfuerzos hechos por García para iluminar esas figuras apagadas. Pero cuando el sujeto ofrece material abundante para la biografía, como sucede con Juan Sánchez Ramírez o con el Arzobispo Valera, el biógrafo agota plenamente su misión esculpiendo con energía el pedestal para la estatua cuya erección no es ya tarea reservada a la pluma del historiador sino a la gratitud de las generaciones venideras.

Las semblanzas coleccionadas bajo el epígrafe de "Rasgos Biográficos de Dominicanos Célebres", prueban suficientemente que García fué un escritor extraordinario. Esas páginas, algunas de innegable riqueza como material antológico, bastan para salvarlo del reproche que a menudo le hacen quienes le reconocen grandes méritos como investigador, pero se los niegan, en cambio, como hombre de letras, suponiéndole capaz únicamente de escribir la historia a la manera de Zurita, es decir, al modo de aquellos trabajadores insignes que han realizado una obra de inmensas proporciones, pero a los cuales se trata siempre de empequeñecer

⁷ En la semblanza de Juan Sánchez Ramírez, por ejemplo, emplea una de estas licencias, más propias del lenguaje de la poesía que del de la prosa moderna: "Y era su afán tanto más vivo, cuanto que estaba íntimamente persuadido de que del nuevo régimen a que iba a someterse, no podía esperar la *infelice* Quisqueya sino un porvenir triste y sombrío" (Ob. cit., pág. 120).

clasificándolos entre los historiadores sin estilo, entre los que sólo han entrevisto una faceta del grandioso arte de Tácito y han sido por esa causa incapaces de embellecer con todas las galas dialécticas de la poesía trágica el mundo de la historia.

Pero si a alguien imita aquí el historiador dominicano es a Salustio y no al artífice del "Diálogo de los Oradores". García, en efecto, aunque en estas semblanzas se muestra más inclinado que en otros trabajos históricos al ruido verbal y a la pompa literaria, no abusa del artificio oratorio ni acude al tropo altisonante, sino que su prosa, de discreta y nobilísima estructura, continúa ostentando, aún en estos casos, una sobriedad que recuerda la de la mesa espartana.

EL POLEMISTA

José Gabriel García fué también un polemista aguerrido. Hombre de convicciones poderosamente arraigadas, como todos esos espíritus lógicos y limitados que se denominan positivos, se empeñó en imponer sus juicios, no siempre ecuanimes, tanto en la polémica política como en la controversia académica.

No puede negarse que consiguió en gran parte su objeto y que la historia dominicana, no sometida aún a una depuración crítica severa, continúa supeditada a García como a una especie de oráculo. Pedro Santana, sin duda la personalidad que más contradicciones ha suscitado en el país, mereció particularmente los ataques del historiador dominicano, quien impuso hasta tal extremo su criterio sobre aquel recio conductor de tropas que todavía la conciencia nacional sigue obedeciendo a esa crítica implacable y participando inconscientemente de esa especie de hostilidad rencorosa. Será difícil al héroe del "19 de marzo" lograr que el país rectifique la opinión que se ha formado sobre él y que desaparezca, siquiera en parte, el eclipse que empaña su memoria.

No tuvo el gran soldado la fortuna de que la poesía, que casi siempre rectifica, cuando no son justos, los fallos de la historia, se interpusiera entre la posteridad y el héroe para protegerlo con su escudo de plata, más resistente muchas veces que la pesada lanza de hierro con que los historiadores hieren a sus víctimas. Napoleón, empequeñecido por la pluma de Bourriene, halla un pedestal en la oda de Manzoni que recoge en sus versos los últimos rayos del crepúsculo de Santa Elena para envolver al águila caída en su púrpura majestuosa. Santana, el valiente soldado que decapitó la República después de haber contribuido a engendrarla, no tuvo la suerte de que un poeta de genio hiciera su elogio, promoviendo en torno a su nombre un clamor de trompeta triunfal que ahogara en parte el estruendo de los martillos con que los historiadores dominicanos continúan golpeando su memoria.

Manuel de Jesús Galván, príncipe de las letras nacionales, pudo haber cumplido esa tarea velando, con la pluma en ristre, al pie del sepulcro inmortal, no sólo para impedir que se extinguiera aquella gloria sino también para transformarse en su heraldo clamoroso. Pero cuando el autor de "Enriquillo" asumió, desde las columnas de "El Eco de la Opinión", la defensa de Santana, tropezó con otra pluma hecha con mejor acero que la suya para las lides de la polémica histórica: la de José Gabriel García, quien, desde el periódico "El Orden", mantuvo frente al apologista de Santana su papel de acusador inexorable.

Más vehemente que Galván, y mejor preparado que él para asentar firmemente el pie en la arena de las contradicciones, García resultó sin duda triunfante en aquel debate, choque feroz en el cual debía salir forzosamente airoso no el contendor más apto para bruñir la frase sino el más hábil para convertirla en descarga fulmínea o en dardo luminoso. El historiador, sacudido en el fondo por sentimientos tremendos y por pasiones procelosas, acusó a Santana, reo de una fea acción contra la patria, con la austeridad propia de un familiar del Santo Oficio, con violencia faná-

tica que redoblaba su coraje dialéctico, pero que al mismo tiempo le hacía aparecer como un inquisidor tremebundo. Era sin duda que a García le animaba, en aquella controversia histórica, la fe del hombre que profesa con impresionante honradez sus convicciones y que sostiene con ardor, casi con fanatismo, sus ideas.

Mientras Galván burilaba la frase, redondeando el párrafo destinado a servir de medalla a la efigie de Santana, García cargaba la cláusula de pasión y retorció como una púa el razonamiento para hacer más efectivo el ataque y más seguro el golpe fulminante. Por eso, García resultaba superior a su contrincante en la agresión y no inferior a él en brío dialéctico y en fluidez discursiva. Los grandes polemistas han sido siempre hombres que han querido o han odiado hasta la violencia; temperamentos volcánicos a quienes arrastra el oleaje de una pasión desenfrenada. Las Casas no hubiera llegado a ser el más admirable y temible disputador de la historia, si no hubiera unido a su amor por la justicia el fuego de un temperamento ardoroso. Para que Pablo Luis Courier llenara a Francia con el clamor de sus panfletos, fué menester que la reacción realista de Turena lo hiciera irrumpir en gritos coléricos y en invectivas desesperadas.

José Gabriel García, hombre vehemente que se entregaba sin esfuerzo a los arrebatos del entusiasmo, golpeó a Galván con firmeza y actuó en esa célebre disputa como un contradictor más ágil, a veces más sagaz, siempre más cálido, más acerbo, más diamantino, sin llegar, como en otras partes, a la frase sin nervio y a la expresión deshilachada. Su lógica mordiente se desenvuelve con seguridad aplastante. Las sentencias se incrustan en la cláusula como las vetas dentro de la roca. El párrafo, apretado y tenso, se estira en la página con un ruido áspero como el de una cuerda tirante. La palabra, intermitentemente iluminada por el relámpago de la cólera, se cierra con energía sobre la evasiva corriente del pensamiento como la garra sobre la garganta de la presa. El país, seducido por el coraje dialéctico



de García, se inclinó a su favor y ha seguido acompañándole, con irreflexiva pero entusiasta fidelidad, en el juicio dictado entonces por el historiador en tono irreplicable y con ademán sentencioso.

Reconozcamos, pues, que José Gabriel García, sobre toda otra cosa, fué un polemista de estirpe, de esos que saben servirse de las palabras como de instrumentos eficaces y brutales para imponer sus convicciones. Pero la calificación de polemista debe aquí aplicarse al disputador que sabe emplear, como los empleó García, todos los recursos de la dialéctica, sin detenerse a pensar si lo que en algunos casos escucha es la voz de su conciencia o es sólo el eco de sus pasiones tumultuosas.



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

ULISES FRANCISCO ESPAILLAT

Fué Ulises Francisco Espaillat no un escritor sino más bien un periodista, si se aplica esta última palabra en el sentido en que la usó Monsem para referirse al más grande de los oradores latinos: casi todos sus artículos se reducen, en efecto, a comentarios de circunstancias o a reflexiones de poca profundidad acerca de acontecimientos de orden político o de orden social de la época en que vivió este eminente ciudadano.

Su educación literaria parece haber sido más francesa que castellana. Su prosa pertenece, desde este punto de vista, al momento en que nuestra literatura, como otras del continente, empezó a separarse del tronco ibérico para recibir las influencias de Francia a través de sus libelistas políticos y de sus grandes escritores. Las primeras huellas de ese desvío de las fuentes legítimas de nuestra cultura se descubren tanto en la dicción de Espaillat como en ciertas peculiaridades de su estilo: el gran articulista abusa de términos y expresiones franceses que no siempre intercala con oportunidad y con gracia en sus escritos: "Formado éste, no faltaba más sino que él mismo se ocupara en darle un Jefe; y siempre *maladroit* a pesar de ser bien intencionado, tuvo la mala suerte de escoger al señor Báez" ¹. Todavía se marca con más fuerza esa tendencia en la forma de los periodos y en cierto humor que no parece congénito sino debido a sugestión inconsciente de lecturas extrañas o a asimilación deliberada. La cláusula de Espaillat se distingue manifiestamente de la de Galván y de la de otros escritores nacionales de la misma época; en vez del período re-

¹ Las frases de esta índole abundan en la mayor parte de sus escritos. (V. "Escritos de Espaillat", Santo Domingo, 1909, págs. 129, 187, 207, 259, etc.).

cargado, compuesto de diversas proposiciones que no embarazan, sin embargo, el movimiento de la frase ni la privan de su unidad orgánica, emplea sistemáticamente el párrafo breve, sin ningún aparato de retórica ampulosa. No faltan, por otra parte, en los comentarios del gran repúblico, salpiques de ironía que a menudo recuerdan, por su ligereza o por la estudiada frialdad con que aparecen expresados, el humorismo francés o el británico, más bien que la gracia algo gruesa y algo mordaz con que el ingenio español suele poner de relieve su tendencia al chiste agudo y a la sonrisa emponzoñada.

Pero la prosa de Espaillat conserva, a pesar de cuanto arriba se afirma, lazos espirituales muy estrechos con lo más noble de la cultura hispánica. Si no es jamás florida, y se mantiene generalmente en un tono familiar, llegando algunas veces al estilo medio que es sin duda más propio del genio de la lengua francesa que del de la española, remeda en sus mejores momentos la elegante sencillez de la buena conversación castellana. La llaneza, la familiaridad podría casi decirse sin menoscabo de sus condiciones de estilista, se halla entonces dignificada por la extraordinaria pureza del giro castizo y de la dicción primorosa. Espaillat resulta en tales ocasiones escritor correctísimo que al mismo tiempo que comenta con soltura el suceso que le sirve de tema para la disertación o el artículo, crea verdadera belleza literaria.

Pertenece Espaillat a los escritores que poseen, no el arte grande y rico de la composición elocuente o de las creaciones superiores, sino el más pequeño, pero tal vez más difícil, de quienes saben convertir una fruslería en un motivo de interés y en una obra amena. Cosas pueriles, aparentemente sin sustancia para cautivar la atención o para servir de estímulo al discurso, pasan a ser en sus manos pretexto para una disertación agradable sobre cuestiones de índole social y política o sobre aspectos superficiales de la cultura humana. El propósito del Municipio de Santiago de adquirir un reloj para el servicio público, por ejemplo, le sirvió de tema para una serie de observaciones agudas acerca del ca-

rácter nacional y acerca de algunas prácticas sociales y administrativas de la época en que dió a la publicidad aquel escrito. La mayor parte de sus artículos tienen el mismo origen. Pequeñeces desprovistas de significación, pero elocuentes como índices del cuadro político y social de aquellos días, le suministran con frecuencia base suficiente para un ensayo sobre las costumbres características de la vida dominicana en uno de sus períodos más turbulentos y más calamitosos. No puede desconocerse la gracia y, en ocasiones, la penetración con que Espaillat trata esos temas, procurando siempre comunicar agilidad al estilo y diciendo a veces cosas profundas y originales en tono ligero y picante, alejado de todo trascendentalismo dogmático y de toda pretensión de someter a reglas inflexibles la complejidad de las acciones humanas.

El rasgo más significativo de la manera y de la mentalidad de este narrador sin pretensiones magistrales, casi sin escrúpulos estilísticos, es la frecuencia con que pasa de un asunto a otro, de un comentario fundamental a otro menos importante, pero ensartando sus digresiones con una especie de hilo invisible que les comunica cierta unidad dentro de su incoherencia encantadora. Así, en la disertación titulada "El reloj público y otras cosas", habla ingeniosamente, a propósito del tema principal de ese comentario, de asuntos tan disímiles como el desorden a la sazón reinante en el régimen tributario del país, el hábito de leer periódicos pertenecientes al vecino, la tendencia de la mujer de aquella época a adquirir mayor cultura que el hombre, el atraso de la agricultura, el préstamo usurario, la colonización de Argelia, etc., todo revuelto con agudas alusiones a ciertas costumbres sociales y políticas del tiempo, como el uso de la *moña*, la prodigalidad de las amas de casa, los bailes aristocráticos y la introducción del acordeón en las fiestas populares.

Otro de los rasgos característicos del estilo de Ulises Francisco Espaillat es la ligereza y el tono zumbón con que trata las materias más espinosas. Su genio blando no le im-

pide ser en la sátira incisivo, mordaz algunas veces, sobre todo cuando juzga las costumbres políticas de sus contemporáneos, pero siempre disimula hábilmente la actitud de su juicio, sanamente enderezado hacia la crítica, con una salida irónica o con una expresión desenfadada. Esta actitud no fué en el comentarista un recurso para hurtarle el cuerpo a la verdad o para alejarse del tema deslizándose por la pendiente de un chiste más o menos ingenioso. Espaillat, por el contrario, usa esa forma de crítica zumbona para llegar sonreídamente al centro de los problemas nacionales. Probablemente se dió cuenta de que el medio más seguro para apoderarse del ánimo del público, en época todavía ayuna de verdadera ilustración, era el de ofrecerle libres de todo razonamiento abstracto y de todo aparato discursivo los temas más áridos y los comentarios más conceptuosos. Asuntos que se hubieran prestado, en hombre de tan vasta lectura como Ulises Francisco Espaillat, a fáciles especulaciones y a largos despliegues de erudición, aparecen tratados por él con ligereza; pero con ligereza que no excluye la profundidad, ni la energía dialéctica, ni la observación minuciosa. Léase la serie de artículos que escribió acerca de la inmigración, y se verá que no obstante el carácter polémico de ese ensayo y el tono irónico y aun mordaz que prevalece en su conjunto, abundan allí apuntes perspicaces sobre el carácter nacional, y sobre la influencia que éste ejerce en las costumbres y en las instituciones. El problema se halla examinado en tales páginas con visión de estadista y todo el análisis podría servir como evidencia de la propiedad con que las cuestiones más serias se asocian, en el arte de algunos escritores, a cierta actitud despreocupada y festiva ².

² Luperón, en la semblanza de Espaillat que inserta en sus *Notas Autobiográficas y Apuntes Históricas* (segunda edición, tomo II, pág. 65), alude al buen humor del insigne repúblico: "...Sus inagotables chistes, su esmero en el hogar y la dulzura de su noble trato, hacían de su laboriosa vida uno de los tipos más envidiables de la República". En el capítulo VIII, tomo I, pág. 233, refiere también la siguiente anécdota que pinta admirablemente el carácter de Ulises Espaillat: "...Salcedo evadía día por día el dar el ataque a Monte Cristy, ya con un pretexto, ya con otro, al extre-

Lo más interesante en los escritos de Espaillat suelen ser las digresiones. El motivo del artículo, expresado en el epígrafe, le sirve casi siempre de hincapié para extenderse en agudas consideraciones sobre asuntos ajenos al tema, o vinculados a éste de manera muy superficial o muy remota. En el primer trabajo que publicó en el periódico "El Orden", sobre inmigración, lo más importante no son los escrúpulos que opone al propósito de atraer hacia el país una sana corriente de población extranjera, sino más bien el análisis que hace sobre la política imperialista de los Estados Unidos. En el artículo titulado "Las Penitenciarías", la falta de verdaderas cárceles y la mala administración de la justicia sólo son un pretexto de que el escritor se vale para dirigir una pintoresca sátira al gobierno y para pintar la situación económica del país, agotado por la orgía reaccionaria. Si se hiciera el inventario de los diversos temas que toca Espaillat en cada uno de sus trabajos, se podría comprobar que en ellos se habla de todo menos de lo que el escritor se propuso. En el que lleva por epígrafe "El Baile del 30 de Junio", sobre lo que más se extiende es sobre la crianza de ganados y sobre la conveniencia de dotar al país de buenas comunicaciones. Pero lo que importa señalar es que en Espaillat las digresiones no resultan en ningún momento ociosas. El autor abusa sin duda de ellas, pero las emplea siempre con amenidad y tiene el tacto de no hacerlas prolijas ni desmadejadas. Uno de los aciertos más notables de su arte de escritor, consiste precisamente en esa especie de sibaritismo que le permite tocar todos los temas sin detenerse largamente en ninguno. Si hay en la literatura nacional un estilo movible y dúctil es el que usa Espaillat en sus artículos de costumbres y en sus sátiras políticas. No hay la menor pesadez en esa

mo de que hay en poder de Luperón un papelito escrito por don Ulises Espaillat, Vicepresidente y encargado del Gobierno, dirigido a don Mauricio Gautreau, Secretario del Presidente, donde le decía: *Te envío esa botella de brandy para que se la hagas tomar de un solo trago al Presidente, a fin de que se determind a atacar a Monte Cristi; y siento no tener un bocooy de hielo para que se lo echaras a Luperón en la cabeza el día de la batalla*".

prosa ágil, exenta de toda complicación conceptual y de todo lastre erudito. No tiene, es cierto, grandes méritos de orden literario; pero posee la virtud superior de ser sencilla, suelta, agradable y de fácil acceso.

El libro titulado "Escritos de Espaillat"³, aunque compuesto de artículos varios no carece, sin embargo, de cierta unidad de fondo. Podía pensarse que el autor, provisto de antemano de una serie de meditaciones inspiradas en el cuadro político y social de su época, escribió ese conjunto de comentarios para ofrecer a sus conciudadanos, con evidente intención didáctica, los frutos de una experiencia largamente madurada. Independientemente del parecido que tienen todas sus ideas y del propósito moralizante con que las expuso, abundan en estos ensayos las repeticiones debidas no a escualidez mental sino al deseo de difundir conceptos que el gran repúblico consideró fundamentales. En algunos ensayos, Espaillat esboza únicamente una idea que aparece después ampliada en artículos sucesivos. En su primer trabajo sobre el problema inmigratorio, por ejemplo, no hace más que apuntar el tema para desarrollarlo con lujo de argumentación en comentarios posteriores. Pero esa circunstancia, natural y aun indispensable en toda labor periodística, no es lo que aquí se invoca como prueba de la unidad de su obra. El enlace y la aproximación ideológica de estos ensayos aparecen en algunos detalles más significativos. Un ejemplo bastaría para ilustrar lo que acaba de ser expresado. En el artículo titulado "El reloj público y otras cosas", alude por primera vez Espaillat a la pésima calidad de la carne que a la sazón se consumía en el país, empobrecido por las revoluciones. El autor insiste en otros trabajos sobre ese punto. Pero es sólo en el artículo que tiene por epígrafe "Las

³ El libro "Escritos de Espaillat", colección de los artículos que el gran repúblico escribió para "El Orden" o que se publicaron en los periódicos de carácter oficial en que aparece su firma desde el día en que asume la presidencia de la república hasta el momento en que abandona, constreñido por una revolución triunfante, esa magistratura, fué publicado por la Sociedad literaria "Amantes de la Luz", de Santiago de los Caballeros, en 1909.

Penitenciarias" donde desarrolla plenamente su pensamiento, atribuyendo a la deficiencia de la alimentación los males de que el país adolece ⁴.

Espailat no sólo cultivó la sátira de costumbres sino también la política. En este último campo dejó algunas páginas innegablemente jugosas. Tanto en el ensayo "La fusión, la situación y los partidos", como en su epistolario, hay reflexiones no profundas pero sin duda sagaces, acerca de la vida política del país en sus primeros tiempos de actividad republicana. Aunque acaso podría dudarse de la exactitud de algunos de sus juicios, sobre todo cuando éstos se refieren a actos cumplidos por Báez o por su antecesor Pedro Santana, es evidente que el eximio repúblico juzga sin arrogancia y sin pasión a los adversarios de sus principios liberales. Sus opiniones no son por lo general las de un hombre de partido, sino las de un moralista práctico que observa el suceso político y absuelve o condena a sus autores de acuerdo con la rigidez de su moral un tanto puritana. Muchos de sus juicios han sido adoptados por José Gabriel García y pertenecen desde hace tiempo a la historia. Algunas de sus observaciones, por otra parte, son manifiestamente curiosas. El miserable ⁵ artículo 210 de la Constitución de 1844, contrariamente a lo que afirman los historiadores nacionales, ⁶ fué un acto de buena fe, según Espailat, y se debió, antes que al deseo de Santana de ejercer despóticamente sus poderes, al interés de preservar contra los partidarios de Haití la república recién creada. Como éste, hay en los escritos del egregio ciudadano muchos juicios dignos de atención, sea

⁴ La idea señalada aquí por Espailat sirvió muchos años después a José Ramón López como base para uno de sus trabajos de interpretación sociológica de la historia dominicana más originales. (V. "La alimentación y las razas", Santiago de Cuba, 1896).

⁵ El calificativo es del propio Espailat. (V. ob. cit., pág. 4).

⁶ La opinión generalmente sostenida por historiadores y constitucionalistas sobre el artículo 210 de la Constitución de 1844 es la que aparece consignada en el comentario hecho a esa ley constitucional por José Gabriel García. (*Compendio de la Historia de Santo Domingo*, tomo II, página 281).

porque reflejan opiniones corrientes en su época o sea porque constituyen testimonios altísimos de una conciencia pro-cera.

Los escritos políticos de Espaillat son inferiores a las páginas en que el ingenioso articulista describe, en tono satírico, rasgos de costumbres. La ironía de que hace gala en el ensayo "La fusión, la situación y los partidos", así como en otros de la misma índole, carece de la suavidad y la soltura que tanto distinguen los apuntes humorísticos dispersos en el artículo costumbrista "El reloj público y otras cosas", y en el titulado "El baile del 30 de junio". Cuando quiere ser irónico a costa de un político, como puede observarse en el ensayo ya citado, resulta sarcástico, y el rasgo satírico tiene notoriamente en tales casos menos gracia que virulencia y amargura. Sus artículos de costumbres, por otra parte, contienen reflexiones agudas que se salen del campo de la sátira para invadir el de la historia y la sociología. En el cuadro costumbrista titulado "El merengue" hace, entre otras del mismo tipo, la observación siguiente: "La música tiene una influencia efectiva sobre las pasiones y los sentimientos, y por eso mismo es por lo que creo que el chillón acordeón es el que tiene la culpa de que los pleitos, en los campos, se hayan hecho muchísimo más frecuentes; irrita demasiado los nervios" ⁷.

No puede considerarse la prosa de Espaillat como un ejemplo de corrección ni como un modelo de pureza. Muchos términos aparecen usados en sus escritos de modo bárbaro o en acepción impropia. Hay, además, en sus ensayos y en sus artículos de costumbres, exageración innegable en el empleo de voces y expresiones inglesas y francesas. No siempre la gracia se asocia en sus obras a la madurez de la reflexión y al buen sentido; pero es evidente que Espaillat, no obstante la frecuencia de sus caídas en la fruslería, y no obstante, asimismo, la abundancia en sus artículos de giros impropios y de barbarismos locales, poseyó envidiables con-

⁷ V. ob. cit., pág. 62.

diciones de escritor fácil y abundoso. Careció de brillantez en las formas y de imaginación para las figuras decorativas y los contrastes literarios. Tuvo, en cambio, nervio satírico y fluidez de expresión, rasgos nativos que en sus grandes momentos adquieren energía y vitalidad excepcionales. La fuerza con que sintió el patriotismo trasciende a sus escritos y las pocas veces que se eleva sobre la monotonía habitual de su prosa, a ratos tan desvertebrada y descosida, es porque lo posee el amor a la república o porque un arrebato patriótico lo conduce a exaltar poéticamente el sentimiento que vincula al hombre al suelo de sus antepasados: "Para que el hombre se decida a abandonar el suelo en que nació —dice en una de esas ocasiones afortunadas—, para que se resigne a decir un adiós, tal vez eterno, a los objetos que lo han rodeado desde sus primeros días; para que se despida del campanario de la iglesia del lugar, de las ruinas del castillo donde tantas veces se sobrecogió de temor al escuchar los cuentos de apariciones con que sus padres le distraían en su primera infancia; para que se separe de la fuente donde veía a menudo las niñas de los amigos de la casa, y donde quizás sintió su pecho latir por primera vez; para que deje a la antiquísima encina que visitaba en busca de inocentes y descuidados pajarillos; al venerable pastor que siempre se ve con placer al llegar al umbral de la puerta, así en los días de regocijo como en los de dolor y amargura; y, en fin, para que olvide el cielo de la patria y sus estrellas, su brisa, el aire que se respira, la tumba de sus antepasados, representada la mayor parte de las veces por una sencilla cruz; y la historia, y los recuerdos, y la patria, que es todo esto, debe esperar mucho, mucho..."⁸.

Para la literatura epistolar poseyó aptitudes superiores a las de todos sus contemporáneos. Su estilo, generalmente poco elevado, y la llaneza de su expresión, así como la soltura, característica de su mentalidad, con que pasó de un asunto a otro, mezclando en sus escritos las nociones más

⁸ V. ob. cit., págs. 124 y 125.

diversas, y, a veces, más contradictorias, parecen haberlo destinado a esta forma literaria más bien que al ensayo político-social, género al que, sin embargo, le inclinaron preferentemente la índole de sus estudios y la misma generosa aspiración de ejercer sobre los hombres de su época un inculcable papado doctrinario. Para el ensayo de tendencias sociológicas y para la prédica política, tuvo evidentemente aptitudes morales, entre ellas la pulcritud casi sacerdotal de su vida, pero le faltaron otras de orden científico, tales como el dominio de ciertas disciplinas que le fueron totalmente extrañas, el método de que carecen sus trabajos de investigación y el hábito de disciplinar las ideas para disponerlas en orden discursivo. Para el género epistolar, como para cualquiera otra forma análoga que no exigiera un verdadero trabajo de abstracción, poseyó Espaillat condiciones eximias. La carta que intercala en el artículo titulado "El merengue", constituye un testimonio de esas aptitudes de excepción. El tono familiarmente llano de su prosa y la abandonada languidez de su estilo, permiten incluir las composiciones epistolares de Espaillat, tanto las auténticas como las puramente imaginarias,⁹ entre los mejores modelos que la literatura nacional posee en ese género de escritos, sin duda el que consiente más naturalidad de expresión y el que exige menos artificio literario.

La familiaridad, monótona pero no desaliñada, no excluye en las cartas del prócer dominicano el rasgo blandamente satírico ni la observación ingeniosa. Tan natural fué en el egregio repúblico esta tendencia a dar a su pensamiento la forma de una confidencia entre amigos, que puede casi asegurarse que todos sus escritos se reducen o pueden fácilmente reducirse a comunicaciones epistolares. Muchas de sus incorrecciones, así de sintaxis como de dicción, dejarían de serlo o se atenuarían considerablemente si el eminente publicista hubiera vaciado sus ideas en el molde a que le inclinaban sus facultades nativas. Hasta los mismos barbarismos

⁹ En varios de sus artículos de costumbres inserta Espaillat comunicaciones epistolares de este tipo. (V. ob. cit., págs. 61 y siguientes).

locales contribuirían entonces a acentuar el movimiento casero de esta prosa sin brillantez y sin número, pero jamás amanerada.

Ulises Francisco Espaillat habla generalmente como un desengañado. El cuadro del país trazado por su pluma no tiene nada de atrayente, aunque tampoco nada de imaginario. El eximio ciudadano, poseedor de un agudo y penetrante sentido de observación social, analiza la realidad y la pinta con colores poco halagüeños, pero exactos. El acento de hondo pesimismo con que señala los males del país, sometido desde el primer momento a la voluntad de medianías autoritarias, no traduce en él falta de fe en la salvación de la patria sino confianza en su regeneración política y en su grandeza futura. No fué hombre de opiniones exaltadas, pero sí de principios irreductibles y de patriotismo acrisolado. Cuando la mayor parte de los prohombres del país alardeaban de librepensadores, Espaillat proclamaba la influencia de la religión en los destinos de la República y se erigía en paladín del espíritu cristiano¹⁰. Sus sátiras contra los políticos de conciencia mediocre y contra los excesos de la libertad, diosa que a menudo castiga a quienes la traicionan forjando cadenas para sus propios servidores, cumplen la misión patriótica que el prócer no pudo realizar durante su paso transitorio por la presidencia de la República: apelan cada día al buen sentido nacional para que el país adquiera hábitos de gobierno legítimo y para que todos los dominicanos, generalmente convictos de indiferencia o de ambición, piensen de cuando en cuando en la patria y sean fieles a la heredad que les fué adjudicada.

¹⁰ "En nuestra opinión —subraya Espaillat en el artículo costumbrista titulado "El Merengue"—, el único medio, sin despreciar los demás, que puede darnos un resultado grande, a la par que eficaz, es enaltecer la idea religiosa. Los grandes sentimientos se hermanan; y levantando la religión, el amor patrio revivirá. Esta es obra de un clero patriota..." (*Escritos de Espaillat*, pág. 72). El mismo concepto aparece expresado, con mayor o con idéntica energía, en otros artículos publicados por primera vez en "El Orden" y en algunos de los documentos que suscribió durante su breve paso por la más alta magistratura del Estado.



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

JAVIER ANGULO GURIDI



EL POETA

Si Javier Angulo Guridi no mereciera ser recordado por su obra literaria, debería serlo por su fidelidad a la patria, por su conmovedora adhesión a la heredad de sus mayores. La patria ardió como una llama inextinguible en el corazón de este perpetuo desterrado. Sus padres emigraron en 1822, juntamente con las grandes familias de ascendencia española que huyeron entonces del país para escapar a los horrores que desató sobre la vieja colonia la ocupación haitiana. Tenía apenas seis años cuando fué arrastrado hacia Cuba por aquel torrente emigratorio. Pero más de treinta años de ausencia, no fueron suficientes para apagar el amor al suelo nativo en este hombre de convicciones ardorosas.

Mientras otros dominicanos, como el dramaturgo Francisco Javier Foxá y el lexicógrafo Esteban Pichardo, olvidan el país y se consagran a su nueva patria adoptiva,¹ Javier Angulo Guridi continúa amando a la República en el destierro con fidelidad apasionada. Todo lo que escribe en Cuba, con excepción de su labor periodística, se refiere a la tierra de donde huyó a la llegada de los bárbaros, para unirse a una legión de peregrinos ilustres que lo contaron, niño aun, en su séquito errante. Sus poesías y sus leyendas folk-

¹ Francisco Javier Foxá y Lecanda (1816-1865) nació en Santo Domingo y emigró a Cuba a raíz de la ocupación haitiana. En 1838 estrenó en la Habana un drama en cuatro jornadas y en verso titulado "El Templario", y en 1840 otro que tituló "Don Pedro de Castilla". Estas obras inician el romanticismo en el teatro cubano.

Esteban Pichardo y Tapia (1799-1880) nació a su vez en Santiago de los Caballeros. Es autor, entre otras obras, de las siguientes: "Notas cronológicas sobre la isla de Cuba", "Geografía de la isla de Cuba", "El Fatalista" (novela) y "Diccionario Provincial casi razonado de voces cubanas". Los títulos mismos de sus libros prueban el grado en que se familiarizó con las cosas de su patria adoptiva.

lóricas, sus cuentos y sus ensayos dramáticos, contienen expresiones de dominicanismo frenético que no se encuentran en muchos de los poetas que vivieron en permanente contacto con el país y que, debido a esa circunstancia, asistieron a sus luchas internas y presenciaron su martirio de veintidós años, pasados bajo el yugo de una horda de antiguos esclavos que virtualmente lo sustrajeron del concierto de la civilización humana.

Aunque Javier Angulo Guridi fué, ante todo, periodista, y malgastó en esa ingrata labor sus años de producción intelectual más intensa, no puede ponerse en duda su vocación literaria. Fué, como poeta y dramaturgo, hombre de fina sensibilidad, si bien de escasa y desordenada cultura. No dispuso, fuera de ciertas ideas generales, de recursos suficientes para llenar los vacíos que se advierten en su obra, llena de desigualdad debido a lo mucho que hay en ella de simple intuición, de mariposeo verbal, de brillantez aparente, medios de que se valen siempre los grandes improvisadores para sustituir el conocimiento positivo. No otra cosa podría esperarse de este emigrado que a los catorce años abandona, por falta de recursos, el Colegio Real de San Fernando de La Habana, y empieza, aún adolescente, su vida de escritor trashumante.

Si en los versos de Javier Angulo Guridi hay exceso de énfasis romántico, mezclado con muchos rasgos de mal gusto, no puede, en cambio, negarse a este versificador espontáneo verdadera emotividad y fantasía caudalosa. Junto a pasajes felices, donde no faltan apuntes enérgicos ni algunas notas verdaderamente inspiradas:

Que me eres más cara y bella
que el éter para la estrella,
que el aire para el condor.
Y que en tanta lejanía
pienso en ti, contigo sueño,
y es tal de verte mi empeño
que te miro en cada flor...

figuran otros en que el poeta desciende a las peores extravagancias o en que se expresa en términos que carecen no sólo de distinción sino también de dignidad poética:

Desde la margen sombrosa
porque rápido y mugiente,
va el Ozama transparente
sobre su móvil panteón...

Cual para mí la sonrisa
que en tus labios se pasea...
(El suspiro y la canción).

Pues sólo puedo decirte
que estas lágrimas que riego
y estos suspiros de fuego,
misterios del alma son...
(Misterios del alma son).

Difícilmente podría encontrarse, en el parnaso nacional, otra composición en que predomine, en el grado en que predomina en la poesía de Javier Angulo Guridi que lleva por epígrafe "En el Cementerio", un romanticismo más empalagoso:

"Oh, sombra —murmuré—, con Dios te quedas",
y lejos de la fosa removida
perdime entre la fúnebre arboleda.
Y fué tal de mis varias emociones
el choque en esa triste despedida,
que huí veloz de la mansión sagrada
sin avisar mis tristes ilusiones,
y... quedaron durmiendo en la portada!

Mi corazón saltaba con violencia
dentro el amante conturbado pecho,
de aquel espacio breve en la presencia;
mientras reina de sí la fiel memoria

y de mis tristes ayes a despecho,
 en celestial delectación vagaba:
 evocando solícita la historia
 del bien perdido que al dolor me daba...!

Lo que caracteriza a Javier Angulo Guridi es precisamente la desigualdad de su obra, que es una extraña mezcla de las cosas más exquisitas con las más estrafalarias. No hay una sola de sus composiciones en que la inspiración se sostenga en varias estrofas consecutivas o en que el conjunto del poema no dé la impresión de una obra mal proporcionada. Si en la más inspirada de sus poesías, la primera estrofa saca a lucir bellas imágenes, de esas que parecen dotadas de inolvidable música subjetiva:

Quién te dijera ¡oh Grecia!, que algún día,
 modesta virgen de la indiana zona
 su delicada frente adornaría
 con el mismo laurel de tu corona...

las siguientes carecen de elevación y en algunas desaparece por completo el ímpetu de los versos con que se inicia el canto.

Otra de las características de la poesía de Javier Angulo Guridi es la lamentable pobreza de sus medios de expresión, la escasez de recursos decorativos y de ornamentos verbales. La exigüidad de su léxico lo conduce a emplear voces dudosas que no obedecen en él al deseo de ensanchar la lengua poética con términos poco comunes o con voces peregrinas, sino más bien a lo limitado de los elementos de que dispone para embellecer el lenguaje. Los epítetos que utiliza son en general viles o pedestres y con frecuencia restan elevación a su poesía:

¡Yo olvidarte a tí? Primero
 que tanto pueda, señora,
 como la planta *inodora*
 deje en *ciernes de existir*...
 (*El suspiro y la canción*).

Sueltas al aire y lúgubres mecía
el *melenudo* framboyánt sus copas...
(*En el cementerio*).

Que en raudó movimiento
sobre tus bordes flotará, azotada
del importuno viento,
su *tasado* alimento
buscando en torno y encontrando... nada!
(*A una lámpara*).

Tan grande es la pobreza de su vocabulario poético,
que no es raro hallar repetido un epíteto en una misma estrofa:

Mira mi faz amarillenta y *triste*
al soplo audaz de la maligna suerte,
que hora por hora su veneno vierte
sobre esta ánima *triste* y afligida.
(*A Dios*).

A veces, constreñido por las exigencias del metro, apocopa arbitrariamente las palabras:

Frígidas gotas de sudor copioso
sobre mi frente en libertad *somaron*...
(*En el cementerio*).

Es Javier Angulo Guridi uno de los poetas dominicanos que revela mayor conocimiento de los clásicos, aunque es evidente que de esas lecturas apresuradas sólo quedan en su obra rastros superficiales y sugerencias pasajeras. Los arcaísmos abundan en sus composiciones:

Magnífica y radiante
bajo del nicho te contemplo *agora*;
mas ¡ay! dentro un instante
tu llama deslumbrante
perderá la existencia que atesora.
(*A una lámpara*).

El uso de la sinéresis al principio o en medio del verso, jamás al fin, de acuerdo con la práctica casi universal de los poetas españoles anteriores al siglo XVIII, es otro de los rasgos que denuncian en la obra poética de Javier Angulo Guridi la lectura asidua de los más nobles modelos de la clasicidad castellana:

Voraz hoguera
allá del corazón *ardía* en lo interno;
y llamaba la muerte delirante
porque al fin me librara de este infierno...
(*En el cementerio*).

También asoman esas influencias, enteramente superficiales como ya se ha advertido, en la alusión repetida a temas que constituyeron durante largo tiempo lugares comunes de la poesía española:

Y del cantor de *Macías*
queriendo seguir la suerte,
el arma que dióle muerte
entre mis manos brilló.
(*Fastidio*).

La dislocación del acento cuando el ritmo lo requiere, recurso empleado por los clásicos, sobre todo a partir de Juan de Mena,¹ en poesías de carácter serio o de índole

² Vide Gonzalo Correas, *Arte Grande de la Lengua Castellana*, Salamanca, 1626, edición hecha por el Conde de la Viñaza, Madrid, 1903, págs. 255-256. No se trata aquí, desde luego, del cambio de acento en las terminaciones esdrújulas, como los que tienen efecto en el Poema del Cid, donde Hirónimo y Yénego se convierten, por causa de la asonancia, en Hieronimó y Yenegó. El ejemplo que trae Correas basta para ilustrar el carácter de las dislocaciones de acento a que se refiere el catedrático salmantino:

- Por qe lloras, moro?
- Por qe *názi* lloro.
- Por qe lloras, dí?
- Lloro por qe *nazí*.

moral o didáctica y no sólo en composiciones festivas, también se encuentra en Javier Angulo Guridi:

¿Qué espero ya? Las ilusiones mías
de amor, de santa libertad y gloria,
se alejan en tropel cual *sútil* bruma
que rebramando el aquilón azota.

(*Iguaniona*, acto III, escena 7.^a).

No faltan tampoco, en la poesía del autor de *Iguaniona*, huellas de culteranismo, prueba evidente de que el poeta dominicano leyó también a Góngora, al que alguna vez recuerda en un giro violento o en una imagen enigmática:

Ay, vuelve al pasado
las tus ecuóreas lumbreras,
que hoy anublan cien quimeras
con su importuno cendal.

(*El suspiro y la canción*).

Todavía en 1867, Javier Angulo Guridi usa la *h* aspirada, práctica que aun abunda en Calderón y en Quevedo³:

Ese hará sus pueblos esclavos de otros reyes
que imponen en oriente su dura autoridad:
ese hará que templos, historia, usos y leyes
desciendan profanadas a honda eternidad.

(*Iguaniona*, acto I, escena 2.^a).

El poeta dominicano no se ciñe a este respecto a una regla invariable y tan pronto emplea como excluye la sinalefa:

³ Rufino José Cuervo observa, sobre este punto, que mientras Garcilaso y Fray Luis de León dejan de hacer la sinalefa, dentro del verso, antes de *h*, "en voces de cualquier acentuación", en Lope de Vega, Quevedo y Calderón "se determina más y más la tendencia a no excluir la sinalefa sino cuando la *h* va en sílaba acentuada". (V. *Disquisiciones sobre antigua ortografía y pronunciación castellanas*, Revue Hispanique, 1895, págs. 66-68).

Y libre de temor, conforme, hermosa,
 volar en pos de las errantes chispas.
 (*Iguaniona*, acto II, escena 1.^ª).

Pero tiende a usar preferentemente el hiato cuando la *h* se encuentra en sílaba acentuada:

Tu hijo amado, huérfano y lloroso,
 y en brazos del dolor casi demente.
 (*Iguaniona*, acto II, escena 5.^ª).

Descienden profanados a honda eternidad.
 (Idem, acto I, escena 2.^ª).

En composiciones posteriores a *Iguaniona*, Javier Angulo Guridi destierra por completo el uso del hiato antes de *h*, figure ésta o no en sílaba acentuada:

Y en *que hallamos* enfadosa
 la *hermosura* de la mar.
 (*Fastidio*).

El pavor invencible y la honda pena
 que mis sentidos sin querer postraban...
 (*En el cementerio*).

Tal vez fué Javier Angulo Guridi el primer poeta dominicano que usó el verso alejandrino después de la resurrección de este metro con Zorrilla y otros líricos españoles de la centuria pasada. En *Iguaniona* inserta una larga tirada de versos de catorce sílabas con acentuación idéntica a la de los alejandrinos del poeta de las "Orientales":

—Señor, venid volando! Venid al campamento.
 —Pues algo nuevo ocurre. — La lid que se trabó.
 —¡La lid! Mas ¿cómo ha sido...? Un indio que bajaba
 de Jánico los montes, astuto, observador,
 dos horas ha se bate cual tigre enfurecido
 con todas nuestras tropas. ¡Oh, triste abnegación!
 (Acto III, escena 5.^ª).

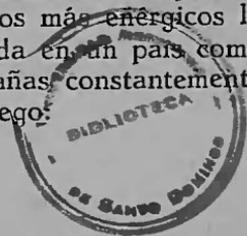
Sólo en algunos hemistiquios desaparece ocasionalmente el acento de la segunda sílaba:

Sin tanto yo te ofrezco *su limpidez primera...*
Que te retires digo. Vamos. Tú, Iguaniona...
Y sin piedad me arrojas lo mismo que a un traidor...
Dejando a su conciencia *de los causados males...*

Poco después siguen su ejemplo Juan Isidro Ortea (1849-1881), que compone en versos de catorce sílabas la composición titulada "El Batei"; José Joaquín Pérez (1845-1900), y Salomé Ureña (1850-1897), en quienes la acentuación se torna más libre y más movida:

Concibo del proscrito la abrumadora pena
y su mortal angustia por su ascendiente sé...
(Salomé Ureña, *Recuerdos de un proscrito*).

Javier Angulo Guridi, aunque no haya ascendido nunca a altísimas cumbres de inspiración, es uno de los poetas nacionales de voz más pura, de fibra más noble, de acento más humano. Dentro de la sencillez de su poesía sin complicaciones psicológicas ni brillantescesuntuarias, dentro de la simpleza de su arte calcado sobre la sensibilidad excesivamente empalagosa, pero hasta cierto punto enérgica y sincera de la época, logra no pocas veces aciertos definitivos tanto de fondo como de expresión y de técnica. Se trata casi siempre de efectos rápidos, de hallazgos imprevistos, de iluminaciones aisladas. Pero en esos toques inesperados, productos del instinto más bien que de la orfebrería literaria, aparece de cuerpo entero el poeta de raza, el intuitivo que recibe la inspiración como un golpe súbito, como una descarga misteriosa. Ningún otro poeta dominicano ha podido expresar en menos palabras y con acentos más enérgicos la inestabilidad y la incertidumbre de la vida en un país como el nuestro, suelo volcánico, con las entrañas constantemente desgarradas por la anarquía y por el fuego.



Pues no es dada a tus hijos la fortuna
de hallar sepulcro donde hallaron cuna.

Estos versos, imagen exactísima de una época de la vida nacional, no son inferiores en alcance moral y en energía sentenciosa a los famosos endecasílabos en que Julio Arboleda describe con pluma maestra la violencia que en muchos países de América adquirieron, a raíz de la independencia, las discordias civiles:

No hay más salud para el vencido que una,
y es no esperar del vencedor ninguna.

Toda la obra poética de Javier Angulo Guridi se halla enriquecida por esos brotes de genialidad, verdaderos relámpagos de inspiración que brillan en medio de la masa informe de sus versos con luz semejante a la de esos astros que no alcanzan a iluminar todo el firmamento sino únicamente puntos aislados de las profundidades de la noche.

EL DRAMATURGO

Javier Angulo Guridi cultivó el arte dramático con tanta asiduidad como la poesía lírica. La afición que demuestra por el teatro romántico se despertó en él probablemente durante su estancia en Cuba, país donde ya esa actividad literaria había adquirido importancia no desdeñable, gracias especialmente a los dominicanos que emigraron de la parte española de la isla de Santo Domingo, suelo generoso que también en el orden intelectual se desangró para nutrir con su savia otras culturas. Pero en vez de escribir dramas de carácter histórico o de pura invención, ajenos al ambiente y la vida de su país nativo, como Francisco Javier Foxá y otros conterráneos que en Cuba imitan a Víctor Hugo y componen piezas dramáticas inspiradas en personajes y tradiciones pertenecientes a la literatura y la historia universales, Javier Angulo Guridi explota preferente-

mente el tema indigenista o lleva a la escena motivos que en muchos casos proceden del folklore antillano.

El juguete cómico titulado "Cacharros y Manigüeros", puesto en escena en 1867, se inspira en la guerra de la restauración y satiriza, en diálogos llenos de humorismo picante, la curiosa situación en que a raíz de ese episodio histórico se colocaron aquellos dominicanos que se mantuvieron fieles a la causa de España, sea por amor a la Madre Patria o sea por un sentimiento de consecuencia política hacia el caudillo que personificó esa empresa antipatriótica. En "Los apuros de un destierro" vuelve el poeta dominicano a ofrecer nuevos testimonios de la naturalidad y la abundancia con que la gracia fluyó de su vena cómica para manifestarse libremente en la comedia de costumbres contemporáneas. En este ensayo, como en el anterior, la sátira social, de intención casi siempre marcadamente política, se halla manejada con desembarazo, y a veces con finura y agudeza. Pero es en "Don Junípero", comedia estrenada en 1868, donde logra Javier Angulo Guridi efectos cómicos más duraderos e ingeniosos, sin duda porque fué ese el único de sus juguetes escénicos en que no se dejó absorber por preocupaciones ajenas al interés artístico, ni por sus hábitos de periodista siempre predispuesto a escribir con el ánimo henchido de ideas patrióticas o embargado por un generoso sentimiento de justicia igualitaria y de solidaridad humana.

Si alguna aptitud poseyó Javier Angulo Guridi para las obras teatrales, fué tal vez la de la alegría desenfadada, la de la imaginación risueña que sabe extraer de la realidad, motivos adecuados para el efecto cómico y para la alusión picaresca y festiva. Esta cualidad, considerada esencial por Julio César que decía no haberla encontrado en las obras de Terencio, calificado por eso de "medio Menandro" por el implacable detractor del famoso liberto, basta para hacer acreedor a Javier Angulo Guridi de una mención honrosa en la historia del teatro dominicano, hoy día más pobre aun que en los tiempos en que el estreno del drama romántico "El Conde de Leos" reunía en el salón de "La Republicana" a toda la sociedad de la época.

IGUANIONA

La mejor obra de teatro escrita por Javier Angulo Guridi es, sin duda, "Iguaniona". Este ensayo carece de intriga y más bien podría considerarse como una fantasía poética que como una verdadera obra dramática. La falta de acción podría excusarse, en producciones de este género, cuando los caracteres se hallan trazados con energía y tienen suficiente vigor para representar por sí solos algún aspecto invariable y profundo de la naturaleza humana. Pero en el drama de Javier Angulo Guridi ninguno de los personajes centrales posee el relieve de carácter que el arte dramático suele infundir a veces a sus creaciones para que se muevan en las tablas como seres de carne y hueso, capaces de hacernos sentir toda la verdad encerrada en el famoso verso del poeta latino: "Soy hombre, y nada de cuanto es humano me es extraño". El nudo de la obra reside en realidad, antes que en el sacrificio de Iguaniona, en la tremenda crisis moral que agita al cacique Guarionex, deshonorado por un aventurero español y sumido por diversos episodios de la conquista en hondas cavilaciones y en dudas espantosas. La situación de este rey salvaje, colocado entre el deber de salvar a su raza y el de ser fiel a la palabra empeñada, contribuye sin duda a dar a ciertas escenas un interés verdaderamente dramático. Nuestras simpatías, en vez de concentrarse en la figura de Iguaniona, especie de heroína selvática que muere para salvar su honra⁴, se dirigen más bien hacia el cacique burlado, hombre de carácter endeble y vacilante que desde la escena con que se inicia el drama ocupa el primer plano de la obra

⁴ Iguaniona representa, en el drama de Javier Angulo Guridi, el sentimiento de la venganza, el espíritu de la rebeldía y de la libertad. Es ella la que incita a los caciques a defender los fueros de su raza y a vengar la ofensa hecha a Guarionex por Luis de Barahona. El papel asignado por el autor a esta princesa indígena trae a la memoria las palabras de Racine cuando advertía, a propósito de la Emilia de una de las tragedias de Corneille, que una de sus mayores preocupaciones había sido siempre la de no llevar al teatro a "esas mujeres que dan lecciones de heroísmo a los hombres".

y se apodera de nuestra atención, pendiente desde aquel momento de la crisis desatada por la duda en esa conciencia primitiva. La obra llega, sin embargo, al desenlace sin que nada sepamos de la suerte de esta víctima de la conquista, desaparecida de la escena en el instante más decisivo y más trágico del drama. Iguaniona, perseguida por Avendaño, prototipo de la doblez, personaje al propio tiempo mentiroso y galanteador como el don García de "La verdad Sospechosa", cobra interés y grandeza sólo en las escenas finales, cuando ya la acción se precipita a su término y cuando ya el cacique, superior a su destino inhumano, vence la duda que le desgarró el corazón y se decide a defender los fueros de su raza escarnecida y engañada.

Pero si el drama de Javier Angulo Guridi carece de interés por la pobreza de las situaciones escénicas, por la sencillez de la acción que apenas tiene fuerza y movimiento, reúne, en cambio, otras cualidades que lo salvan como fantasía dramática henchida de profunda emotividad poética. La versificación es por lo general numerosa. No se observa en los versos de "Iguaniona" la prolijidad desmayada ni la falta de nervio que en otras composiciones del autor aparecen como rasgos normales. Con no poca frecuencia la inspiración se eleva a la altura de la situación dramática que el poeta describe, y el verso toma un acento de alta temperatura lírica:

Diré, si te parece, a nuestros bravos
que en vez de flechas se procuren flores,
pues siempre riegan flores los esclavos
a los soberbios pies de sus señores.
Que una debilidad, una imprudencia
del que patricio en su candor creyeron,
hace degradación y servidumbre
la noble independencia
que de sus padres en legado hubieron...

(Acto I, escena 3.^a).

La esclavitud, señor, es una injuria
 hecha a la humanidad; y no se atina
 con el medio mejor de repararla
 porque en la empresa la razón se abisma.
 Y a ese estado vil en que los hombres
 por los hombres a cosas se asimilan:
 a esa degradación imponderable
 en que el alma enflaquece y se aniquila,
 quieren traernos los que ayer tu mano
 besaron con ternura más fingida,
 esos que crueles en tu sien pusieron
 horrendas sombras...

(Acto II, escena 1.^a).

—Pero esa resistencia...

—Es un derecho;

y ante el derecho toda fuerza es crimen.
 Los que nacieron fuertes se degradan
 si justicia o favor de alguno imploran...

(Acto III, escena 4.^a).

En algunos casos, su octosilabo alcanza una sonoridad
 y una rapidez que recuerdan las del verso de Zorrilla:

Su previsión generosa
 es inútil, a fe mía.
 A una fuga vergonzosa
 prefiero, Iguaniona hermosa,
 hundirme en la tumba fría.
 O el desagravio o la muerte
 exige de mí el honor:
 ¡ah! yo con ánimo fuerte
 me abandonaré a la suerte
 y acallaré su clamor.

—Todos, señor, encendidos
 en cívica indignación,

lanzan sordos alaridos
jurando quedar vencidos
o vengar tanto baldón.
Manicatoex airado
ya de Maquana partió,
por mil maceros rodeado,
resuelto a dejar vengado
a su hermano Caonabó.

Y allá en Jaragua, se agitan
los bravos de Anacaona,
y a su ejemplo se concitan
los que en la Yaguana habitan,
los caribes de Zaona...

(Acto III, escena 2.^a).

Emplea Javier Angulo Guridi en "Iguaniona" gran diversidad de formas rítmicas, desde el viejo verso de arte real hasta el alejandrino, acomodando siempre el metro al carácter de las diferentes situaciones. En los momentos en que la acción exige la forma sencillamente expositiva, sin grandes despliegues de metáforas ni de reflexiones de orden moral, usa el octosilabo que en muchas escenas, como acaba de verse, corre con innegable flexibilidad y con soltura extraordinaria. Pero cuando el estado psicológico de los protagonistas de la intriga requiere una expresión más enfática, un tono más hinchado y solemne, emplea entonces el endecasílabo y, aunque con menor frecuencia, el verso de catorce sílabas que utiliza dos veces, primeramente en el cuadro intercalado en la escena segunda del primer acto y luego en la escena quinta del tercero, totalmente versificada en el metro de Berceo y del Canciller López de Ayala:

Conforme a tu mandato me alejo de estas tiendas,
llevando mi esperanza trocada en decepción;
la frente envuelta en nubes, mi orgullo atropellado,
y abiertas en el pecho las fuentes del dolor.

Ah! no me has comprendido! Yo vine a apaciguarte,
 y contra mí tu labio desprecios abortó:
 yo quise, en fin, pedirte merced para tu pueblo
 y sin piedad me arrojas lo mismo que a un traidor...

(Acto III, escena 5.^a).

En una misma escena, como sucede en la tercera del primer acto, suelen aparecer mezcladas hasta tres formas rítmicas distintas, práctica ya autorizada por Calderón en la jornada segunda de "El Mágico Prodigioso".

Otras cualidades, no inferiores a las ya enumeradas, contribuyen también a hacer de "Iguaniona" la obra maestra de Javier Angulo Guridi. No es la menos importante de ellas la atmósfera de superstición que se respira en todo el drama. Este sentimiento, sin duda el más poderoso de cuantos han debido de inspirar las acciones de los personajes que intervienen en esta intriga dramática, pesa como una fuerza irresistible no sólo sobre el alma de Iguaniona y de las demás figuras de su raza sino también sobre la de los mismos conquistadores, gente heroica pero igualmente movida por una especie de irresistible máquina religiosa. Si la princesa indígena oye la voz de la divinidad irritada y aparece en la obra como la víctima de una siniestra profecía que ha de pesar fatalmente sobre el destino de su raza:

Huye, Iguaniona,
 huye veloz a los amigos suelos
 de Cuba o de Caribe. Los altos cielos
 irritados están porque ha crujido
 la sacra fruta bajo extraño diente;
 y esclavo ha de gemir, y en hondo olvido,
 pueblo que tal profanación consiente...

(Acto III, escena 32.).

los soldados de la conquista, instrumentos elegidos por la Providencia para someter la isla idólatra a la civilización cris-

tiana, hablan y actúan igualmente convencidos de que los asiste una fuerza superior, resuelta a abatir las aras de los ídolos bárbaros para extender sobre ellas el señorío de la cruz victoriosa⁵. Este fondo supersticioso, común hasta cierto punto a las dos civilizaciones enfrentadas, es sin lugar a dudas el único propio para un drama de esta especie, y hace que la obra de Javier Angulo Guridi participe en altísimo grado de esa suerte de objetividad candorosa que constituye el principal encanto de las manifestaciones, aun balbucientes, del arte tosco y sublime de las razas primitivas.

Otro de los rasgos de mayor significación en la obra de Javier Angulo Guridi es el contraste, plenamente logrado, entre la forma en que se expresa el Gran Sacerdote, enigmática y venerable figura que interviene en casi todas las escenas del drama, y la que suelen emplear los otros protagonistas entre los cuales se mueve majestuosamente aquel personaje como un ser dotado de autoridad misteriosa. Las palabras que el autor pone en boca de este pontífice selvático, personificación de un culto bárbaro pero rígido y austero, tienen la elevación que corresponde a su respetable investidura, y el vigor sentencioso del hombre a quien ha sido otorgado, por una especie de iluminación divina, el poder vaticinante, el don de penetrar en el mundo de los misterios sobrenaturales:

⁵ En la escena séptima del tercer acto hace particularmente intervenir Javier Angulo Guridi el factor religioso: en la relación hecha por Avenaño a Iguaniona sobre la suerte corrida por los indios en la batalla de el Santo Cerro, el aventurero español trata de disponer en favor suyo el ánimo de la heroína indígena atribuyendo a la ayuda de la Virgen de las Mercedes la victoria alcanzada por los conquistadores:

Fué inevitable su total derrota,
que de las nubes hasta nos bajando
una visión divina y salvadora,
tornaba en la mitad de la carrera
el dardo agudo y la mugiente onda:
así, aterrados con aquel prodigio,
viéndose heridos de sus armas propias,
huyeron, gemebundos a las selvas,
siguiéndoles la pista nuestras tropas...

Junto a los cielos
la nube más ligera y argentina
esconde el encendido meteoro
que los palacios con furor destruye.
Así, no entiendas de tu fe en desdoro,
la desconfianza que su ruego arguye.
Yo mismo, cuando ha poco dirigía
mis cánticos al Sol, rey de la altura,
un mundo de aflicción rodar sentía
del tibio pecho en la caverna oscura...

El que hoy padece, y sin descanso implora
al Dios terrible que los males trenza
porque no luzca del dolor la aurora
que ya en tu daño a despuntar comienza...
Oh, prócer inmortal! Con qué amargura
de Quisqueya verás el hado cruento,
mientras levante en su prisión oscura
el siervo inerme funeral lamento!

(Acto I, escena 2.^a).

La obra de Javier Angulo Guridi, compuesta ya en 1867, inicia en América la literatura dramática destinada a glorificar la raza indígena. El poeta dominicano, sin embargo, no desata sobre la cabeza de los conquistadores las feroces invectivas que el infortunio de los aborígenes inspira poco después a otra poesía más imbuida en el sentimiento romántico de la tradición, pero menos respetuosa, en cambio, de los fines ocultos de la historia. Junto a una figura pérfida y sombría, como la del seductor Luis de Barahona o la del aventurero Pedro de Avendaño, expuestos desde el principio del drama al desprecio y la ignominia, Javier Angulo Guridi coloca otras que, como la de Bartolomé Colón, hacen menos repugnante a nuestros ojos la odiosa ley de la conquista, execrada en la célebre sentencia latina contra los estados civilizadores: *Ubi solitudinem faciunt, pacem appellant*: donde hicieron un desierto dicen que establecieron la paz.

EL TRADICIONALISTA

Es a Javier Angulo Guridi a quien se debe el primer esfuerzo para recoger y conservar las tradiciones nacionales. Tiene sobre César Nicolás Penson, su sucesor en ese género tan poco frecuentado por los poetas y escritores nativos, la ventaja de haber poseído una dicción más fluente si bien menos cuidada. El mucho aliño comunica algunas veces a la prosa del autor de "Cosas Añejas" un aire de rebuscamiento que contribuye a hacer poco grata su lectura y que ha impedido que su obra de tradicionalista, a pesar de su mérito innegable, haya llegado a las clases populares.

Javier Angulo Guridi, aunque escritor menos correcto y de cultura más precaria, bebe también en las fuentes de la tradición, pero no se preocupa, en el grado en que se preocupó su émulo, de retorcer la frase para dar un sabor arcaico al estilo y un falso aire de clasicidad al lenguaje. Si sus leyendas se recogieran en un volumen rescatándolas del olvido que las cobija en revistas y periódicos del siglo XIX, tendrían sin duda mayor acogida que las de César Nicolás Penson por la sencillez y por la naturalidad con que se encuentran narradas.

Tuvo Javier Angulo Guridi una sorprendente lozanía de imaginación que se manifiesta, tanto como en las piezas cómicas que escribió para el teatro, en los artículos de costumbres y en sus narraciones de carácter folklórico. En "La Campana de Higo" y en "La Ciguapa" ⁶ aparecen ya, jun-

⁶ La *ciguapa* fué uno de aquellos monstruos que, según las tradiciones indígenas recogidas por los historiadores y cronistas del descubrimiento, poseían formas extrañas y cualidades misteriosas, como la de atraer con su canto a los viajeros. Nada de raro tiene que algo del espíritu de credulidad y de fantasía de los indios pasara a los conquistadores: ¿no refiere el propio Colón en su *Diario* que vió sirenas en Monte Cristy? En su poema *Argentina* (Lisboa, 1602) el Arcediano Martín del Barco Centenera habla de pescados semejantes al hombre y de "la sirena hermosa como una bella dama", y Cervantes, en el libro II del *Persiles*, obra donde el príncipe de los ingenios españoles recogió, como es sabido, muchas de las más pintorescas costumbres y de las fábulas puestas en circulación por

tamente con el sentimiento poético que transfigura y embelece las leyendas nativas, las condiciones de narrador ameno y fácil que caracterizaron a Angulo Guridi, poseedor de una prosa periodística llena de movimiento y dotada de una vivacidad pictórica que no se encarniza en los detalles sino que tiende ante todo a infundir animación y vigor a sus diseños descriptivos. Lo más estimable en su labor de tradicionalista no es, sin embargo, la soltura con que narra ni el brío con que revive los episodios más vagos y los sucesos más remotos, cosas de por sí esenciales cuando alcanzan el grado de madurez que adquieren en la pluma de Angulo Guridi, sino el sentido de adivinación poética con que el autor penetra en el alma candorosa de la raza aborigen y en la vida de las generaciones pasadas. En el "Fantasma de Higüey", otra de sus narraciones de tipo folklórico, se manifiesta con más fuerza aun otro género de fantasía que poseyó también Angulo Guridi: no la fantasía lírica que desentierra las supersticiones y las creencias más extrañas y rastrea en ellas el espíritu de las tribus ya extinguidas, como sucede en "La Ciguapa", sino una fantasía más original que pertenece al dominio de la novela y que sabe infundir vida no efímera a sus propias criaturas y a sus propias ficciones. En el "Fantasma de Higüey" también incurre el autor en los descuidos de forma que se advierten sin excepción en todas sus producciones; pero en ninguno de sus trabajos hizo uso, de manera tan animada y viva como en éste, de su imaginación creadora, y en ninguno brilló tan alta su aptitud para aprehender los pormenores más fugitivos y para revestir de colorido poético las supersticiones populares.

En su "Geografía Físico-Histórica, Antigua y Moderna de la Isla de Santo Domingo", inserta también Angulo Guridi varias leyendas de carácter folklórico que contribuyen a dar a esa obra, fuera de su valor didáctico, cierto interés en su parte literaria.

Garcilaso de la Vega el Inca y por los historiadores de Indias, describe también uno de esos monstruos fantásticos que atraen y devoran a los viajeros en los mares septentrionales.

Es probablemente Javier Angulo Guridi el escritor dominicano que más ha contribuido a la formación de nuestro fondo poético autóctono y de nuestra personalidad literaria. Dos circunstancias bastan para hacernos extraordinariamente grata su figura: el hecho, en primer lugar, de haber abierto en el país las primeras vías a la literatura indigenista, no sólo con su drama romántico "Iguaniona" sino también con "La Ciguapa" y otras leyendas sobre la raza aborígen de Santo Domingo, y, en general, de la cuenca antillana⁷; y en segundo término, el hecho de haber iniciado antes que nadie la formación de nuestro folklore con episodios semi-históricos y con tradiciones de intenso colorido popular recogidas en fuentes ya olvidadas.

⁷ Son muchas las composiciones de Angulo Guridi inspiradas en motivos indigenistas. En su libro "Ensayos Poéticos" (Puerto Príncipe, Camagüey, isla de Cuba), publicado en 1843, inserta dos poesías de esta clase: las tituladas "Maguana" y "La Cuita". En 1872, cinco años después de haber dado a la estampa el poema dramático "Iguaniona", publica "Escenas Aborígenes", romance donde se asocian la nota sentimental y la pintoresca en una feliz evocación de la vida y costumbres de los primitivos pobladores de la isla.



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

EMILIANO TEJERA



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

EL ESCRITOR

La formación intelectual de Emiliano Tejera es rigurosamente clásica. Su fisonomía, tanto por el carácter de sus intervenciones en la vida pública como por la índole y las tendencias de su producción literaria, es distinta a las de todos sus compatriotas, hasta el extremo de que sus principales rasgos corresponden a los de un hombre de otra época o a los de un pensador de otro clima. Lo primero que su semblanza de ciudadano y de escritor suscita es un sentimiento de sorpresa que surge necesariamente del contraste entre sus condiciones personales y las del medio en que actúa este hombre de temple enérgico y de inteligencia poderosamente organizada. ¿Cómo pudo resistir la influencia del trópico este varón egregio que durante toda su larguísima existencia conservó la actitud mental de un profesor formado en el seno de una Universidad inglesa? Cómo pudo salir de una tierra tan convulsiva como la nuestra, un hombre de mente tan armónica y de alma tan bien proporcionada?

Si se quisiera establecer cierta semejanza entre Emiliano Tejera y cualquiera de los escritores clásicos a quienes recuerda por la firmeza de su carácter y por la densidad de su prosa, sería preciso buscar esos rasgos afines en uno de los próceres de la Edad Media castellana. El canciller Pedro López de Ayala, fuerte fisonomía de repúblico austero, es tal vez la figura que más se aproxima a la del historiador dominicano. Los dos próceres, unidos por asombrosas semejanzas en la perspectiva de los siglos, asisten a las luchas políticas de su tiempo como agentes de primer orden y no como expectadores desdeñosos. Una existencia tan larga como ilustre permite a uno y otro presenciar, en sus respectivos países, la caída de muchos hombres y de muchos gobiernos, y ver surgir numerosos cambios impuestos por el movimiento

de la vida o por el torbellino de las revoluciones; y de esa escuela inagotable, los dos sacaron inmenso provecho y aprendieron a vivir conforme a normas de sobrehumana perfección que luego trascendieron al temple de su carácter y a la energía y sequedad de su prosa.

El clásico español intervino como diplomático experimentado en graves conflictos surgidos entre su país y la orgullosa casa de Lancáster, y el prócer dominicano es escogido, como el varón más sabio y más hábil de su tiempo, para sostener ante el Santo Padre los derechos de su patria, a la sazón enfrentados a los de un pueblo extranjero. Lo que caracteriza el paso de ambos varones por el escenario político es el coraje moral que dicta a uno y otro sus dictámenes, menos respetables como testimonio de sabiduría que como expresión de entereza. De ahí la autoridad con que ambos personajes participan en las contiendas civiles de su época, y la influencia decisiva de su palabra en los trances difíciles y en los consejos de gobierno. Pero lo que aquí se intenta establecer, como una consecuencia de la fidelidad con que la vida de estos dos próceres se refleja en lo más característico de su producción literaria, es el aplomo de pensamiento y la rigurosa ordenación dialéctica que dan a la obra del escritor dominicano, como a la del favorito de don Juan I, un sentido aforístico y un sabor moralizante. La contemplación majestuosa y serena de la vida, así como la intervención personal en los acontecimientos más importantes de casi toda una centuria, dieron a ambos historiadores no sólo amplitud de juicio, no sólo larga vista e inquebrantable lucidez de criterio, sino también el privilegio de poder infundir a sus ideas cierto énfasis profético y cierta autoridad sententiosa.

Emiliano Tejera no fué un escritor fácil y espontáneo. La prueba de ello no sólo reside en la escasez de su obra, sorprendente en investigador de vida tan larga y ordenada, sino sobre todo en la índole de sus trabajos que no son los de un hombre de fértil sensibilidad literaria, sino más bien los de un historiador bien informado. Pero, a pesar de ha-

ber sido un investigador de erudición abundante, con base más científica que literaria y más profunda en las disciplinas históricas que en cualquier otro ramo de las humanidades, manejó el arte de la composición como un verdadero maestro del idioma. Algunas de sus obras capitales, como su maravilloso estudio sobre los restos de Cristóbal Colón, y como su insuperable memorial sobre el litigio de nuestros límites con Haití, se hallan escritos sin adornos ociosos pero con tal dignidad de estilo que aun cuando se desconociera su fondo dialéctico sería preciso admirarlos por la perfección y por la solidez de su molde literario. Las tesis que en esos trabajos se exponen podrían ser puestas en duda como todas las cosas sujetas a las contradicciones humanas; pero lo que no se podría objetar, sin evidente injusticia, es la tersura casi escultural de su prosa. En otras obras, como la biografía del Padre de la Patria, acaso la página más perfecta de la literatura nacional, Emiliano Tejera asciende a vertiginosas cumbres de inspiración. Toda esa semblanza magistral se encuentra henchida de entusiasmo poético. El historiador concienzudo, el hombre grave que parecía nacido sólo para la investigación y el análisis, se siente aquí arrebatado por un numen extraño y escribe una página que posee cierta cadencia lírica y que en algunos pasajes se encuentra evidentemente tocada por las Gracias. La grandeza de Duarte, su ejemplar sacrificio y su vida desgarrada, sacuden las más íntimas fibras patrióticas de Emiliano Tejera. Cuando el escritor habla, ya al final de la espléndida biografía, de la heroica tranquilidad con que se desplomó en el sepulcro aquella existencia luminosa, su palabra adquiere súbitamente acentos que parecen arrancados de las páginas en que describe Maquiavelo la muerte de Julián de Médicis.

La prosa de Emiliano Tejera es medularmente clásica; pero su claridad no es, como la de Galván, amanerada. Su estilo, por el contrario, es despejado y natural, y lo único que tiene de arcaico es la frecuencia con que emplea ciertos recursos retóricos, tales como la forma interrogativa

y el apóstrofe. En la mejor de sus obras, la semblanza del Padre de la Patria, emplea la interrogación centenares de veces, pero es preciso reconocer que aunque abuse de ese artificio oratorio lo hace con oportunidad y siempre con maestría. Con no menos abundancia usa la exclamación y otros modo de decir que los retóricos clasifican entre las formas propias para expresar las pasiones. El estilo de Emiliano Tejera recuerda a cada paso el de Fray Luis de Granada. Es bien significativa, por ejemplo, la semejanza que existe en cuanto a la forma clausular y al giro de la construcción, entre los siguientes trozos, el primero del escritor dominicano y el segundo del clásico granadino:

“¡Ah! contrista el ánimo el solo recuerdo de época tan luctuosa. ¡Cuánto horror! ¡Cuánta ruina! ¡Cuánta amargura devorada en las soledades del hogar! ¡Cuánta la elegía animada por intenso y legítimo dolor, Nunca quejas más lastimeras que las exhaladas por las madres dominicanas en sus eternas horas de angustia! Pena causaba el nacimiento del niño, pena verlo crecer. ¿Para qué la hermosura de la virgen, sino para que fuera más codiciada por el bárbaro dominador? ¿Para qué el fuerte brazo del varón, si no iba a servirle sino para sostener el arma que debía elevar en las civiles contiendas, no al más hábil, ni al más liberal, sino al mejor representante de las preocupaciones populares de raza? ¿Para qué la inteligencia del joven, sino para hacerle comprender en toda su fuerza la intensidad de su degradación? ¡Qué dolor el del padre al despedirse de la vida, dejando a sus hijos en aquel mar sin orillas, más sombrío y pavoroso que los antros infernales del adusto poeta florentino!...”¹

¹ *Biografía de Duarte*. (Exposición dirigida al Congreso Nacional por la Junta del Monumento a Duarte, el 27 de febrero de 1894). Fué reproducida en *Clio*. Revista de la Academia Dominicana de la Historia, Año IX, Núm. 49-50, septiembre a diciembre de 1941.

"¡Ah, pobre de ti! Tú que dices que eres cristiano, dime: ¿para qué vino Cristo al mundo?... ¿Para qué murió en la cruz, sino para matar el pecado? ¿Para qué resucitó después de muerto, sino para hacerte resucitar en esta nueva manera de vida? ¿Para qué derramó su sangre, sino para hacer de ella una medicina que sanase tus llagas? ¿Para qué ordenó los Sacramentos, sino para remedio y socorro de los pecados? ¿Cuál es el principal fruto de su pasión y de su venida, sino habérsenos allanado por ella el camino del cielo, que antes era áspero y dificultoso? Así lo significó Isaías, cuando dijo que con la venida del Mesías los caminos torcidos se enderezarían y los ásperos se allanarían. Finalmente, ¿para qué, sobre todo esto, envió el Espíritu Santo, sino para que de carne te hiciese espíritu...?"².

La labor artística, aunque aplicada a materias tan diversas, es fundamentalmente idéntica en ambos monumentos literarios. La forma, además de ser pura y expresiva, tiene en los dos pasajes algo de poético y algo también de religioso. Es imposible expresar ideas más altas y sentimientos más naturales con mayor elocuencia y con mayor llaneza. La fe en un caso, y el patriotismo en el otro, hablan con inmensa elevación y con naturalidad intachable por boca de ambos escritores.

La prosa de Emiliano Tejera, prosa de grande estilo, se caracteriza por su igualdad y su energía: no se advierten, en efecto, cambios de importancia en su dicción o en su cláusula, y todas sus obras tienen, desde el punto de vista de la composición, una unidad vigorosa. La forma, la vestidura literaria, es idéntica, tanto en las obras que suponen, por su naturaleza o por su extensión, inmenso estudio y considerable esfuerzo dialéctico, como en aquellas que el autor no destinó a la publicidad y que a ese título han podido ser

² *Guía de Pecadores*. Cap. VIII, pág. 90 (edición Espasa Calpe, Madrid, 1942).

inferiores a las otras por su estilo menos terso o por su construcción menos cuidada. No se nota diferencia alguna, por ejemplo, en lo que a este aspecto puramente externo del arte de la composición se refiere, entre una epístola de Emiliano Tejera y una de sus obras medulares, tales como la contra-memoria sobre el problema fronterizo y la semblanza de Duarte, la más inspirada de sus producciones literarias. Las composiciones pertenecientes al género epistolar tienen la misma fisonomía severa y elocuente de las obras mayores: el escritor, al revelarnos la intimidad de su pensamiento en cartas escritas en el destierro o en el retiro de la vida privada, no logra desprenderse de ninguna de las cualidades características de su mentalidad y de su estilo. Hasta los recursos retóricos de los cuales abusó con más frecuencia, como la exclamación y las interrogaciones de carácter enfático, reaparecen en sus obras epistolares³. Esa poderosa unidad orgánica, rasgo inseparable de su estilo, no es sólo en el biógrafo de Duarte el reflejo de un carácter robusto y de una conciencia entera, sino también una demostración de la perspicacia con que el gran escritor se asimiló el espíritu de los clásicos y de la fidelidad con que procuró siempre ceñirse a las normas de buen gusto en que desde el principio fué educada su personalidad literaria.

Emiliano Tejera comienza a escribir ya casi en la plenitud de la vida y nada fué en él el fruto de la improvisación sino el del estudio reflexivo. Su carrera de escritor se inicia en la época en que el hombre empieza a desconfiar de los excesos de la imaginación y en que ya funciona plenamente el mecanismo de la inteligencia humana. Por eso tiene tanta coherencia y tanta unidad su obra. Pero también por esa misma causa carecen sus ensayos históricos y políticos de la frescura que nace directamente de la emoción y que casi siempre es el resultado de una ignorancia total o de una ciencia a medias. Aquí el estilista, ya completamente formado, acalla todas las exuberancias con que

³ Las cartas más notables de Emiliano Tejera se hallan publicadas en *Clio*, año IX, N.º 49-50, págs. 182 a 209.

la desorbitada sensibilidad de los escritores jóvenes, o de los que sólo obedecen a sus impulsos instintivos, suele prodigarse en énfasis declamatorio y en expresiones ampulosas. El precio de esa perfección hasta cierto punto clásica es la monotonía. Pero bien puede perdonarse a esta prosa robusta, henchida de fuerza y rebosante de salud y de vida, la aspereza que resulta del grado de uniformidad que alcanzan sus párrafos siempre iguales, sus cláusulas siempre calculadamente dispuestas, su construcción siempre severa y armoniosa, porque tales defectos, si lo son a los ojos de quienes aman las frases de espumoso fluir y la hinchazón retórica, se hallan suficientemente compensados por el vigor del pensamiento y por el arte admirable con que el estilista maneja el período de corte sentencioso.

Tal vez sea Emiliano Tejera el único escritor nacional que se ha apropiado el genio de la lengua, tal como se manifiesta en los clásicos, sin incurrir en ninguna afectación y sin privar la cláusula de su giro moderno y de su eficacia expresiva. El insigne estilista bebe en esa fuente de inextinguible pureza idiomática, pero lo que de allí extrae no es la parte de ornamento que cabe en la composición, cosa al fin y al cabo accesoria, sino lo que hay en el estilo de energía interna y de unidad orgánica. El autor de "Enriquillo" trasladó a su cláusula el movimiento de la mejor prosa del siglo XVI, y logró sin duda efectos maravillosos comunicando un aire arcaico a su lenguaje. Pero lo admirable en Emiliano Tejera es que su prosa es clásica sin contener, como la del príncipe de la literatura nacional, giros ni términos pertenecientes a una forma de expresión ya anticuada.

EL INVESTIGADOR

La crítica histórica tuvo en Emiliano Tejera uno de sus maestros más insignes. Además de una erudición respetable, superior en cierto modo a su ambiente, poseyó esa especie de facultad adivinatoria o don de segunda vista que suele ser privilegio otorgado únicamente a los investigado-

res de raza. Sus trabajos de investigación se apartan de la ligereza que hasta él caracterizaron en el país las obras de esa índole, fruto en la mayor parte de los casos de historiadores improvisados que sustituían, a veces con perspicacia y brillantez, el conocimiento positivo con la intuición y los datos científicos con las impresiones personales.

Tejera tiene conciencia de lo que escribe y es el único historiador dominicano que se muestra constantemente reflexivo. Todas las empresas históricas que acometió tienen carácter permanente y todos los puntos que fueron objeto de estudio por parte de este ilustre investigador pueden considerarse como materias definitivamente agotadas. Nada de lo que tocó con su pluma magistral permanece inconcluso. Sería difícil a cualquier historiador del futuro lograr que la historia rectifique el criterio que él dejó establecido sobre la autenticidad de los restos de Colón y sobre otros puntos capitales, expuestos con sorprendente brío dialéctico y con sagacidad asombrosa. La autoridad de que hoy gozan las obras de Emiliano Tejera, y el crédito cada vez más sólido de sus trabajos de investigación, aún de los que invaden más audazmente el dominio de la controversia histórica, se deben en gran parte al hecho de que el historiador dominicano no fué un talento sofístico sino más bien tremendamente realista, tal vez de poca imaginación, pero de mucho sentido crítico y de juicio siempre cauteloso. La circunstancia de que sus monografías no contengan una sola afirmación aventurada ni una sola hipótesis temeraria, otorga excepcional prestigio a la obra de Emiliano Tejera. Pero hay otras dos razones, tan sólidas como la anteriormente señalada, que concurren también para dar a esa obra vigencia perdurable: el trabajo de ejecución, la limpidez casi escultórica del estilo, y la honradez científica que le permitió proceder en el análisis histórico con ecuanimidad absoluta. Por el primer aspecto, su obra aparece incorporada a los mejores monumentos antológicos de la República, puesto que tal vez sea la suya la más seca pero también la más viril y la más vertebrada de las prosas nacionales; y por el segundo,

su labor tiene el carácter de un esfuerzo plenamente logrado que ha enriquecido a la erudición dominicana, en puntos históricos de inmensa importancia, con adquisiciones definitivas.

Con ser tan grandes los méritos de su estilo, tanto en los ensayos políticos e históricos como en los de indole más literaria, incluyendo entre estos últimos la biografía de Duarte, páginas llenas de conceptos poéticos y de bellezas verdaderamente oratorias, acaso sean aún mayores los méritos de carácter moral que ilustran la figura del investigador, parco en el juicio y con dominio completo sobre sus pasiones. Uno de los hechos que más honran a Emiliano Tejera, y sin duda el que mejor justifica el crédito que unánimemente se reconoce a sus estudios históricos, es la ecuanimidad con que juzgó a Santana, no obstante haber sido este escabroso caudillo el peor verdugo del Padre de la Patria, del sumo apóstol, del óptimo ciudadano para quien el historiador reserva los máximos elogios y a quien se propuso presentar a sus compatriotas como el más digno de las supremas glorificaciones humanas ⁴.

EL HACENDISTA

Donde Emiliano Tejera es verdaderamente un maestro, constantemente asistido por una luz crítica admirable y con atisbos muchas veces geniales, es en el campo de la investigación histórica. Pero en los temas jurídicos y en los de carácter económico mostró visión tan aguda e ilustración tan sólida como en los pertenecientes al dominio de la historia.

⁴ Santana es, según lo proclamó Emiliano Tejera en su semblanza del Padre de la Patria, el más grande de los héroes que intervienen en las acciones destinadas a sostener y consolidar la independencia dominicana. Excluir su figura de cualquier monumento en que se simbolice la epopeya de la independencia nacional, sería "injusto, porque la Patria le debe grandes y valiosos servicios en los primeros tiempos de su existencia". (Biografía de Duarte, *Clío*, núm. cit., pág. 165) .

Así como no fué sólo un historiador diligente, capaz de aprovecharse de trabajos y testimonios ajenos para orientarse en la noche de los tiempos pasados, sino un investigador que poseyó conciencia propia y supo profundizar sin ayuda extraña en la historia para verter nueva luz sobre muchos puntos dudosos, así también fué economista de juicio penetrante y hombre de gobierno que aplicó con sagacidad ideas no comunes a las realidades nacionales. La exposición dirigida el 25 de septiembre de 1900 al Ministro de Relaciones Exteriores, sobre el conflicto surgido entre el gobierno dominicano y los tenedores de bonos de la deuda pública, es un documento notable, suficiente por sí solo para probar su experiencia hacendística y sus conocimientos nada vulgares en ciencia financiera. El insigne historiógrafo no ocupaba cargo alguno cuando redactó ese memorial, y fué sólo la pasión del bien público lo que le dictó entonces esas consideraciones jugosas. En este estudio, donde aboga por una solución radical del problema planteado al país por los contratos de empréstito suscritos a partir de 1888 y se pronuncia contra la tendencia a buscarle a esa catástrofe nacional soluciones parciales, defiende los derechos de la República como un hombre de ciencia y no como un demagogo, pero desecha enérgicamente la sola posibilidad de que aquel desconcierto económico se conjure con una transacción desdolorosa ⁵. Aquí, como en todos los ensayos

⁵ Se ha reprochado, con innegable injusticia, a Emiliano Tejera, el haber aconsejado, durante las negociaciones que culminaron en la Convención de 1907, la entrega de las aduanas a agentes del gobierno norteamericano. Se olvida, o se finge olvidar, que la Convención de 1907 fué una ignominia, pero una ignominia necesaria; sobre el país pesaban las amenazas de varios gobiernos europeos que pretendían incautarse de la administración de nuestros servicios aduaneros, y en los Estados Unidos se hallaba en todo su vigor la política del *big stick* inaugurada por Teodoro Roosevelt, sistema imperialista de fácil aplicación a un pueblo que se debatía angustiosamente al borde de la ruina, acosado al mismo tiempo por su propio descrédito internacional y por el caos financiero a que lo condujeron tanto las desastrosas medidas administrativas del gobierno de Ulises Hereaux como las turbulencias civiles que se desataron sobre el

en que analiza algún aspecto de la realidad nacional, habla con gravedad y magisterio, pero no deja por ello de tener palabras de generosa indignación contra los hombres y las costumbres políticas de la época, causas profundas del desastre a que el país había sido lentamente arrastrado. El estadista de voz entera asiste al gobierno con su ciencia y su consejo, pero no se ladea hacia la lisonja, sino que más bien tiene contra la corrupción política de los contemporáneos censuras que parecen dictadas por un moralista ceñudo, por un censor de la fibra de Alonso de Palencia, el terrible crítico de la crisis moral que sacude bajo Enrique IV a la sociedad española ⁶.

EL DISCIPULO DE DUARTE

La misma identificación que se advierte entre el estilo de Emiliano Tejera y la naturaleza de las materias por él tratadas, se observa también entre su vida y su producción

territorio nacional poco después de la caída de aquel administrador dispendioso.

Nada refleja con tanto patetismo el carácter de hecho fatal que tuvo desde el principio la Convención de 1907 como las palabras con que el Dr. José Dolores Alfonseca sintetizó su opinión favorable a aquel acuerdo: "Voto por esta iniquidad". Ni el presidente Cáceres, ni sus consejeros Federico Velasquez y Emiliano Tejera, ni ninguno de los hombres que directa o indirectamente intervinieron en la concertación de ese instrumento, puede ser declarado responsable de la Convención de 1907, ignominia que resultó sin duda beneficiosa al país y que le ahorró a la República afrontas que han podido ser mayores. "Culpas fueron del tiempo... y no de España".

Lo condenable es la actitud de los áulicos que indujeron a Horacio Vásquez a prorrogar en 1924, sin necesidad alguna, porque las condiciones económicas y financieras del país se habían ya sustancialmente modificado, gracias precisamente a la Convención de 1907, y no obstante la orgía revolucionaria de 1912 y los empréstitos ruinosos del gobierno de los marinos norteamericanos, el acuerdo suscrito diez y siete años antes bajo el imperio de circunstancias azarosas.

⁶ "Habría perfecto derecho —dice al final de este estudio—, para maldecir al gobierno que, por su inactividad y poco conocimiento de las cosas, agregase una calamidad más a las que nos legó el espíritu especulador del pasado, por desgracia no muerto del todo en el país".

literaria. La energía y la limpidez de su prosa se corresponden exactamente con los datos que se conservan sobre su coraje moral y sus costumbres privadas. El hombre que convivió con Duarte, que tuvo el privilegio de estrechar la mano del Padre de la Patria y de recibir lecciones de patriotismo de los propios labios de aquel varón virtuoso, escribe por amor a la república y no por simple vanidad literaria. No hay una sola de sus páginas que pueda considerarse hija de la frivolidad: todas, por el contrario, tienen el carácter de un servicio prestado a la nación con ejemplar entereza.

Sus mismas cartas son frecuentemente verdaderas arengas políticas en que la forma epistolar es usada para dar un tono íntimo a la amonestación cuando tiene que formular algún reproche a las costumbres públicas de sus conciudadanos, más solícitos de sus propios intereses que de los intereses comunes. ¿Qué es la carta del 16 de septiembre de 1865, dirigida al Presidente de la República desde la prisión, sino una filípica contra la violación de las prerrogativas del ciudadano y contra el desconocimiento de las leyes? Sería difícil afirmar, en presencia de ese enérgico documento que respira por todas partes nobleza y altivez, qué dolía más a este patriota fundido en el molde de Catón: si la privación de su propia libertad, ejecutada de manera arbitraria, o la burla que en su persona se hacía a los derechos constitucionales. ¿Qué es a su vez la carta del 16 de diciembre de 1867 sino un llamamiento al patriotismo y a la cordura?

La historia de nuestras pugnas civiles, extraña mezcla de heroísmos y abyecciones, de gestos románticos de amor a la patria y de ultrajes inferidos a sus destinos superiores, no ofrece ejemplo de moral patricia más valiente ni más gallardo que el de Emiliano Tejera. Su vida de varón integérrimo no se ofrece ni una sola vez menguada por un acto indigno o por una omisión censurable. El legado de Duarte no ha tenido en el país guardián más solícito ni defensor más celoso. Su figura, que tal vez nos parecería de talla normal si la comparación pudiera hacerse con las de los nueve creadores de "La Trinitaria", resulta de proporciones casi heroí-

cas cuando se la compara con la del común de los hombres pertenecientes a las generaciones que suceden a la que forjó la independencia. Emiliano Tejera no parece en realidad ciudadano de nuestro tiempo cuando se le contempla en medio de tantos caudillos de condición oscura y de tantos políticos de moral desafortadamente utilitaria.

Ningún dominicano, si se exceptúa al fundador de la república, es tan digno como Emiliano Tejera de las siguientes palabras, escritas por él mismo para honrar con ellas al Padre de la Patria: "Mezcla el hombre de ángel y de bestia, es libre cuando la bestia se transforma, y el ángel domina solo, animado por el derecho y lleno de toda ciencia".



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

MANUEL DE JESUS DE PEÑA Y REINOSO

EL POETA

Manuel de Jesús de Peña y Reinoso es tal vez el dominicano que ha vivido en mayor armonía espiritual con su época. Hijo del siglo XIX, su vida y sus ideas tienen el mismo fondo romántico de las de todos los grandes espíritus que durante esa centuria se apartan del viejo concepto clásico de la existencia para invadir el mundo con las exuberancias de su sensibilidad desbordada.

Si en la vida pública fué un liberal desatado, apasionadamente influido por principios filosóficos que no daban cuartel a ningún género de servidumbre política ni transigían con ninguna de las viejas formas del cesarismo reaccionario, en el orden artístico aspiraba a sacar la poesía de su órbita puramente emotiva para poner las musas al servicio de sentimientos más altos y de inspiraciones más generosas. Su obra poética, supeditada casi totalmente a esa aspiración romántica, tiene en sus mejores momentos un sentido doctrinario y, en los menos afortunados, un carácter pedagógico que la desvía de su cauce natural para transformarla en instrumento de ideas que tocan con realidades prosaicas o que tienden a proyectarse sobre móviles e intereses de utilidad inmediata.

El temperamento poético de Manuel de Jesús de Peña y Reinoso contrasta visiblemente con su ideario de convencional a la francesa. Aún en los versos donde quiso ponerse a la altura de la retórica de su tiempo, hiriendo la cuerda declamatoria de los arrebatos patrióticos, degenera en poeta bucólico o en cantor de tiquis-miquis amorosos; y hasta cuando quiere hacer sentir el peso de su cólera a los déspotas que más de una vez lo condenan al destierro, renuncia a la declamación y al énfasis para dar a sus invectivas el tono de una meditación filosófica o el de una súplica angustiada:

¿Cuándo volveré a gozarme
en tu belleza infinita?
¿Cuándo a regar entusiasta
tus admirables campiñas
con mi sangre o con mi llanto,
y la sangre fementida
y el llanto de los que fueron
enemigos de tu dicha?

(A mi patria).

Por una de esas contradicciones frecuentes en hombres de esta clase, profundamente conservadores en sus ideas artísticas aunque en la vida pública se conduzcan como partidarios acérrimos de los principios filosóficos más avanzados, Manuel de Jesús de Peña y Reinoso fué liberal en política, pero clásico y aún dogmático en su actividad literaria. Lo romántico en él es la temperatura lírica que prevalece en sus sentimientos de doctrinario exaltado y que nos lo muestran actuando en la escena pública con el alma siempre henchida de reivindicaciones humanas. La rigidez de sus principios políticos asoma más de una vez en sus versos, pero su genio poético, naturalmente reposado y blando, lo lleva siempre a expresarse con moderación y la nota elegíaca o más bien quejumbrosa es la que predomina aún en aquellos cantos donde su musa intentó recoger las aspiraciones y las ansias de libertad de toda una generación de soñadores.

Este romántico impetuoso, tipo perfecto del idealista dominicano del siglo XIX, no fué capaz desde luego de ensayar ninguna de las innovaciones con las cuales el modernismo, escuela que alcanzó en la madurez de su vida, trató de transformar el verso castellano. Revolucionario en política y aún liberal en el aspecto religioso, como la mayoría de los libre pensadores de la centuria pasada ¹, es ferozmente dogmático

¹ Peña y Reinoso, como la mayor parte de los próceres dominicanos del siglo XIX, perteneció a la masonería; entre los folletos que publicó en Santiago de Cuba se halla uno titulado "Espíritu de la masonería simbólica" (1882). En Santo Domingo, sin embargo, no ha existido,

en poesía y sostiene en sus manos la misma lira de cuerdas oxidadas que pulsaron Félix María del Monte y sus antecesores. En sus "Lecciones Elementales de Retórica", cartilla escolar que publicó en Santiago de Cuba en 1882, recoge lo más elemental del código de Hermosilla y aplica al arte de la composición el mismo criterio rígido y conservador de aquel helenista intolerante ².

En realidad, Peña y Reinoso fué un institutor y un gran propagandista de cultura. Si hubiera sido hombre de verdadera formación humanística, con el caudal de conocimientos necesarios en las disciplinas a que su vocación parecía destinarlo, le hubiera sido fácil ejercer sobre la conciencia de sus compatriotas un magisterio intelectual superior acaso al que ejerció Hostos poco después gracias a su genio especulativo y a su erudición abrumadora. Pero el maestro dominicano poseyó sólo la escasa ciencia que en su país podía adquirirse en aquella época, y en su magisterio, como en el de otros hombres ilustres de la misma estirpe, hay más de brillantez que de cultura positiva, y más, por tanto, de ruido estéril que de acción permanente y vigorosa ³. Es

como en España y en otros países, entre los cuales figuran algunos latinoamericanos, conflicto ostensible entre la francmasonería y la Iglesia. Masones fueron José Núñez de Cáceres, Tomás Bobadilla, etc., sin que en muchos de ellos la afiliación a sectas francmasónicas diera lugar a que profesaran ideas heterodoxas. Puede recordarse, en cambio, por el contraste que ofrece con el de los próceres dominicanos, el caso del célebre fabulista José Joaquín Fernández Lizardi (el *Pensador mexicano*), a quien en 1822 condenó la autoridad eclesiástica por haber hecho pública una "Defensa de los Francmasones".

² Las "Lecciones elementales de Retórica", publicadas en Santiago de Cuba, en 1882 (Imprenta Ravelo y Hermanos), se hallan en gran parte calcadas sobre la preceptiva de Hermosilla: los primeros capítulos, sobre todo, relativos a las diversas clasificaciones del pensamiento y de las cláusulas, así como a la enumeración de las figuras, contienen resumidos los que dedicó a esas mismas materias en su "Arte de Hablar" el traductor de la *Iliada*.

³ El mismo Peña y Reinoso confiesa, en las breves líneas que preceden a sus "Lecciones elementales de Retórica", que careció no sólo "del tiempo y el sosiego" necesarios para compendiar suficiente y didácticamente los libros que destinaba a sus discípulos, sino también de obras de

fácil formarse idea de lo que hubiera sido este retórico elocuente e integérrimo si las circunstancias le hubieran permitido adquirir el señorío intelectual que permitió a Hostos moverse como un Júpiter de la inteligencia en las más altas esferas del conocimiento humano. Pero la vocación de profesor, dando naturalmente a esta palabra todo su altísimo relieve, que en Peña y Reinoso se manifiesta con energía irresistible, tuvo que valerse de recursos limitados y desde todo punto de vista inferiores a lo que podía esperarse de su pasión de bien público y de su fina sensibilidad para el apostolado doctrinario.

No debe causar ningún asombro, por cuanto acaba de advertirse, que la poesía de Peña y Reinoso se distinga por su mal disimulada tendencia a la función didáctica. A la enseñanza se redujo, en efecto, la procelosa actividad de su inteligencia inquietísima, y su propio canto es obra de maestro antes que de mortal perseguido por toda clase de angustias y de pesadumbres humanas. Hasta cuando habla de sentimientos profundamente naturales, como el patriotismo o el amor, su verso invade el dominio de la pedagogía y se convierte en una lección dada por una especie de moralista profano. Sus composiciones fueron rara vez eróticas; pero hasta cuando pulsó tímidamente esa cuerda, demasiado blanda para varón de pensamientos tan austeros, lo hizo para ensalzar a la mujer no como objeto de pasión sino como símbolo de todas las perfecciones morales. El amor, entendido en su forma puramente física, no asoma en su poesía a pesar de haber sido Peña y Reinoso, como lo demostró en otras actividades de su vida, hombre de temperamento vehemente y de sensibilidad ardorosa. En la más íntima de sus composiciones, la titulada "Un recuerdo a Joselia", no alude a la belleza física de la mujer sino para oponerle la belleza moral; y lo que allí se percibe no es el fuego de una pasión verda-

consulta: "Sólo del orden que la pedagogía enseña, de breves notas, de imperfectas reminiscencias y de precipitadas meditaciones he dispuesto para estos trabajos" (ob. cit., pág. 4).

dera sino más bien la frialdad de un discreto platónico que sale con cierto énfasis de los labios de un moralista sañudo:

¿Y qué no arranca del dolor la mano?
Quizás también tus atractivos bellos
haya, profano y riguroso, herido;
quizás también tus numerosas gracias
haya, inclemente, marchitado; pero,
¿qué es la belleza de las formas? Nada:
un bien asaz efímero y vano.
Tú, felizmente, cándida Joselia,
una belleza más preciosa tienes;
una belleza divinal que aumenta
con sus rigores la desgracia impía;
la belleza del alma... Mas, ¿qué numen
cantar me manda tu memoria grata?...

Una confesión de amor sensual, llena de entusiasmo pagano por la línea, hubiera sonado a blasfemia en boca de este amador platónico cuyos versos pertenecen menos al mundo de la pasión que al de la ética. Peña y Reinoso no fué, en efecto, poeta instintivo, enamorado del color y con suficiente fantasía plástica para sentir la belleza como un hombre del Renacimiento, menos atento a la luz de la conciencia moral que al mundo de los sentidos, y ávido sólo de los encantos que hacen adorable a la mujer como diosa terrestre, como animal perfecto, como escultura humana.

Todas las voces de la naturaleza, aún las más exquisitas, le hablaron en tono filosófico, penetrado de cierto espíritu didáctico que no se separa jamás de su pensamiento y que constituye el nervio de su poesía tendenciosa. La labor del profesorado creó en él hábitos mentales y resabios de índole moral que reaparecen invariablemente en su obra poética, y que aun en composiciones de carácter amoroso le hacen aparecer como un poeta menos interesado en disfrutar de las bellezas del mundo que en erigirse en intérprete, ante los demás hombres, de los misterios de la vida y del enigma del uni-

verso. ¿Qué sintió, por ejemplo, ante el espectáculo de un sol naciente o de una flor salvaje? En la composición titulada "El despertamiento", alude al milagro de la luz, cuando la tierra renace del seno de las sombras, para sacar en seguida la conclusión de que toda esa belleza no sirve para que el universo se dilate otra vez resplandeciente sino para que la actividad, interrumpida durante la noche, vuelva a renovarse en los laboratorios de la vida terrestre:

Repliega la noche
 su manto de sombras;
 recoge la luna su dulce fulgor;
 se ocultan corridas
 las blancas estrellas:
 la tierra despierta, levántase el sol.

Ya todo se mueve;
 ya todo se agita;
 ya todo recobra belleza y vigor;
 empero, los hombres...
 Alerta, mortales,
 la tierra despierta, levántase el sol.

¡Alerta, mortales!
 El tiempo es precioso...
 ¡Amor al trabajo, constancia y valor!
 Alerta, mortales,
 la vida es un soplo:
 La tierra despierta, levántase el sol.

La suerte de la flor, destinada a embellecer la tierra para recibir horas después el golpe que la abate o la destroza, sólo atrae asimismo su atención como símbolo del destino del hombre y de la inestabilidad de la vida:

¿Encierra la creación algún objeto
 al que no toque el sinsabor insano?

¿No es el dolor la herencia que le cupo,
y resignarse, el bien que le ha quedado?
Sin duda, bella flor, y tú recibes
también de aquesa ley el duro trato,
que a veces viene el vendaval soberbio
a tronchar tu flexible y débil tallo,
y cuando no, los males de las otras
acibaran tus goces, tus encantos...

(A una flor silvestre).

No abundan, sin embargo, en la poesía de Peña y Reinoso, las sutilezas metafísicas; y es sólo la humilde filosofía del sentido común la que habla por sus labios doctorales. Los mismos temas de sus apólogos son siempre los más tratinados por las especulaciones de los moralistas, lo que acen-túa aún más su tendencia didáctica. Así, en la fábula "Las dos palmas", plantea el eterno contraste entre las situaciones humanas, mientras más altas más expuestas a atraer sobre sí la envidia de los dioses:

Sobre un cerro empinado
—columna solitaria,
gallarda, majestuosa—,
una palma se alzaba;
y en un valle profundo
—majestuosa, gallarda,
solitaria columna—,
alzábase otra palma.

"Yo soy, sí, la señora
de esta bella comarca:
los árboles más altos
vegetan a mis plantas;
y mi soberbia copa,
del viento acariciada,
oculta entre las nubes
su agreste pompa y gala".

Así habló la del cerro
—con la voz de las auras—
a la palma del valle
que replica enojada.
“¿Para qué tanto orgullo?
¿Por qué soberbia tanta?
¿Es acaso diverso
nuestro origen, hermana?
¿Acaso es diferente
nuestro fin, desdichada?
¿No cubre el mismo cielo
nuestra copa lozana?
¿No es una nuestra savia?
Y cuando el rayo truena,
y cuando el noto brama...

No sigue: hiende el rayo
la majestuosa palma
del empinado cerro,
y el noto la arrebató.
Empero, calla el rayo,
el noto airado calla,
y la palma del valle
compadecida exclama:

“Así la elevación
de las criaturas pasa...
¡Oh! no hay más diferencia
entre las cosas criadas
que las que ha establecido
—en la esencia preciada,
con justicia infalible—,
Naturaleza sabia”.

El didacticismo de algunas composiciones, como el de la titulada "El Calórico y la Luz", llega hasta al extremo de convertir el verso en vehiculo de nociones científicas vulgares:

"Yo soy el alma del mundo,
yo los seres vivifico;
tú serás la pregonera
de mi gloria y poderío".
Así —una de las mañanas
primeras del mundo— dijo
a la luz preciosa y bella
el calórico divino.

"El alma del Universo
es tu Criador infinito.
Si vivificas los seres,
le debes tu almo destino:
yo soy, pues, la pregonera
de la gloria del Altísimo.
Empero, ¿por qué te ciega
el infecundo egoismo?
Unámonos y los seres
bendecirán nuestros vínculos.
Dasle tú calor y fuerza;
yo color les daré y brillo.
Sólo son grandes los grandes
que al bien propenden unidos";
dijo la luz, y se unieron
los dos agentes vivificos
y fueron inseparables
calor, color, fuerza y brillo.

Si por algo ha de perdurar, en la historia de nuestra poesía, el nombre de Manuel de Jesús de Peña y Reinoso, no es seguramente por lo que su obra poética, tan pobre de verdadero sentimiento lírico, representa en sí misma, sino más bien por lo que ella significa como expresión de una de las

más firmes y persistentes vocaciones con que han contado hasta hoy en el país el civismo y la enseñanza. Del huerto de Apolo podrían ser aún arrancadas las flores de sus versos sin que por ello vistan de duelo las musas nacionales. Pero la historia no podría prescindir de su nombre como maestro y como difundidor de cultura. Cualquiera de sus versos, en efecto, nos puede dejar impávidos, porque sobre ninguno de esos renglones vertió el poeta una sola gota de su sangre ni clavó una sola espina de su sensibilidad torturada. La menos trascendental, en cambio, de sus empresas de educador, constituye por sí sola un título a la admiración de la patria porque a nadie debe tanto la república como a quienes la ayudaron, apenas salida de la esclavitud, a renacer moralmente a una vida digna de su pasado.

SU PERIODISMO DOCTRINARIO

El periodismo romántico del siglo XIX contó a Manuel de Jesús de Peña y Reinoso entre sus propulsores más abnegados. La obra que realizó en la prensa fué una continuación de la que hizo en la escuela: así como su poesía forma parte de su labor didáctica, su obra de periodista se halla también íntimamente vinculada a su magisterio doctrinario. Las campañas que dirigió desde las columnas de "El Cibaenón" y "El Eco del Yaque", tienen el carácter de servicios eminentes prestados a la cultura política del país en tiempos borrascosos.

Peña y Reinoso no traiciona, cuando interviene en las disputas políticas de su época, el itinerario espiritual que las exigencias de la vocación parecen haberle ineludiblemente trazado. Opuesto a Buenaventura Báez y al general Pedro Santana, ambos representantes de sistemas de gobierno de tipo reaccionario, lo que condena en esos dos caudillos es la centralización en sus manos de todos los poderes y el obstáculo que cada uno de ellos constituye para la evolución del país hacia formas superiores de vida política verdaderamente organizada.

Perteneció Manuel de Jesús de Peña y Reinoso a la generación que ha participado más activamente en la vida nacional y la que ha combatido, en nombre de convicciones más patrióticas y más sanas, los personalismos y las dictaduras: en su actitud de liberal recalitrante, fervorosamente adicto a principios tal vez impracticables en un pueblo que no ha logrado, al cabo de un siglo de vida independiente, fundir su conciencia en moldes democráticos, no influyeron intereses de partido ni consideraciones personales. De lo único que se podría acaso culpar a Peña y Reinoso, como a todos los fraseólogos de su generación, es de haber malgastado sus energías corriendo en pos de quimeras políticas en extremo ambiciosas. Tal vez se le podría tildar, como a muchos de sus contemporáneos, de haber querido anticiparse a su época y de haber llevado un exceso de idealismo al campo de las disputas humanas. Pero lo que explica su inadaptación al medio, inadaptación que le honra sobremedida porque no sólo denuncia intrepidez de ánimo sino también empeño de convertir su magisterio en función social generosa, es su noble afán de elevar la cultura cívica del pueblo despertando en sus masas sentimientos de tolerancia civil y de concordia política. Todos los gobiernos absolutistas, los únicos que han figurado en la vida del país como administraciones de larga trayectoria, fueron tenazmente combatidos por Manuel de Jesús de Peña y Reinoso que ni siquiera se dejó convencer por el fracaso del ensayo de gobierno democrático intentado por Ulises Francisco Espaillat después de una violenta crisis que parecía destinada a provocar la liquidación definitiva del cesarismo imperante. Pero el periodista continuó su tarea con la misma honradez de los días anteriores a la revolución iniciada en octubre de 1876 contra el prócer que en aquel momento representaba las tradiciones democráticas del país y el anhelo, común a sus mejores ciudadanos, de establecer un clima político favorable a los gobiernos constitucionales. Esa fidelidad a sus principios románticos, a las ideas con que se inició en la vida pública, prueba hasta qué punto se elevó esta conciencia de

marfil sobre las pasiones de su época y a qué distancia se colocó su ideal, el ideal de los hombres escogidos de aquel tiempo, del ideal casi exclusivamente económico de las nuevas generaciones.

EL CRITICO LITERARIO

Manuel de Jesús de Peña y Reinoso dejó páginas inolvidables de crítica literaria. Su estudio sobre el "Enriquillo" de Galván puede reputarse definitivo en la mayor parte de sus conclusiones y aún cabría decir que no admite, después de más de cincuenta años, reservas fundamentales. Sus opiniones sobre esta notabilísima novela resultan al propio tiempo obra de impresionismo personal y de interpretación concienzuda. Guiado por su instinto poético, Peña y Reinoso supo adivinar, antes que nadie, los grandes méritos de la obra estudiada y hacer patente su importancia no sólo por la riqueza de su dicción, algo arcaica, pero irreprochablemente castiza, sino también por lo que hay en sus reconstrucciones históricas de imaginación retrospectiva.

El segundo de sus grandes ensayos críticos, el que dedicó a estudiar minuciosamente las composiciones que figuran en las "Fantasías Indígenas" de José Joaquín Pérez, es también notable, si no por el brío del análisis ni por la originalidad del juicio, sí, en cambio, por los aciertos que contiene en la exégesis de la parte histórica de la obra del gran poeta a quien debemos la reconstrucción lírico-dramática de algunos de los más patéticos episodios de la conquista en la tierra que recogió la primera sangre vertida en América en nombre de la civilización cristiana. Peña y Reinoso penetra, con sagaz intuición, en la zona íntima y puramente adivinatoria de los versos en que José Joaquín Pérez quiso resucitar la vida indígena en sus aspectos morales. La superstición de los aborígenes, por ejemplo, la candorosa teogonía del indio con sus divinidades bárbaras, pero inocentemente poéticas, se halla allí felizmente explicada por el crítico que alza con mano trémula el velo del misterio para proyectar un rayo de luz sobre la penumbra donde la poesía descubre contornos y

aspectos de las cosas que para la historia suelen permanecer ignorados.

Peña y Reinoso pudo escoger como modelo la crítica dogmática que imperaba en la Península cuando aparecieron esos dos estudios; pero prefirió convertir el análisis en operación de artista más bien que de retórico que cumple su tarea con frialdad desdeñosa. Hombre de fino entendimiento, de escasa, pero excelente lectura, de gusto irreprochable no obstante las deficiencias de sus estudios literarios, acertó a descubrir en la novela de Galván y en las poesías de José Joaquín Pérez cualidades que después han sido reconocidas por una crítica más moderna y sancionadas por el voto del público que suele ser el único juez infalible porque es el único que juzga sin las prevenciones inherentes al gusto personal y sin las estrecheces inseparables de la naturaleza humana.

Con el crítico literario se enlaza, en la personalidad de Manuel de Jesús de Peña y Reinoso, el escritor de obras destinadas exclusivamente a la enseñanza. Sus "Nociones elementales de Retórica" y sus "Lecciones de análisis lógico y puntuación"⁵, son cartillas para escolares que el autor publicó con el único fin de facilitar a sus discípulos el aprendizaje de asignaturas a las cuales se sentía particularmente inclinado por sus aficiones literarias. Escaso es, sin duda, el valor intrínseco de estos folletos didácticos, dignos solamente de mención para poner de relieve los méritos de Peña y Reinoso como divulgador de cultura.

Mayor originalidad encierran las "Nociones de historia de la Pedagogía", obra también de valor muy relativo, pero en la cual resplandecen, en el más alto grado, todas las cualidades propias de la literatura didáctica: claridad de exposición, buen orden y riguroso encadenamiento de las ideas, economía en el uso de términos técnicos, y, sobre todo, empleo oportuno de las formas del raciocinio, especialmente de

⁵ Las "Lecciones de Análisis lógico y puntuación" fueron también publicadas por Peña y Reinoso en Santiago de Cuba, en 1883. La mayor parte de estos ensayos, aunque editados en el extranjero, fueron escritos durante los años 1879 y 1880, época en que el ilustre educacionista dirigía el colegio municipal *San Felipe*, de la ciudad de Puerto Plata.

los ejemplos y de los símiles destinados a esclarecer las nociones menos elementales. El estilo usado por Peña y Reinoso en sus opúsculos didácticos se distingue siempre por su enérgica sencillez, y el lenguaje es generalmente correcto, sin mucho alifio, pero tampoco con flojedad desmayada.

Algunos artículos periodísticos de Peña y Reinoso podrían también considerarse como obras didácticas no sólo por la naturaleza de las materias allí tratadas, con cierta prolijidad muchas veces, sino también por el rigor discursivo del razonamiento y por la lógica y el método de las exposiciones. Su estudio "La mujer en todos los estados sociales", es una verdadera disertación, por el estilo de las memorias académicas, si se toma en cuenta sea el valor permanente y general de las consideraciones que el autor hace en ese artículo o sea la atildada elegancia y la fluidez con que las expone en una prosa llena de movimiento dialéctico y vaciada en cláusulas de sobria arquitectura. Si es notable en estos trabajos de Peña y Reinoso el desarrollo lógico de las ideas, la máquina de los silogismos, el rigor de las generalizaciones a que el autor se entrega con frecuencia, no lo es menos la amenidad de la disertación que conserva su carácter de incursión brillante y risueña por los campos de la filosofía moral o política sin desviarse de su cauce científico y sin perder su equilibrio conceptuoso. El articulista dominicano, a pesar de su mentalidad de profesor, de lo que se podría llamar su mentalidad didáctica, se entrega al libre juego de las ideas y logra expresarse a veces en fórmulas sencillas y atractivas que nos hacen olvidar el aparato científico de sus disertaciones, aún de aquellas que responden más directamente a fines magistrales.

Manuel de Jesús de Peña y Reinoso, con quien se cierra la serie de los grandes institutores dominicanos, podría ser olvidado como poeta y como divulgador de primicias literarias; pero la República no podría, sin deshonrarse a sí misma, omitir su nombre en las páginas que la historia consagre a los obreros de la conciencia nacional, a aquellos próceres del pensamiento cuya obra, antes que en los libros, se halla grabada, como la de Sócrates, en el alma de las generaciones.



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

EMILIO PRUD'HOMME



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

Si Emilio Prud'Homme no hubiera escrito el Himno Nacional, composición notable por la fuerza con que en todas las estrofas acertó el autor a herir la cuerda épica, todavía sería digno de figurar entre nuestros poetas menores, entre aquellos a quienes inspira una divinidad modesta, pero que no carece ni de cierta distinción moral ni de cierta elegancia expresiva.

Prud'Homme no empuñó la lira para deslumbrarnos con metáforas relampagueantes ni para hacernos partícipes de congojas extraordinarias. Su musa desconoció los abismos de la pasión y rara vez acertó a hablar en el lenguaje del sentimiento verdadero. Sus versos, sin embargo, no nos dejan indiferentes, lo que prueba que no pertenecen sólo a regiones abstractas de la imaginación sino también a zonas no profundas, pero sí vibrantes de la sensibilidad humana.

Nada escribió Prud'Homme que nos pueda parecer moralmente indigno de quien compuso las estrofas patrias del Himno Nacional. No se conserva una sola de sus composiciones donde se exprese un sentimiento que empequeñezca la imagen que todos llevamos en la imaginación del poeta semisagrado que tuvo la fortuna de escribir el primero de los cantos nacionales. Una poesía hecha con palabras descompuestas, un verso moralmente desquiciado, una estrofa que traiga a nuestros oídos el eco de un festín o el tumulto de una orgía, hubieran disminuido en nuestra admiración los fuertes rasgos de este varón patriarcal que una vez, una vez solamente, habló para la historia con voz que ha traspasado el horizonte de los siglos. La austeridad de que Emilio Prud'Homme hizo gala en sus versos, aún en los que compuso en sus años más vehementes y efusivos, se corresponde admirablemente con los rasgos humanos de su figura pulquerrima que ningún dominicano evoca sino para figurársela envuelta

entre los pliegues de una toga proconsular, símbolo sobre sus hombros de varonil entereza y de honradez republicana.

La poesía de Emilio Prud'Homme no es sólo emocionalmente pobre sino también poco variada. Sus temas preferidos, fuera de los que pertenecen al repertorio patriótico, son los que reflejan aspectos de la naturaleza más bien que los que se concretan a traducir querellas íntimas o sufrimientos personales¹. En ciertos casos sus pinceladas descriptivas, como las de la composición que lleva por epígrafe "Contrastes", encubren un estado de alma personal que asoma vagamente bajo los velos del paisaje; pero aún en los versos de la poesía citada, lo que sirve de verdadero fondo a la inspiración no es ese estado emotivo sino el cuadro exterior de que se vale el poeta para describir la indiferencia de la naturaleza ante el destino humano:

Se han besado el crepúsculo y la tarde,
 y ya la luz se aleja;
 en los mimbres no se oyen blandas notas
 ni rumor de alas tiernas.

Van cayendo las gotas de rocío,
 lágrimas de la selva;
 en los tristes juncales flota el nido
 de la avecilla muerta.

¹ Son numerosas las composiciones en que Prud'Homme refleja en alguna forma el sentimiento de la naturaleza: *Canción* (año 1877), *La Mariposa* (1879) *Hortensia y Fileno* (1879), *Flor del campo y flores del alma* (1885), *Contrastes* (1894), *En la Playa* (1908), *Mediodía* (1908), *En el Campo* (1908), *Campestre* (1913), *Paisaje* (1914), etc., etc.

Las poesías patrióticas, con las cuales alternan algunas de índole americanista, abarcan a su vez una parte no pequeña de su labor poética: *A la Juventud Dominicana* (1878), *A mi Patria* (1878) *El 16 de agosto* (1879), *A la Patria* (1879), *Déjame Soñar* (1883), *Gloria a la Idea* (1884), *Salve* (1887), *La Madre del Porvenir* (1887), *Redención, Misión* (1911), *Mi Tierra Mia* (1921), *Invocación y Mensaje* (1923), etc., etc. Entre las americanistas, las más celebradas son las que llevan por epígrafe "A Bolívar" (1883) y *Canto a América* (1889).

Y en tanto que el dolor o la esperanza
al espíritu inquieta,
dormida en el regazo de la noche
está Naturaleza.

Las únicas veces que entramos en verdadero contacto con el alma del poeta, es cuando Prud'Homme se hace intérprete de sentimientos elevados, como el de la amistad o el de la admiración literaria, para exaltarlos en versos donde cada estrofa expresa o sugiere una emoción auténtica, prueba de que el motivo que sirve de tema a su poesía no sólo ha interesado su imaginación sino que ha herido también hondamente alguna de sus fibras cordiales. La muerte del gran poeta nacional José Joaquín Pérez le inspira los versos de "In memoriam", acaso los más tiernos y suspirantes que salieron de su pluma poco inclinada a prodigarse en frases lastimosas: aquí Prud'Homme recurre, como Milton en su *Lycidas*, a los tonos más discretos de la elegía para llorar la desaparición del amigo entrañablemente admirado:

Hay una lira que yace rota
entre laureles, mirtos y rosas
del cementerio.

En ella, tristes, como si fueran
sobre el regazo de madre muerta
los hijos huérfanos,

duermen en éxtasis, mas se despiertan
cuando la noche plácida llega,
alados genios

que entre perfumes sus alas baten,
y en ritmo hermoso dan a los aires
dulces acentos...

Fué Emilio Prud'Homme uno de los pocos poetas dominicanos que han positivamente nacido para la alta meditación

filosófica. Sus composiciones más representativas muestran siempre la tendencia a escoger como materia poética motivos de honda intensidad humana o de contenido y amplitud universales. En algunas de sus poesías, como en la titulada "Ante el sepulturero", la idea de la muerte, lejos de excitar su fantasía fúnebre, le sirve de pretexto para elevarse a la contemplación del destino del hombre y para henchir el verso de cierta religiosidad fervorosa. En otras, como en la que lleva por epígrafe "Contrahibridismo", el pensamiento poético, sin desembocar en conclusiones metafísicas ni abstractas, toma un carácter reflexivo que sitúa el verso en una zona de distinción mental poco frecuente en obras nacionales.

Con la tendencia filosófica se asocia íntimamente, en la poesía de Prud'Homme, la tendencia a mezclar a la naturaleza en sus meditaciones. En presencia de composiciones como la titulada "La Noche Confidente" y otras del mismo estilo, no sería fácil decir si lo que el poeta persigue es mostrarnos algunas de las interioridades de su espíritu o tomar simplemente el mundo sensible como testigo de las incertidumbres y de las amarguras humanas. Hay cierta inquietud que rebasa los límites del sentimiento personal, cierta congoja cósmica si pudiera servir para el caso esta expresión, en esas poesías en que el paisaje, reducido a veces a una simple mancha de color, obra sobre el ánimo del poeta como una realidad obsesionante.

Es la de Emilio Prud'Homme una poesía ponderada. Inútil sería buscar en ella sentimientos excesivos. Todos sus temas de inspiración pertenecen al repertorio romántico, y, sin embargo, nada hay en sus cantos que denuncie al poeta de fantasía calenturienta o de sensibilidad enfermiza. Aunque sus composiciones rara vez nos conmueven, sea porque no nos producen fuertes sacudidas sentimentales o sea porque no contienen maravillas de pensamiento o de expresión, siempre agradan como reflejo de un temperamento lírico poderosamente equilibrado y como cifra de una conciencia poética que descubre en sus manifestaciones inalterablemente pláci-

das al hombre de tranquilos afectos domésticos y de vida serena y armoniosa.

La versificación de Prud'Homme es generalmente correcta y es visible en su parte escultórica el esfuerzo del autor para enriquecerla con nuevos elementos musicales. Pero acaso el deseo de hacer menos monótonas ciertas formas rítmicas, como la del decasílabo que el poeta empleó en las estrofas del Himno Nacional con grandilocuencia verdaderamente épica, lo condujo a usar combinaciones tan insólitas como las siguientes de la composición titulada "In memoriam":

*Cuyas armónicas melodías,
cuando resuenan, van repetidas
por los jilgueros,*

por los turpiales, por los sinsontes...

*Gallardas vírgenes de mi patria,
que generosas sentís el alma
llena de afectos,*

*y que solicitas las primeras
llegais adonde toda belleza
reclama un premio...*

*Y para júbilo de sus almas,
son las que estiman mejores lágrimas,
flores y versos...*

La singularidad de esta combinación rítmica resalta aún más con la presencia, en la misma poesía, de formas decasilábicas ya consagradas:

*Duermen en éxtasis, mas se despiertan
cuando la noche plácida llega,
alados genios...*

En nada se diferencia el último de los decasilabos subrayados del pretendido asclepiadeo de Juan Gualberto González:

Hasta los númenes dueños del mundo
ufano elévase con noble palma...

Pero los cuatro primeramente transcritos, en los cuales el primer hemistiquio termina en dicción esdrújula y se cuenta como hexasilabo, forma con el llamado asclepiadeo una combinación desventurada. Rubén Darío usó admirablemente, como es sabido, versos decasilabos cuyo primer hemistiquio se halla constituido por un cuerpo paroxítono de cinco sílabas:

*El olímpico cisne de nieve,
con el ágata rosa del pico
lustra el ala eucarística y breve
que abre al sol como un casto abanico.*

Salomé Ureña, quien empleó el decasilabo en varias de sus composiciones más celebradas (*A mi madre, La llegada del invierno, Amor y anhelo, El cantar de mis cantares*), lo divide casi siempre en dos hemistiquios con cesura intermedia:

*¿Quién, recorriendo tus "Fantasías",
hijas del trópico abrasador,
vibrar no siente las armonías
de aquella raza que en otros días
poblar sus selvas Quisqueya vió?*

(Impresiones, 1877).

Pero también usa la forma popularizada por el poeta nicaragüense y llega aún, acentuando la unidad del verso, a unir por medio de la sinalefa ambos hemistiquios:

Inclinándose emprende la ruta...
 Lento Ojeda que lívido calla,
 y en afán tranquilo batalla
 meditando la grey alejar.
 Presto un rayo de gozo en su frente,
 con satánico brillo fulgura,
 y del Yaque que blando murmura
 en la orilla fingió descansar...

(Anacaona, Canto XVII).

Salomé Ureña, cuyo genial instinto poético no ha sido igualado por ningún poeta dominicano antiguo ni moderno, no usa jamás combinaciones en que el primer hemistiquio conste de seis sílabas métricas y el segundo de cuatro. En vano se buscará en la obra de la insigne versificadora formas rítmicas tan ingratas como la siguiente de Prud'Homme ²:

En ave mísera se convierte
 y el quisqueyano bosque entristece...

EL HIMNO NACIONAL

El Himno Nacional, la obra maestra de Prud'Homme, aquella en la cual se incorporó sobre su propio genio para

² Obsérvese que el decasilabo usado aquí por Prud'Homme no lleva acentuadas la tercera y la sexta sílabas, sino la cuarta, lo que lo diferencia tanto del verso de diez sílabas ordinario:

Ocho veces la cándida luna
 renovó de su faz los albores...
 (Beña)

como del decasilabo de Rubén Darío:

El olimpico cisne de nieve...

Tampoco se asemeja al asplepiadeo de Juan Gualberto González porque si tiene, como este último decasilabo, la cuarta sílaba acentuada, los hemistiquios, en cambio, se hallan unidos y ninguna influencia tiene sobre la medida del verso el final esdrújulo del primero.

convertir el verso en una máquina armada de alas verdaderamente grandiosas, es una composición henchida de cadencias marciales. Pocas poesías de ese género se han escrito en lengua castellana de ejecución tan acorde con su objeto: estrofas retumbantes, versos cargados de estallidos, palabras e imágenes escogidas para excitar la imaginación con sugerencias guerreras: éstas sonoras y enérgicas como el metal golpeado, aquéllas ardientes como la llama de las espadas, y todas, sin excepción, fundidas como una lámina de bronce para recibir y devolver en miles de sonidos vibrantes el eco de la epopeya.

Pero si esa poesía es artísticamente de una ejecución casi perfecta, porque todas sus expresiones sugieren ruidos marciales y porque todas sus imágenes ponen delante de los ojos visiones de grandeza heroica, su fondo no es menos espléndido ni menos épico que las figuras y los sonidos que completan su decoración majestuosa³. La primera estrofa comienza, como ciertas odas de Píndaro, con una invitación al canto para saludar el emblema de la victoria:

³ El propio Prud'Homme, en el discurso que pronunció con motivo de la inauguración del monumento destinado a honrar al maestro José Reyes, autor de la música del himno nacional, define así la composición en que ambos próceres celebran las glorias de la patria: "Un himno nacional es una acción de gracias, es un voto y es una jactancia. Es una acción de gracias que por haber logrado patria y libertad, que es lo mismo que decir hogar y persona, eleva la ciudadanía al azul del Infinito Providente. Es el voto con el cual se obliga al patrio amor bizarro a prestar las potencias de sus brazos y a ofrendar hasta la última gota de su sangre para nunca perder la patria que sólo se resignarían a perder los desgraciados en cuyo rostro se hubiera extinguido ya, con el último reflejo del sol, el último carmin de la vergüenza. Es la jactancia de quien se siente más grande que todas las alturas, más fuerte que todos los bríos y más valiente que todos los leones de la tierra, cuando, señor en su terreno suyo, lanza al cielo su flecha, como el hijo de las selvas uruguayas, para verla caer y enterrarse en el suelo, dispuesto a despedazar entre sus dedos de hierro al imprudente o al temerario que tuviera la osadía de arrancarla".

Quisqueyanos valientes, alcemos
nuestro canto con viva emoción,
y del mundo a la faz ostentemos
nuestro invicto glorioso pendón.

La segunda es una salve dirigida al vencedor como en los versos con que se inician las mejores odas del poeta tebano:

Salve al pueblo que intrépido y fuerte
a la guerra, a morir se lanzó,
cuando en bélico reto de muerte
sus cadenas de esclavo rompió!

La tercera es una enérgica sentencia lanzada contra los pueblos formados por generaciones de siervos que han vivido felices al arrullo de las cadenas:

Ningún pueblo ser libre merece
si es esclavo indolente y servil;
si en su pecho la llama no crece
que templó el heroísmo viril.

Las siguientes contienen, en síntesis, la historia del ideal sublime de la independencia que sufre pasajero eclipse para despuntar otra vez y seguir de ahí en adelante brillando eternamente en el horizonte de los siglos:

Mas Quisqueya, la indómita y brava,
siempre altiva la frente alzará;
que si fuere mil veces esclava
otras tantas ser libre sabrá.

Que si dolo y ardid la expusieron
de un intruso señor al desdén,
Las Carreras, Beller, campos fueron
que cubiertos de gloria se ven.

Que en la cima de heroico baluarte
de los libres el verbo encarnó,

donde el genio de Sánchez y Duarte
a ser libre o morir enseñó.

Y si pudo inconsulto caudillo
de esas glorias el brillo empañar,
de la guerra se vió en Capotillo
la bandera de fuego ondear.

Y el incendio que atónito deja
de Castilla al soberbio león,
de las playas gloriosas se aleja
donde flota el cruzado pendón.

Compatriotas: mostremos erguida
nuestra frente orgullosa de hoy más;
que Quisqueya será destruída
pero sierva de nuevo, jamás.

Que es santuario de amor cada pecho
do la patria se siente vivir,
y es su escudo invencible el derecho
y es su lema ser libre o morir.

Las dos últimas, sacudidas como las primeras por el relámpago épico, evocan el carro triunfal que corre tras las huellas fulgurantes de la victoria, y cierran el cuadro magnífico con tres gritos simbólicos, parecidos a aquellos con que los diez mil de Jenofonte saludaban al mar en que se cifraba para ellos la esperanza:

Libertad! Que aún se yergue serena
la victoria en su carro triunfal,
y el clarín de la guerra aún resuena
pregonando su gloria inmortal.

Libertad! Que los ecos se agiten
mientras llenos de noble ansiedad,
nuestros campos de gloria repiten:
Libertad! Libertad! Libertad!



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

APENDICE



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

NOTICIAS BIOGRAFICAS

FERNANDO ARTURO DE MERIÑO

Nació en Antonc1, antigua jurisdicci3n de Boya (hoy de Yamas1), el d1a 9 de enero de 1833. Inici3 sus estudios en Santo Domingo, bajo la direcci3n del sacerdote lime1o Gaspar Hern1ndez. Sus maestros m1s distinguidos en el Seminario fueron el Dr. El1as Rodr1guez y Alejandro Angulo Guridi. En 1856 se orden3 como sacerdote y se le nombr3 cura p1rroco de Neyba y San Crist3bal donde permaneci3 hasta 1858, a1o en que pas3 a la Catedral de Santo Domingo.

Como Vicario Apost3lico empez3 a adquirir fama por la elocuencia de que di3 significativos testimonios en la C1tedra Sagrada. Pero lo que le abri3 el camino de la celebridad, destac1ndolo como a un pr3cer de singulares arrestos c1vicos, fu3 la actitud que asumi3 en 1861 contra la anexi3n de la Rep1blica a Espa1a, y el discurso con que el 27 de febrero de ese mismo a1o increp3 al general Pedro Santana, a quien invit3 desde el p1lpito, despu3s de haberlo hecho como amigo particular del Jefe del Estado, a abandonar su proyecto liberticida: "La naci3n os mira como el caudillo de la libertad; sostened, pues, con honor el glorioso pend3n de la independenciam". Meri1o llev3 poco despu3s m1s lejos su oposici3n al proyecto anexionista de Santana, y en connivencia con los generales Eusebio Manzueta y Jos3 Leger intent3 impedir por la fuerza que se realizara la reincorporaci3n a la Madre Patria. Deportado a Espa1a, procur3 all1 inclinar a Isabel II en favor de la idea de que se devolviera a la Rep1blica su soberan1a. M1s tarde se dirigi3 a Puerto Rico y desde all1 a Venezuela, donde se radic3 hasta 1865, fecha en que fu3 restablecida la independenciam patria. Investido con la Presidencia del Congreso Constituyente, le correspondi3 recibir el juramento a Buenaventura B1ez como Jefe del Estado. El discurso que pronunci3 entonces le ocasion3 un nuevo destierro. En 1866 la Convenci3n Nacional propuso su elecci3n como

Arzobispo. En 1867 fué nombrado Rector del Seminario, y ese mismo año emprendió viaje a Roma como enviado del Gobierno.

Al asumir Buenaventura Báez, por tercera vez, la Presidencia de la República, Meriño se dedicó a viajar por varios países de Europa, y trató de obtener el apoyo de Prim y de Gambetta para frustrar con su concurso los planes anexionistas que se atribuían al nuevo mandatario y a muchos de sus parciales. Poco después fijó nuevamente su residencia en Venezuela. En la patria de Bolívar fué vicario de Barcelona y miembro de la legislatura del Estado. Durante su estancia en Caracas trabó estrecha amistad con Duarte, y en 1884, al trasladarse al suelo de sus antepasados los restos del Padre de la Patria, pronunció, en honor del gran patricio, una de sus grandes oraciones: "Enmudezca ahora la lengua, señores —dijo en aquella ocasión—, y recójase el espíritu a meditar en las vanidades de los juicios humanos y en la infalible justicia de Dios. El que ayer fué abatido es hoy ensalzado: la víctima se alza por sobre sus victimarios dignificada con las ejecutorias de la inmortalidad... ¡Padre de la Patria! ¡En el Señor y en ella descansa en paz!"

Elegido por el voto popular, ascendió Meriño en 1880 a la primera magistratura del Estado. La educación pública recibió considerable impulso de su gobierno: por la iniciativa suya se fundaron en varias provincias escuelas superiores, y en la capital de la república se abrieron nuevas cátedras de derecho civil, constitucional e internacional, así como de medicina, farmacia y agrimensura. En 1882, después de entregar pacíficamente el mando a su sucesor, pasó a ocupar la rectoría del Instituto Profesional, convertido algunos meses antes en centro universitario. En 1885 fué consagrado por León XIII como Arzobispo, cargo que desempeñó hasta su muerte, ocurrida en Santo Domingo el 20 de agosto de 1906.

BUENAVENTURA BAEZ

Nació, de padres acaudalados, en la pequeña población de Rincón, provincia de Barahona, e hizo sus estudios en Francia. Desde su regreso al país, muy joven aún, empezó a descollar por su carácter e inteligencia. En 1843, bajo la ocupación haitiana, fué electo diputado de la parte española de la isla, en representación de Azúa, provincia de donde era oriunda su familia, y en ese cargo se destacó entre todos los legisladores de na-

cionalidad dominicana. "Preponderaba en esa mayoría —dice el historiador García—, por sus aptitudes y por la independencia de su carácter" (Historia de Santo Domingo, tomo II, 3.^a edición, pág. 219). En la Asamblea Constituyente que inició sus trabajos el 15 de septiembre de 1843, Buenaventura Báez tuvo el coraje moral necesario para exigir del presidente Charles Herard Ainé el cumplimiento, en favor de sus compatriotas de la parte del Este, de las garantías y de las libertades ofrecidas por la revolución contra Boyer, movimiento que contó con su apoyo bajo la promesa de que los derechos de los ciudadanos de origen español serían respetados. Báez, apoyado por Juan Nepomuceno Tejera y otros diputados de la parte española, no sólo votó siempre en pro de las teorías más liberales, sino que se atrevió también, dice García, "a presentar una moción atacando los artículos 38 y 39 del pacto que se revisaba, y los cuales prohibían a los blancos el goce de los derechos civiles y políticos" (Ob. cit., pág. 218). Las maniobras del mandatario haitiano pusieron temor en el ánimo de la mayoría, y fracasaron entonces las gestiones de los hombres que representaban en aquella asamblea las ideas más avanzadas.

Pero Báez no era un idealista sino uno de esos espíritus limitados que viven y se mueven dentro del mundo de las realidades. No pudiendo obtener las libertades a que sus conciudadanos eran acreedores, y no creyendo, como no creyó nunca, en la posibilidad de que el país subsistiera frente a Haití sin el apoyo de una potencia extranjera, concibió el plan de independizar a la República poniéndola bajo el amparo de Francia. El plan conocido con el nombre de "Plan Levasseur" es la obra de un patriota, aunque los hechos hayan después demostrado que fué la obra de un hombre realista que se equivocó en sus predicciones.

Cuando se proclamó la independencia, hazaña que todavía hoy nos parece increíble y que adquiere, si se piensa en los medios limitadísimos que el país podía oponer a sus vecinos, proporciones verdaderamente portentosas, Báez servía en Azúa un cargo público y era un prebendado de los dominadores. Era aquella la única actitud concebible en el hombre que en 1843 buscaba la libertad de su patria a través de una especie de protectorado. Pero como la aspiración suprema de su vida era la de arrojar del país a los haitianos, no tardó en adherirse a la revolución victoriosa. Si alcanzó después una preponderancia política a la que parece tenían más derecho los idealistas que creyeron desde el principio en la

teoría de la "independencia pura", fué sin duda porque le acompañó un olfato político superior al de todos los hombres que en aquella época desfilaron por el palacio de gobierno.

Cuando el presidente de Haití, Charles Herard Ainé, lanzó dos ejércitos sobre la República recién constituida, con el fin de aplastar el movimiento revolucionario del 27 de febrero de 1844, Báez colaboró con Santana en el triunfo del 19 de marzo. El mismo afirma, en el manifiesto que dirigió al país desde Saint Thomas en 1853, que organizó la caballería que participó en aquella batalla decisiva para la causa dominicana. El plan Levasseur renació en 1844, acogido por los miembros de la Junta Central Gubernativa, y Báez, partidario entonces como en 1843, de aquella idea, fué perseguido juntamente con Manuel Joaquín del Monte y otros ciudadanos notables, por los autores del pronunciamiento de la Puerta del Conde. En esa ocasión se salvó asilándose en el Consulado de Francia. Vencidos al fin los próceres febreristas, y elevado Santana a la jefatura del Estado naciente, Báez es electo diputado por Azúa a la Asamblea Constituyente que dictó en San Cristóbal la primera Carta Orgánica de la República. Luego presidió la Cámara del Tribunado y el 5 de abril de 1845 recibió, como Presidente del Congreso, el juramento del primer presidente constitucional de la República ya emancipada. En 1849 ocupaba una curul en el Consejo Conservador cuando fué electo por el Congreso, reunido bajo la presidencia de Félix M. del Monte, para sustituir al general Manuel Jiménez en la primera magistratura del Estado. Su primera administración fué ejemplar y en ella se reveló como un gobernante de aptitudes extraordinarias: en los cuatro años que duró al frente del gobierno, renacieron el periodismo y la enseñanza y la República empezó a adquirir fisonomía de nación verdaderamente organizada. Tal vez lo que le granjeó más popularidad fué el haber introducido por primera vez el orden en las finanzas nacionales. Luperón, el más implacable de sus adversarios, le rinde este tributo: "Báez fué un tirano despreciable, un perjuro, un parricida, pero mantuvo siempre orden en la Hacienda" (*Notas Autobiográficas y apuntes históricos*, tomo II, 2.^a edición, pág. 236).

La popularidad conquistada por Báez en su primera administración llevó el recelo al ánimo de Santana. El 3 de julio de 1853 el rompimiento entre los dos grandes estadistas se hizo definitivo, y Báez fué desterrado a Curazao. El célebre cónsul español Segovia se encargó, algunos años después, de preparar el retorno a la patria del proscrito: con sus auspicios

lograron los baecistas, en 1856, que Santana se retirara de la presidencia y que su sucesor Regla Mota, entregara el poder a Báez el 8 de octubre de aquel mismo año. La revolución del 7 de julio de 1857, iniciada en Santiago, lo arrojó de nuevo al ostracismo en junio de 1858. Durante la reincorporación de la República a la Madre Patria (1861-1865), Báez permanece en España, y allí obtiene la faja de Mariscal de Campo español y una subvención pecuniaria. Restablecida la independencia nacional, se traslada a Curazao. Las miradas de un gran número de sus compatriotas se fijan en él como en un posible reconstructor de la patria arruinada por la guerra restauradora, y el general José María Cabral, plegándose al movimiento iniciado en el Este por el general Pedro Guillermo, va personalmente a buscarlo al exterior y le entrega el mando ante la Asamblea Nacional el 8 de diciembre de 1865. Pocos meses después fué expulsado del solio presidencial por la revolución que puso nuevamente en manos de Cabral las riendas del Estado. Sus amigos políticos, aprovechando el advenimiento de Salnave a la presidencia de Haití, se levantaron en armas hacia finales de 1867 y el 2 mayo de 1868 retornaba Báez triunfante del destierro para hacerse cargo por cuarta vez del mando. Diez y seis días después le confirió la Convención Nacional el título de Gran Ciudadano. Su nuevo período se prolongó durante seis años: la revolución iniciada en Puerto Plata el 25 de noviembre de 1873 lo obligó a abandonar el poder el 2 de enero del año siguiente. En 1876, tras la renuncia de Espaillat, volvió a resplandecer por última vez su estrella en el horizonte de aquellos tiempos borrascosos: llamado por quinta vez al poder gobernó desde el 12 de marzo de 1877 hasta el 24 de febrero del año siguiente. Seis años después, el 4 de marzo de 1884, murió en Hormiguero, Puerto Rico, cuando ya Ulises Heureaux empezaba a consolidar en el país su larga dictadura.

TOMAS BOBADILLA

Nació en Neyba el día 30 de marzo de 1785. Fueron sus padres Vicente Bobadilla y Gregoria Briones. Durante su larga existencia medró al amparo de las más diversas situaciones. Actuó en seis periodos capitales de la historia dominicana: el de la *España Boba*, el de la independencia efímera, el de la ocupación haitiana, el de la primera república, el de la anexión y el de los primeros tiempos de la segunda república. Durante

la primera época, desempeñó los siguientes cargos: en 1811, fué nombrado escribano público; en septiembre de ese mismo año es investido por el Arzobispo Valera con las funciones de Notario Mayor del Arzobispado; en 1813 asciende a Secretario del Arzobispado de Santo Domingo, y poco después se hace nombrar Secretario de la Diputación Provincial, cargo creado por la Constitución de 1812.

Durante la independencia efímera proclamada por José Núñez de Cáceres, Bobadilla ocupa el cargo de Oficial Primero de la Tesorería General del Estado, canongía en que permanece desde el 24 de diciembre de 1821 hasta la desaparición, siete semanas después, de la República nacida al amparo de la Gran Colombia. Bajo la ocupación haitiana, recibe de Jean Pierre Boyer multitud de prebendas y de distinciones: Fiscal del Tribunal del Seybo y miembro de la Comisión de Instrucción Pública, desde 1822, año en que se inicia la era de la indivisibilidad política de la isla; defensor público a partir de 1830, y Notario Público de Santo Domingo desde el 23 de junio de 1831, fecha en que Boyer le concede ese cargo como un premio por sus servicios a la causa haitiana. La caída de su protector, y el ascenso a la Presidencia de Haití de Charles Herard Ainé en 1843, eclipsa por un momento la estrella de Bobadilla; pero el sagaz prebendado de Boyer, con su acostumbrado olfato político, aprovecha ese interregno para hacer causa común con Sánchez y los demás fundadores de la Trinitaria, junto a quienes aparece en la Puerta del Conde la noche en que se proclama la independencia de la Patria (27 de febrero de 1844). Bobadilla supo darse traza para anular a los próceres del ideal febrerista, y es designado Presidente de la Junta Central Gubernativa. Desde esta posición oficial preeminente estrecha sus relaciones de amistad con el Cónsul francés Eustache de Juchereau de Saint Denys. En junio de 1844 abandona la Junta Central Gubernativa, presionado por Sánchez y el grupo de próceres que aspiran a sustraer la República naciente a la voluntad autoritaria del general Pedro Santana. Pero hace desterrar poco después a los padres de la patria, de quienes se convierte de ahí en adelante en verdugo, y en 16 de noviembre de 1844 se le encarga de los despachos de Justicia e Instrucción Pública y de Relaciones Exteriores, cargos en que permanece hasta el 2 de abril de 1846. El 12 de enero de 1847 fué designado por la Suprema Corte de Justicia, Defensor Público para los tribunales de la Provincia de Santo Domingo. Santana le confirma este nombramiento el 7 de septiembre de 1854. En el mismo año de 1847 pre-

sidió el Tribunalado. Sus gestiones al frente de ese cuerpo legislativo no contentan a Santana, y el 12 de junio, después de un ruidoso incidente durante el cual se empleó la fuerza pública para privarlo de su inmunidad parlamentaria, emprende el camino del destierro. En el ostracismo se dedica, como Séneca en la isla de Córcega, a implorar clemencia: el 29 de octubre de 1847 dirige una carta a Santana pidiéndole, en términos comedidos, la revisión de su proceso. El 4 de enero de 1848 reitera su solicitud inútilmente. La elección del general Manuel Jiménez como Presidente de la República, en sustitución de Santana, le abre al fin las puertas de la patria al iniciarse el año 1849. El nuevo mandatario no utiliza sus servicios, y Bobadilla trata entonces de sincerarse con Santana gestionando desde el Cotuy, en mayo de 1849, el pronunciamiento de los pueblos del Cibao contra el gobierno surgido el 8 de septiembre de 1848. Con el retorno al poder del héroe del "19 de marzo", comienza de nuevo para Bobadilla un periodo de preeminencias oficiales: el 18 de agosto de 1849 es elegido miembro de la Cámara del Consejo Conservador, cargo que poco después abandona para cambiarlo por el de Procurador Fiscal de la Suprema Corte de Justicia. Buenaventura Báez, escogido para suceder por primera vez a Santana, le designa Juez de Residencia para el Tribunal de Apelación el 16 de octubre de 1849.

El 3 de junio de 1851 culmina la carrera judicial de Bobadilla: en esa fecha pasa a ocupar la presidencia de la Suprema Corte de Justicia, cargo que retiene hasta el día 17 de enero de 1853. Juntamente con sus funciones de presidente del más alto organismo judicial del Estado, desempeñó Bobadilla, hasta fines de 1852, el cargo de profesor de derecho civil en el Colegio de San Buenaventura. Cuando cesó, en enero de 1853, como presidente de la Suprema Corte de Justicia, fué elegido por segunda vez miembro del Consejo Conservador. El 27 de enero de 1853 es elegido miembro del Senado Consultor. En 1855, bajo la administración del general Manuel de Regla Mota, es escogido, en unión de Jacinto de Castro, como plenipotenciario para la negociación de un tratado de paz, amistad, comercio, navegación y extradición con los Estados Unidos de América. En 1857 renuncia su curul como miembro del Consejo Conservador, y le sustituye en la presidencia de ese cuerpo, bajo la segunda administración de Báez, el ciudadano Pedro Tomás Garrido. El 26 de junio de 1858, la Junta Departamental del Ozama, reunida en la ciudad de Azúa, lo nombra Senador por Santo Domingo. Los promotores de la revolución contra el

gobierno de Báez lo escogen en esa misma fecha para presidir una "Comisión Inspeccionaria", encargada de analizar las cuentas generales de la República. El movimiento revolucionario iniciado en el Cibao contra Buenaventura Báez, a quien se acusaba de haber estafado al comercio cibaeno con la emisión de 18 millones de papel moneda hecha en mayo de 1857, entró victorioso en la capital de la República el 21 de junio de 1858, y sube al poder el general José Desiderio Valverde. Bobadilla inicia entonces, en connivencia con Santana, una ofensiva contra el nuevo mandatario, tomando como pretexto la conveniencia de restablecer la Constitución de 1844, la cual los caudillos de la revuelta deseaban sustituir con una nueva. Cae Valverde, y Bobadilla es designado en diciembre de 1858 presidente del Senado Consultor, y en enero de 1859 recibe como tal el juramento de Santana como presidente de la República.

Cuando en 1861 se consuma la reincorporación de la República a España, acto en que interviene preeminentemente Bobadilla, el gran político llevaba más de cuarenta años de servicios casi ininterrumpidos al Estado. El gobierno español se muestra con él particularmente generoso. El 6 de octubre de 1861, por Real Decreto de Isabel II, se le designa Magistrado de la Real Audiencia de Santo Domingo, se le inviste nuevamente del derecho de ejercer libremente como abogado o defensor público, y se le nombra además fiscal o Presidente de Sala. El 19 de noviembre, el Comisario Regio, don Joaquín M. de Alba, le invita a nombre de la Reina a encargarse de la Hacienda Pública. En 1862 se le confía, juntamente con José María Morilla, la traducción del Código civil francés, y luego su adaptación a la Ley de Enjuiciamiento Civil y a los demás estatutos peninsulares. En 1863 le fué anunciada, por el Marqués de Miraflores, su designación como Comendador Ordinario, y el 17 de noviembre de ese mismo año se le nombró Ministro Representante del Ministerio de Marina. En 1865, cuando se restablece la soberanía nacional, Bobadilla es invitado por el gobierno español a pasar a Cuba o a Puerto Rico con sus mismas investiduras. Había llegado a la sazón a los ochenta años de su edad, y prefirió quedarse en el suelo nativo. Pero todavía no concluye la asombrosa carrera política de don Tomás Bobadilla; cae Buenaventura Báez, quien por tercera vez desciende de la Presidencia de la República bajo el empuje del tumulto, y el Triunvirato que se constituye entonces escoge a Bobadilla para integrar, juntamente con Ricardo Curiel y José Gabriel García, la llamada Junta Auxiliar de Gobierno. Asu-

me en el nuevo organismo las funciones de Ministro de Justicia, Instrucción Pública y Relaciones Exteriores, cargos que abandona en agosto para juramentarse como miembro del Consejo de Gobierno. El 14 de junio de 1866, se le inviste con las funciones de Subdelegado del Triunvirato, y poco después se le confían interinamente las riendas del Estado. Sube Cabral al poder, y el 18 de enero de 1867 encarga a Bobadilla la revisión del Código Penal, traducido y localizado por Carlos Nouel y Pedro Antonio Bobeá. Razones de salud lo obligan a declinar ese encargo, pero el 31 del mismo mes es nombrado Plenipotenciario para la negociación de un tratado de paz con la República de Haití. A partir del 15 de diciembre de 1867, desempeña interinamente los despachos del Interior y Policía y de Relaciones Exteriores. Las intrigas de los amigos de Báez, deseosos de llevar nuevamente al poder a su jefe, culminan pronto en una protesta armada, y Cabral, sitiado en la capital de la república por las fuerzas revolucionarias acaudilladas por el general Manuel Altagracia Cáceres, abandona el país el 31 de enero de 1868. Bobadilla emprende entonces por segunda vez el camino del exilio, y arriba, en unión del presidente derrocado, a Puerto Cabello el 5 de febrero de aquel año. En 1871 se traslada a la isla de Puerto Rico. El 16 de enero de ese mismo año aparece firmando una protesta contra la anexión de la República a los Estados Unidos de América. En marzo se traslada a Haití con el propósito de recabar la ayuda de esa nación contra los proyectos anexionistas de Buenaventura Báez. El 21 de diciembre de 1871, falleció en Port-au-Prince, sin haber tenido la satisfacción de asistir al derrocamiento de Báez, que gobernó por cuarta vez al país hasta el 2 de enero de 1874.

ROSA DUARTE

Nació en la ciudad de Santo Domingo, hacia 1821, y murió en la ciudad de Caracas el 25 de octubre de 1888. Creció bajo la ignominia haitiana, y al regreso de España de su hermano Juan Pablo Duarte participa activamente en sus trabajos secretos en favor de la independencia de la patria. Rosa Duarte es, desde aquel momento, la mejor depositaria del ideal que bulle en la mente del fundador de la República. Fué de las heroínas que ayudó a hacer los cartuchos y a preparar las balas que se usaron en el pronunciamiento de la Puerta del Conde, y esa conducta

ejemplar fué precisamente la razón invocada por Tomás Bobadilla, presidente desde el mes de junio de 1844 de la Junta Central Gubernativa, y luego consejero y valido principal de Santana, para pedir que se mantuviera la orden de extrañamiento dictada contra Manuela Díez Viuda de Duarte y sus hijos (*Vide* "Apuntes de Rosa Duarte", *Clio*, Núm. 62-64, año XII, enero-junio de 1944). La propia Rosa Duarte refiere que los cartuchos que su hermano Vicente distribuyó en los Llanos y otros pueblos del Este de la República, fueron fabricados por ella y su hermana Francisca, con ayuda de sus sobrinos y de las sirvientas de la casa, y que para hacerlos utilizaron las planchas de plomo destinadas a los forros de los buques, las cuales se vendían en el almacén de efectos de marinería establecido por su padre Juan José Duarte (*Vide*, ob. cit. pág. 29). Cuando Duarte escribe a su familia, desde Curazao, la carta en que la urge a ofrendar en aras de la patria lo que "a costa del amor y del trabajo de su padre habían heredado", la hermana predilecta del fundador de la República es la primera en aceptar ese sacrificio que los redujo a todos a la miseria privándoles hasta del último de sus bienes de fortuna. En 1855, mientras Rosa Duarte cumple en Venezuela la orden de extrañamiento dictada por Santana contra toda la familia del Padre de la Patria, su prometido don Tomás Concha es llevado al patíbulo juntamente con Antonio Duvergé y las demás víctimas del 11 de abril. La heroína murió en Venezuela el 25 de octubre de 1888.

JUAN SANCHEZ RAMIREZ

Su nacimiento en la Villa del Cotuí coincidió, según apunta el historiador José Gabriel García (*Rasgos biográficos de Dominicanos Célebres*, Santo Domingo, 1875, pág. 112), con la guerra que en 1872 sostuvo España contra el Portugal y la Gran Bretaña y en la cual se distinguieron varios marinos dominicanos que nacieron "a orillas del Ozama". Hijo legítimo de don Miguel Sánchez, "cumplido oficial de milicias a quien cupo en suerte varias veces la honra de tener a su cargo la comandancia de armas" del Cotuí, el héroe de Palo Hincado recibió la escasa instrucción que pudo darle el presbítero Pichardo y Delmonte, cura titular de la parroquia de la villa mencionada. Su preceptor le enseñó ante todo, según García, "a encanecer en la práctica de todas las virtudes" (ob. cit., página 114).

Entre los rasgos que mejor pintan su carácter, se señala el de haber expuesto su vida, todavía en la flor de su edad, para cumplir con el deber de capturar, mientras se hallaba encargado del corregimiento del Cotuí, al famoso malhechor Miguel Robles. Este acto de arrojo le valió la distinción de ser nombrado por el brigadier don Manuel González oficial de milicias, "empleo muy codiciado entonces". Durante la guerra que en 1790 estalló entre Francia y España, Sánchez Ramírez marchó a la frontera al frente de una compañía de lanceros, y es fama, agrega su biógrafo, que nadie le aventajó en esa campaña en "sumisión a las órdenes del superior, ni en habilidad para la estrategia, ni en tesón para la pelea". Cuando la paz de Basilea puso fin, en 1795, a las hostilidades, el ya famoso capitán de lanceros se retira a su villa natal, inconforme con la cesión de la parte española de la isla a Francia. Desde entonces se consagra a preparar los espíritus para la reconquista del territorio nativo. La entrega de la capital de la colonia a Toussaint Lovverture, acto de sumisión cumplido en 1801 por el brigadier Joaquín García, lleva por un instante el desaliento al alma de Juan Sánchez Ramírez, encargado a la sazón del gobierno militar del Cotuí. Tanto Toussaint como el general Clerveaux, su teniente en las provincias del Cibao, trataron de atraerse al futuro soldado de la Reconquista, y le mantuvieron en el cargo que en el momento de la invasión desempeñaba. Al establecerse el dominio de Francia sobre la parte española de la isla, Sánchez Ramírez, cuyas esperanzas de reincorporación del territorio nacional a España renacen con la expedición de Lecrer, se retira en 1802 a la vida privada, movido al parecer por el designio de no contraer compromisos con los nuevos dominadores y conservar el derecho de obrar libremente en el momento oportuno. Se dedica entonces a la profesión de escribano público, labores que alterna con el cuidado de su hacienda y el corte de maderas destinadas a la exportación. Sus nuevas tareas le permiten continuar su obra de propaganda en favor de la Reconquista. Los acontecimientos de 1805, con el descrédito en que cae la dominación francesa a causa de los desmanes de Dessalines, favorecen los planes de Juan Sánchez Ramírez, quien desde entonces intensifica, entre las clases más influyentes del país, su labor de proselitismo españolista. Después de ganarse las voluntades de algunos ciudadanos prominentes, como Ciriaco Ramírez en Azúa, Manuel Carvajal en el Este y Andrés Muñoz en la provincia de Santiago, extiende su propaganda a Puerto Rico, donde a la sazón residen muchos domi-

nicanos deseosos de restablecer el dominio español sobre el suelo nativo. Sus trabajos en favor de España llegan a hacerse tan notorios, que el gobernador Ferrand dicta contra él órdenes de prisión: advertido a tiempo por un rico hacendado de Hincha, don Pedro Vásquez, burla las persecuciones de las autoridades francesas y en Sabana de la Mar, donde gobierna su amigo don Diego de Lira, obtiene los medios necesarios para dirigirse a Puerto Rico. Allí fué acogido con demostraciones de simpatía por el gobernador Toribio Montes, funcionario que a partir de aquel momento auxilia con la debida discreción la empresa del héroe dominicano. Varios emisarios secretos, enviados desde la antilla vecina por Juan Sánchez Ramírez, se encargan de concertar las voluntades de los patriotas para la insurrección. Uno de esos agentes, don Salvador Félix, obtiene que Ciriaco Ramírez inicie la Reconquista con el pronunciamiento de las poblaciones de San Juan, Neiba y las Matas. Marcos Torres, Andrés Muñoz, Sandoval y otros conjurados secundan el movimiento en las provincias del Cibao. Sánchez Ramírez desembarca poco después en el Seybo. Viajando en pleno día por la costa del Jovero, es capturado por una patrulla que comanda el oficial de milicias Vicente Mercedes, a quien logra convertir en un adicto a la causa de España y con cuya cooperación se apodera de la plaza y reduce a prisión a las autoridades francesas. Empieza entonces a organizar sus tropas para una acción decisiva. El campo elegido para el encuentro fué el de Palo Hincado. El día 7 de noviembre, instantes antes de que comenzara la batalla, Sánchez Ramírez arenga en la siguiente forma a sus soldados: "pena de la vida para el que vuelva la cara al enemigo, para el tambor que tocare retirada y para el oficial que lo mandare, aunque sea yo mismo". La acción fué rápida: destruidos los escuadrones de Ferrand por la acometividad de los dominicanos, abandonaron el campo y el mismo gobernador de la colonia, avergonzado de su derrota, se quitó la vida con su propia pistola en la quebrada de Guaquia. Este desastre llenó de consternación a los dominadores. Dubarquier, segundo en el mando, se proclama gobernador en nombre de Napoleón y Sánchez Ramírez es elegido a su vez por los jefes revolucionarios para ocupar el mismo cargo en nombre de Fernando VII. Después de mantener sitiada a la ciudad de Santo Domingo durante casi siete meses, el héroe de Palo Hincado entra el 9 de julio de 1809 en la capital de la colonia y deja así consumada, con la rendi-

ción de Dubarquier y de alrededor de mil veteranos franceses, la empresa de la Reconquista.

Francisco Javier Caro, designado por la Junta Central de Sevilla Comisario Regio de Santo Domingo, llega al país, recién incorporado a la Metrópoli, e inicia con sus medidas desacertadas la era de la *España Boba*. Después del regreso de este personaje a la Madre Patria, Sánchez Ramírez entró a ejercer la capitania general de la colonia. Las providencias impolíticas que puso más tarde en práctica Fernando VII, crearon un ambiente de descontento general y en 1810 fraguaron Fauleau y Castaño, de acuerdo con el capitán Perssi, una intentona subversiva que se bautizó con el nombre de *revolución de los italianos*. El héroe de la Reconquista redujo a prisión a los comprometidos, y cuatro de ellos fueron condenados a muerte. Pocos meses después fué descubierto un nuevo movimiento revolucionario, enderezado a proclamar la independencia de la colonia, idea que iba cobrando fuerza entre las clases ilustradas del país, debido en gran parte a la política colonial del gobierno de Fernando VII. Sánchez Ramírez, fiel hasta el último momento a España, ve acercarse, con el ánimo presa de mortal disgusto, el fin de sus días. Los sufrimientos morales acaban de abatir su organismo de soldado, invadido ya en los últimos meses de 1910 por la hidropesía, y el 11 de febrero del año siguiente, seis días después de haber aconsejado en una proclama a sus compatriotas que continuaran fieles a la Madre Patria, dió su vida al Creador, como dice su biógrafo José Gabriel García, "con la calma del justo y la resignación del verdadero cristiano".

GREGORIO LUPERON

Nació en la ciudad de Puerto Plata el 8 de septiembre de 1839. Fueron sus progenitores Nicolasa Luperón y Pedro Castellanos. El propio héroe ha trazado en las siguientes líneas el carácter y las costumbres del hogar en que se meció su cuna: "Por una de las cosas que más gracias ha dado a la Providencia, es por haber nacido de una familia cristiana, hospitalaria, bondadosa y pobre". Luego se pinta de esta manera a sí mismo: "Su rasgo más característico es el haberse formado por sí mismo, siendo lo que es en la historia de la República gracias a su voluntad inquebrantable" (*Notas Autobiográficas y apuntes históricos*, tomo I, pág. 88).

En la niñez trabajó sin descanso en las más diversas actividades: haciendo pan en la madrugada, en una de las artesas de su ciudad nativa; vendiendo, en el resto de la mañana, frutas en el mercado y golosinas en los cuarteles; y pescando con su hermano mayor en las primeras horas de la noche. "Su mayor placer —escribe él mismo— era poder ayudar y agradar a sus hermanas y a su madre, a quienes adoraba".

Los ratos que sus ocupaciones le dejaban libre, los utilizaba asistiendo a una escuela establecida en Puerto Plata por una Sociedad de Londres, sin duda para hacer propaganda religiosa. Aunque la enseñanza en ese centro presbiteriano se suministraba en forma gratuita, la pobreza de su hogar no le permitía asistir a él con la regularidad necesaria. "Iba —dice él mismo— cuando podía". Pero su capacidad de acción era tan portentosa, que a los doce años de su edad es nombrado jefe de un aserrio que don Pedro Eduardo Duboc había abierto en Jamao para la explotación de las riquezas de caoba existentes en esa comarca. Su patrón, ciudadano de ascendencia francesa, cuya llegada al país coincidió con la proclamación de la República en 1844, no carecía de cultura y era hombre aficionado a las letras. En la biblioteca de este antiguo capitán de artillería, halló Luperón, además de un tratado de patología y de una biblia, las obras de Plutarco. La lectura de esos libros, según él mismo confiesa, "depuraron sus sentimientos y engendraron en su alma el amor a la verdad y a la gloria". Al partir, años después, para la guerra de la Restauración, envía a uno de sus amigos más cercanos un mensaje digno de uno de los varones consulares cuya vida había leído en Plutarco: "Ante mí se abre un sendero largo y penoso: si sucumbo en la guerra, lo que es muy probable, moriré honradamente en defensa de la patria; y si acabo mi tarea, tendré, además del reconocimiento de mis compatriotas, la aprobación de mi conciencia".

Su primera intervención en la vida política fué ocasionada por la guerra que se desató contra Báez el 7 de julio de 1857. El gobierno revolucionario establecido en Santiago le nombró entonces Comandante auxiliar del Puesto Cantonal de Rincón. Tan pronto Santana se hizo con el poder, arrebatando la presidencia al general José Desiderio Valverde, Luperón se retiró disgustado a sus quehaceres particulares. Poco después abandona la casa comercial de Duboc y se establece por su propia cuenta en Sabaneta de Yásica. En su nueva ocupación permanece hasta la reanexión de la República a España. La pérdida de la independencia nacional

le subleva: "Luperón —escribe refiriéndose a sí mismo—, no cabía en su patria con los dominadores" (Ob. cit., pág. 96). Con el propósito de oponerse, arma en mano, a la anexión, intenta hacer prisionero al gobernador de Puerto Plata, general Suero, pero fracasa el plan que había con tal fin madurado. Detenido poco después por aquel bravo teniente de Santana, derriba con un garrote al oficial de guardia, y logra sustraerse a la persecución de que es objeto en pleno día. Huye a la ciudad de Cabo Haitiano, de donde las autoridades le hacen salir poco después con rumbo a los Estados Unidos. Cuando arriba a Nueva York, encuentra la ciudad conmovida por sangrientos disturbios religiosos, y emprende al cabo de pocos días viaje a México en una embarcación francesa. Aquí se le vigila como sospechoso, y embarca con destino a Jamaica. En la isla inglesa se cambia el nombre y transformado en "El Doctor Eugenio" llega a playas dominicanas. Se radica entonces en Sabaneta, región donde nadie le conoce, y se vale de su supuesta profesión de médico para seguir difundiendo sus ideales revolucionarios. En compañía de Lucas de Peña y otros dominicanos aguerridos, prepara un movimiento contra el gobierno español en toda la Línea Noroeste. La imprudencia de uno de los conjurados, los obliga a anticipar el golpe, y éste fracasa después de algunas acciones heroicas en que los patriotas fueron deshechos por los peninsulares. Sus compañeros se entregan o se refugian en Haití, pero Luperón prefiere permanecer fugitivo en tierra dominicana. La conducta de algunos de los comprometidos en el golpe debelado, le inspira desprecio profundo: "No hay nada más aterrador —dice— que una derrota, porque los derrotados en todas partes ven al enemigo" (Ob. cit., tomo I, pág. 110). Su vida es puesta a precio por Buceta que ofrece por ella doscientas onzas españolas. El prófugo burla todas las persecuciones, y no sólo se interna en las zonas donde Campillo siembra el terror con dos mil veteranos, sino en las propias plazas del Cibao donde se pregona su cabeza. En donde quiera que llega celebra con los comprometidos en el movimiento conferencias secretas. Después del grito de Capotillo, corre a unirse a los héroes que asedian a Santiago. El 6 de septiembre de 1863 es uno de los que marchan sobre la fortaleza "San Luis" encabezando la columna que se abre paso por la calle "Juan Francisco García". "Aquella batalla —escribe más tarde—, fué un acontecimiento único por su grandiosidad en el país" (Ob. cit., tomo I, pág. 134). Las hazañas que allí se realizaron —agrega—, llenarían un libro". Gaspar Polanco

quiere exceder a Luperón en heroísmo. "Si Gaspar entra en la fortaleza primero que yo —había dicho Luperón a Monción—, me mato". Su columna es la que más se aproxima a la fortaleza "San Luis" cuando estalla el incendio que reduce pronto la ciudad a cenizas: "Aquello —afirma recordando el espectáculo—, no era ya una batalla; era un cráter en espantosa actividad".

Después de la victoria de Santiago, se procede a nombrar un gobierno provisorio: Luperón, elegido en las primeras votaciones, renuncia, y en su lugar se designa al general Salcedo. Algunos días después sale Luperón al encuentro de Santana quien se dirige desde la ciudad de Santo Domingo, a la cabeza de un poderoso ejército, a sofocar el movimiento. La empresa que va a emprender tiene las proporciones de una hazaña. "Parece inmodestia" —dice encareciendo su osadía—, pero marchar sin tropas, pertrechos ni dinero en aquel tiempo contra Santana, no es cosa que pueda ser apreciada por las actuales generaciones" (ob. cit. tomo I, pág. 159). Moviliza toda la provincia de La Vega, y en Arroyo Bermejo mide por primera vez sus armas con las del primer soldado que el país había hasta entonces conocido: "Aquel arroyo —anota en sus memorias—, separaba al héroe de lo pasado del héroe de lo porvenir" (ob. cit. tomo I, pág. 169): este último, contra lo que debía esperarse, sale vencedor derrotando a Santana en Bermejo y volviéndolo a atacar antes del amanecer en San Pedro para obligarlo a replegarse a Guanuma. Salcedo, celoso de las victorias del joven e intrépido capitán, se presenta en el cantón de San Pedro y le requiere el mando de las tropas. Después de un incidente entre ambos jefes, durante el cual Salcedo estuvo a punto de morir estrangulado en manos de Luperón, éste entrega el mando y sale, en acatamiento de las órdenes del Gobierno Provisorio, con rumbo a Santiago. Es nombrado entonces jefe de las fuerzas revolucionarias del Sur. Reúne en La Vega nuevas tropas y con ellas marcha con dirección a Baní que se había pronunciado desde el 7 de octubre de 1863. En Baní es víctima de las infidencias de Perico Salcedo, y se ve obligado a abandonar el mando en manos de Pedro Florentino, a quien el gobierno provisorio acababa de confiar esas funciones. Después de haber estado en capilla para ser fusilado, el pueblo y parte de la tropa se insurreccionan en su favor y se le permite salir con su Estado Mayor para Santiago. El Gobierno Provisorio le confina entonces en Sabaneta. La revolu-

ción sufre en el sur y en el este algunos descalabros. En los cuarteles revolucionarios cunde el descontento y un grito se hace general: "Si Luperón no viene, nadie nos hará marchar a la guerra" (ob. cit., tomo I, pág. 191). El general Ramón Mella y el ciudadano Ulises Espaillat, miembros a la sazón del Gobierno, exigen la libertad de Luperón y solicitan que se le confíe el mando de las operaciones en el sur o en el este. El presidente Salcedo cede, y Luperón es llamado. Llega a Santiago, y pocas horas después sale para las zonas en que se deciden los destinos de la revolución. Cuando se dispone a entrar en campaña, llega al campamento de los patriotas la noticia de que el enemigo se acerca. Salcedo, al tener conocimiento de que las tropas españolas se hallan ya en la Sabana del Vigía, dicta algunas órdenes que Luperón juzga desatinadas, y entonces el héroe se encara al jefe diciéndole: "Presidente: dos capitanes mandando un buque en una tempestad, lo pierden; o manda usted la tropa, o la mando yo; si usted la manda, cuente con un soldado de vanguardia". Salcedo le responde anonadado: "Usted es el general en jefe y el que manda".

Con cuatrocientos guerrilleros sale Luperón al encuentro de los veteranos de España. La lucha se realiza cuerpo a cuerpo en la Sabana del Vigía. A Luperón le arrancaron, además de la silla de la mula que montaba, la mitad de la chaqueta. Envuelto por la caballería española, hubiera perecido si no lo auxilia el general Antonio Caba con varios oficiales. Cercado otra vez, derriba a dos veteranos españoles. Salta sobre su mula, y para poder escapar de la columna que lo rodea ordena a voz en cuello al comandante Pedro Royer que dispare en dirección adonde él se encuentra una bala de cañón: "tire usted aunque me mate"; el cañonazo abre un claro en las filas enemigas, y por ahí escapa Luperón en medio de la metralla. En Arroyo Bermejo, donde reconstruye sus tropas, recibe órdenes del Gobierno Provisorio de solicitar una tregua y desobedece indignado esas instrucciones. No se da un momento de reposo en la tarea de hostilizar a los invasores. Derrota al general Contreras entre San Pedro y Monte Plata. Ocupa a Boyá y a Bayaguana. Un Jueves Santo, el 19 de marzo de 1864, se enfrenta al general Suero en Paso del Muerto, sobre el río Yabacao, y deja tendido en el campo de batalla a aquel valiente soldado, apellidado por los mismos españoles "El Cid negro". Es rechazado luego en los Llanos, y se bate en retirada en la Sabana del Guabatico: hasta un

anciano que lucha aquí a sus órdenes, el general Vicente Celestino Duarte, al ser invitado por Luperón a abandonar los puestos de mayor peligro, se resiste a ello exclamando: "Hoy hay gloria para todos los dominicanos".

La Gándara, sucesor del general Vargas, en el mando, trata de sonsacar a este hombre invencible, nervio de la revolución, y le ofrece el Gobierno de las Filipinas con un sueldo de doce mil pesos fuertes anuales. El oficial que llevó los pliegos fué fusilado, y el Gobierno Provisorio felicitó a Luperón por su rectitud insobornable. Cuando el propio La Gándara desembarca en Monte Cristy con diez y siete mil veteranos, el desaliento se apodera del ánimo de los patriotas. El Gobierno instalado en Santiago llama a esa ciudad a Luperón, y el gran ciudadano Ulises Francisco Espaillat, encargado a la sazón del mando por ausencia de Salcedo, al verlo llegar le tiende los brazos y exclama lleno de júbilo: "Todavía hay patria, general, puesto que usted está vivo". Recibe órdenes de movilizar las tropas y conducir las a la Malena para detener desde allí el avance de las columnas españolas. Su carácter impetuoso choca una vez más con el indeciso de Salcedo, y después de una agria disputa solicita una licencia y se retira a Santiago. Cuando llega a esta ciudad, a finales de octubre de 1864, encuentra ya instalado un nuevo gobierno bajo la presidencia de Gaspar Polanco. Recibe el encargo de conducir preso a Haití al presidente desituído. Halla a Salcedo en Barrancón, y tras de vencer con buenas razones su resistencia, lo conduce al país vecino, donde Philantrophe, gobernador de Fort Liberté, se niega a admitirle. Lleva entonces el prisionero a Santiago, y allí lo entrega al nuevo Gobierno. Cuando Agustín Masegó asesina, poco después, al presidente caído, Luperón protesta indignado. Gaspar Polanco lo designa Gobernador de La Vega y le confía la misión de organizar allí la resistencia contra el intento de La Gándara de invadir el Cibao por aquella zona. En la Vega atrinchera los caminos y restablece la confianza en el triunfo de la revolución. Cuando Pimentel organiza en Dajabón la desobediencia contra Polanco, Luperón es llamado nuevamente a Santiago y se le nombra Ministro de Guerra, encargado como tal del Gobierno, mientras el presidente titular salía a sofocar la revuelta. El 24 de enero de 1865, reunido un grupo de generales en la sala del palacio de Gobierno de Santiago, proclaman presidente de la República a Luperón quien se

niega a aceptar el cargo. Designada entonces una Junta Superior Gubernativa bajo la presidencia de Benigno Filomeno de Rojas, se confía a Luperón la vicepresidencia. En marzo de 1865, investido aún con las funciones de vicepresidente, salva a Espailat y a otros ciudadanos a quienes Pimentel quería llevar al patíbulo. Electo Pimentel presidente de la República y conocida ya la decisión del gobierno de Isabel II de abandonar el territorio dominicano, Luperón resuelve dedicarse a actividades privadas y contrae matrimonio en la Vega, el 21 de marzo de 1865, con la señorita Ana Luisa Tavarez; luego hace un préstamo a Santiago Ureña, de Licey, y con esos fondos construye en Puerto Plata varias casas de madera para su madre y hermanas y para sí mismo y su nueva familia. Después de la caída de Pimentel, es designado por Cabral Gobernador de Santiago y Delegado del Protector en el Cibao. Cuando Báez se hace cargo el 8 de diciembre de 1865 de la presidencia de la República por tercera vez, Luperón protesta y se retira a Puerto Plata. Perseguido por el nuevo gobierno, se lanza al campo de la lucha armada. La rebelión que intenta organizar contra Báez fracasa, y en una goleta se dirige a Turks Islands. Tan pronto la reacción contra Báez cobra fuerza, el proscrito retorna y el 30 de abril de 1866 se constituye en Santiago un Triunvirato formado por Luperón, Pimentel y Federico de Jesús García. El Triunvirato acuerda nombrar presidente a Cabral, quien asume el poder el 29 de septiembre de 1866, y Luperón se dirige a Saint Thomas en donde se abastece de mercancías con el propósito de abrir un almacón en Puerto Plata. Concibe entonces el proyecto de alejarse de la política, pero ésta es "un contagio funesto, y el que una vez se mete en ella ni con la muerte se libra de sus calamidades" (ob. cit., tomo II, pág. 36). El 2 de mayo de 1868 toma Báez por cuarta vez las riendas del poder, y Luperón pasa de nuevo al destierro. Esta vez, según dice él mismo, salió del país desalentado: "Había palpado hasta el fondo la desmoralización reinante" (ob. cit., tomo II, pág. 100). Todas las expediciones que organiza desde el exterior contra Báez fracasan, aunque no omite ningún esfuerzo para vencer a su adversario: viaja a Bogotá en busca de la cooperación de Morillo y a Caracas en solicitud de la de Guzmán Blanco; contrae el cólera en Santa Marta y sufre multitud de reveses; pero su voluntad no fué por nada rendida. El triunfo del movimiento del 25 de noviembre de 1873 pone fin a esa tenaz odisea. La decisión

del presidente González de suspender el pago de las deudas contraídas en el exterior por los jefes de la revuelta contra Báez, crea entre Luperón y el nuevo gobierno agrias fricciones. El gobernador de Puerto Plata, Francisco Ortea, intenta reducirlo a prisión, y el pueblo se amotina. El asalto a su casa fué la señal que movilizó al Cibao contra el gobierno de González. Elegido Espaillat presidente de la República, cargo que asume el 29 de mayo de 1876, Luperón es nombrado Ministro de Guerra y Marina. Cuando Báez asume por quinta vez el poder, el 12 de marzo de 1877, Luperón pasa también por quinta vez al ostracismo. El triunfo de la revolución iniciada por Cesáreo Guillermo le abre de nuevo las puertas de la patria. Triunfante González en las elecciones de 1878, Luperón se subleva en Puerto Plata y Jacinto de Castro ocupa luego interinamente la primera magistratura del Estado. Antes de que se efectúe la consulta popular para la elección de un nuevo presidente, Luperón retira su candidatura el 15 de septiembre de 1878. Electo Cesáreo Guillermo, hombre incapaz para el cargo, Luperón lo obliga a dimitir y forma un gobierno provisional en Puerto Plata. Inicia un plan de reformas y entre otras medidas, destinadas a favorecer la educación popular, subvenciona a todos los periódicos, así los adictos como los desafectos al gobierno, con cuarenta pesos mensuales. El 28 de mayo de 1880 declaró que renunciaba a su candidatura para la presidencia definitiva, y apoyó la de Monseñor de Meriño. Instalado el Jefe de la Iglesia en el poder, Luperón abandona su casa de comercio y se consagra a las labores agrícolas, convencido, dice él mismo, de que "la agricultura es la nodriza más generosa de las naciones" (ob. cit., tomo III, pág. 121). Algún tiempo después viaja a Europa y se radica en París. Meriño lo designa entonces Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante varios gobiernos. Mientras ejercía este cargo negoció, en colaboración con el escritor colombiano J. M. Torres Caicedo, una convención de arbitraje entre el Salvador y la República Dominicana, primer acuerdo de ese género suscrito por países latinoamericanos. El 1.º de septiembre de 1882, vencido ya el período de Meriño, sube al poder Ulises Hereaux, apoyado como su antecesor por Luperón, y gobierna liberalmente hasta septiembre de 1884. Pero Hereaux le tomó gusto al mando y se dió trazas para llevar a la presidencia, en el período siguiente, a Francisco Gregorio Billini, no obstante el concurso prestado por Luperón a la candidatura opuesta. Durante

el gobierno de Woos y Gil, sucesor de Billini, Luperón permanece en Puerto Plata como delegado especial en el Cibao. En 1889, deseoso de que el país evolucionara hacia formas de gobierno más democráticas, presenta su propia candidatura como un medio de cerrar el paso a la preponderancia política de Ulises Hereaux, árbitro de la República desde hacia varios años: sus amigos, sin embargo, empezaron a ser perseguidos, y la candidatura del prócer fué retirada. Pocos meses después pide pasaporte y vuelve a fijar su residencia en playas extranjeras. Desde el exterior intenta en 1893 organizar un movimiento revolucionario contra Hereaux aprovechándose del descontento reinante en el país con motivo de los rumores sobre la venta de la Bahía de Samaná a los Estados Unidos. Desembarca en el Cabo, y el presidente Hippolite, coaccionado por Hereaux, lo obliga a salir de nuevo para Saint Thomas en un barco ruso.

A partir de 1894 se consagra, en la isla de Saint Thomas, a ordenar sus documentos y a escribir con ayuda de ellos sus *Notas Autobiográficas* que publicó en Puerto Rico en 1896. Cae poco después gravemente enfermo, y Ulises Hereaux, en un gesto de hidalguía que le honra, va personalmente a buscarlo al destierro y lo conduce a Puerto Plata donde murió el gran soldado el 21 de mayo de 1897.

EUGENIO PERDOMO

Eugenio Perdomo nació en la antigua ciudad de Santo Domingo de Guzmán en el año 1836. Desde muy joven demostró afición a la poesía. Figuró entre los miembros más destacados de la sociedad literaria "Amantes de las letras" y colaboró durante algún tiempo, en prosa y en verso, en la revista "Flores del Ozama". En la ciudad de Santiago de los Caballeros, donde se radicó después, se dedica al comercio.

Allí parece haber mantenido, según se desprende del *Diario* que escribió entre el 4 de marzo y el 16 de abril en los calabozos de la Fortaleza San Luis, relaciones amorosas con la distinguida señorita Virginia Valdez, de quien se despide el día antes de ser fusilado en los siguientes términos: "Adiós mi porvenir, mis ilusiones adiós... y tú, mi Virginia, para siempre adiós".

En febrero de 1863 encabezó Eugenio Perdomo, con Ignacio Espaillat y otros patriotas del Cibao, un movimiento dirigido contra la reincorporación de la República a España. Descubierta la conspiración, fué encarcelado con los demás cabecillas del intento revolucionario. Permaneció incomunicado en los calabozos de la Fortaleza "San Luis" desde el 4 de marzo hasta el día 2 de abril en que se le condujo, entre dos filas de soldados, a la cárcel pública. El 20 de marzo es llevado por primera vez ante el Consejo de Guerra que ha de juzgarlo juntamente con Espaillat, Juan Luis Bidó, Alvaro Fernández, Vidal Pichardo y algunos otros próceres comprometidos también en la conspiración malograda. El propio Perdomo escribe su defensa y envía copia de la misma al gobernador Rivero con los señores Ernesto Leroux y Juan María Jiménez. El 5 de abril están sus emisarios de retorno con noticias poco consoladoras. El 17 de ese mismo mes es conducido con sus compañeros al patíbulo. Su diario fué publicado por primera vez en 1875 con un prólogo escrito por uno de los discípulos del mártir.

MAXIMO GOMEZ

Nació en Bani en 1836. Participó, bajo las órdenes del general José María Cabral, en la batalla de Santomé, acción heroica gracias a la cual fué afianzada, el 22 de diciembre de 1835, la independencia dominicana. Después de la reincorporación de la República a España (18 de marzo de 1861) Máximo Gómez combatió en las filas de los adictos a Isabel II. El propio héroe ha tratado de justificarse en los siguientes términos por no haber seguido entonces la causa de la República: "¡Oh patria mía!... No me culpes de ingrato: aún no era bastante hombre cuando el destino me empujó hacia otras playas... Después has vivido siempre en mi corazón con todos tus recuerdos... No quiero que caiga sobre mi frente la luz purísima de tu cielo sin nubes mientras no lleve un nombre digno de ti..." (*Diario de Campaña*, días 8, 9, 10 y 11 de abril de 1885).

En Cuba se hizo Máximo Gómez digno de su patria. Tres años después de su arribo a playas cubanas, el 10 de octubre de 1868, estalla la revolución de Yara, dirigida por Carlos Manuel de Céspedes: Máximo Gómez, en unión de los dominicanos Modesto Díaz y Luis Félix

Marcano, se incorpora a las fuerzas revolucionarias. Durante los diez años que duró esta campaña (1868-1878), Máximo Gómez fué el maestro de armas de los cubanos a quienes enseñó las tácticas de las cargas al machete. Vencida la revolución, la cual no logró extenderse fuera de las provincias orientales de Cuba, Máximo Gómez retorna de incógnito en 1885 a su país nativo. Venía, según él mismo refiere en su *Diario de Campaña* (6 de octubre 1885), con el nombre supuesto de "Manuel Pacheco" en busca de recursos para continuar la guerra en favor de la independencia cubana. En 1895 el propio José Martí va a buscarlo a su retiro de Monte Cristy para confiarle la jefatura del Ejército Libertador. Después de exponerle sus proyectos, Martí dijo al héroe dominicano: "Le ofrezco, como pago de su obra, el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los Hombres". Máximo Gómez se limitó a contestar: "Todo por Cuba". Suscrito por ambos el célebre Manifiesto de Monte Cristy, donde prometían al mundo, si triunfaban, fundar en Cuba una República "con todos y para todos", partieron hacia la antilla hermana. Las proezas realizadas en esta segunda campaña por Máximo Gómez se gradúan hoy de verdaderas maravillas militares. Estas hazañas, cumplidas en una isla "estrecha y larga como la lengua de un pájaro", pueden figurar entre las más extraordinarias de la historia moderna. Consumada la independencia, después de una lucha cruenta que se prolongó hasta 1898, Máximo Gómez se niega a recibir el premio de su victoria y desde la Quinta de los Molinos dirige al pueblo cubano, el 12 de marzo de 1899, un manifiesto en que hace la declaración siguiente: "Nada se me debe y me retiro contento y satisfecho de haber hecho cuanto he podido en beneficio de mis hermanos". El 17 de junio de 1905 murió Máximo Gómez en la capital de Cuba.

FELIX MARIA DEL MONTE

Nació en la ciudad de Santo Domingo el 20 de noviembre de 1819. Era hijo del abogado José Joaquín del Monte. Hizo sus primeras letras bajo la dirección del doctor Moscoso y luego del padre Gaspar Hernández. Adquirió el título de licenciado en derecho y se registró, bajo el número uno, en el cuadro de los primeros juristas de la República. Asociado a Duarte y a los demás próceres de "La Trini-

taria", participó en los trabajos preparatorios de la independencia nacional. El 27 de febrero de 1844, se halló entre los héroes de la Puerta del Conde, y el 1.º de marzo, mientras prestaba servicios como teniente de la Guardia Nacional en la Fortaleza, improvisó el primer himno dominicano. En 1845, fundó un periódico literario, *El Dominicano*, en colaboración con Manuel María Valencia, José María Serra y Pedro Antonio Bobea. Fué asimismo fundador de la primera sociedad patriótica de "Amigos del País", en 1846. En 1848 presidió la Cámara del Tribunalado y en 1849 recibió como tal el juramento de Buenaventura Báez como presidente de la República. Permaneció como miembro de este cuerpo legislativo hasta 1852, y al año siguiente pasó al Consejo Conservador. En 1854 fundó, con el poeta y magistrado Nicolás Ureña de Mendoza, el periódico *El Porvenir*. Ese mismo año fué elegido diputado al Congreso Revisor que dictó la Constitución del 25 de febrero de 1854.

Durante la segunda administración de Báez, desempeñó los despachos de Relaciones Exteriores y de Justicia e Instrucción Pública desde el 9 de octubre de 1856 hasta el 13 de junio de 1858. En abril y mayo de 1858 tuvo también a su cargo la cartera de Guerra y Marina. En 1859 presidió el Senado. Del 2 de mayo de 1868 hasta el 2 de enero de 1874, bajo la cuarta administración de Buenaventura Báez, atendió por segunda vez la cartera de Justicia e Instrucción Pública. En ese lapso tuvo interinamente otras carteras a su cargo: la de Relaciones Exteriores y la de Interior y Policía, en agosto y septiembre de 1871; la de Hacienda y Comercio, desde el 22 de octubre de 1872 hasta el 4 de enero de 1873, y desde el 19 de febrero hasta el 21 de abril de 1873; y la de Guerra y Marina, desde el 22 de octubre hasta el 20 de noviembre de 1872.

Con las labores de la vida pública compartió las del profesorado: en 1852 ingresó en el Colegio de San Buenaventura como profesor de literatura, y en 1875 en el Instituto Profesional como catedrático de literatura y de jurisprudencia. Su labor literaria fué igualmente sorprendente para su época: poeta, escritor, periodista, autor dramático, dejó en todas esas actividades huellas de su inteligencia prodigiosamente cultivada.

Murió en su ciudad natal en 1899.

MANUEL RODRIGUEZ OBJIO

Manuel Nemesio Rodríguez Objío nació en la ciudad de Santo Domingo el 19 de diciembre de 1838. Era hijo de don Andrés Rodríguez y Rodríguez y de doña Bernarda Objío Noble de Rodríguez. Hizo sus primeros estudios en el Colegio de San Buenaventura y en ese plantel recibió las enseñanzas del sacerdote Gaspar Hernández, de Félix M. del Monte y de Alejandro Angulo Guridi. En 1855, ya huérfano de padre, fijó su residencia en los Estados Unidos. Volvió algún tiempo después al suelo nativo, y en 1856 se establece en Azua. Al año siguiente se incorpora a las tropas del general Santana que a la sazón dirigía en el sur las operaciones militares contra el gobierno de Buenaventura Báez. Del cantón de Manganagua, donde hizo parte del Estado Mayor del general Pedro Santana, pasó a hacerse cargo de las funciones de Secretario del Ministerio del Interior y Policía.

Las disensiones civiles le obligan a radicarse, poco antes de la anexión, en la isla de Saint Thomas. Al cabo de algún tiempo vuelve a Azua para emprender de nuevo, el 17 de septiembre de 1863, el camino del destierro. De Curazao pasa a Caracas el 7 de octubre de aquel mismo año. El 16 de febrero de 1864 sale de Venezuela con Vicente Celestino Duarte y otros próceres para ofrecer su concurso a la causa de la restauración de la República. Desembarca en Monte Cristy y se dirige luego a Santiago, sede del Gobierno revolucionario. El presidente Salcedo lo destina al Campamento del Sur donde se distingue en arriesgadas funciones de armas bajo las órdenes del general Manuel María Castillo.

Cuando se inician las negociaciones con el general La Gándara, para la desocupación del territorio nacional o el abandono de la guerra restauradora, Rodríguez Objío es designado Plenipotenciario del Gobierno dominicano y con esa investidura viaja a Monte Cristy en compañía de otros generales. Bajo la presidencia de Gaspar Polanco fué nombrado, a los 25 años de su edad, Ministro de Relaciones Exteriores, cargo que desempeñó desde el 15 de octubre de 1864 hasta el 24 de enero de 1865. En el mismo mes de octubre de 1864 fué ascendido a General de Brigada. El 31 de enero de 1865, después de la caída de Polanco, Rodríguez Objío fué reducido a prisión con sus demás compañeros

de gabinete. Puesto en libertad, recibe órdenes de trasladarse al Campamento de San Juan, y el 12 de julio entra con las fuerzas revolucionarias ya triunfantes en la capital de la República. Allí se entera de que su madre y su esposa han sido conducidas por La Gándara como rehenes al vapor español "Vasco Núñez de Balboa".

En el gobierno provisional del Protector Cabral, fué nuevamente nombrado Ministro de Relaciones Exteriores. Desempeñó esta cartera, juntamente con la de Justicia e Instrucción Pública, desde el 28 de octubre hasta el 8 de diciembre de 1865. Al asumir Báez el poder, tras haberse asociado el propio Cabral al movimiento subversivo del general Pedro Guillermo, Rodríguez Objio es designado Delegado del Gobierno en el Cibao. Poco después se le designó Gobernador de Puerto Plata. Desde este cargo se suma, en 1866, a la revuelta iniciada contra Báez por Luperón y otros jefes del partido azul. El 28 de abril recibe al caudillo de la subversión con un discurso al que pertenecen estas frases: "Queriendo esquivar la persecución... mentí fidelidad al nuevo amo: aquel hombre enemigo eterno de mi patria y de mis amigos, tuvo la debilidad de creerme... El 25 de este mes pude arrojar definitivamente el disfraz encabecando el pronunciamiento de esta plaza: a los traidores es preciso herirlos a traición". Este discurso, sin duda indigno de tan gran patriota, debía costarle la vida.

Rodríguez Objio, al constituirse el Gobierno Provisional del Triunvirato, es designado en mayo de 1866 subsecretario de Hacienda, y en 1857, bajo la administración de Cabral, se le nombra presidente del Consejo de Guerra de la provincia del Seybo. Hacia finales de 1867, los baecistas, en connivencia con Salnave, desatan otra vez la guerra civil, y al caer Cabral el 31 de enero de 1868, Rodríguez Objio retorna al ostracismo. En 1871 se une a Luperón y desde Haití invade la frontera por Capotillo para fomentar la insurrección contra Báez. Derrotadas las tropas de que hace parte en El Pino, cae prisionero el 17 de marzo. Conducido a la capital por el general Juan Gómez, toda la sociedad dominicana se movilizó para pedir a Báez la vida del prócer ya condenado a muerte. Una dama extranjera, notable por su distinción y su belleza, fué comisionada para llevar a palacio la última petición de clemencia. Cuando se vió ante el Jefe del Estado, arrojóse a sus plantas suplicante; pero Báez, con irreprochable cortesía, le tendió la mano y dejó caer fríamente en sus oídos las siguientes palabras: "¡Levántese, señora! Si su hermosura pudie-

ra defenderme del enemigo, con gusto lo perdonara...". El 18 de abril de 1871, agotadas ya todas las gestiones para detener la ejecución de la sentencia, Rodríguez Objio fué pasado por las armas, sin que le valieran, para salvarlo del patíbulo, los servicios por él prestados a la República durante la guerra restauradora.

JOSE NUÑEZ DE CACERES

Nació en la antigua ciudad de Santo Domingo el 14 de marzo de 1772. Eran sus padres don Francisco Núñez y doña María Albor. La madre murió pocos días después del nacimiento del niño que el 23 de marzo de aquel mismo año fué llevado a la pila bautismal por su tío el Deán D. José Núñez de Cáceres. Creció bajo los cuidados de su tía María Núñez y recibió una educación esmerada. A los veintitrés años obtuvo el título de doctor en leyes en la Universidad de Santo Domingo. Al finalizar el siglo XVIII contrae matrimonio con Juana de Mata Madrigal Cordero. De su unión nacieron seis hijos: el primero, Pedro, nació en Santo Domingo el 2 de abril de 1800, y la última, María de la Merced, en la misma ciudad en 1816. Después de la cesión de la parte española de la isla a Francia (tratado de Basilea, 1795), sigue a la Real Audiencia a Puerto Príncipe (Camagüey). Fué designado relator interino de esta institución en agosto de 1800. En Camagüey nacen tres de sus hijos: José, el 9 de septiembre de 1804; Francisco de Asís, el 15 de septiembre de 1805, y Gregorio, el 8 de junio de 1809.

Su biógrafo el Dr. José María Morilla escribe que mientras Núñez de Cáceres permaneció en Puerto Príncipe le "sonrió constantemente la fortuna". Destinado a servir la tenencia y asesoría de gobierno de La Habana, prefirió poco después ejercer el mismo cargo en su tierra nativa y el 29 de junio de 1810 fué nombrado Teniente Gobernador, Asesor General de Gobierno de intendencia y Auditor de Guerra de la provincia de Santo Domingo. En el ejercicio de estas funciones se destacó por su probidad y por el empeño que puso en mejorar la situación económica de la colonia, prácticamente arruinada. El 6 de enero de 1815 se reinstaló, por gestiones que hizo cerca del capitán general, la antigua Universidad de Santo Domingo. El claustro de doctores, "en consideración a tan meritorio rasgo", según dice el Dr. Morilla, eligió primer rector de ese ins-

tituto a Núñez de Cáceres y acordó que su retrato, costeado por el gremio, se colocara en el aula magna. Durante diez años gestionó inútilmente en la Corte al ascenso a que le hacían acreedor sus servicios. El Dr. Morilla atribuye el fracaso del pretendiente a la enemistad que le cobró don Francisco Javier Caro, consejero de Indias, por haber dispuesto Núñez de Cáceres, como gobernador interino, que un pariente de aquel magistrado, el señor Manuel del Monte Cabral, pasase a la isla de Cuba bajo la acusación de conspirar en favor de Haití. El 30 de noviembre de 1821 proclamó Núñez de Cáceres la independencia nacional y creó la República bajo la protección de la Gran Colombia. En febrero de 1822 invade Boyer, presidente de Haití, la parte española de la isla, y Núñez de Cáceres es obligado a deponer el mando. Emigró entonces con su familia a Caracas. Báez, quien a la sazón gobernaba en Venezuela, lo nombró asesor de la intendencia de Maturín. Pasó en 1827 a México, donde primero se estableció en la ciudad de San Luis de Potosí y luego en Ciudad Victoria, capital del Estado de Tamaulipas. Ocupóse en los primeros años en el ejercicio de la abogacía. En 1830 fué nombrado fiscal de la corte suprema de justicia. En 1833 fué elegido senador del Estado de Tamaulipas y miembro del Congreso de la Confederación mexicana. En ese mismo año se le designó *Ciudadano Benemérito* de Tamaulipas. Actuó al lado del general Moctezuma en el Pozo de los Carmelos, y secundó los planes de ese insigne soldado "con el poder irresistible de su elocuencia". En 1834 fué designado tesorero de Hacienda Pública, cargo que alternó con el ejercicio de la abogacía. Hacia 1844 enfermó gravemente y el Gobierno del Estado y la Junta Departamental de Tamaulipas le asignaron una pensión "para su socorro en el lecho del dolor". El 11 de septiembre de 1846 falleció en Ciudad Victoria. Su discípulo don Simón de Portes, quien desde Venezuela se trasladó con él a México, pronunció, en el acto de inhumación de los restos del gran dominicano, un discurso al que pertenecen los apartes siguientes: "Raro acontecimiento: aquí, no lejos de Padilla, donde dejó de existir el héroe de Igualeda, en que se selló la independencia mexicana, muere el hidalgo dominicano oyendo casi el estruendo del cañón del injusto invasor anglosajón, a tiempo mismo que antes de morir se regocija este infortunado héroe con la agradable nueva de que los habitantes de Santo Domingo, después de un gran número de batallas, han arrojado de su territorio a sus opresores... Rebosa de júbilo José Núñez de Cáceres con tan feliz suceso,

y como que se detiene el curso de la muerte que insensiblemente lo conducía a este sepulcro".

JOSE MARIA SERRA

Nació en la ciudad de Santo Domingo de Guzmán. Fué miembro fundador de la sociedad patriótica "La Trinitaria", establecida por Duarte el 16 de julio de 1838. Fué secretario del Ayuntamiento de su ciudad natal en 1843. Después de proclamada la independencia nacional, desempeñó el cargo de Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores desde el 5 de febrero de 1845 hasta el 25 de julio de 1847. Dos años después, bajo la primera administración de Buenaventura Báez, se trasladó a la isla de Puerto Rico, y por muchos años ejerció en Mayagüez el magisterio. Allí fundó una escuela y publicó un texto de gramática para uso de sus discípulos. El 9 de agosto de 1888 murió en Mayagüez a los 73 años de su edad. Sus restos, trasladados algún tiempo después, a Santo Domingo, reposan en la Capilla de Inmortales.

JOSE GABRIEL GARCIA

Nació en Santo Domingo de Guzmán el 13 de enero de 1834. Siguió en su juventud la carrera de las armas y fué oficial de artillería. Durante el gobierno de Cabral, atendió la cartera de Relaciones Exteriores y la de Justicia e Instrucción Pública desde el 4 de agosto hasta el 22 de octubre de 1866. Fué presidente de la Convención Nacional que dictó la Constitución del 26 de septiembre de 1866. Después de posesionarse nuevamente Cabral de la Presidencia de la República, el 29 de septiembre de 1866, García fué nombrado para los despachos de Relaciones Exteriores y de Justicia e Instrucción Pública, carteras que desempeñó desde el 3 de octubre de 1866 hasta el 30 de abril de 1867. Durante la administración de Ulises Francisco Espaillat, fué Ministro de Justicia e Instrucción Pública desde el 29 de abril hasta el 14 de agosto de 1876. En mayo de ese mismo año atendió interinamente la cartera de Relaciones Exteriores, y desde el 19 de junio hasta el 14 de agosto la de Guerra y Marina.

Fué Plenipotenciario para la firma, en 1867, del tratado de amistad, comercio, navegación y extradición con los Estados Unidos de América.

Fué miembro de la Junta Nacional Colombina, fundada por él con otros dominicanos distinguidos, en 1893. En 1898 desempeñó el cargo de Tesorero Municipal de Santo Domingo. Murió en su ciudad natal el 19 de enero de 1910.

ULISES FRANCISCO ESPAILLAT

Ulises Francisco Espailat y Quiñones nació en la ciudad de Santiago de los Caballeros el 9 de febrero de 1823. Era hijo de don Pedro Espailat y de doña María Petronila de Quiñones. A los veintidós años de edad empezó a desempeñar cargos públicos de importancia, ya como miembro del Senado y de la Cámara o ya en organismos provinciales y municipales. Desde el comienzo de su carrera pública adquirió gran autoridad moral por su desprendimiento y su civismo. Unido al economista Benigno Filomeno de Rojas censuró enérgicamente, desde su curul de representante por la Provincia de Santiago en el Congreso, los errores políticos y financieros de la administración del general Pedro Santana. En 1857 encabezó la protesta popular iniciada en Santiago, en julio de ese año, contra las ruinosas emisiones de papel moneda decretadas por el gobierno de Báez. Después de haber tomado parte en la Asamblea Constituyente de Moca (1857-1858), emigró a los Estados Unidos. El gobierno español, después de la anexión, lo nombró por Real Decreto del 31 de agosto de 1863 Consejero de Administración, cargo que declinó por la repugnancia que le inspiraba la obra de Santana. Al instalarse el Gobierno Provisional de Salcedo, figuró en la Comisión de Hacienda y en la de Relaciones Exteriores, y asumió en mayo de 1864, como sustituto de Benigno Filomeno de Rojas, la jefatura del Gobierno. Bajo el gobierno provisional de Gaspar Polanco (10 de octubre de 1864 al 24 de febrero de 1865) desempeñó las funciones de Vicepresidente. En 1873 fué perseguido y encarcelado por el Gobierno de Báez. Elegido por el voto popular Presidente de la República, ejerció esa magistratura desde el 29 de abril hasta el 5 de octubre de 1876. Un motín triunfante lo arrojó del solio presidencial, y desde entonces se consagró al ejercicio de su profesión de farmacéutico. Murió en su ciudad natal el 25 de abril de 1878.

JAVIER ANGULO GURIDI

Francisco Javier Angulo Guridi nació en Santo Domingo el 3 de diciembre de 1816. Fueron sus padres el teniente Andrés Angulo Cabrera y Francisca Guridi Leos y Echalas. Después de la ocupación del territorio nacional por Jean Pierre Boyer (febrero de 1822), emigró con su familia a la isla de Cuba. Fué hasta los catorce años alumno del Colegio Real de San Fernando de La Habana. Desde muy joven se dedicó al periodismo, y fundó en la capital de Cuba el periódico "La Prensa". Colaboró en multitud de publicaciones americanas y europeas, entre estas últimas en el "Correo de Ultramar", de París.

Desde su regreso al país en 1853, se convirtió en un activo difundidor de cultura: colaboró asiduamente en "El Progreso", periódico a la sazón dirigido por su hermano el Dr. Alejandro Angulo Guridi; en 1866 fundó "El Tiempo", y en 1868 "El Sol", órgano de la sociedad "El Paraíso", de la que fué presidente; y a partir de 1870, fué colaborador de otras publicaciones, tales como "El Laborante", "El Universal" y "El Dominicano".

Durante la guerra de la Restauración, alcanzó el grado de coronel y después de restablecida la soberanía nacional ocupó varios cargos públicos, entre ellos el de senador y el de secretario del Senado Consultor. Murió en San Pedro de Macorís el 7 de diciembre de 1884.

EMILIANO TEJERA

Emiliano Tejera y Pansón nació en la ciudad de Santo Domingo el 21 de septiembre de 1841. Fueron sus padres Juan Nepomuceno Tejera y Tejeda y doña Ana María Penson Herrera. Fué discípulo de Monseñor de Meriño en el Seminario Conciliar. Cuando se realizó la reincorporación de la República a España en 1861, escribió una serie de artículos contra aquel acto antipatriótico en distintas publicaciones liberales. Esa campaña le hizo blanco de la hostilidad gubernativa y tuvo que emigrar a Venezuela. En Caracas, donde conoció personalmente a Duarte, continuó su labor patriótica desde las columnas de los periódicos "El Constitucional" y "El Federalista". Después de restaurada la República en 1865, retornó al país con otros eminentes expatriados. Se incorporó en

aquella época al grupo de idealistas que desde "La Regeneración" y "El Patriota", periódicos principalmente redactados por Delfin Madrigal y Javier Angulo Guridi, difundían entre la juventud de la época el amor a las ideas democráticas. Fué electo diputado a la Asamblea Constituyente que elaboró la Carta Orgánica de 1865. Nueve años después volvió a figurar entre los constituyentes que dictaron la Carta del 24 de marzo de 1874. En 1872 obtuvo el título de farmacéutico y ejerció esa profesión largos años. Fué nombrado, juntamente con Juan Bautista Zafra, Carlos Nouel y José Gabriel García, plenipotenciario para negociar un Tratado de Paz con la República de Haití, en mayo de 1874; y en 1883 volvió a ser investido con el mismo carácter para nuevas negociaciones con los plenipotenciarios designados a su vez por el gobierno haitiano. Estas negociaciones, como las anteriores, no dieron resultados satisfactorios, y en 1890 fué por tercera vez nombrado Emiliano Tejera para negociar con Haití un acuerdo destinado a dirimir las diferencias existentes sobre los límites de los dos países. En 1896 fué designado Enviado Extraordinario ante su Santidad León XIII, escogido como árbitro para la solución del problema de límites con el país vecino, y en esa calidad le cupo presentar los alegatos del Gobierno dominicano.

Desempeñó Emiliano Tejera el Ministerio de Hacienda y Comercio, desde el 6 de mayo de 1902 hasta el 4 de marzo de 1903, bajo el gobierno provisional de Horacio Vásquez, y el Ministerio de Relaciones Exteriores desde el 18 de diciembre de 1905 hasta el 2 de enero de 1906, durante la administración de Morales. Durante la primera administración de Cáceres desempeñó, asimismo, la cartera de Relaciones Exteriores desde el 2 de enero de 1906 hasta el 30 de junio de 1908. En 1907 suscribió, juntamente con Federico Velásquez, la Convención con los Estados Unidos sobre la deuda pública. Durante la ocupación del territorio dominicano por fuerzas de marina de los Estados Unidos (1916-1924), presidió la Unión Nacional Dominicana y encabezó a ese título la protesta contra aquella injusticia. Murió en su ciudad natal el 9 de enero de 1923.

MANUEL DE JESUS DE PEÑA Y REINOSO

Nació en Lacey, en la provincia de Santiago de los Caballeros, el 2 de diciembre de 1834. Fueron sus padres dos agricultores de origen canario, Diego de Peña y Iuliana Reinoso. Hizo sus primeros estudios ba-

jo la dirección de Gaspar Hernández, de Juan Luis Franco Bidó y de Benigno Filomeno de Rojas.

Los mejores años de su juventud los consagró a la enseñanza. Para combatir los gobiernos absolutistas, acaso los únicos viables dentro del oscurantismo que dejó en el país la ocupación haitiana, y dentro del ambiente de inestabilidad en que vivió la República durante sus primeros años de vida independiente, siempre bajo las amenazas de sus vecinos, Peña y Reinoso se inició desde su adolescencia en el periodismo doctrinario. Participó con Espaillat y otros hombres de la época, notables por sus virtudes cívicas, en la revolución iniciada en Santiago el 7 de julio de 1857 contra el Gobierno de Buenaventura Báez. Cuando Santana hizo abandonar el país a los prohombres de aquel movimiento, inicialmente dirigido contra las emisiones de papel moneda hechas por Báez como un acto de hostilidad contra el comercio cibaeno, Peña y Reinoso fué de los que salieron para el destierro con el presidente Valverde. En Cuba, donde se radicó desde entonces, contrajo matrimonio y trabajó como maestro y como tenedor de libros. En Santiago de Cuba publicó la mayor parte de sus trabajos didácticos. La guerra iniciada por Carlos Manuel de Céspedes contra el dominio español, lo sacó del magisterio y lo convirtió de maestro en hombre de armas. Durante esa campaña, fué secretario primero del general Céspedes, iniciador del movimiento, y luego de su compatriota el generalísimo Máximo Gómez.

En 1873 retornó Peña y Reinoso al suelo nativo. En Santiago de los Caballeros continuó entonces su labor cívica en las aulas y en la prensa. Fundó un plantel: el *Colegio la Paz*, y un periódico: *El Dominicano*; al año siguiente, completó su obra de difundidor de civismo creando la sociedad literaria "Amantes de la Luz", institución que aún existe y que ha desempeñado en la historia del país un papel de primera categoría como centro dedicado no sólo a la cultura sino también a la propaganda de ideas liberales. Peña y Reinoso, quien se había iniciado en la vida pública como opositor del gobierno de Báez, volvió a enrolarse al movimiento dirigido contra ese mandatario el 25 de noviembre de 1873. Tras el triunfo de la revolución fué diputado, y luego, cuando el sufragio popular llevó en 1876 a Espaillat al solio de los presidentes, tuvo a su cargo el ministerio del Interior y Policía. Después de la caída de Espaillat se dedicó por completo a sus tareas docentes. Hacia 1877 dirigió la Escuela Superior de Monte Cristy y luego el Colegio San Felipe de la ciudad de

Puerto Plata. Al cabo de algún tiempo retornó a Cuba. En 1895, de vuelta ya a la patria, desempeñó la dirección del Colegio Central de Santo Domingo, y en 1902 fué llamado a dirigir la Escuela Normal de Santiago de los Caballeros. En 1904, a raíz de las discordias que en ese año estallaron entre los parciales de Juan Isidro Jiménez y los partidarios de Morales Languasco, Peña y Reinoso emigró definitivamente a Cuba, y en la ciudad de La Habana murió el 2 de agosto de 1915.

EMILIO PRUD'HOMME

Nació en la ciudad de Puerto Plata el 20 de agosto de 1856. Fueron sus padres Pedro Prud'Homme y Ana Maduro. Estudió leyes en el Instituto Profesional y durante algún tiempo ejerció la abogacía. Desde la llegada al país de Eugenio María de Hostos, colaboró con él en la reforma de la enseñanza y después de haber trabajado, bajo la dirección del ilustre pensador antillano, en la Escuela Normal de Santo Domingo, estableció en Azúa la "Escuela Perseverancia", donde aplicó los métodos y enseñó las doctrinas de su maestro. En 1895 fundó, en la capital de la República, el "Liceo Dominicano", plantel que sostuvo hasta el año de 1900. En 1902 se le confió la dirección de la Escuela Normal de su ciudad nativa.

Su participación en la vida política fué breve. Desempeñó el cargo de diputado de 1899 a 1902, época en que se registró en el país un renacimiento del espíritu cívico como consecuencia de la caída de la larga y cruenta dictadura del general Hereaux. En 1916, bajo la fugaz administración del Dr. Henríquez y Carvajal, ocupó la Secretaría de Estado de Justicia e Instrucción Pública. Desde que se inició, a fines de aquel mismo año, la ocupación militar norteamericana, abandonó el magisterio y la política y se consagró al ejercicio de la abogacía. En 1931 fué nombrado Juez de la Suprema Corte de Justicia, y en el ejercicio de ese cargo falleció el 21 de julio de 1932.

INDICE

Ana B. de Bravelo



	<u>Pág.</u>
Fernando Arturo de Meriño	7
Buenaventura Báez	25
Tomás Bobadilla	35
Rosa Duarte	43
Juan Sánchez Ramírez	55
Gregorio Luperón	63
Eugenio Perdomo	81
Máximo Gómez	93
Félix María del Monte	101
Manuel Rodríguez Objío	127
José Núñez de Cáceres	145
José María Serra	164
José Gabriel García	171
Ulises Francisco Espaillat	189
Javier Angulo Guridi	204
Emiliano Tejera	227
Manuel de Jesús de Peña y Reinoso	243
Emilio Prud Homme	259
Apéndice	271
Noticias biográficas	273



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

ESTE LIBRO
SE TERMINO DE IMPRIMIR EL DIA
11 DE DICIEMBRE DE 1947, EN LA
IMPRESA FERRARI HERMANOS
BARTOLOME MITRE 3355 - 65
BUENOS AIRES



SP
923
B171P
e.2

79-1000

